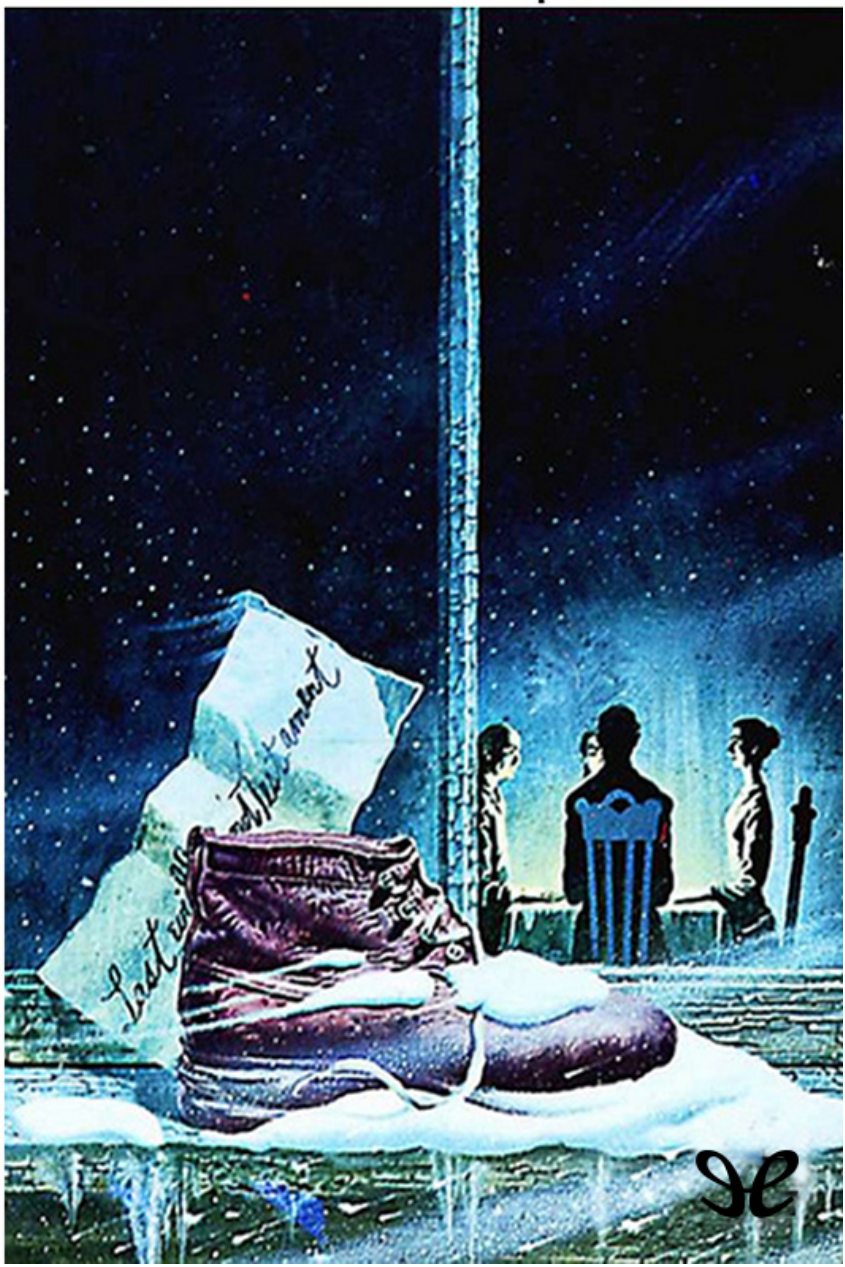
AGATHA CHRISTIE

EL MISTERIO DE SITTAFORD

Selecciones de Biblioteca Oro



Mientras la nieve cae en el pueblecito de Sittaford, sus escasos habitantes se reúnen en una sesión casera de espiritismo con un velador que anuncia el asesinato de un convecino: el capitán Trevelyan. Estupor e incredulidad, aunque a la postre los hechos dan la razón al espíritu. La policía detiene finalmente al sobrino y heredero del muerto. La novia del inculpado y un periodista de prensa sensacionalista no se dan por satisfechos e investigan por su cuenta.

Agatha Christie

El misterio de Sittaford

ePub r1.1
Titivillus 20.03.16

7

Título original: *The Sittaford Mystery*
Agatha Christie, 1934
Traducción: José María Álvarez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

A
M E M
con quien discutí la trama de esta novela,
con gran alarma de los que nos rodeaban.

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BELLING: Dueña de la posada Las Tres Coronas.
BURNABY, John: Comandante retirado del ejército inglés e íntimo amigo del asesinado Trevelyan.
CURTIS, George: Jardinero.
CURTIS, Amalia: Charlatana esposa del anterior.
DACRES: Abogado de Emily Trefusis.
DERING, Martin: Excelente novelista y marido de Sylvia Pearson.
DUKE: Aficionado a los pájaros y a las plantas; viejo y arisco inquilino de Trevelyan.
ENDERBY, Charles: Periodista destacado del diario Daily Wire.
EVANS, Robert: Fiel criado de Trevelyan.
GARDNER, Jennifer: Hermana de Trevelyan con la que éste no se trataba.
GARDNER, Robert: Esposo de la anterior.
GARDFIELD, Ronald: Joven sobrino de la anciana Mrs. Percehouse.
KIRKWOOD, Frederick: De la firma Walters & Kirkwood, abogados de Trevelyan.
NARRACOTT: Inspector de policía de la ciudad de Exeter encargado de investigar el crimen de Sittaford.
PEARSON, Brian, James y Sylvia: Hijos de Mary, difunta hermana del asesinado Trevelyan.
PERCEHOUSE, Caroline: Anciana solterona, inquilina de Trevelyan y tía de Gardfield.
REBECA: Esposa de Evans e hija de la dueña de Las Tres Coronas.
RYCROFT: Anciano naturalista aficionado a la criminología.

TREFUSIS, Emily: Agraciada joven, prometida de James Pearson, maniquí de una célebre casa de modas y protagonista de esta novela.
TREVELYAN, Joe: Capitán retirado propietario de varias fincas.
VIOLET: Hermosa hija de Mrs. Willett.
WARREN: Médico de Exhampton.
WILLETT: Señora al parecer rica quien, procedente de las colonias africanas, se instala en Sittaford.
WYATT: Capitán retirado e inválido que vive en una de las fincas de Trevelyan.

Capítulo I

La mansión de Sittaford

El comandante Burnaby se calzó las botas de goma, se abrochó bien el cuello del abrigo, tomó de un estante cercano a la puerta una linterna protegida contra el viento y abrió con cautela la puerta principal de su pequeño chalé y atisbo el exterior.

La escena que presenciaron sus ojos era típica de la campiña inglesa, tal como la representan las tarjetas de felicitación de Navidad y los melodramas pasados de moda. Por todas partes se veía nieve acumulada en espesos montones, no un mero blanco manto de una o dos pulgadas de espesor. Durante los cuatro últimos días, había nevado copiosamente en toda Inglaterra y, en aquella región de los alrededores de Dartmoor, se había alcanzado espesores de varios pies. Los vecinos de toda la comarca se quejaban de la infinidad de cañerías que se reventaban por causa de aquel frío y el que tenía un amigo fontanero (aunque sólo fuese un aprendiz) se consideraba el más afortunado del mundo.

Para la pequeña aldea de Sittaford, siempre apartada del resto del mundo y entonces casi aislada de él, los rigores del invierno constituían un serio problema.

El comandante Burnaby, sin embargo, era un hombre decidido. Resopló un par de veces, gruñó una sola vez y se lanzó resuelto hacia la nieve.

No iba muy lejos. Recorrió ligero un corto sendero batido por el viento, atravesó la puerta de un cercado y subió por un camino, parcialmente despejado de la nieve que lo cubría, hasta una casa de granito de considerable tamaño.

Una pulcra doncella le abrió la puerta de entrada y ayudó al comandante a quitarse su pesado abrigo, las botas y la vieja bufanda.

Le abrieron una puerta y entró en una habitación que daba la impresión de parecer otro mundo.

A pesar de que sólo eran las tres y media de la tarde las cortinas estaban echadas, las luces eléctricas brillaban encendidas y un agradable fuego ardía en la chimenea. Dos damas que lucían trajes de tarde se levantaron para saludar al valiente anciano militar.

—Le agradezco que haya venido, comandante Burnaby —dijo la de más edad.

—De ningún modo, Mrs. Willett, de ningún modo. Usted sí que ha sido amable al invitarme —replicó el comandante estrechando las manos de ambas.

—Mr. Gardfield vendrá enseguida —explicó Mrs. Willett—, y también Mr. Duke. Y Mr. Rycroft *dijo* que vendría, pero no es muy de esperar a su edad y con este mal tiempo. Realmente, es *demasiado* desagradable y se siente la necesidad de hacer algo que ayude a mantener el buen humor. Violet, pon otro tronco en la chimenea.

El comandante se levantó galantemente para ponerlo él.

—Permítame, miss Violet —dijo.

Colocó el tronco con gran maestría en el centro del fuego y regresó una vez más al sillón que la dueña de la casa le había indicado. Procurando que no se notase, lanzó encubiertas miradas a su alrededor, asombrado de que un par de mujeres pudiesen alterar de ese modo el aspecto de una habitación y todo ello sin hacer nada extraordinario que destacase a primer golpe de vista.

La casa de Sittaford había sido construida hacía diez años por el capitán Joseph Trevelyan, cuando se retiró de la Armada. Era un hombre acaudalado y siempre habla tenido muchas ganas de residir en Dartmoor. Escogió el pueblecito de Sittaford, que no estaba escondido en el rondo de un valle, como la mayor parte de las aldeas y granjas, sino que escalaba con sus casitas una enhiesta loma, bajo la sombra del faro de Sittaford. Adquirió allí una buena extensión de terreno y edificó en ella una casa confortable, provista de su propio generador de electricidad para el alumbrado y una bomba que realizara el trabajo de bombear agua. Además, para

hacer más rentable su propiedad, construyó también seis pequeños chalés, cada uno sobre una parcela de unos mil metros cuadrados y a lo largo del camino.

El primero de esos chalés, es decir el colindante con su jardín particular, se lo cedió a su viejo amigo y camarada, John Burnaby; las restantes se vendieron poco a poco, pues aún quedaban algunas personas que, por capricho o por necesidad, gustaban de vivir fuera del mundo. El pueblo, en realidad, se componía tan sólo de tres pintorescas pero abandonadas casas de campo, una herrería y una combinación de oficina de correos y pastelería. La ciudad más cercana, Exhampton, dista de allí seis millas y se llega a ella por una fuerte pendiente que requirió colocar este cartel: «¡Conductores, poned la primera!», tan popular en las carreteras de la región de Dartmoor.

El capitán Trevelyan, como ya se ha dicho, disfrutaba de una excelente posición. A pesar de esto, o quizá por eso mismo, era un hombre que sentía una irrefrenable pasión por el dinero. A finales de octubre, un agente inmobiliario domiciliado en Exhampton le escribió una carta en la que le preguntaba si le interesaría alquilar su mansión de Sittaford. Un presunto inquilino se había interesado por ella y deseaba arrendarla durante el invierno.

El primer impulso del capitán Trevelyan fue el de rechazar la proposición. El segundo consistió en solicitar más detalles. Resultó que la persona interesada era Mrs. Willett, una viuda con una hija que acababa de llegar de Sudáfrica y deseaba instalarse en Dartmoor para pasar allí el invierno.

—¡Maldita sea! ¡Esa mujer debe de estar loca! —exclamó el capitán Trevelyan—. ¡Eh, Burnaby! ¿No piensas tú lo mismo?

Burnaby lo pensaba también y así se lo manifestó con el mismo acaloramiento que el empleado por su amigo.

—De todos modos —añadió—, no tienes porqué alquilársela. Deja que esa chiflada se vaya a cualquier otro lugar, si es que tiene ganas de congelarse. ¡Hay que ver, viniendo como viene de Sudáfrica!

Pero en aquel momento, entró en juego la codicia del capitán Trevelyan. Una oportunidad así de alquilar su casa en pleno invierno no se le presentaría una sola vez entre cien. Volvió a escribir preguntando qué alquiler estaba dispuesta a pagar la

solicitante.

Una oferta de doce guineas a la semana cerró las negociaciones. El capitán Trevelyan se fue a Exhampton, alquiló allí una modesta casa en las afueras que le costaba dos guineas[1] por semana, y le arrendó su mansión de Sittaford a Mrs. Willett, con la condición de percibir por anticipado la mitad del alquiler.

—Una loca y su dinero son dos cosas que no pueden estar mucho tiempo juntas —razonó el avaro capitán.

Aunque Burnaby pensaba aquella tarde, mientras examinaba disimuladamente a Mrs. Willett, que no tenía el aspecto de haber perdido la razón. Era una mujer de elevada estatura, algo extraña en sus maneras, pero con una fisonomía que reflejaba más sagacidad que locura. Le gustaba mucho vestirse con elegante ostentación, hablaba con un marcado acento colonial y parecía muy satisfecha de haber conseguido alquilar aquella residencia. Así lo manifestaba claramente, lo cual, como Burnaby pensó en más de una ocasión, contribuía a que aquel extraño negocio pareciese más singular aún. No era del tipo de mujer a quien se le pudiera atribuir una pasión por la vida solitaria.

Como vecina, había resultado de una amabilidad casi empalagosa. Las invitaciones para visitar la casa de Sittaford llovían en todas partes. Al capitán Trevelyan no cesaba de repetirle: «Considere la casa como si no la hubiese alquilado». Sin embargo, Trevelyan no era muy amigo de las mujeres. Se decía que había sufrido calabazas en su juventud. Con notable persistencia, rehusó todas las invitaciones. Ya hacía dos meses que las Willett se habían instalado allí y apenas quedaba rastro del interés que había despertado su llegada al lugar. Burnaby, reservado y silencioso por naturaleza, continuaba el estudio de la señora de la casa, tan absorto que no sintió la menor necesidad de seguir la conversación. Le gustaba comprobar que no estaba loca, ni mucho menos, como así era en realidad. Por fin, llegó a una conclusión satisfactoria. Su mirada se fijó en Violet Willett. Una bonita muchacha, y delgada, desde luego, como casi todas las de hoy en día. ¿Qué se podía admirar en una mujer si perdía su aspecto femenino? Los periódicos decían que las curvas volvían a estar de moda. Ya era hora.

Sintió la necesidad de atender a la conversación.

—Al principio, nos temimos que no pudiese venir a vernos —

dijo Mrs. Willett—. Nos dijo algo por el estilo, ¿recuerda? Por eso nos ha complacido mucho que después nos dijera que de todos modos vendría.

—Viernes —replicó el comandante Burnaby con aire de ser muy explícito.

Pero Mrs. Willett se quedó confusa ante tan enigmática palabra.

—¿Viernes?

—Sí, los viernes voy a casa de mi amigo Trevelyan. Y los martes viene él. Así lo hemos hecho durante muchos años.

—¡Ah, ya comprendo! Es natural, viviendo tan cerca el uno del otro.

—Es una especie de costumbre.

—Pero ¿sigue usted haciéndolo ahora? Quiero decir desde que él se ha ido a vivir a Exhampton.

—Es triste tener que romper una costumbre —contestó el comandante Burnaby—, pero el mal tiempo nos ha hecho perder estas últimas tardes.

—Tengo entendido que se dedican ambos a participar en concursos, ¿no es así? —preguntó Violet—. Acrósticos, crucigramas y todas esas cosas…

Burnaby asintió.

—Sí, yo resuelvo los crucigramas. Trevelyan se dedica a los acrósticos. Cada uno se ciñe a su propio terreno. El mes pasado gané tres libros en un concurso de crucigramas —explicó con cierto orgullo.

—¡Oh, muy bien! ¡Qué magnífico! ¿Eran interesantes los libros?

—No lo sé porque no los he leído. Tienen aspecto de ser muy aburridos.

—Lo que importa es ganar un premio, ¿verdad? —dijo Mrs. Willett con aire distraído.

—¿Cómo va usted a Exhampton? —preguntó Violet—. Porque usted no tiene automóvil.

—Voy a pie.

—¿Cómo? ¡No es posible! ¡Si hay seis millas!

—Es un buen ejercicio. ¿Qué son doce millas? Así se conserva uno en forma. Y es una gran cosa estar en forma.

—¡Imagínese! ¡Doce millas andando! Según tengo entendido, usted y el capitán Trevelyan eran grandes deportistas, ¿no es así?

—Teníamos la costumbre de ir juntos a Suiza. Practicábamos los deportes de nieve en invierno y escalábamos las montañas en verano. ¡Un hombre maravilloso sobre el hielo, el amigo Trevelyan! Ahora ambos somos demasiado viejos para estas cosas.

—Usted ganó el campeonato militar de marcha con raquetas, ¿verdad que sí? —preguntó Violet con aire entusiasta.

El comandante se ruborizó como una damisela.

—¿Quién le ha contado eso? —musitó entre dientes.

—El capitán Trevelyan.

—Valdría más que Joe contuviese su lengua —comentó Burnaby —. Habla demasiado. ¿Cómo sigue el tiempo ahora?

Respetando su turbación, Violet le acompañó hasta la ventana. Apartaron la cortina a un lado y miraron hacia la desolada escena exterior.

—Sigue nevando —dijo Burnaby—. Y mucho, diría yo.

—¡Oh, qué emocionante! —exclamó Violet—. Siempre he pensado que la nieve es una cosa muy romántica. Nunca la había visto antes de ahora.

—No resulta tan romántica cuando las cañerías empiezan a reventar, locuela —dijo su madre.

—¿Ha vivido siempre en Sudáfrica, miss Willett? —preguntó el comandante Burnaby.

Ante esta pregunta, la muchacha perdió visiblemente algo de su animación. Y pareció que se violentaba un poco cuando contestó:

—Sí. Ésta es la primera vez que he salido de allí. Por eso me resulta todo tan terriblemente emocionante.

¿Emocionante enterrarse en el más remoto y desierto pueblucho inglés? ¡Vaya idea! Nunca entendería a esa gente.

Se abrió la puerta y la doncella anunció:

—Mr. Rycroft y Mr. Gardfield.

Se presentaron un anciano pequeño y seco como una pasa y, tras él, un joven de rostro fresco y coloreado y semblante infantil. Este último fue el que habló primero:

—Aquí se lo traigo, Mrs. Willett. Me dijo que si quería verlo enterrado bajo un alud de nieve. ¡Ja, ja! Esto tiene un aspecto sencillamente maravilloso. ¡Un buen fuego en la chimenea!

—Como dice muy bien mi joven amigo, él me ha guiado amablemente hasta esta casa —explicó Mr. Rycroft después de

estrechar las manos de los presentes con afectada ceremonia—. ¿Cómo está usted, miss Violet? ¡Qué tiempecito más invernal! Demasiado propio de esta estación del año.

Y se acercó al fuego, sin dejar de hablar con Mrs. Willett, mientras Ronald Gardfield le daba la lata a Violet.

—Estaba pensando… ¿no podríamos patinar en algún sitio? Por aquí cerca habrá algún estanque helado.

—Creí que cavar caminos en la nieve era su único deporte.

—Pues eso he hecho toda la mañana.

—¡Oh, pobre hombre, cuánto trabaja…!

—¡No se ría de mí, no! Mire, tengo las manos llenas de ampollas.

—¿Cómo está su tía?

—¡Oh, siempre igual! A veces asegura que se encuentra mejor y otras que está mucho peor, pero yo creo que, en realidad, su salud no experimenta nunca la menor variación. La suya es una vida terrible como ya sabe. Cada nuevo año que transcurre me pregunto cómo puedo aguantarla. Pero ¡qué le vamos a hacer! No hay más remedio que ayudar un poco a ese viejo pajarraco, Navidad tras Navidad. Si no, sería muy capaz de dejar su dinero a un asilo de gatos. Ahora tiene ya cinco en casa, ¿no lo sabía? Yo me paso el día acariciando a esos antipáticos animales y simulando que les tengo un cariño loco.

—Me gustan más los perros que los gatos.

—Lo mismo me pasa a mí. Lo que yo digo es que un perro es… bueno, un perro es siempre un perro, ¿verdad?

—¿Y toda la vida le han gustado los gatos a su tía?

—Yo creo que esa afición es consecuencia propia de su vida de solterona. ¡Uf, odio a esos animales!

—Su tía es muy simpática, pero en algunas ocasiones asusta un poco.

—Yo diría que antes no era así. A veces, me vuelve loco. Como usted ya sabe, ella cree que no tengo nada dentro de la cabeza.

—¿Y tiene usted algo en realidad?

—¡Oh, venga ya! ¡No me diga esto! Hay muchas personas que parecen locas y se ríen de todo.

—Mr. Duke —anunció la doncella.

Era el que acababa de llegar. Había comprado en septiembre el

sexto y último de los chalés. Era un hombre alto y robusto, de carácter tranquilo y aficionado a la jardinería. Mr. Rycroft, que sentía un verdadero entusiasmo por los pájaros y vivía en el chalé de al lado, se encargó de protegerlo con su amistad tapando la boca a quienes decían que Duke era un hombre muy simpático, pero que… después de todo… bastante… bueno ¿bastante qué? ¿Podía asegurarse que era un comerciante retirado?

Lo cierto era que nadie se había atrevido a preguntarle por su pasado y, por otra parte, casi resultaba preferible ignorarlo. Porque si alguien se enteraba de eso, acaso se vería en una situación un poco embarazosa y en un pueblo tan pequeño era preferible estar a buenas con todos.

—¿No ha dado hoy su paseíto hasta Exhampton con este tiempo, verdad? —le preguntó Duke al comandante Burnaby.

—No, señor. Imagino que es difícil que el amigo Trevelyan me espere esta noche.

—Es horroroso, ¿no es verdad? —dijo Mrs. Willett con un estremecimiento—. Vivir enterrado en esta aldea año tras año debe de ser terrible.

Mr. Duke le lanzó una rápida mirada, mientras el comandante Burnaby la contemplaba con cierta curiosidad.

Pero en aquel momento, entró la doncella con el té.

Capítulo II

El mensaje

Terminado el té, Mrs. Willett propuso que jugasen al bridge.

—Somos seis; por lo tanto, dos tendrán que esperar turno.

Los ojos de Ronnie brillaron de satisfacción.

—Empiecen a jugar los cuatro —indicó el joven—. Miss Violet y yo hablaremos.

Pero Mr. Duke dijo que no contasen con él porque desconocía el bridge. El rostro de Ronnie perdió su momentánea animación.

—Entonces, podríamos escoger un juego en el que entrásemos todos —dijo la señora de la casa.

—O hagamos el experimento del velador —sugirió Ronnie—. Es noche de fantasmas y espíritus. El otro día hablábamos acerca de esto, ¿recuerdan ustedes? Y esta tarde, mientras veníamos hacia aquí, Mr. Rycroft y yo hemos vuelto a hablar del mismo asunto.

—Soy miembro de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas —explicó Rycroft con su acostumbrada concisión—, y he querido precisarle al joven amigo uno o dos puntos.

—¡Sandeces! —exclamó el comandante Burnaby de un modo que todos lo oyeron.

—¡Oh! Pero es muy divertido, ¿no les parece? —replicó Violet —. Yo opino que tanto si uno cree en ello como si no, se trata de un buen entretenimiento. ¿Qué dice a eso, Mr. Duke?

—Lo que usted guste, miss Violet.

—Pues apaguemos las luces y escojamos una mesa que vaya bien. No, ésa no, mamá. Estoy segura de que es demasiado pesada.

Finalmente, se arreglaron las cosas a entera satisfacción de

todos. Una bonita mesita redonda, con la superficie lisa, fue traída desde una habitación contigua. La colocaron frente a la chimenea y cada cual se sentó donde quiso a su alrededor. Las luces continuaron apagadas.

El comandante Burnaby se encontró entre Mrs. Willett y Violet. Al otro lado de la joven, estaba Ronnie Gardfield. Una cínica sonrisa plegaba los labios del comandante, mientras pensaba: «En los días de mi juventud, esto se llamaba: «¡Levántate, Jenkins!»». Y en vano trató de recordar el nombre de una muchacha de sedoso cabello cuya mano mantuvo él cogida por debajo de la mesa durante un larguísimo rato. ¡Cuánto tiempo había pasado desde entonces! Pero eso de «¡Levántate, Jenkins!» era un bonito juego.

Empezaron por las acostumbradas burlas, risas, cuchicheos y demás comentarios obligados.

—Los espíritus tardarán mucho en venir —dijo uno.

—Hay que andar un buen rato para llegar hasta aquí —dijo otro.

—¡Silencio! Si no estamos serios, no sucederá nada.

—¡Oh, quietecitos! ¡Todo el mundo bien quieto!

—No ocurre nada.

—¡Claro que no! Nunca se manifiestan al principio.

—Si al menos se estuviese usted quieto y callado…

Por fin, al cabo de un rato, los murmullos de las conversaciones sostenidas en voz baja se extinguieron. Sobrevino un largo silencio.

—Esta mesa está más muerta que mi abuela —murmuró Ronnie Gardfield con aire de disgusto.

—¡Chis…!

Una ligera vibración se extendió por la pulida superficie de la mesita y ésta empezó a oscilar.

—¡Pregúntele cosas! —exclamó Violet—. ¿Quién va a encargarse de las preguntas? Usted, Ronnie, háganos el favor.

—Sí, pero… bueno, ¿y qué pregunto?

—Pregunte si hay algún espíritu presente —le apuntó Violet.

—Bueno, pues… ¿hay un espíritu presente?

La mesa se agitó abruptamente.

—Eso quiere decir que sí —apuntó Violet.

—Esto… ¿quién eres?

—Pídale que nos indique su nombre.

—¿Cómo va a poder hacerlo?

—Mediante una serie de oscilaciones que nosotros contaremos.

—¡Ay, ya comprendo! Bien… ¿me quieres deletrear tu nombre, espíritu?

El velador comenzó a moverse violentamente.

—A… B… C… D… E… F… G… H… I… ¡Oh! Ahora he perdido la cuenta y no sé si se ha parado en la I o en la J.

—Pregúntaselo. ¿Era la I?

La mesa afirmó con una oscilación.

—Muy bien. Venga la letra siguiente, por favor.

El nombre del espíritu presente resultó ser IDA.

—Dinos, ¿tienes algún mensaje que comunicar a alguien aquí presente?

—Sí.

—¿Para quién es ese mensaje? ¿Para miss Willett?

—No.

—¿Para Mrs. Willett?

—No.

—¿Para Mr. Rycroft?

—No.

—¿Para mí? —acabó por preguntar el joven.

—Sí.

—¡Es para usted, Ronnie! ¡Vamos, haga que se explique!

El velador deletreó DIANA.

—¿Quién es Diana? —preguntó Violet—. ¿Conoce usted a alguien que se llame Diana?

—No, no recuerdo. A menos que se trate de…

—Venga, diga… seguro que sí.

—¿Por qué no le pregunta si es una viuda?

Aquello resultaba divertido. Mr. Rycroft sonrió indulgentemente. La gente joven siempre estaba de broma. Aprovechando un momentáneo relámpago del fuego de la chimenea, echó una ojeada al rostro de Mrs. Willett y pudo observar que parecía preocupada y abstraída. Sus pensamientos estaban lejos de allí.

El comandante Burnaby pensaba en la nieve. Seguro que aquella noche seguiría nevando. Era el invierno más crudo que podía recordar.

Mr. Duke se tomaba el juego muy en serio. Por lo visto, los espíritus no le prestaban apenas atención. Todos los mensajes

parecían ser para Violet y Ronnie.

Violet iría en breve iría a Italia. Alguien iría con ella. No sería otra mujer, sino un hombre que se llamaba Leonard.

Hubo más risas. La mesita deletreó el nombre de la ciudad, pero no tenía nada de italiano; el nombre más bien parecía una ciudad rusa.

Salieron a relucir las acusaciones propias de estas sesiones.

—Miren… miren lo que hace Violet —indicó alguien, observando que la joven estaba casi echada sobre el velador—. No empuje la mesa.

—¡Yo no la empujo! Fíjense, tengo las manos completamente separadas del tablero y sigue oscilando. Véanlo, véanlo.

—A mí me gustan los golpes secos, las llamadas de los espíritus —dijo otro—. Voy a pedirles que nos hagan oír algún ruido, y que sea de los fuertes.

—Bueno, pediremos que haya ruidos —aceptó Ronnie; y volviéndose hacia Mr. Rycroft, su amigo, le preguntó—: ¿Podremos conseguir algún ruido? ¿Qué le parece?

—En las circunstancias actuales, opino que será un poco difícil —contestó Mr. Rycroft con sequedad.

A estas palabras siguió un largo silencio. La mesa estaba inerte, sin querer responder a las preguntas que se le hacían.

—¿Es que se ha marchado ya Ida?

Una lánguida oscilación confirmó esa sospecha.

—¿No hay por ahí algún otro espíritu amable que quiera decirnos algo?

Nada, la mesa seguía inmóvil. De repente, empezó a moverse y a oscilar violentamente.

—¡Hurra! ¿Eres tú otro espíritu?

—Sí.

—¿Traes un mensaje para alguien?

—Sí.

—¿Para mí?

—No.

—¿Para Violet?

—No.

—¿Para el comandante Burnaby?

—Sí.

—Esta vez le toca a usted, comandante Burnaby. ¿Quieres deletrearlo, por favor?

La mesa inició un lento bailoteo.

—T… R… E… V… ¿Estás seguro de que la última es una V? ¿Sí? ¡Pues no tiene ningún sentido!

—TREVELYAN, sin duda alguna —indicó Mrs. Willett—. Se refiere al capitán Trevelyan.

—¿Nos vas a decir algo del capitán Trevelyan?

—Sí.

—¿Traes algún mensaje para él?

—No.

—Bueno. Entonces, ¿de qué se trata?

La mesa empezó a balancearse con gran lentitud, pero a un ritmo perfecto. Se mecía tan despacio, que a todos les fue fácil contar las letras: M… una pausa, U… E… R… T… O…

—¡MUERTO!

—¿Alguien ha muerto?

En lugar de contestar «sí» o «no», el velador empezó a oscilar otra vez hasta detenerse en la letra T.

—¡T! ¿Te refieres a Trevelyan?

—¡Sí!

—¿Quieres decir que Trevelyan ha muerto?

—¡Sí!

Esta vez el movimiento fue muy brusco y rotundo. Alguien carraspeó. Un ligero estremecimiento agitó a toda la concurrencia.

La voz de Ronnie, al resumir todas sus preguntas en una sola, sonó muy diferente de como hasta entonces: amedrentada y nerviosa.

—¿Quieres decir que el capitán Trevelyan está muerto?

—Sí.

Hubo una larga pausa. Parecía como si nadie supiese qué nuevas preguntas se le podían hacer a la mesita, ni cómo comportarse ante tan inesperado acontecimiento.

Cuando aún duraba esta pausa, el velador volvió a balancearse. Con toda claridad y lentitud, marcó las letras que Ronnie pronunció en voz alta:

—A… S… E… S… I… N… A… T… O…

Mrs. Willett lanzó un agudo grito y retiró sus manos

rápidamente de la mesita.

—No quiero que continuar. Es horrible. No me gusta.

La voz clara y resonante de Mr. Duke atronó la pequeña habitación al preguntar al velador:

—¿Quieres decir que el capitán Trevelyan ha sido asesinado?

Apenas había salido de sus labios la última sílaba de esta pregunta, cuando se produjo la respuesta: la mesita osciló tan violenta y afirmativamente que por poco se cayó al suelo. Y osciló una sola vez:

—¡Sí!

—¡Basta! —exclamó Ronnie retirando sus manos del tablero del velador—. Esta broma es repugnante. —Su voz temblaba al decirlo.

—Enciendan las luces —sugirió Mr. Rycroft.

El comandante Burnaby se levantó y accionó el interruptor. El repentino resplandor alumbró una serie de rostros pálidos y descompuestos.

Cada uno de los reunidos miraba a los demás, sin que nadie supiese exactamente qué decir.

—Una sarta de disparates, desde luego —aseguró Ronnie con una sonrisa forzada.

—Tonterías sin sentido —confirmó Mrs. Willett—. Nadie debería… nadie tendría que hacer esta clase de bromas.

—Y menos cuando se refieren a muertes y asesinatos —dijo Violet—. ¡Oh, es muy desagradable… no me gusta nada!

—Yo no movía la mesa —indicó Ronnie, presintiendo que una general y silenciosa crítica estaba recayendo sobre él—. Les juro que no lo he hecho.

—Lo mismo puedo asegurar yo —afirmó Mr. Duke—. ¿Y usted, Mr. Rycroft?

—¡Pues yo tampoco! —exclamó con acalorado acento el interpelado.

—No creerán que yo haría una broma de esa índole, ¿verdad? —refunfuñó el comandante Burnaby—. No tengo tan mal gusto.

—Violet, querida… —empezó a decir Mrs. Willett.

—Yo no he sido, mamá. Te aseguro que yo no lo he hecho. Nunca haría una cosa así.

A la muchacha casi se le saltaron las lágrimas.

Todos se sentían incómodos. Una sombra repentina había

descendido sobre aquella alegre reunión.

El comandante Burnaby empujó hacia atrás su silla, se dirigió hacia la ventana, apartó a un lado las cortinas y permaneció allí largo rato mientras daba la espalda a la habitación.

—Son las cinco y veinticinco —dijo Mr. Rycroft echando una ojeada al reloj de la chimenea. Después lo comparó con su propio reloj y todos se dieron cuenta de que aquellas observaciones tenían algún significado relacionado con su actual preocupación.

—Vamos a ver —dijo Mrs. Willett con forzada amabilidad—, me parece que sería mejor que tomásemos ahora un cóctel. Mr. Gardfield, ¿quiere tener la bondad de tocar el timbre?

Ronnie obedeció.

La doncella trajo los ingredientes necesarios y Ronnie fue el encargado de mezclarlos. La tensión de la situación cedió un poco.

—Bueno —dijo Ronnie levantando su vaso—. Esto ya está listo.

Los demás correspondieron a su invitación, todos menos la silenciosa figura junto a la ventana.

—Comandante Burnaby, aquí tiene su cóctel.

El aludido pareció despertar con un brusco respingo. Se volvió lentamente hacia la sala.

—Muchas gracias, Mrs. Willett, pero no cuenten conmigo. —Y mirando por última vez hacia el exterior, se acercó de nuevo lentamente al grupo que bebía ante la chimenea—. Les agradezco mucho sus atenciones. Buenas noches.

—¡No puede irse ahora!

—Me temo que debo marcharme.

—¡No se vaya tan pronto! ¡Y con una noche como ésta!

—No sabe cuánto lo lamento, Mrs. Willett, pero no tengo más remedio que hacerlo. ¡Si al menos hubiese algún teléfono por aquí cerca…!

—¿Un teléfono?

—Sí. Para serle franco, yo… bueno, me gustaría asegurarme de que Joe Trevelyan está bien. Todo eso son estúpidas supersticiones, pero ahí están. Naturalmente, no creo en esas supercherías, pero…

—Pero no podrá telefonear desde ningún sitio porque no hay ningún teléfono en Sittaford.

—Exacto. Como no puedo telefonear, tendré que ir allí.

—Entonces, vaya. Pero no conseguirá que ningún automóvil le

lleve por ese camino. Elmer no querrá llevarle en su coche con una noche como ésta.

Elmer era el propietario del único automóvil de la localidad, un viejo Ford que era alquilado a un precio asequible por los que deseaban dirigirse a Exhampton.

—No, no, nada de ir en coche. Mis dos piernas me llevarán allí, Mrs. Willett.

Se levantó un coro de protestas.

—¡Oh! ¡Comandante Burnaby, eso es *imposible*! Usted mismo acaba de decir que va a nevar.

—Cierto, aunque aún tardará una hora en empezar a caer nieve… tal vez más. Entretanto, habré llegado. No se preocupen.

—¡Oh! No puede hacerlo. No podemos consentirlo.

La señora de la casa estaba alterada e inquieta.

Pero los razonamientos y las súplicas no afectaron al comandante Burnaby más que a una roca. Era un hombre obstinado.

Cuando su mente decidía algo, ningún poder humano era capaz de hacerle desistir.

Estaba resuelto a ir a pie a Exhampton y comprobar por sí mismo que no le ocurría nada a su viejo amigo, y repitió esta simple argumentación media docena de veces.

Finalmente, todos tuvieron que aceptar que lo hiciera. Se envolvió cuidadosamente en su sobretodo, encendió la linterna que había traído y se adentró en la noche.

—Pasaré un momento por mi casa a recoger una botella —dijo con voz alegre—, y entonces ya podré emprender la marcha sin ningún temor. Trevelyan me alojará en su casa por esta noche, sin duda alguna. Todo esto son temores ridículos, ya lo sé. Seguro que no ocurre nada. No se preocupe, Mrs. Willett, nieve o no nieve llegaré en un par de horas. Buenas noches a todos.

Y se alejó. Los demás tomaron asiento delante de la chimenea.

Rycroft se detuvo un instante a contemplar el cielo.

—Sé que va a nevar —murmuró dirigiéndose a Mr. Duke—, y empezará mucho antes de que llegue a Exhampton. Celebraré que llegue sin novedad.

Duke frunció el entrecejo.

—Lo soñé. Creo que debía de haberme ido con él. Uno de

nosotros hubiera debido acompañarle.

—Todo esto es muy lamentable —dijo miss Willett muy lentamente—. Muy lamentable. Violet, no quiero que en mi casa se repita nunca más ese estúpido juego. Ahora, el pobre comandante Burnaby será probablemente arrastrado por la ventisca o tal vez muera de frío en medio de la carretera. A su edad… ¡Qué locura partir en estas circunstancias! Desde luego, el capitán Trevelyan estará perfectamente bien.

Todos repitieron: —¡Claro que sí!

Sin embargo, ninguno de ellos se sentía muy tranquilo. Suponiendo que *le hubiese ocurrido algo* al capitán Trevelyan…

Suponiendo…

Capítulo III

Las cinco y veinticinco

Dos horas y media después, poco antes de las ocho de la noche, el comandante Burnaby, linterna en mano, la cabeza inclinada hacia delante para no ser cegado por la nieve que caía, encontró por fin el sendero que conducía a la puerta de Hazelmoor, la casa alquilada por el capitán Trevelyan.

La nieve había empezado a caer una hora antes en forma de grandes y densos copos. El comandante Burnaby carraspeaba, emitiendo esos sordos ronquidos característicos en un hombre agotado por el esfuerzo. Estaba entumecido por el frío. Sacudió fuertemente sus pies contra el suelo, resopló, lanzó dos o tres bufidos, resopló de nuevo y aplicó un dedo casi helado al timbre.

El timbre resonó en la noche de un modo penetrante.

Burnaby esperó. Tras un silencio de algunos minutos, y como no se apreciaban señales de vida, volvió a llamar al timbre.

Una vez más no hubo señales de vida.

Burnaby llamó por tercera vez, prolongando esta vez la llamada manteniendo el dedo en el timbre.

Aún repitió los timbrazos muchas veces más, sin obtener la menor señal de vida del interior de la casa.

En la puerta había también un llamador. El comandante Burnaby lo levantó, golpeó con él vigorosamente la puerta y produjo un estrépito atronador.

Aun así, la pequeña casa continuó silenciosa como la muerte.

El comandante desistió. Por un momento permaneció allí, ante la puerta, perplejo e indeciso; luego, muy despacio, desanduvo el

sendero de entrada y salió al exterior de la cerca para continuar su marcha por el camino que conducía a Exhampton. Después de haber caminado unas cien yardas, llegó ante el pequeño puesto de policía.

Allí tuvo un nuevo instante de duda; al fin, se decidió a entrar en la oficina.

El agente Graves, que conocía muy bien al comandante, se levantó con verdadero asombro.

—¡Caramba, señor! Nunca hubiese supuesto que usted anduviera de paseo en una noche como ésta.

—Escúcheme —suplicó Burnaby brevemente—, he estado tocando el timbre y golpeando con el llamador en casa del capitán, y no he conseguido ninguna respuesta.

—Bueno, es natural, estamos a viernes —observó Graves, que conocía muy bien las costumbres de los dos—. Pero no querrá hacerme creer que acaba de llegar de Sittaford en una noche como ésta. Seguro que al capitán no le esperaba.

—Tanto si él me esperaba como si no, el caso es que he venido —dijo Burnaby en tono impertinente—. Y como le estaba diciendo, no he conseguido entrar. He tocado repetidas veces el timbre, he aporreado con el llamador y nadie contesta.

Parte de su intranquilidad pareció contagiarse al policía que le escuchaba.

—Es extraño —dijo arrugando el ceño.

—Desde luego, es muy extraño —confirmó Burnaby.

—No es cosa de creer que haya salido de su casa en una noche como esta.

—Naturalmente. No creo que haya querido salir de paseo en una noche como ésta.

—¡Sí que es extraño! —repitió Graves.

Burnaby manifestó su impaciencia ante la inactividad de aquel hombre.

—¿Es que no piensa hacer algo? —le soltó.

—¿Hacer algo?

—Sí, hacer algo.

El policía meditó.

—Supongamos que se haya puesto enfermo. —Dicho esto su rostro se animó—. Se me ocurre probar si contesta al teléfono.

Apoyándose en el codo, descolgó el aparato y pidió el número

del capitán; pero al teléfono, como al timbre de la puerta, no hubo ninguna respuesta del capitán Trevelyan.

—Parece como si no oyera nuestras llamadas —indicó Graves colgando el auricular—. ¡Con esa manía de vivir solo en la casa…! Creo que lo mejor que podemos hacer es ir a buscar al doctor Warren y llevarlo con nosotros.

La vivienda del doctor Warren estaba casi junto al puesto de policía. En aquel preciso instante el médico se acababa de sentar a la mesa para cenar con su esposa y no pareció gustarle la proposición. Sin embargo, aceptó acompañarles refunfuñando y se envolvió en un viejo abrigo, se calzó un par de botas de goma y se abrigó el cuello con una bufanda de punto.

La nieve seguía cayendo.

—¡Condenada noche! —murmuró el doctor—. Espero que no me habrán llamado para que les acompañe a tomar el aire. Trevelyan es fuerte como un caballo. Nunca ha necesitado mis servicios.

Burnaby no replicó nada.

Cuando llegaron a Hazelmoor, volvieron a tocar el timbre y a golpear con el llamador, sin conseguir la menor respuesta.

Entonces, el doctor propuso que diesen la vuelta a la casa para ver si podían entrar por una de las ventanas posteriores.

—Son más fáciles de forzar que la puerta —explicó.

Graves aceptó la idea y empezaron a dar la vuelta a la casa. Encontraron una puerta lateral e intentaron abrirla, pero estaba atrancada, por lo que tuvieron que continuar la marcha sobre los parterres cubiertos de nieve hasta llegar a las ventanas traseras. De repente, Warren lanzó una exclamación:

—¡Fíjense en la ventana del despacho! ¡Está abierta…!

Era verdad: la ventana, de estilo francés, estaba entornada.

Los tres apresuraron el paso. En una noche como aquella, a nadie que estuviese en su sano juicio se le ocurriría abrir una ventana. En la habitación se veía una luz encendida que proyectaba una estrecha franja amarillenta.

Los tres hombres llegaron simultáneamente al pie de la ventana. Burnaby fue el primero en entrar, ayudado por el agente, quien se mantenía firme sobre sus talones y entró tras él.

Ambos se quedaron paralizados como muertos al contemplar el interior de la habitación, mientras algo así como un ahogado grito

salía de la boca del ex soldado. En un instante, Warren se unió a ellos y pudo ver a su vez lo que habían visto.

El capitán Trevelyan yacía en el suelo, boca abajo. Sus brazos estaban extendidos y había un gran desorden en toda la habitación. Los cajones de la mesa de despacho estaban fuera de su sitio y numerosos papeles estaban en el suelo. La ventana inmediata tenía los bordes astillados en el lugar donde había sido forzada, cerca del pestillo. Junto al capitán se veía un burlete de color verde oscuro de unas dos pulgadas de diámetro.

Warren lo apartó de allí para poder arrodillarse junto al cuerpo exánime.

Un minuto fue suficiente. Se levantó de nuevo sobre sus pies con el rostro muy pálido.

—¿Está muerto? —preguntó Burnaby.

El doctor asintió.

Luego se volvió hacia Graves.

—Ahora le toca a usted decir lo que se ha de hacer.

—Yo no puedo hacer otra cosa que examinar el cadáver con más minuciosidad, y tal vez opine usted que conviene esperar que llegue el inspector. De momento, no es posible precisar la causa de la muerte. Me parece que se trata de una fractura de la base del cráneo. Y creo que podría adivinar el arma empleada —concluyó el doctor, señalando hacia el burlete verde.

—Trevelyan lo tenía siempre extendido a lo largo de la rendija inferior de la puerta para evitar las corrientes de aire —explicó Burnaby. Su voz era ronca.

—Sí, ¿eh?, pues es una especie de saco de arena muy eficaz.

—¡Dios mío!

—Por lo visto… —empezó a decir el agente, dando forma concreta a sus lentos y torpes pensamientos—… usted afirma que esto es un asesinato.

El policía dio algunos pasos en dirección a la mesa, en la que se veía un aparato telefónico.

El comandante Burnaby se acercó al doctor.

—¿Tiene usted alguna idea —preguntó respirando con dificultad — de cuanto lleva muerto?

—Unas dos horas, a mi juicio, o tal vez tres. Aunque esto no es más que una primera y burda apreciación.

Burnaby se pasó la lengua por los resecos labios.

—¿Quiere decir —insistió— que mi amigo ha podido ser asesinado hacia las cinco y veinticinco de esta tarde?

El doctor le miró con gran curiosidad.

—Si tuviese que decir una hora concreta, sería ésa, poco más o menos.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Burnaby.

Warren tenía la mirada puesta en él.

El comandante se acercó como a ciegas hasta una silla, se dejó caer en ella y murmuró en voz baja, mientras una expresión de terror invadía su rostro:

—*¡Las cinco y veinticinco minutos!* ¡Oh, Dios mío, entonces *era cierto* después de todo!

Capítulo IV

El inspector Narracott

La mañana que siguió a la fatídica fecha de la tragedia, dos hombres estaban de pie en el pequeño despacho de Hazelmoor.

El inspector Narracott miraba a su alrededor. Unas leves arrugas aparecieron en su frente.

—Sí —dijo pensativo—, sí…

El inspector Narracott era un agente muy eficaz. Se caracterizaba por una tranquila persistencia, una mente lógica y la atención que concedía a los pequeños detalles, todo lo cual le hacía obtener éxitos donde muchos otros habían fracasado.

Era un hombre alto, de actitud reposada, ojos más bien grises y hablar lento y suave, con acento de Devonshire.

Requerido desde Exeter para hacerse cargo del caso, llegó en el primer tren de la mañana. Las carreteras estaban intransitables para los automóviles, aunque colocasen cadenas; de no ser así, hubiese llegado la misma noche anterior. En aquel momento, estaba de pie en el despacho del capitán Trevelyan y acababa de completar un minucioso examen de dicha habitación. Con él se hallaba el sargento Pollock, de la policía de Exhampton.

—Sí… —repetía el inspector Narracott.

Un rayo de sol, pálido e invernal, penetró en la habitación a través de la ventana. En el exterior se veía la campiña nevada. A unas cien yardas de la ventana, se divisaba una cerca y tras ella ascendía una empinada ladera que formaba parte de las nevadas colinas que formaban el fondo del paisaje.

El inspector Narracott se inclinó una vez más sobre el cadáver,

que permanecía aún allí para facilitar la investigación. Como buen deportista, reconocía en el muerto la constitución atlética: anchos hombros, caderas estrechas y un excelente desarrollo muscular. La cabeza era pequeña y firme, y la puntiaguda barba de marino estaba muy bien recortada. La edad del capitán Trevelyan, según había comprobado, era de sesenta años; pero aparentaba no tener mucho más de cincuenta y uno o cincuenta y dos.

—Es un asunto muy curioso —afirmó el inspector Narracott.

—¡Ah! —exclamó el sargento Pollock.

El inspector se volvió hacia él.

—¿Qué opina de todo esto?

—Bueno… —empezó a decir el sargento Pollock, rascándose la cabeza. Era un hombre precavido, al que no le gustaba anticipar más de lo estrictamente necesario—. Bueno —repitió—, por lo que he podido observar, inspector, yo aseguraría que el criminal se acercó a esta ventana, forzó el cierre y se dispuso a revolver la habitación. El capitán Trevelyan me imagino que estaba en el piso superior. Sin duda alguna, el ladrón creía encontrarse solo en la casa.

—¿Dónde está situado el dormitorio del capitán?

—En el piso de arriba, inspector, encima de esta habitación.

—En esta época del año, ya es oscuro a las cuatro de la tarde. Si el capitán Trevelyan se hubiese encontrado en su dormitorio, es de suponer que la luz estaría encendida y, entonces, el ladrón la hubiera visto al aproximarse a esa ventana.

—¿Quiere decir que hubiese esperado a mejor ocasión?

—Ningún hombre en su sano juicio entrará a robar en una casa en la que hay una luz encendida. Si alguien forzó esta ventana, lo hizo creyendo que la casa estaba vacía.

El sargento Pollock volvió a rascarse la cabeza.

—Es un poco raro, lo admito; pero el caso es que así fue.

—Bueno, de momento dejemos aparte este detalle. Continúe.

—Está bien. Supongamos que el capitán oye un ruido en el piso inferior. Baja a investigar. El ladrón lo oye venir, arranca entonces esta especie de almohadilla, se oculta detrás de la puerta y, cuando el capitán entra en la habitación, al darle la espalda, le golpea en la cabeza.

El inspector Narracott asintió.

—Sí, es bastante probable. Lo golpearon cuando estaba frente a la ventana. Sin embargo, Pollock, no me gusta.

—¿No, señor?

—No, porque, como le decía, no me parece razonable que alguien se dedique a entrar a robar en una casa a las cinco de la tarde.

—Bueno, tal vez ese hombre pensara que era el momento más oportuno.

—Es que aquí no se trata sólo de la oportunidad de introducirse en la casa por haber encontrado la ventana sin cerrar. Estamos ante un caso de allanamiento de morada premeditado. Fíjese en la confusión que se observa en todo este despacho. ¿Adónde se hubiera dirigido en primer lugar un ladrón vulgar? A la vitrina donde se guarda la plata.

—Esto es muy cierto —admitió el sargento.

—Y esta confusión, este caos… —continuó Narracott—, estos cajones abiertos con el contenido tan revuelto… ¡Bah! ¡No perdamos el tiempo en palabrería!

—¿Palabrería? —exclamó el sargento extrañado.

—Fíjese en la ventana, sargento. *¡No estaba cerrada ni ha sido forzada para abrirla!* Sólo estaba entornada y, desde fuera, la abrieron procurando fingir que la forzaban.

Pollock examinó el cierre de la ventana atentamente, soltando una maldición para sí mismo cuando lo hubo hecho:

—Está en lo cierto, señor —dijo con respetuoso acento—. ¿A quién se le habrá ocurrido?

—Alguien que deseaba echar tierra en nuestros ojos, cosa que no ha conseguido.

El sargento Pollock quedó muy reconocido de que su jefe emplease el adjetivo «nosotros». Con estas pequeñeces, el inspector Narracott sabía conquistar el cariño de sus subordinados.

—Entonces, esto no es un robo. En su opinión, señor, se trata de un trabajo desde el interior, ¿no es así?

El inspector Narracott asintió.

—Sí, señor. Sólo me extraña una cosa y es que, a mi juicio, el asesino entró realmente por la ventana. Tal como usted y Graves dijeron en su informe, y como yo puedo confirmar por mí mismo, se observan todavía varias manchas correspondientes a los sitios en

que se fundieron trozos de nieve al ser pisados por las botas del criminal. Estas manchas húmedas existen solamente en la habitación en que estamos. El agente Graves hizo constar que no encontró nada parecido en el vestíbulo cuando él y el doctor Warren pasaron por él. En cambio, en esta habitación las vio inmediatamente. En consecuencia, parece confirmarse que el asesino fue admitido por el capitán Trevelyan a través de la ventana. Por consiguiente, debe haber sido alguien a quien el capitán conocía. Usted, sargento, que es de aquí, ¿puede decirme si el capitán era de esos hombres que se crean enemigos con facilidad?

—No, señor, aseguraría que no tenía un solo enemigo en el mundo. Era un poco tacaño, un pajarraco bastante raro en sus costumbres y no toleraba la menor debilidad o descortesía por parte de los demás; pero, por todos los santos del cielo, todo el mundo sentía un gran respeto hacia él.

—Un hombre sin enemigos… —recalcó Narracott pensativo.

—Por lo menos aquí.

—Muy bien dicho, porque no podemos saber si se había creado alguno durante su carrera naval. Mi experiencia personal me enseña, sargento, que el hombre que despierta enemistades en un sitio, las despierta también en cualquier otro donde vaya, aunque he de aceptar que no es imposible dejar de lado esa posibilidad. Así llegamos, lógicamente, a tener que considerar el siguiente móvil, el que con más frecuencia se presenta en toda clase de crímenes: el lucro. El capitán Trevelyan, según tengo entendido, era un hombre rico.

—Sí, y apasionado por el dinero en todos sus aspectos, pero avaro. No era un hombre al que se le pudiera sacar fácilmente una suscripción.

—¡Ah! —exclamó Narracott reflexivamente.

—Es una lástima que haya nevado tanto —dijo el sargento—. Si no fuera por esto, podríamos haber seguido sus pisadas.

—¿No vivía nadie más en la casa? —preguntó el inspector.

—No. Durante los últimos cinco años el capitán Trevelyan no ha tenido más que un criado, un buen chico que sirvió en la marina. Cuando vivía en la casa de Sittaford, iba diariamente una mujer a limpiar, pero ese hombre, Evans, cocinaba y se ocupaba de todas las necesidades de su amo. Ahora hará un mes o algo así que se casó, lo

que contrarió mucho al capitán. Yo creo que ésta fue una de las razones que le decidieron a alquilar la casa de Sittaford a esa señora sudafricana. No quería que ninguna mujer viviese en su misma casa. Aquí, en Exhampton, Evans vive aquí cerca, a la vuelta de la esquina, en Fore Street, con su mujer, y todos los días venía a servir a su amo. Le he hecho venir para que usted lo vea. Su declaración es que se marchó de la casa a las dos y media de ayer tarde porque el capitán no lo necesitaba ya.

—Bien, me gustará verlo. Tal vez pueda decirnos algo útil.

El sargento Pollock lanzó una mirada de curiosidad a su jefe. Le extrañaba el raro tono con que había pronunciado las últimas palabras.

—¿Cree que…? —empezó a decir.

—Creo —replicó el inspector Narracott con decisión— que en este asunto hay mucho más de lo que hemos podido apreciar a simple vista.

—¿A qué se refiere? —preguntó el sargento.

Pero el inspector rehusó ser más explícito.

—¿Decía usted que ese hombre, Evans, está ahora aquí?

—Esperando en el comedor.

—Bien, lo veré ahora mismo. ¿Qué clase de individuo es?

El sargento Pollock servía más para explicar hechos que para hacer descripciones exactas.

—Pues un buen tipo, retirado de la armada. Mal adversario para una pelea, diría yo.

—¿Bebe?

—Esa no es la peor de las cosas que podría decir de él.

—¿Y qué me dice de su mujer? ¿No sería algún capricho del capitán o algo por el estilo?

—¡Oh! ¡No, señor, no piense semejante cosa del capitán Trevelyan! No era en absoluto de esa clase de hombres. Más bien se le conocía como enemigo de las mujeres, en todo caso.

—¿Y se supone que Evans era muy fiel a su amo?

—Esa es la creencia general, señor, y yo creo que se sabría algo de no ser así. Exhampton es un pueblo pequeño.

El inspector Narracott asintió con una inclinación de cabeza.

—Bien —dijo—, aquí ya no nos queda nada más que ver. Ahora interrogaré a Evans y echaré una ojeada al resto de la casa; después

iremos a Las Tres Coronas, donde hablaremos con el comandante Burnaby. Aquella indicación de él acerca de la hora del crimen resulta muy curiosa. Así que las cinco y veinticinco, ¿eh? Él debe saber algo que aún no ha contado, o si no, ¿por qué indicó esa hora con tanta exactitud?

Los dos hombres se encaminaron hacia la puerta.

—Este asunto es muy extraño —indicó el sargento Pollock con la mirada fija en los papeles desordenados que estaban por el suelo—. Toda esta comedia del robo…

—Esto no es precisamente lo que a mí me parece más extraño —replicó Narracott—. Dadas las circunstancias, es lo más lógico que se podía hacer. No, lo que me parece más extraño es lo referente a la ventana.

—¿Lo de la ventana, señor?

—Sí. ¿Por qué entraría por ella el asesino? Suponiendo que fuese alguna persona conocida de Trevelyan y a quien éste hubiera recibido sin dificultad, ¿por qué no entró por la puerta principal? Eso de dar la vuelta a la casa para entrar por la ventana del despacho en una noche como la pasada, me parece un procedimiento complicado y desagradable, sobre todo durante una nevada tan espesa como la que entonces caía. Sin embargo, alguna razón debía existir.

—Tal vez —sugirió Pollock— el criminal no quería que lo pudiesen ver desde la carretera cuando entraba en la casa.

—No creo que por aquí cerca hubiese muchas personas que pudieran verle, en una tarde como la de ayer. Nadie que pudiera evitarlo estaría fuera. No, ha de haber otra razón. Bueno, tal vez aparezca bien clara a su debido tiempo.

Capítulo V

Evans

Encontraron a Evans esperando en el comedor. Al verlos entrar, se levantó respetuosamente. Era un hombre de baja estatura y bastante fornido. Tenía los brazos muy largos y la costumbre de entrelazar las manos mientras estaba de pie. Con su rostro recién afeitado y sus pequeños ojos de cerdo, presentaba un aspecto de jovialidad y de eficiencia que le redimía de su apariencia de *bulldog*.

El inspector Narracott clasificó mentalmente sus impresiones: «Inteligente, astuto y práctico. Parece estar azorado». Después le preguntó:

—Usted es Evans, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Cuáles son sus nombres de pila?

—Robert Henry.

—Bien, dígame ahora todo lo que sepa acerca de este asunto.

—Pues no sé nada, señor. Sólo que me ha trastornado por completo. ¡Y pensar que mi capitán ha sido la víctima!

—¿Cuándo vio a su amo por última vez?

—Yo diría que eran las dos de la tarde, señor. Acababa de recoger el servicio del almuerzo y dejé la mesa tal como la ve, preparada para la cena. El capitán me había dicho que no necesitaba que volviese a su casa.

—¿Tiene la costumbre de regresar a la hora de cenar?

—Por regla general, volvía hacia las siete de la tarde un par de horas más. No siempre, porque a veces el capitán me decía que no era necesario que volviese.

—Por lo tanto, a usted no le sorprendió que ayer tarde no le necesitara, ¿verdad?

—No, señor. Tampoco volví la tarde anterior por causa del mal tiempo, igual que ayer. Mi capitán era un caballero muy considerado, siempre que no viese en uno la intención de eludir el trabajo. Yo le conocía muy bien y todas sus costumbres.

—¿Qué le dijo exactamente?

—Bueno, pues miró por la ventana y dijo: «Seguro que Burnaby no vendrá hoy». Y luego añadió: «No me sorprendería que Sittaford estuviese aislado por la nieve. Desde que era un muchacho no recuerdo un invierno como éste». Se refería a su amigo el comandante Burnaby, quien vivía allí en Sittaford. Venía a visitarlo cada viernes; él y el capitán jugaban al ajedrez y resolvían acrósticos. Y cada martes mi capitán iba a casa del comandante Burnaby. Mi amo era un hombre muy regular en sus costumbres. Entonces, me dijo: «Puedes irte ahora, Evans, y no hace falta que vengas hasta mañana por la mañana».

—Además de lo que dijo referente al comandante Burnaby, ¿no habló de que esperase alguna visita aquella tarde?

—No, señor, ni una palabra.

—¿Y no observó si en sus palabras o en su actitud se notaba algo inusitado o diferente de lo normal?

—No, señor; nada que yo pudiera observar.

—¡Bien! Ahora, Evans, le diré que me han dicho que usted se ha casado hace poco.

—Sí, señor, con la hija de Mrs. Belling, la de Las Tres Coronas. Hará cosa de dos meses, señor.

—¿Y no le desagradó eso al capitán Trevelyan?

Por el rostro de Evans cruzó una ligerísima mueca.

—No puso muy buena cara cuando se enteró el capitán. Mi Rebeca es una buena muchacha y una excelente cocinera; yo pensaba que podíamos trabajar juntos en casa del capitán, pero él… bueno, ¡no quiso ni oír hablar de eso! Dijo que nunca tendría mujeres a su servicio. En resumen, señor, las cosas estaban un poco embarrancadas hasta que llegó esa señora sudafricana y manifestó que deseaba alquilar la casa de Sittaford durante este invierno. El capitán le arrendó su mansión y nos trasladamos a este pueblo, donde yo alquilé una casa y empecé a venir cada día por aquí para

servir a mi amo. No hace falta que le diga, señor, que mantenía la esperanza de que al acabarse el invierno mi capitán se dejara convencer y permitiera que Rebeca y yo volviéramos con él a Sittaford. Además, ni siquiera se hubiese enterado nunca de que ella estaba en la casa porque no saldría de allí, y ya se las arreglaría para no encontrárselo por la escalera.

—¿Tiene alguna idea de lo que podía haber tras esa aversión que el capitán Trevelyan sentía por las mujeres?

—Ninguna, señor. Creo que no era más que una costumbre suya. He conocido a muchos caballeros así antes que a él. Si me pide mi opinión, le diré que no es ni más ni menos que timidez. Alguna joven dama les da calabazas cuando son muchachos… y de ahí viene la costumbre de esquivarlas.

—El capitán Trevelyan no estaba casado, ¿verdad?

—No, señor, desde luego que no.

—¿Qué parientes tenía? ¿Los conoce?

—Creo que una hermana suya vivía en Exeter, y me parece haberle oído mencionar uno o varios sobrinos.

—¿No vino nunca ninguno de ellos a verlo?

—No, señor, creo que estaba reñido con su hermana.

—¿Sabe el nombre de esa señora?

—Gardner, señor; pero no lo aseguraría.

—¿Conoce su dirección?

—Me temo que no, señor.

—Bueno, evidentemente la encontraremos cuando se revisen los papeles del capitán. Ahora, Evans, ¿qué hizo ayer tarde desde las cuatro en adelante?

—Estuve en mi casa, señor.

—¿Dónde vive?

—Aquí cerca, nada más volver la esquina, en el 85 de Fore Street.

—¿No salió para nada?

—Desde luego que no, señor. ¡La nieve caía que daba gusto!

—Bien, está bien. ¿Hay alguien que pueda ratificar su declaración?

—Dispénseme, señor, no comprendo…

—Le pregunto si hay alguna persona que sepa con seguridad que usted estuvo en su casa a la hora del crimen.

—Mi esposa, señor.

—¿Estaban ella y usted solos en la casa?

—Sí, señor.

—Muy bien, no dudo de que todo eso sea cierto. Por el momento, eso es todo, Evans.

El ex marinero dudaba, como si quisiera añadir algo, apoyándose alternativamente ya en un pie ya en el otro.

—¿Puedo ayudar en algo aquí, señor, arreglando este desorden…?

—No, todo lo que hay en la casa se ha de dejar exactamente tal cual está hasta nueva orden.

—Comprendido, señor.

—Lo mejor que puede hacer es esperar aquí mismo hasta que yo complete mi inspección —dijo Narracott—, para el caso de que necesite preguntarle alguna otra cosa.

—Muy bien, señor.

El inspector Narracott pasó su mirada desde Evans a la habitación. La entrevista había tenido lugar en el comedor. La mesa estaba puesta con la cena del día anterior: lengua fría, varios entremeses, un queso Stilton y un plato de galletas; y sobre un hornillo de gas colocado encima de la chimenea, había una cacerola que contenía sopa. En una mesita auxiliar se veía un sacacorchos, un sifón y dos botellas de cerveza. El inspector también vio un buen número de artísticas copas de plata y con ellas, cosa incongruente, tres novelas muy flamantes.

El inspector Narracott examinó detenidamente una o dos de las copas y leyó las inscripciones grabadas en ellas.

—Se ve que el capitán Trevelyan era un buen deportista —observó.

—Sí, señor, ¡vaya si lo era! —exclamó Evans—. Toda su vida fue un gran atleta.

El inspector Narracott leyó los títulos de las novelas: *El amor echa la llave, Los alegres hombres de Lincoln y Prisionero del amor*.

—¡Hum…! El gusto del capitán en cuestión de literatura me parece un tanto incongruente.

—¡Oh! Eso, señor… —Evans sonrió—. Es que esos libros no los tenía ahí para leerlos, señor. Se trata de premios que ganó en un concurso de nombres de trenes. El capitán envió diez soluciones,

cada una de ellas bajo diferentes nombres, incluyendo el mío, porque supuso que el 85 de Fore Street era una dirección muy apropiada para ganar un buen premio. Según él, cuanto más vulgares son un nombre y una dirección, más probable es que resulten premiados. Y lo bueno del caso es que la solución que iba a mi nombre sacó el premio, aunque no el de las dos mil libras, sino sólo el de esas tres novelas que, en mi modesta opinión, son de esa clase de novelas por las que nadie pagaría ni un penique.

Narracott sonrió. Luego, repitiéndole a Evans que le esperase allí, continuó su inspección. Observó que en una de las esquinas del comedor había un gran armario acristalado. Era tan grande, que casi parecía constituir una pequeña habitación en sí mismo. En su interior, colocados de cualquier modo, vio dos pares de esquís, un par de remos, diez o doce colmillos de hipopótamo, cañas de pescar, sedales y varios avíos y accesorios de pesca entre los que figuraban un tratado sobre la pesca con mosca; también había una bolsa con palos de golf, una raqueta de tenis, un pie de elefante relleno y una piel de tigre. Se veía claramente que cuando el capitán Trevelyan alquiló la casa de Sittaford amueblada, retiró sus más preciados efectos, temeroso de la influencia femenina.

—¡Vaya una idea la de traerse con él todos esos trastos! —comentó el inspector—. Alquiló su casa sólo por pocos meses, ¿no es así?

—Exacto, señor.

—Seguro que podía haber dejado estas cosas encerradas bajo llave en la casa de Sittaford.

Por segunda vez en el curso de esta entrevista, Evans sonrió.

—Ése hubiera sido el modo más fácil de hacerlo. ¡No hay armarios en aquella casa! El arquitecto y el capitán la proyectaron juntos, pero sólo una mujer podría comprender lo que vale un cuarto de armarios. Además, como usted mismo ha indicado, señor, hubiera sido lo más sensato. Acarrear todas estas cosas hasta aquí fue un duro trabajo, ¡se lo aseguro! Pero el capitán no toleraba la idea de que alguien pudiese revolver sus recuerdos. Y por muy bien que se encierren, aunque sea bajo siete llaves, él decía que una mujer siempre hubiera encontrado el modo de llegar a ellos. «Curiosidad femenina», le llamaba a esto. Casi es mejor no encerrar con llave lo que uno no quiere que las mujeres toquen. Por lo tanto,

mi amo decidió traérselo todo con él, y así estaba seguro de que estaban a salvo. Así que nos vinimos con todo eso, y ya le digo que fue un trabajo pesado y también que resultó un poco caro; pero ya ve usted, en estas cosas, el capitán era como un niño.

Evans tuvo que hacer una pausa, pues su larga perorata le había dejado sin aliento.

El inspector Narracott asintió pensativamente, con lentas inclinaciones de cabeza. Había otro punto acerca del cual deseaba también informarse y le pareció que el momento era propicio ya que el asunto salía a relucir de un modo natural.

—Esa Mrs. Willett —dijo como por casualidad—, ¿era alguna antigua amiga o conocida del capitán?

—¡Oh, no, señor! Completamente desconocida para él.

—¿Está bien seguro de esto?

—Bueno… —la severidad de la pregunta dejó al antiguo marino un poco desconcertado—, en realidad el capitán no me dijo nunca tal cosa, pero… ¡oh, sí, estoy seguro!

—Lo pregunto —explicó el inspector— porque resulta muy curioso que alquilase su casa en esta época del año. Por otra parte, si esa Mrs. Willett hubiese estado relacionada con el capitán Trevelyan y conociera ya la casa, era más natural que se le ocurriera escribirle a él proponiéndole que se la alquilase.

Evans negó con la cabeza.

—Fueron los agentes inmobiliarios, esos Williamson, los que escribieron diciendo que tenían una oferta de una señora.

El inspector Narracott arrugó el entrecejo. Aquel negocio del alquiler de la casa de Sittaford le parecía cada vez más extraño.

—Supongo que el capitán Trevelyan y Mrs. Willett celebrarían alguna entrevista, ¿verdad? —le preguntó a Evans.

—¡Oh, sí! Ella vino a ver la casa y mi amo la acompañó durante la visita.

—¿Y está totalmente seguro de que no se habían visto antes de aquel día?

—¡Oh, muy seguro!

—¿Y sabe si… si ellos… —el inspector se interrumpió, como si tratase de articular la pregunta de una forma que resultara natural —… si la entrevista se desarrolló sin problemas? Quiero decir como buenos amigos.

—Por parte de la dama, sí, señor —y una ligera sonrisa cruzó por los labios de Evans—. Mucho más que por parte de él, como podría decirse. Admiró mucho la casa y le preguntó si él la había proyectado cuando la construyeron. Ella estuvo la mar de amable.

—¿Y el capitán?

La sonrisa de Evans aumentó.

—Esa señora tan extremada no fue capaz de fundir el hielo de él. Mi amo era educado, pero nada más. Y no aceptó ninguna de las invitaciones de ella.

—¿Invitaciones?

—Sí, le dijo que siguiera considerando la casa como suya en todo momento y que se dejase ver de vez en cuando… sí, eso fue lo que le dijo: que se dejase ver; pero no es tan fácil «dejarse ver» en una casa cuando uno vive a seis millas.

—¿Ella parecía ansiosa de… bien… de ver al capitán, de relacionarse con él?

Narracott reflexionaba. ¿Cuál fue la verdadera razón para alquilar la casa? ¿Fue tan sólo un subterfugio para conquistar la amistad del capitán Trevelyan? ¿Era ése el auténtico propósito de la dama? Probablemente, no se le pudo ocurrir que el capitán se marchase a vivir a la lejana ciudad de Exhampton. Tal vez pensó que se mudaría a cualquiera de los chalés inmediatos, acaso como huésped del comandante Burnaby.

La respuesta de Evans no le sacó de dudas.

—Esa señora es muy hospitalaria, por todos los conceptos. Todos los días tiene algún invitado a almorzar o a cenar.

Narracott asintió. Ya no sacaría más información de allí. Pero decidió celebrar una entrevista con Mrs. Willett en cuanto le fuera posible. Había que poner en claro la causa de su brusca e improvisada llegada.

—Venga conmigo, Pollock, subamos al piso superior.

Dejaron a Evans en el comedor y se marcharon a inspeccionar las habitaciones de arriba.

—Es un buen hombre, ¿no le parece? —preguntó el sargento en voz baja, volviendo la cabeza y señalando con un ademán hacia la cerrada puerta del comedor.

—Eso parece —dijo el inspector—, pero nunca sabe uno a qué atenerse. Sea lo que sea, ese tipo no tiene un pelo de tonto.

—No, es un tipo inteligente.

—Su historia parece muy convincente —continuó diciendo el inspector—. Se ha expresado con perfecta claridad y muy en su puesto. Aunque, como acabo de decir, ¡cualquiera sabe!

Y tras este comentario, muy propio de su minucioso y desconfiado carácter, el inspector procedió a examinar las habitaciones del primer piso.

Había tres dormitorios y un cuarto de baño. Dos de los primeros estaban vacíos y se veía claramente que no se usaban desde hacía muchas semanas. La tercera alcoba, que utilizaba el capitán Trevelyan, aparecía en perfecto y exquisito orden. El inspector Narracott la revisó de arriba a abajo, sin dejar ni un cajón por abrir ni un armario por registrar. Todo estaba en su sitio. Se advertía que aquella era la habitación de un hombre casi fanático en sus hábitos de pulcritud. Narracott finalizó su inspección y echó una mirada hacia el cuarto de baño contiguo. Allí también todo estaba en orden. Examinó por última vez la cama, primorosamente preparada para acostarse, con el embozo abierto hacia abajo, el pijama bien doblado y preparado para su uso.

Entonces, meneó la cabeza.

—Aquí no hay nada —murmuró.

—No, inspector, todo está en perfecto orden.

—Pero hay que revisar uno por uno los papeles que contenga el escritorio del despacho. Conviene que se ocupe de ello, Pollock. Le diremos a Evans que ya puede irse. Más tarde, puedo hacerle una visita en su propia casa.

—Muy bien, señor.

—También pueden retirar el cadáver. Me gustaría ahora ver a Warren, aprovechando que estoy aquí. Vive cerca de esta casa, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿En la misma dirección de Las Tres Coronas o en la opuesta?

—Está al otro extremo de la calle, inspector.

—Entonces, empezaré por ir a Las Tres Coronas. ¡Adelante, sargento!

Pollock entró en el comedor para despedir a Evans. El inspector salió por la puerta principal y se encaminó con pasos rápidos hacia la posada Las Tres Coronas.

Capítulo VI

En Las Tres Coronas

El inspector Narracott no se proponía visitar al comandante Burnaby hasta haber celebrado una prolongada entrevista con Mrs. Belling, propietaria de Las Tres Coronas. Mrs. Belling era una mujer gruesa y muy excitable, y tan charlatana, que no se podía hacer otra cosa que escuchar pacientemente hasta que se agotara aquel chorro de trivialidades.

—… y era una noche como no se había visto nunca —concluyó —. ¡Poco podíamos imaginar cualquiera de nosotros lo que en aquellos momentos le estaba ocurriendo al pobre caballero! ¡Esos malditos vagabundos! Siempre lo estoy diciendo, no una vez, sino docenas de veces: no puedo soportar esos tipos tan desagradables. ¡Seguro que habrá sido alguno de ellos! El capitán no tenía ni un mal perro que le protegiese. Esos golfos no le plantan cara a un perro ¡Ah, nunca puede una saber lo que ocurre por ahí cerca!

»Sí, Mr. Narracott —continuó diciendo la charlatana mujer en contestación a una pregunta del policía—, el comandante está desayunando en este momento. Lo encontrará en el salón del café. ¡Qué noche debe de haber pasado el buen hombre, sin pijama ni nada por el estilo! Comprenda, yo soy una pobre mujer viuda con nada apropiado para prestarle. En fin, no quiero ni pensarlo. Él me dijo que no me molestase por tan poca cosa. Estaba trastornado. ¡No era de extrañar, puesto que su mejor amigo acababa de ser asesinado! ¡Qué perfectos caballeros tanto el uno como el otro, aunque el capitán tenía fama de ser un tacaño! ¡Ah, bueno, bueno…! Siempre he pensado que era muy peligroso vivir allí

arriba, en Sittaford, a muchas millas de distancia de cualquier otro pueblo. Y ya ve que el pobre capitán ha ido a caer en el mismo Exhampton. ¡En esta vida ocurre siempre lo que menos se espera! ¿No es verdad, Mr. Narracott?

El inspector corroboró que, indudablemente, así era. Luego añadió:

—¿Quiénes se hospedaban ayer en su casa, Mrs. Belling? ¿Había algún extranjero?

—Espere, déjeme pensar: Estaban Mr. Moresby y Mr. Jones, dos comerciantes honradísimos, inspector; y también un joven caballero de Londres. Nadie más. Ya es bastante para la época en que estamos. Aquí pasamos un invierno muy tranquilo. ¡Oh! Ahora recuerdo que estaba otro caballero joven que llegó en el último tren: «el jovencito narigudo», como yo le llamé. No se ha levantado todavía.

—¿En el último tren? —dijo el inspector—. El que llega a las diez de la noche, ¿no es así? Pues entonces opino que no necesitamos preocuparnos por su presencia. ¿Qué me dice del otro, del que vino de Londres? ¿Lo conoce usted?

—No lo había visto nunca en mi vida antes de ahora. No es un comerciante, ¡ni mucho menos! En este instante no puedo recordar su nombre, pero lo encontrará en el libro de registro. Se marchó a Exeter en el primer tren de esta mañana, el de las seis y diez. ¡Es curioso! ¿Qué tendría que hacer por estos andurriales? He ahí una cosa que me gustaría saber.

—¿Mencionó a qué se dedicaba?

—Ni una palabra de eso.

—¿Le vio salir de la posada?

—Llegó a la hora del almuerzo, salió hacia las cuatro y media, y regresó alrededor de las seis y veinte.

—¿Y dónde fue cuando salió?

—No tengo ni la más remota idea, inspector. Tal vez se limitó a dar un paseíto por ahí. Se marchó cuando aún no nevaba, pero de todos modos, la tarde no era de las que invitaban a pasear.

—De modo que salió a las cuatro y media y regresó a las seis y veinte —repitió el inspector pensativamente—. ¡Ya es bien extraño! ¿No mencionó para nada al capitán Trevelyan?

Mrs. Belling negó con la cabeza de un modo categórico.

—No, Mr. Narracott, no mencionó absolutamente a nadie. Se mostró muy reservado. Era un joven de agradable aspecto, pero yo aseguraría que estaba preocupado por algo.

El inspector asintió, mostrando su conformidad, y cruzó la habitación para inspeccionar el libro de registro.

—«James Pearson, de Londres» —leyó el inspector—. Bien, el nombre no nos dice gran cosa. Tendremos que hacer algunas averiguaciones relativas a este Mr. James Pearson.

Dicho esto, se encaminó al salón del café en busca del comandante Burnaby.

El comandante era la única persona que ocupaba el salón. Estaba bebiendo un café de apariencia algo turbia y frente a él, apoyado en una botella, se mantenía abierto el *Times* del día.

—¿El comandante Burnaby?

—Así me llamo.

—Yo soy el inspector Narracott, de Exeter.

—Buenos días, inspector. ¿Tiene ya algún indicio?

—Sí, señor, creo que ya tenemos una pequeña pista. Creo que puedo decirlo con cierta seguridad.

—Me complace mucho oírlo —dijo el comandante secamente. Su actitud era de resignado escepticismo.

—Ahora hay uno o dos puntos sobre los que me gustaría ampliar mi información, comandante Burnaby —explicó el inspector—, y creo que probablemente usted pueda decirme lo que necesito saber.

—Haré todo lo que esté en mi mano —dijo Burnaby.

—¿Tenía el capitán Trevelyan algún enemigo que usted conociese?

—No le conocí un solo enemigo en todo el mundo —contestó Burnaby con gran decisión.

—Ese hombre, Evans, ¿le parece una persona digna de confianza?

—Siempre lo he creído así. Me consta que Trevelyan se fiaba de él.

—¿Y no había ningún resentimiento contra él por causa de su matrimonio?

—No, nada de resentimientos. Lo único que pasaba era que a Trevelyan no le gustaba ver alteradas sus costumbres. Usted ya sabe que era un viejo solterón.

—Ya que hablamos de solterones, aclaremos otro detalle. No estando casado el capitán Trevelyan, ¿sabe si había hecho algún testamento? Y en el caso de que no existiese ninguna disposición testamentaria, ¿tiene alguna idea de quiénes heredarán sus propiedades?

—Trevelyan hizo testamento —contestó Burnaby rápidamente.

—¡Ah, sabe eso!

—Sí, porque me nombró albacea. Él mismo me lo había dicho.

—¿Sabe en qué forma lega su dinero?

—No puedo decírselo porque lo ignoro.

—Tengo entendido que el capitán Trevelyan estaba en muy buena posición.

—Trevelyan era rico —replicó Burnaby—. Yo aseguraría que era mucho más rico de lo que puedan imaginar los que le rodeaban.

—¿Qué parientes tenía, lo sabe usted?

—Tenía una hermana y algunos sobrinos y sobrinas, según creo. Nunca se vio mucho con ellos, pero tampoco me consta que hubiera reñido con ninguno.

—Insistiendo en lo del testamento, ¿sabe dónde lo guardaba?

—Está en la oficina de Walter & Kirkwood, esos abogados que hay aquí en Exhampton. Ellos se ocuparon de redactarlo.

—Entonces, comandante Burnaby, puesto que usted es albacea, tal vez convendría que me acompañase ahora en mi visita a los señores Walter & Kirkwood. Me gustaría tener una idea exacta del contenido de ese testamento tan pronto como fuera posible.

—¿Para qué desea saber eso? —preguntó—. ¿Qué tiene que ver el testamento con lo que ha ocurrido?

El inspector Narracott no parecía dispuesto a explicar su conducta con tanta rapidez.

—Este caso no es tan sencillo como podría parecer —dijo—. A propósito, ahora recuerdo otra pregunta que quería hacerle: tengo entendido, comandante Burnaby, que usted le preguntó al doctor Warren si la muerte había ocurrido a las cinco y veinticinco.

—Así es —contestó el comandante ásperamente.

—¿Qué es lo que le hizo concretar esa hora con tanta precisión, Mr. Burnaby?

—¿Y por qué no podía yo calcularla con cierta exactitud? —preguntó a su vez el comandante.

—Bueno, podía haber alguna circunstancia que le rondara por la cabeza.

Hubo una larga pausa antes de que el comandante Burnaby replicase a esta observación. Durante ella fue creciendo el interés del inspector. Era bien patente que el comandante deseaba ocultar alguna cosa. Resultaba casi cómico observar los esfuerzos que para ello estaba haciendo.

—¿Quiere explicarme por qué no se me puede ocurrir a mí citar las cinco y veinticinco, por ejemplo? —preguntó Burnaby con expresión casi feroz—. ¿O las seis menos veinticinco… o las cuatro y veinte, pongo por caso?

—Tiene razón, señor —contestó el inspector Narracott con la mayor dulzura posible.

No quería indisponerse con el comandante en aquel crítico momento, pero se prometió investigar la cuestión hasta el fondo antes de que acabase el día.

—Hay otra cosa, caballero, que me llama la atención —continuó diciendo el policía.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—Me refiero al arrendamiento de la casa que el capitán tenía en Sittaford. Yo no sé lo que pensará usted acerca de ello, pero a mí me parece muy curioso.

—Ya que usted me lo pregunta —replicó Burnaby—, le diré que es condenadamente extraño.

—¿Es ésa su opinión?

—Es la opinión de todo el mundo.

—¿En Sittaford?

—En Sittaford y hasta en Exhampton. Esa mujer debe de estar loca.

—Bien, he oído decir que en cuestión de gustos no hay nada escrito —contestó el inspector.

—Pues es un gusto bien estrafalario para una mujer de su clase.

—¿Conoce a esa señora?

—La conozco. Mire, precisamente estaba en su casa cuando…

—¿Cuando qué? —preguntó Narracott al ver que el comandante se interrumpía de un modo brusco.

—Nada —contestó Burnaby.

El inspector fijó en él una escrutadora mirada. Allí había algo

que le hubiese gustado aclarar. El apuro y la turbación del comandante no se le escaparon. Había estado a punto de confesar… ¿el qué?

«Todo a su debido tiempo», se dijo Narracott. «Ahora no es el mejor momento para pasarle a éste la mano a contrapelo».

En voz alta, añadió inocentemente:

—Según ha dicho, caballero, ayer estuvo de visita en la casa de Sittaford. Esa señora vive ahora allí… ¿cuánto tiempo hace que llegó?

—Un par de meses.

El comandante manifestaba visiblemente su ansiedad por huir del resultado de las imprudentes palabras que se le habían escapado. A consecuencia de ello, se mostró más locuaz que de costumbre.

—Se trata de una señora viuda con su hija, ¿verdad?

—Eso es.

—¿Ha dado ella alguna razón que justifique la elección de esa residencia?

—Le diré… —y el comandante se restregó la nariz, dubitativo—. Es una mujer que habla mucho, una mujer de esas enamoradas de la naturaleza, que parecen vivir fuera del mundo, ese tipo de cosas. Pero, a pesar de todo…

Se detuvo momentáneamente como desamparado, y el inspector Narracott acudió en su auxilio.

—A usted no le pareció natural.

—Sí, algo así es lo que quería decir. Se trata de una dama bastante elegante, aunque algo anticuada en su manera de vestir, pero tiene una hija que es bonita e inteligente. Lo natural es que las dos residieran en el Hotel Ritz o en el Claridge, o en cualquier otro gran hotel de Londres. Ya sabe la clase de vida que le gusta llevar a esa gente.

Narracott asintió.

—Sin embargo, parece ser que no hacen una vida muy reservada, ¿verdad? —preguntó el inspector—. ¿Cree que trataban de… ¿cómo diría…? ¿de vivir escondidas?

El comandante Burnaby negó con vigorosos movimientos de cabeza.

—¡Oh, no, de ningún modo! Ellas son muy sociables, tal vez

demasiado sociables. Me explicaré: en un pueblo tan pequeño como Sittaford no se estila fijar compromisos con tanta antelación y, cuando uno recibe una invitación para ir a su casa, resulta un poco fuera de lugar. Esas señoras son excesivamente amables y muy hospitalarias, y acaso demasiado hospitalarias para nuestras ideas inglesas.

—La influencia de la vida colonial —dijo el inspector.

—Sí, supongo que sí.

—¿Y no tiene ningún motivo para pensar que conociesen de antes al capitán Trevelyan?

—Por el contrario, estoy seguro de que no lo conocían.

—Parece muy seguro.

—Joe me lo hubiera dicho.

—¿Y no cree que el motivo para alquilar esa casa puede haber sido… bien, trabar conocimiento con el capitán?

Se vio claramente que esta idea resultaba nueva para el comandante, quien la ponderó durante algunos segundos.

—¡Caramba! Nunca se me había ocurrido eso. Ciertamente, recuerdo que siempre fueron muy obsequiosas con él. Y no es que Joe les diera muchas oportunidades. Por más que pienso que era la actitud habitual de ellas. Eran excesivamente amistosas, como buenas coloniales que son —añadió aquel ex soldado que nunca había salido de las islas.

—Comprendo. Ahora hablemos de la casa. Tengo entendido que el capitán Trevelyan fue quien la hizo construir.

—Así es.

—¿Y no ha vivido nadie más en ella en ninguna ocasión? Quiero decir que si había sido alquilada anteriormente.

—Nunca.

—Entonces, no podemos pensar que la casa haya sido el motivo de atracción. Es un verdadero rompecabezas. Apostaría diez contra uno a que todo esto no tiene nada que ver con el crimen, pero son cosas que me chocan por su extraña coincidencia. Esa casa que el capitán Trevelyan alquiló para él, Hazelmoor, ¿de quién es?

—De miss Laspent, una señora de mediana edad que se ha ido a pasar el invierno a una pensión de Cheltenham. Hace lo mismo todos los años. Por regla general deja cerrada su casa, pero la alquila cuando puede, lo que no es frecuente.

No parecía que aquel camino prometiera algo de interés. El inspector meneó la cabeza con desaliento.

—Según me han dicho, los agentes intermediarios fueron los Williamson —indicó Narracott.

—Sí, señor.

—¿Tienen su oficina en Exhampton?

—En la puerta de al lado de Walter & Kirkwood.

—¡Ah, muy bien! Entonces, si le parece, comandante, tal vez nos convenga visitarlos de paso que vamos a ver a Walter & Kirkwood.

—Encantado, pero no encontrará de ningún modo a Kirkwood en su oficina hasta después de las diez. Ya sabe cómo son los abogados.

—De todos modos, ¿vamos allí?

El comandante, que había concluido su desayuno hacía rato, asintió con una inclinación de cabeza y se levantó de su silla.

Capítulo VII

El testamento

Un joven de mirada inteligente se levantó para recibirlos en la oficina de los señores Williamson.

—¡Buenos días, comandante Burnaby!

—¡Hola!

—Un tiempo terrible, ¿verdad? —dijo el joven, que parecía deseoso de charlar—. Hacía muchos años que en Exhampton no sufríamos estas inclemencias.

El muchacho hablaba con entusiasmo, pero el comandante lo atajó diciendo:

—Le presento al inspector Narracott.

—¡Oh, tanto gusto! —exclamó el joven, agradablemente excitado.

—Necesito informarme de algunas cosas que, según creo, usted podrá indicarme —explicó el policía—. Me han dicho que ustedes gestionaron el arrendamiento de la casa de Sittaford.

—¿A Mrs. Willett? Sí, señor, fuimos nosotros.

—Le agradecería que me diese detalles completos de cómo se presentó ese asunto. ¿Vino esa señora en persona o les escribió una carta?

—Recibimos una carta. Ella nos escribió desde… espere un momento… —y abrió un cajón del que sacó una carpeta—. Sí, desde el Hotel Carlton, de Londres.

—¿Mencionaba ya en su carta esa casa de Sittaford?

—No, se limitaba a decir que quería alquilar una casa durante todo el invierno. Tenía que ser precisamente en la región de

Dartmoor y la vivienda tenía que disponer, por lo menos, de ocho dormitorios. No le importaba que estuviese cerca o lejos de una estación de ferrocarril o de una ciudad.

—¿Figuraba en sus libros la casa de Sittaford?

—No, señor, no lo estaba; pero el caso es que era la única casa de la región que cumplía perfectamente las condiciones pedidas. La dama mencionaba en su carta que estaba dispuesta a llegar hasta doce guineas en el precio y, en vista de esas circunstancias, pensé que valía la pena escribir al capitán Trevelyan y preguntarle si le interesaba alquilar su mansión. Contestó afirmativamente y pudimos arreglar el asunto.

—¿Sin que Mrs. Willett viese la casa?

—Ella aceptó alquilarla sin verla, y así firmó el contrato. Después vino un día por aquí, fue a Sittaford, visitó al capitán Trevelyan, arregló con él todo lo referente a la vajilla y a la ropa de la casa que tenía que dejarle, y entonces recorrió la casa entera.

—¿Se mostró muy satisfecha de haberla alquilado?

—Cuando volvió por aquí nos dijo que estaba encantada de haberlo hecho.

—¿Y qué piensa de todo esto? —preguntó el inspector Narracott, sin dejar de fijar su escrutadora mirada en el joven.

Éste se encogió de hombros.

—Si estuviese usted en este negocio inmobiliario, se acostumbraría a no sorprenderse nunca de nada —contestó.

Con esta observación filosófica terminaron la entrevista, dándole el inspector las gracias al joven por su amable ayuda y rogándole dispensara la molestia que pudieran haberle ocasionado con la investigación.

—Absolutamente ninguna —replicó el cortés joven—. Ha sido un placer para mí, se lo aseguro.

Y les acompañó amablemente hasta la puerta.

La oficina de los señores Walter & Kirkwood estaba, como el comandante Burnaby había dicho, en la puerta contigua a la de los agentes inmobiliarios. Una vez allí, se enteraron de que Mr. Kirkwood acababa de llegar y fueron acompañados a su despacho.

Mr. Kirkwood era un hombre de edad madura y benigna expresión, nacido en Exhampton, que había sucedido a su padre y a su abuelo en aquel negocio.

Se levantó de su silla, puso la cara más ceremoniosa que pudo y estrechó la mano del comandante.

—Buenos días, comandante Burnaby —dijo—. ¡Qué asunto tan espantoso!, ¿verdad? Realmente terrible, horripilante. ¡Pobre Trevelyan!

Tras esos comentarios miró a Narracott con curiosidad, por lo que el comandante Burnaby explicó en pocas y sucintas palabras la presencia del policía.

—Así pues, inspector, usted es el que se encarga de este caso.

—Sí, Mr. Kirkwood. Y en el curso de mi investigación he venido a pedirle ciertas informaciones.

—Consideraré un placer podérselas dar, siempre que me sea posible —dijo el abogado.

—Se trata del testamento que dejó el finado capitán Trevelyan —indicó Narracott—. Tengo entendido que ese testamento está aquí, en su oficina.

—Así es, en efecto.

—¿Hace mucho tiempo que el capitán formuló su última voluntad?

—Hará unos cinco o seis años. En este instante, no puedo precisarle con seguridad la fecha exacta.

—Mr. Kirkwood, estoy ansioso por conocer el contenido de ese documento tan pronto como sea posible, porque bien puede ser que desempeñe un importante papel en este caso.

—¿De verdad? —exclamó el abogado—. Sí, claro está, no se me había ocurrido, pero, naturalmente, usted conoce su oficio mejor que yo, inspector. Bueno… —y dirigió una mirada hacia el otro visitante—… el comandante Burnaby, aquí presente, y un servidor, somos los albaceas y ejecutores de dicho testamento. Si él no tiene inconveniente…

—Por mi parte, ninguno —indicó el comandante.

—Entonces, no veo razón alguna que se oponga a que accedamos a su requerimiento, inspector.

Y descolgando un teléfono que tenía encima de la mesa, profirió unas cuantas palabras en voz baja.

Al cabo de dos o tres minutos, un empleado entró en la habitación y dejó un sobre lacrado delante del abogado. Cuando el empleado hubo salido del despacho, Mr. Kirkwood tomó en sus

manos el sobre, lo rasgó con un abrecartas, extrajo de él un voluminoso documento de aspecto importante, carraspeó para aclarar su garganta y empezó a leerlo:

«Yo, Joseph Arthur Trevelyan, residente en mi mansión de Sittaford, en el condado de Devon, declaro que ésta es mi última voluntad que suscribo el trece de agosto de mil novecientos veintiséis.

»1.— Nombro a John Edward Burnaby, residente en el n°1 de los chalés que existen en el mentado lugar de Sittaford, y a Frederick Kirkwood, residente en Exhampton, únicos albaceas y ejecutores testamentarios de éstas mis últimas voluntades.

»2.— Lego a Robert Henry Evans, quien durante largos años me ha servido lealmente, la suma de 100 libras (cien libras esterlinas), libres de derechos que puedan mermarlas, las cuales le cedo para su propio provecho, siempre que él continúe a mi servicio en el momento de ocurrir mi muerte y que prometa no abandonar esta localidad después de recibir mi legado.

»3.— Lego al susodicho John Edward Burnaby, en prueba de nuestra amistad y de mi afecto y consideración hacia él, todos mis trofeos deportivos, incluyendo entre ellos mi colección de cabezas y pieles de caza mayor, así como todas aquellas copas y premios de cualquier clase que se me hayan concedido por mis méritos en concursos y competiciones deportivas, y también todos los trofeos de caza que me pertenecen.

»4.— Deseo que todas mis propiedades personales, mobiliarias e inmobiliarias, de las que no se haya hecho mención especial en cualquier otro legado de este testamento, o bien en codicilos posteriores a él, sean entregadas a mis albaceas testamentarios con la condición de que ellos las vendan, convirtiéndolas en su totalidad en dinero efectivo.

»5.— Mis albaceas testamentarios separarán del producto de dichas ventas la cantidad necesaria para satisfacer todos aquellos gastos que ocasione mi muerte, así como los relativos a la tramitación del cumplimiento de mis últimas voluntades, los funerales que se me dediquen y las deudas que yo haya podido dejar impagadas, e igualmente los que se produzcan del pago de los derechos reales relativos a los legados que antes se han mencionado en este testamento y los que figuran en cualquier codicilo agregado

al mismo.

»6.— Mis albaceas testamentarios dividirán en cuatro partes iguales la cantidad que quede, después de cumplimentar la cláusula anterior.

»7.— Después de efectuada dicha partición, mis albaceas testamentarios entregarán una de las partes a mi hermana Jennifer Gardner, que podrá disfrutar de su absoluta propiedad sin limitación alguna. Las tres partes restantes deberán ser entregadas por mis albaceas testamentarios a los tres hijos de mi difunta hermana Mary Pearson, una a cada uno de ellos, pasando a ser propiedad absoluta de los beneficiados sin limitación alguna.

»En testimonio de lo cual, yo, el citado Joseph Arthur Trevelyan, firmo este documento por mi propia mano, en el día y año que se ha apuntado en su encabezamiento.

«Certificamos que el susodicho testador ha firmado ésta, su última voluntad, estando presentes nosotros dos al mismo tiempo, después de lo cual, a presencia del testador y requerido por él, firmamos a continuación como testigos».

Mr. Kirkwood entregó al inspector este documento.

—También firman como testigos dos de los empleados de mi oficina.

El policía echó una mirada al documento y se mostró muy pensativo.

—Aquí dice: «mi difunta hermana Mary Pearson» —comentó—. ¿Puede decirme alguna cosa referente a Mrs. Pearson, Mr. Kirkwood?

—Muy poco, recuerdo que murió hace unos diez años. Su marido, que era un agente de Cambio y Bolsa, había fallecido antes que ella. Por lo que yo sé, afirmaría que nunca vino por aquí a visitar al capitán Trevelyan.

—Pearson… —silabeó el inspector una vez más; y al cabo de un rato añadió—: Una cosa más: aquí no se menciona el valor de las propiedades que poseía el finado capitán. ¿A qué suma cree que alcanzan?

—Es difícil fijar esta cifra con cierta exactitud —contestó Mr. Kirkwood, quien disfrutaba, como buen abogado, al convertir la respuesta a una simple pregunta en algo difícil—. Es un asunto tan personal, que tal vez sólo él conocía la extensión de su fortuna.

Además de la propiedad de Sittaford, el capitán Trevelyan poseía algunas tierras en las inmediaciones de Plymouth. Y algunas inversiones de cuando en cuando, que han fluctuado mucho en su cotización.

—Sólo le pedía una idea aproximada —indicó el inspector Narracott.

—Es que no me gustaría comprometerme afirmando…

—Tan sólo una ligera apreciación que me pueda servir de guía. Por ejemplo, ¿se apartaría mucho de la verdad la cifra de veinte mil libras?

—¡Veinte mil libras, inspector! Las propiedades inmobiliarias del capitán Trevelyan valen, por lo menos, cuatro veces esa cifra. Ochenta o acaso noventa mil libras se acercarían más a la verdad.

—Ya le dije que Trevelyan era rico —comentó Burnaby.

El inspector Narracott se levantó de su silla.

—Le agradezco muchísimo, Mr. Kirkwood —dijo—, la información que ha tenido la bondad de facilitarme.

—Usted piensa que le será útil, ¿verdad?

Se veía muy claramente que el letrado estaba ansioso de curiosidad, pero el inspector Narracott no tenía la menor intención de satisfacerla en aquel momento.

—En un caso como éste hemos de tomar en consideración cualquier dato —contestó poco comunicativo—. A propósito, ¿tiene los nombres y las direcciones de esa Mrs. Jennifer Gardner y de todos los miembros de la familia Pearson?

—No sé nada de la familia Pearson. En cuanto a Mrs. Gardner, su dirección es Los Laureles, carretera de Waldon, Exeter.

El inspector la anotó en su cuaderno.

—Esto bastará para encontrarla —explicó—. ¿No sabe cuántos hijos dejó la difunta Mrs. Pearson?

—Tres, según creo. Dos muchachas y un chico… o tal vez dos chicos y una chica. En este momento, no lo recuerdo bien.

El inspector asintió, lo apuntó en su cuaderno de notas, dio las gracias al abogado una vez más y salió del despacho acompañado del comandante Burnaby.

Cuando llegaron a la calle, se volvió de repente para encararse con su compañero.

—Ahora, señor mío —le dijo—, vamos a saber la verdad acerca

del asunto de «las cinco y veinticinco».

El rostro del comandante enrojeció de disgusto ante aquel anuncio.

—Ya le he dicho que…

—Esto no me basta. Lo que está usted haciendo, comandante Burnaby, es obstaculizar mi trabajo ocultando esa información. Usted pensaba en algo cuando mencionó esa hora tan exacta al doctor Warren, y yo creo que tengo una buena idea de lo que era ese «algo».

—Bueno, pues si ya lo sabe, ¿por qué me lo pregunta a mí? —gruñó Burnaby.

—Estoy seguro de que usted sabía que una persona llamada James estaba citada con el capitán Trevelyan hacia esa hora, ¿no es verdad?

El comandante Burnaby se le quedó mirando con gran sorpresa.

—¡Nada de eso! —refunfuñó—. Absolutamente nada de eso.

—Tenga cuidado con lo que dice, comandante Burnaby. ¿Qué me cuenta de Mr. James Pearson?

—¿James Pearson? ¿Y quién es James Pearson? ¿Se refiere a uno de los sobrinos de Trevelyan?

—Presumo que será uno de ellos. El capitán tenía uno llamado James, ¿verdad?

—No tengo ni la menor idea. Trevelyan tenía sobrinos, es lo único que sé, pero no tengo ni la más remota idea de cuáles son sus nombres.

—El joven en cuestión estuvo en Las Tres Coronas la pasada noche. Probablemente, lo reconoció al verlo allí.

—Ya no reconocí a nadie —rezongó el comandante—. De ningún modo podría reconocerlo, puesto que nunca he visto a los sobrinos de Trevelyan en mi vida.

—Pero sí sabía usted que el capitán Trevelyan esperaba que uno de sus sobrinos le visitase ayer por la tarde.

—No, señor —rugió el comandante.

Varias personas que pasaban por la calle se volvieron a observarlo.

—¡Maldita sea! ¡Se empeña usted en no aceptar la pura verdad! No sabía nada de ninguna cita. Por todo lo que yo sé, los sobrinos de Trevelyan podrían estar en Timbuctú.

El inspector Narracott se quedó un poco cortado. La vehemente negativa del comandante parecía tan llanamente sincera que era imposible sentirse engañado por sus palabras.

—Entonces, ¿por qué habló usted de las cinco y veinticinco?

—¡Oh! Bueno, ya veo que será mejor contárselo todo —y el comandante tosió de un modo que demostraba su incomodidad—; pero no es nada que deba preocuparle. Se trata tan sólo de una maldita tontería, de una sesión de espiritismo, inspector. ¿Puede creer en semejantes sandeces un hombre con sentido común?

El inspector Narracott se le quedó mirando con una sorpresa que iba en aumento. Observó que el comandante Burnaby se sentía más molesto y avergonzado de sí mismo a cada segundo que pasaba.

—Ya sabe qué es eso, inspector. Hay que participar en ellas para complacer a las damas. Desde luego, nunca pensé que fuera nada serio.

—¿De qué habla exactamente, comandante Burnaby?

—De la mesa que se mueve.

—¡Cómo! ¿Qué es eso *de la mesa que se mueve*?

Por más cosas raras que Narracott hubiese esperado oír, nunca se hubiera esperado esto. El comandante procedió a explicarse. Casi tartamudeando y con muchos comentarios para tratar de demostrar lo poco que creía en aquellas cosas sobrenaturales, describió los acontecimientos de la tarde anterior y el mensaje que durante ellos había llegado de tan extraño modo dirigido a él.

—Por lo que me cuenta, comandante Burnaby, parece ser que la mesa deletreó el nombre de Trevelyan y les informó a ustedes que había muerto… asesinado, ¿no es eso?

El comandante Burnaby se enjugó el sudor de la frente.

—Sí, eso es precisamente lo que ocurrió. Yo no podía creer en ello, como es natural; no lo creí. —Parecía avergonzado—. Bien, era viernes y pensé que, después de todo, lo mejor sería, para tranquilizarme, que viniese aquí y comprobase por mí mismo que todo iba bien.

El inspector reflexionó acerca de las dificultades de aquel paseo de seis millas por una carretera obstruida con numerosos montones de nieve, y la perspectiva de una formidable nevada, y se dio cuenta de que, por muy incrédulo que fuese el comandante Burnaby, no cabía duda de que el mensaje del espíritu le había impresionado

profundamente. Narracott no cesaba de pensar en todo aquello que tanto le había sorprendido. Ciertamente, lo ocurrido era extraño, demasiado extraño para haber ocurrido. Se trataba de una de esas cosas que nadie puede explicar satisfactoriamente. Debía haber alguna cosa cierta en aquel asunto del espiritismo. Por primera vez en su carrera policíaca, había tropezado con un caso auténtico.

Un asunto muy extraño en conjunto, pero, por lo que podía observar, aunque explicaba la extraña actitud de Burnaby, no tenía realmente ningún significado práctico en cuanto se refería a su trabajo. Él tenía que ocuparse del mundo físico, y no del psíquico.

Su labor consistía en descubrir al asesino.

Y para ese trabajo no se requería ningún auxilio procedente del mundo espiritual.

Capítulo VIII

Mr. Charles Enderby

Al echar una rápida mirada a su reloj, el inspector se dio cuenta de que tenía el tiempo justo para alcanzar el tren de Exeter, si se daba prisa. Estaba ansioso por entrevistarse, tan pronto como fuera posible, con la hermana del difunto capitán Trevelyan, de la que pensaba obtener las direcciones de los restantes miembros de la familia. Por consiguiente, tras unas apresuradas palabras de despedida dirigidas al comandante Burnaby, salió corriendo hacia la estación. El comandante desanduvo el camino hasta Las Tres Coronas. Apenas había tenido tiempo de poner su pie en el escalón de la puerta, cuando se vio solicitado por un apuesto joven de hermosa cabeza, en la que resplandecía un rostro redondo y de expresión infantil.

—¿El comandante Burnaby? —preguntó el joven.

—Sí, soy yo.

—¿El que vive en el n° 1 de Sittaford?

—El mismo —contestó el comandante.

—Soy del *Daily Wire*[2] —explicó el recién llegado— y desearía…

No pudo terminar su explicación porque en una forma muy propia de los militares de la vieja escuela, el comandante le gritó:

—¡Ni una palabra más! —su voz rugía de enfado—. Le conozco muy bien a usted, así como a todos los de su calaña. Son ustedes unos indecentes que no saben más que rondar sobre un asesinato como los buitres se lanzan sobre la carroña. Pero le advierto, jovencito, que va usted a sacar muy poca información de mí. No me

arrancará ni una palabra. No le proporcionaré ninguna historia para su condenado periódico. Si quiere saber algo, diríjase a la policía, y tenga la decencia de dejar en paz a los amigos de la víctima.

El joven no pareció inmutarse lo más mínimo por aquella andanada de insultos, sino que contestó, sonriendo más animosamente que nunca:

—Yo diría, señor, que mira las cosas del lado equivocado, porque yo no sé nada acerca de ese asesinato de que me habla.

En honor a la verdad, aquello no era exacto. Nadie podía pretender en Exhampton ignorar un acontecimiento que había sacudido hasta sus cimientos la tranquilidad de aquella ciudad.

—No soy más que un enviado del *Daily Wire* —continuó diciendo el joven— que viene a entregarle a usted ese cheque de 5.000 libras esterlinas y a felicitarlo por haber enviado la única solución exacta a nuestro concurso futbolístico.

El comandante Burnaby se quedó asombrado.

—Estoy seguro —siguió explicando el joven— de que ya habrá recibido nuestra carta de ayer por la mañana informándole de tan buena noticia.

—¿Una carta? —preguntó el comandante Burnaby—. Usted no se da cuenta, mi querido joven, de que Sittaford está enterrado bajo diez pies de nieve. ¿Qué probabilidades cree que hemos tenido de que el servicio de Correos funcionase con regularidad?

—Pero indudablemente usted habrá visto su nombre anunciado como ganador en el *Daily Wire* de esta mañana.

—No —replicó el comandante Burnaby—, no he tenido tiempo de ojear el periódico en toda la mañana.

—¡Ah, claro que no! —comentó el joven—. Con ese maldito asunto. Tengo entendido que el asesinado era un buen amigo suyo…

—Mi mejor amigo —dijo el comandante.

—¡Mala cosa! —exclamó el joven, desviando la mirada con gran tacto. Luego, extrajo del bolsillo un pequeño papel doblado, de color malva, y lo puso en manos del comandante Burnaby con una respetuosa inclinación.

—Reciba usted esto, acompañado de un afectuoso saludo del *Daily Wire* —dijo.

El comandante Burnaby lo tomó y no supo contestar otra cosa

que la única posible en aquellas circunstancias.

—¿Quiere tomar algo, Mr…?

—Enderby, mi nombre es Charles Enderby. Llegué aquí ayer noche —explicó—. Pregunté acerca del modo más práctico de ir a Sittaford. Tenemos la costumbre de entregar personalmente los cheques a los ganadores. Siempre publicamos una pequeña entrevista con el beneficiado para satisfacer el interés de nuestros lectores. Bueno, todo el mundo me dijo que no soñase en llegar a Sittaford. La nieve no cesaba de caer y era sencillamente imposible emprender ese trayecto entonces. Con gran suerte para mí, descubrí que usted se encontraba precisamente aquí, albergado en Las Tres Coronas. —Sonrió al decirlo—. No tuve ninguna dificultad en identificarlo, pues parece ser que aquí todos los habitantes conocen a todo el mundo.

—¿Qué quiere que tomemos? —preguntó el comandante.

—A mí que me traigan cerveza —contestó Enderby.

El comandante pidió dos cervezas.

—Parece que el pueblo entero está preocupado con ese asesinato —observó Enderby—. Es verdad que el caso resulta misterioso, se mire como se mire.

El comandante dejó escapar un sordo gruñido. Estaba algo perplejo. Sus sentimientos hacia los periodistas no habían cambiado en lo más mínimo, pero al hombre que acababa de entregarle un cheque de 5.000 libras tenía que considerarlo digno de ciertos privilegios. No era cosa de mandarlo al diablo.

—Su amigo no tenía ningún enemigo, ¿verdad? —preguntó el joven.

—No —contestó secamente el comandante.

—Pero he oído decir que la policía no cree que se trate de un robo —continuó diciendo Enderby.

—¿Cómo sabe eso? —preguntó el comandante.

A pesar de la pregunta, Mr. Enderby no reveló el origen de su información.

—También oí decir que fue usted quien, en realidad, descubrió el cadáver —dijo el periodista.

—Sí.

—Debe de haber sido una desagradable sorpresa para usted.

La conversación continuó en los mismos términos. El

comandante Burnaby se obstinaba en no facilitarle la menor información, pero no era rival para la destreza de Mr. Enderby. Este último hacía de vez en cuando afirmaciones que el comandante se veía obligado a confirmar o negar, de modo que, sin querer, iba suministrando la información que el joven necesitaba. Sin embargo, eran tan agradables y corteses los modales del joven, que la entrevista se deslizaba sin la menor molestia o rozamiento entre ellos y el comandante se fue sintiendo, poco a poco, inclinado hacia el ingenioso joven.

Al cabo de un largo rato de charla, Mr. Enderby se levantó e hizo constar que tenía que ir a Correos.

—Espero de su amabilidad que me haga un pequeño recibo del cheque, comandante Burnaby.

El comandante se dirigió a un escritorio, extendió el recibo y se lo entregó a su visitante.

—Perfecto —dijo el joven, que deslizó el documento en su bolsillo.

—Supongo —indicó el comandante Burnaby— que regresará a Londres hoy mismo.

—¡Oh, no! —replicó el periodista—. Como ya supondrá, necesito tomar algunas fotografías de su vida en Sittaford y de usted mismo dando de comer a los cerdos o cuidando sus plantas, o haciendo cualquier cosa característica que le guste a usted. No se imagina hasta qué punto nuestros lectores aprecian esa información. Además, me gustaría que me escribiese unas cuantas líneas dignas de ser publicadas. Por ejemplo: «Cómo pienso gastarme las 5.000 libras» o algo por el estilo que llame la atención a los lectores. No tiene ni idea de lo desencantados que se quedarían si no les obsequiamos con una buena información de esta clase.

—De acuerdo, pero fíjese bien, es imposible ir a Sittaford con este tiempo. La nevada de la pasada noche ha sido excepcionalmente intensa y no habrá vehículo capaz de recorrer ese camino durante tres días al menos por más esfuerzos que se hagan, y tal vez tengamos que añadir otros tres antes de que el deshielo lo permita.

—Ya lo sé —contestó el joven—, y es bien fastidioso que así sea. Bueno, bueno… no habrá más remedio que resignarse a esperar sentadito aquí en Exhampton. La verdad es que se vive bien en esta

fonda de Las Tres Coronas. Hasta la vista, Mr. Burnaby, ya nos veremos.

Salió a la calle principal de Exhampton y se encaminó a la oficina de Correos, desde la cual telegrafió a su periódico, felicitándose por la magnífica suerte que le había favorecido y gracias a la cual podría enviar a Londres una sabrosa y exclusiva información relativa al caso de Exhampton.

Después, reflexionó acerca de lo que le convenía hacer en primer lugar y decidió entrevistarse con Evans, el criado del difunto capitán Trevelyan, cuyo nombre se había deslizado incautamente de los labios del comandante Burnaby durante su larga conversación.

Pocas preguntas le hicieron falta para encaminarlo al 85 de Fore Street. El sirviente del caballero asesinado era ya la persona importante del día y nadie en el pueblo podía ignorar su domicilio, pues desde el primer momento manifestaron todos un ansioso deseo de puntualizar aquel detalle.

Enderby golpeó en la puerta con un habilidoso repiqueteo. Le abrió un hombre en el que el periodista vio tan claros los típicos rasgos de un antiguo marinero, que no tuvo la menor duda de su identidad.

—Usted es Evans, ¿no es así? —preguntó Enderby en tono alegre —. Acabo de dejar al comandante Burnaby.

—¡Oh! —y Evans dudó un instante—. ¿Quiere hacer el favor de entrar, caballero?

El recién llegado aceptó la invitación. Una joven y frescachona mujer de cabellos oscuros y rojas mejillas asomó al fondo del pasillo. Enderby la tomó en seguida por lo que era: la reciente esposa del señor Evans.

—Mal asunto lo de su viejo patrón, ¿eh? —comentó el periodista.

—Algo impresionante, señor, eso es.

—¿Y qué piensa usted de todo ello? —preguntó Enderby, simulando con ingenuidad un gran deseo de conseguir detalles.

—Pues yo supongo que habrá sido obra de alguno de esos malditos vagabundos —contestó Evans.

—¡Oh, no, amigo mío! Esa teoría ha sido ya abandonada por completo.

—¿Eh?

—Ese crimen es un trabajo refinado. La policía se dio cuenta de ello desde el primer momento.

—¿Quién le ha dicho eso, señor?

La que en realidad había informado al joven no era otra que la doncella de Las Tres Coronas, cuya hermana estaba casada con el agente Graves; pero el hábil periodista replicó:

—Algo de eso me han dicho en la comisaría de policía. Sí, la idea de un robo era una simulación.

—Entonces, ¿quién piensan ellos que lo ha hecho? —preguntó Mrs. Evans acercándose. Sus ojos parecían llenos de espanto y ansiedad.

—Mira, Rebeca, tú no te metas en esto —le dijo su marido.

—Esos policías son tan estúpidos como crueles —comentó Mrs. Evans—. En cuanto sospechan de alguien, no se preocupan de buscar al verdadero culpable —y dirigió una rápida mirada al joven Enderby—. Dispense, ¿está usted relacionado con la policía, señor?

—¿Yo? ¡Oh, no! Soy redactor de un periódico, el *Daily Wire*. Vine aquí para visitar al comandante Burnaby, quien acaba de ganar nuestro gran concurso futbolístico con un premio de 5.000 libras.

—¡Caramba! —gritó Evans—. ¡Maldita sea! Entonces esos concursos son cosa seria, por lo que se ve.

—¿Se creía que no lo eran? —preguntó Enderby.

—Bien, no he querido decir eso, señor. —El ex marino estaba un poco confuso lamentando que su imprudente exclamación hubiera tenido tan poco tacto—. Es que yo había oído decir que a veces se hacen algunas trampas en esos asuntos. El pobre capitán, mi amo, acostumbraba a decir que los premios no van nunca a las direcciones buenas. Por eso usaba la mía de vez en cuando.

Y con cierta ingenuidad, descubrió el caso en que el capitán ganó tres novelas.

Enderby estimuló su charlatanería. Por de pronto, allí se presentaba la ocasión de escribir una interesante historia acerca de la personalidad de Evans. Un fiel criado, un viejo lobo de mar retirado. Por un instante, recapacitó acerca de la causa que motivaba la visible nerviosidad de Mrs. Evans, pero la atribuyó a la recelosa ignorancia propia de su clase.

—Usted debe encontrar al malhechor que cometió esa fechoría

—indicó Evans—. Los periódicos pueden hacer mucho, según dice la gente, para pescar a los criminales.

—Ya verás como fue un ladrón —comentó Mrs. Evans—. ¡Caramba, en todo Exhampton no hay nadie que le desease el menor daño al capitán!

Enderby se levantó de su asiento.

—Bien —dijo—, tengo que marcharme. He de correr de aquí para allá para charlar con unos y otros y ver lo que puedo sacar en claro. Si el capitán ganó tres novelas en un concurso del *Daily Wire*, el *Daily Wire* está obligado a hacer de la caza de su asesino una cuestión personal.

—No se puede ser más razonable de lo que usted es, señor. No se puede decir algo más justo.

Deseándoles a ambos esposos toda suerte de prosperidades, lo que manifestó con su vibrante y peculiar modo de expresarse, Charles Enderby salió de aquella casa.

«Me gustaría saber quién fue en realidad el verdadero asesino —murmuró para sí—. No puedo creer que haya sido nuestro buen amigo Evans. Tal vez fuera un ladrón quien lo hizo. Sería muy decepcionante si fuera así. Desde luego, parece que no hay ninguna mujer complicada en el asunto, lo cual es una verdadera lástima. Estoy seguro de que pronto conseguiré algunos informes sensacionales, aunque también puede ser que este caso se reduzca a la más vulgar insignificancia. ¡Qué suerte la mía si ocurre eso! Ésta es la primera vez que he llegado a tiempo al lugar del suceso, y en un asunto como éste. Tendré que esforzarme. ¡Charles, amigo mío, se te ha presentado la oportunidad de tu vida! ¡Tienes que sacarle partido! Mi amigo el comandante se sentará a comer y puedo sacar de él grandes noticias, si no me olvido ni un instante de portarme ante él con extremado respeto y le doy el tratamiento de «señor» suficientemente a menudo. Me gustaría saber si estuvo en el levantamiento de la India. No, desde luego que no, porque no es bastante viejo para eso. Donde debió de estar es en la guerra sudafricana, eso es. Le preguntaré por esa guerra, lo que le pondrá como un guante».

Y ponderando en su mente tan ingeniosa resolución, Mr. Enderby regresó a la fonda Las Tres Coronas.

Capítulo IX

Los laureles

Se tarda aproximadamente media hora en ir desde Exhampton hasta Exeter en tren. A las doce menos cinco, el inspector Narracott hacía sonar el timbre de la puerta principal de Los Laureles.

Los Laureles era una casa algo descuidada que estaba pidiendo a gritos una nueva capa de pintura. El jardín que la rodeaba no podía estar más descuidado e invadido de hierbajos, y la puerta colgaba derrengada de sus bisagras.

—Aquí no sobra el dinero —murmuró el inspector Narracott para sus adentros—. Evidentemente, la situación es de penuria.

El buen policía era un hombre de ideas claras y precisas, pero sus investigaciones parecían indicarle muy pocas posibilidades de que el capitán hubiese sido asesinado por un enemigo. Por otra parte, sólo había cuatro personas, según se deducía por todo lo que había averiguado, que sacaran una buena cantidad de la muerte del viejo militar. Los movimientos de cada una de esas cuatro personas tenían que ser estudiados con gran atención. El libro de registro de la fonda le proporcionó datos sugestivos, aunque, bien mirado, Pearson era un nombre bastante común. El inspector Narracott estaba ansioso por encontrar una solución al problema, pero sin precipitarse demasiado en sus decisiones y procurando siempre mantener su mente bien despierta mientras verificaba las investigaciones preliminares con toda la celeridad que las circunstancias le permitían.

Una doncella de aspecto bastante desaliñado respondió a su llamada.

—Buenos tardes —dijo el inspector Narracott—. Deseo ver a Mrs. Gardner; hágame el favor de avisarla. Dígale que se trata de la muerte de su hermano, el capitán Trevelyan en Exhampton.

Premeditadamente no le entregó a la doncella ninguna tarjeta que demostrase su cargo oficial. El mero hecho de ser policía del Estado, como la experiencia le había demostrado, hubiera contenido más la lengua de su visitada.

—¿Ya está su señora enterada de la muerte de su hermano? —le preguntó el inspector a la doncella como si se le acabase de ocurrir esa idea mientras ella le hacía pasar al vestíbulo.

—Sí, señor; recibió un telegrama que se lo notificaba. De Mr. Kirkwood, el abogado.

—Claro —comentó el inspector.

La doncella lo hizo pasar al salón, una habitación que, al igual que la fachada exterior, requería la inversión de alguna suma dedicada a restaurarla, aunque tenía un aire de encanto que el inspector percibió, aunque sin ser capaz de especificar en que consistía.

—La noticia habrá impresionado a su señora —observó el policía.

La muchacha no se mostró de acuerdo con esa apreciación o, al menos, eso le pareció a Narracott.

—Como no le veía más que de tarde en tarde… —contestó ella.

—Cierre la puerta un momento y haga el favor de acercarse —ordenó el inspector.

Estaba deseoso de ensayar el efecto de un ataque por sorpresa.

—¿Decía ese telegrama que había muerto asesinado? —preguntó.

—¡Asesinado…!

Los ojos de la muchacha se abrieron extraordinariamente y reflejaron una mezcla de horror y de intenso gozo.

—¿De veras fue asesinado?

—¡Ah! —exclamó el inspector—. ¡Ya pensaba yo que ustedes no lo sabían! Se ve que Mr. Kirkwood no quiso darle la noticia de un modo demasiado brusco a su señora; pero, como ve, querida… Y a propósito, ¿cómo se llama usted, jovencita?

—Beatrice, señor.

—Bien, pues como le decía, Beatrice, en los periódicos de esta

noche se publicará la noticia.

—¡Oh, yo nunca…! —murmuró Beatrice—. ¡Asesinado…! ¡Qué horrible! ¿Verdad que es horrible? ¿Le golpearon en la cabeza o le pegaron un tiro… o cómo fue?

El inspector satisfizo su afición por conocer los detalles y luego añadió como por casualidad:

—Creo que su señora tenía más o menos el propósito de ir a Exhampton ayer por la tarde, pero supongo que el mal tiempo se lo impidió.

—No le oí decir nada de eso, señor —contestó Beatrice—. Me figuro que se equivoca. Mi señora salió ayer tarde para realizar algunas compras y luego se fue al cine.

—¿A qué hora regresó?

—Hacia las seis de la tarde.

Esto descartaba a Mrs. Gardner.

—Sé muy poco acerca de la familia —continuó diciendo en tono indiferente—. ¿Es viuda Mrs. Gardner?

—¡Oh, no, señor, vive con su marido!

—¿A qué se dedica él?

—No se dedica a nada —contestó Beatrice mirándole fijamente —. No puede hacer nada, es un inválido.

—¡Ah! ¿Es un inválido? ¡Caramba, lo siento mucho! No sabía nada.

—No puede andar. Permanece en la cama todo el día. Tiene una enfermera a su servicio. No crea usted que cualquier muchacha aguantaría estar en esta casa teniendo que servir a todas horas a esa enfermera. Continuamente quiere que le traigan bandejas y tazas de té.

—Debe de ser muy fatigoso —comentó el inspector con suavidad —. Ahora, ¿será tan amable de anunciarme a su señora y decirle que he venido de parte de Mr. Kirkwood, de Exhampton?

Beatrice partió a cumplir la orden y, pocos minutos después, se abrió la puerta y entró en la habitación una mujer alta y de aspecto autoritario. Tenía un rostro muy especial: demasiado ancho en la frente, la cual estaba coronada por una negra y abundante cabellera con un toque de gris encima de las sienes, que llevaba peinada hacia atrás desde la frente. Dirigió al inspector una mirada inquisitiva.

—De modo que viene de Exhampton y de parte de Mr. Kirkwood.

—A decir verdad, eso no es exactamente cierto, Mrs. Gardner, aunque así se lo dije a la doncella. Su hermano, el capitán Trevelyan, fue asesinado ayer por la tarde y yo soy Narracott, el inspector de policía que se encarga del caso.

Sea como fuera, no podía negarse que Mrs. Gardner era una mujer dotada de nervios de acero. Entornó los ojos ante la noticia y respiró una o dos veces profundamente. Le indicó una silla al inspector y se sentó a su lado.

—¡Asesinado! ¡Qué cosa más extraordinaria! ¿Quién podría haber en el mundo que quisiera asesinar a Joe?

—Eso es lo que yo quiero descubrir, Mrs. Gardner.

—Me lo figuro. Y me gustaría mucho poder ayudarle de algún modo en su trabajo, aunque dudo que pueda hacerlo. Mi hermano y yo nos hemos visto muy pocas veces durante los últimos diez años. Yo no sé nada acerca de sus amigos o de cualquier relación que tuviera.

—Me dispensará la pregunta, señora, pero quisiera saber si usted y su hermano habían reñido.

—No, no se puede decir que estuviéramos reñidos, sino que la palabra distanciados sería la que describiría mejor nuestra situación. No necesito entrar en detalles familiares, pero mi hermano se disgustó bastante con motivo de mi matrimonio. Los hermanos, opino yo, difícilmente aprueban las elecciones de sus hermanas; aunque, por regla general, suelen ocultar su disgusto un poco mejor que mi hermano. Éste, como tal vez sepa ya, poseía una gran fortuna que le dejó una tía. Tanto mi hermana como yo nos casamos con hombres pobres. Cuando a mi marido lo retiraron del ejército por invalidez, a consecuencia del choque nervioso que sufrió en la guerra europea, nos hubiese venido muy bien un poco de ayuda económica y yo habría podido proporcionarle un costoso tratamiento que no quisieron darle en el hospital militar. Entonces le pedí un préstamo a mi hermano y él me lo negó. Desde luego, estaba en su derecho, pero desde entonces nos hemos visto muy raras veces y nuestro trato ha sido superficial.

Aquello era una explicación breve, pero bien clara.

Una personalidad muy interesante la de esta Mrs. Gardner,

pensó el inspector. El caso era que se sentía incapaz de dominar a su interlocutora. Se diría que su tranquilidad era artificial, que había preparado aquel relato escueto de los hechos. Y también advirtió que, a pesar de su sorpresa, ella no le preguntaba ningún detalle acerca de la muerte de su hermano. Eso le chocó mucho y le pareció extraordinario.

—No sé si a usted le gustará enterarse de lo ocurrido exactamente en Exhampton —empezó diciendo el policía.

La dama frunció en entrecejo.

—¿Es necesario que oiga ese relato? Espero que mi hermano haya muerto sin sufrir demasiado.

—Yo diría que sin el menor dolor.

—Entonces, le agradeceré que me ahorre todos esos detalles repulsivos.

«Esto no es natural —pensó el inspector—; decididamente, no me parece natural».

Como si ella hubiese podido leer el pensamiento del policía, empezó a hablar empleando las mismas palabras que Narracott se había dicho a sí mismo:

—Supongo que encontrará esto poco natural, inspector, pero durante mi vida he oído contar demasiados horrores. Mi marido me ha explicado cosas, cuando ha tenido uno de sus malos momentos… —la dama se dejó dominar por un escalofrío—. Estoy segura de que me comprendería si conociese mejor las circunstancias de mi vida.

—¡Oh, claro que sí, puede estar segura. Mrs. Gardner! A lo que realmente he venido es a ver si podía facilitarme algunos detalles familiares.

—¿Ah, sí?

—Por ejemplo: ¿sabe cuántos parientes vivos tiene su hermano aparte de usted?

—En cuanto a sus parientes próximos, sólo citaría a los Pearson, los hijos de mi hermana Mary.

—¿Que son…?

—James, Sylvia y Brian.

—¿James?

—Es el mayor; trabaja en una compañía de seguros.

—¿Qué edad tiene?

—Veintiocho años.

—¿Está casado?

—No, pero se ha prometido a una muchacha muy bonita, según creo. Aún no me la ha presentado.

—¿Su dirección?

—El 21 de Cromwell Street, en el tercer distrito del sudoeste de Londres.

El inspector anotó en su cuaderno esta dirección.

—¿Y qué más, Mrs. Gardner?

—Después tenemos a Sylvia. Está casada con Martin Dering. Tal vez habrá leído sus libros, es un autor de un cierto éxito.

—Muy agradecido. ¿Sabe la dirección de su sobrina?

—Vive en The Nook, Surrey Road, en Wimbledon.

—¿Qué más puede decirme?

—El más joven es Brian; pero éste anda ahora por Australia. Mucho me temo que no sé su dirección, pero seguramente la sabrán su hermano o su hermana.

—Es usted muy amable, Mrs. Gardner. Por puro formulismo nada más, ¿me permite que le pregunte dónde pasó la tarde ayer?

Ella le miró sorprendida.

—Déjeme pensar: Hice algunas compras, sí… y luego entré en un cine. Volví a casa hacia las seis y me eché en la cama hasta la hora de cenar porque la película me había producido un ligero dolor de cabeza.

—Muchas gracias, Mrs. Gardner.

—¿Hay algo más?

—No, creo que no necesito preguntarle nada más. Ahora me pondré en contacto con su sobrino y su sobrina. No sé si Mr. Kirkwood les habrá informado ya de la situación, pero usted y los tres jóvenes Pearson son los únicos herederos de la fortuna del capitán Trevelyan.

El rostro de la dama se cubrió lentamente de un intenso rubor.

—¡Eso sería maravilloso! —comentó ella pausadamente—. ¡Hemos pasado tantas dificultades… tan terribles dificultades… siempre escatimando en los gastos y ahorrando, y deseando comprar cosas!

En aquel momento, Mrs. Gardner se levantó al oír una quejumbrosa voz de hombre que procedía de la escalera.

—¡Jennifer… Jennifer, ven, te necesito!

—Dispénseme un momento… —dijo ella.

Al abrir la puerta, la llamada se dejó oír otra vez más imperiosa y apremiante.

—¡Jennifer! ¿Dónde estás? ¡Te necesito!

El inspector la había seguido hasta la puerta. Permaneció de pie en el vestíbulo, contemplándola mientras la dama subía hacia el piso superior.

—Ya voy, querido —gritaba Mrs. Gardner.

Una enfermera que bajaba se apartó para dejarla pasar.

—Haga el favor de ir con su marido. Está muy excitado. Usted consigue siempre calmarlo.

El inspector Narracott se interpuso deliberadamente en el paso de la enfermera cuando ésta bajaba los últimos escalones.

—¿Puedo hablar con usted un instante? —le dijo—. Mi conversación con Mrs. Gardner acaba de ser interrumpida.

La enfermera entró con el policía en el salón, sin hacerse repetir el ruego.

—Las noticias del asesinato han trastornado a mi paciente —explicó, ajustándose uno de sus bien almidonados puños—. Esa tonta de Beatrice vino corriendo y le disparó la noticia a bocajarro.

—Lo siento mucho —dijo el inspector—, porque me temo que la culpa ha sido mía.

—¡Oh! Desde luego, usted no podía saberlo —dijo la enfermera con cierto gracejo.

—¿Es muy grave la enfermedad de Mr. Gardner? —preguntó el inspector.

—Es un caso perdido —contestó la enfermera—. Por así decirlo, no hay remedio posible para él. Perdió por completo el uso de sus piernas a causa de un terrible choque nervioso. No hay lesión aparente.

—¿No sufrió ayer por la tarde una nueva impresión o un choque nervioso? —preguntó Narracott.

—Que yo sepa, no —dijo la enfermera, que pareció algo sorprendida por la pregunta.

—¿Estuvo con él durante toda la tarde?

—Esa era mi intención, pero… bueno, el caso fue que el capitán Gardner tenía muchas ganas de que le cambiase dos libros en la biblioteca pública. Se le había olvidado pedírselo a su esposa antes

de que ésta saliera. Por consiguiente, para complacerlo, salí con los libros y él me pidió que, al mismo tiempo, le comprase una o dos cosillas que necesitaba: regalitos para su mujer, no vaya usted a pensar otra cosa. Estaba muy amable y complaciente, y me dijo que me fuera a tomar el té al restaurante Boots, que él me invitaba. Añadió que a las enfermeras no nos gustaba quedarnos sin nuestro té. Es su chistecito, como ve. No salí hasta después de las cuatro y, con lo llenas que estaban las tiendas en estas vísperas de Navidad, y entre una cosa y otra, no pude regresar hasta después de las seis, pero el pobre hombre lo había pasado bien entretanto. Cuando llegué, me dijo que durmió la mayor parte del tiempo que yo pasé fuera.

—¿Sabe si Mrs. Gardner estaba ya de regreso?

—Sí, creo que estaba echada en la planta baja.

—Quiere mucho a su marido, ¿verdad?

—Ella le adora. En realidad, aseguraría que esa mujer es capaz de hacer cualquier cosa por él. Es conmovedor y muy diferente de otros en que he intervenido. ¡Vaya, si sólo hace un mes que…!

Pero el inspector Narracott evitó a escuchar el gran escándalo del mes anterior con mucha habilidad: echó una mirada a su reloj y, mostrándose sorprendido, lanzó una sonora exclamación.

—¡Bendito sea Dios! —gritó—. ¡Voy a perder mi tren! Creo que la estación no está muy lejos de aquí, ¿verdad?

—La estación de St. David está sólo a tres minutos de aquí, si es ésa a la que usted ha de ir. ¿O se refiere a la de Queen Street?

—Tendré que darme prisa —contestó el inspector sin dar más explicaciones—. Dígale a Mrs. Gardner que siento mucho tener que marcharme sin despedirme de ella. Ha sido un placer haber tenido con usted esta charla, enfermera.

La aludida se irguió con cierta satisfacción.

«Un caballero muy simpático», se dijo la enfermera después de cerrar la puerta principal tras haber salido el inspector. «Muy simpático. ¡Qué modales tan agradables!»

Y tras lanzar un ligero suspiro, empezó a subir la escalera hacia el dormitorio de su paciente.

Capítulo X

La familia Pearson

El siguiente paso del inspector Narracott fue visitar a su jefe, el superintendente Maxwell, para informarle.

Este último escuchó con gran interés lo que le contaba el inspector.

—Va a resultar un caso célebre —dijo el jefe pensativamente—. Ya lo veo con grandes titulares en los periódicos.

—Estoy de acuerdo con usted, Mr. Maxwell.

—Hemos de andar con pies de plomo. Es necesario no cometer ninguna equivocación. Aunque yo creo que va por el buen camino. Ahora debe buscar a ese James Pearson con la mayor rapidez posible e investigar dónde estaba ayer por la tarde. Como usted mismo dice, ese apellido es bastante vulgar, pero ya no lo resulta tanto acompañado del nombre de pila. Desde luego, firmar con su nombre y apellidos completos sin la menor abreviación, demuestra que no había ninguna premeditación por su parte. De otro modo, es poco presumible que hubiese cometido semejante locura. Me parece que aquí ha habido una discusión familiar y un arrebato repentino. Si ese joven es nuestro hombre, tuvo que haber oído hablar de la muerte de su tío esta noche pasada. Y en ese caso, ¿por qué escurrió el bulto largándose en el tren de las seis de la mañana sin decirle una sola palabra a nadie? Nada, eso tiene mal aspecto. Desde luego, siempre que nos aseguremos de que no fue una mera coincidencia. Usted debe aclararlo tan rápidamente como le sea posible.

—Eso pensaba hacer, señor. Lo mejor será que me vaya a la capital en el tren de la 1.45. Antes o después he de hacerle unas

cuantas preguntas a esta Mrs. Willett que alquiló la mansión del capitán. Ahí se encierra algún misterio. Por ahora no puedo dirigirme a Sittaford porque los caminos están intransitables con tanta nieve. Y por otra parte, esa mujer no puede estar relacionada directamente con el crimen. A la hora que éste se cometió, ella y su hija estaban enfrascadas en… bueno, en una sesión de espiritismo. Por cierto, que ocurrió una cosa bastante extraña…

El inspector le narró a su jefe la historia que había oído de labios del comandante Burnaby.

—¡Caramba, eso sí que es raro! —exclamó el superintendente—. ¿Cree que ese viejo soldado le ha contado la verdad? Ahí tiene una de esas historias que tanto gustan a los que creen en fantasmas y fantasías por el estilo.

—En mi opinión, lo que me contó ese hombre es la pura verdad —dijo Narracott con una mueca—. ¡Buen trabajo me costó sacárselo! *Él* no cree en esas cosas del espiritismo. Precisamente es contrario a él, cosa natural en un viejo soldado que desprecia cualquier tontería poco seria.

El superintendente asintió con un ademán de comprensión.

—Bien, es un caso raro, pero no nos conduce a ninguna parte —fue su conclusión.

—En fin, me voy a la estación para tomar el tren de la 1.45 para Londres —dijo Narracott.

Su jefe asintió.

Al llegar a la ciudad, Narracott se encaminó directamente al 21 de Cromwell Street. Mr. Pearson, le dijeron allí, estaba en su oficina. Con toda seguridad regresaría a su casa hacia las siete de la tarde.

Narracott acogió aquellas noticias sin gran interés, pues no le resolvían ninguno de sus problemas.

—Volveré por aquí si me es posible —dijo—. No se trata de nada importante —añadió, y partió a paso ligero sin dejar su nombre.

Había decidido no ir a la oficina de la compañía de seguros donde trabajaba el joven, sino, en lugar de esto, dirigirse a Wimbledon para celebrar una entrevista con Sylvia Pearson, señora de Martin Dering.

No se apreciaban muestras del menor abandono en el aspecto general de la villa The Nook.

«Todo nuevo y moderno», fue la descripción que el inspector Narracott se hizo a sí mismo.

Mrs. Dering estaba en casa. Una doncella de aspecto un tanto descocado, vestida con un traje de color lila, le guió hasta un salón recargado de muebles. El policía le entrego su tarjeta para que se la llevara a la dueña de la casa.

Mrs. Dering se presentó casi inmediatamente con la tarjeta en la mano.

—Supongo que viene por lo del pobre tío Joseph —fueron sus palabras de bienvenida—. ¡Es terrible, realmente espantoso! Yo estoy siempre asustada de esos vagabundos. La semana pasada hice poner dos cerrojos más en la puerta de servicio y unos pestillos de un modelo nuevo en todas las ventanas.

Sylvia Dering tenía sólo veinticuatro años, según le había contado al inspector Mrs. Gardner, pero cualquiera le hubiese echado treinta o más, a juzgar por su aspecto. Era pequeñita y bien formada, aunque de aspecto anémico, y con una expresión en el rostro que denotaba grandes preocupaciones y un intenso cansancio. En su voz se destacaba ese desmayado tono de débil queja que es casi el más triste sonido que una voz humana puede producir. Sin dejarle al inspector pronunciar una sola palabra, continuó diciendo:

—Si hay algo que yo pueda hacer para ayudarle a usted de cualquier modo, naturalmente me sentiré muy complacida, pero el caso es que apenas veía de tarde en tarde al tío Joseph. No era un hombre muy agradable… estoy segura de que no podía serlo. No era de esa clase de personas a las que una puede acudir cuando se encuentra en un apuro porque siempre estaba censurándolo y criticándolo todo. Tampoco era de esos hombres que tienen algún conocimiento de lo que la literatura significa en nuestra vida. El éxito, el verdadero éxito, no se debe medir siempre en dinero, inspector.

Finalmente, tuvo que hacer una pausa para respirar y el policía, a quien aquellas observaciones habían servido para llegar a algunas conjeturas, aprovechó su turno para hablar.

—Parece ser que se enteró muy pronto de la tragedia, Mrs. Dering.

—Tía Jennifer me telegrafío.

—¡Ah! ¡Está bien!

—Supongo que se habrá publicado en los periódicos de ayer noche. ¡Horrible! ¿No le parece?

—Deduzco que no había visto a su tío en estos últimos años.

—Lo vi sólo dos veces desde el día de mi boda. En la segunda de ellas, la escena fue verdaderamente desagradable para Martin. Mi tío era, desde luego, un hombre rico, muy aficionado a los deportes, pero no apreciaba para nada la literatura, como acabo de decirle.

«Se nota que el marido fue a pedirle un préstamo y el viejo rehusó dárselo», comentó para sus adentros el inspector Narracott definiendo la situación.

—Por puro formulismo, Mrs. Dering, ¿tendría la bondad de decirme lo que hizo usted ayer por la tarde?

—¿Quiere saber dónde estuve? Me extraña un poco su pregunta, inspector. La mayor parte de la tarde la pasé jugando al bridge y un amigo me hizo compañía el resto de la tarde, pues mi marido había salido.

—¿Había salido? ¿Y estuvo toda la tarde fuera de casa?

—Tenía que ir a una cena literaria —explicó Mrs. Dering dándose importancia—. Al mediodía, comió con un editor americano y por la noche, tenía que acudir a ese banquete.

—Comprendo.

Todo aquello parecía muy natural e indiscutible. El inspector continuó:

—Su hermano pequeño está en Australia, según creo, ¿no es verdad, Mrs. Dering?

—Así es.

—¿Tiene su dirección?

—¡Oh, sí! La puedo encontrar si desea saberla. Son unas señas un poco raras, por eso no puedo recordarlas de memoria en este momento. Se trata de un lugar en Nueva Gales del Sur.

—Y ahora, Mrs. Dering, ¿me permite que le pregunte por su hermano mayor?

—¿Por Jim?

—Sí, necesitaría ponerme en contacto con él.

Mrs. Dering se apresuró a suministrarle la correspondiente dirección, idéntica a la que Mrs. Gardner le había dado ya.

Entonces, considerando que no quedaba ninguna nueva

pregunta u observación que hacer, el policía dio por terminada aquella entrevista de un modo rápido.

Echó una mirada a su reloj y calculó que, mientras regresaba a la ciudad, darían las siete de la tarde, la hora más conveniente para encontrar a Mr. James Pearson en su casa.

La misma mujer de mediana edad y respetable aspecto que en su primera visita le había abierto la puerta del número 21, le recibió en esta segunda ocasión. Ahora Mr. Pearson estaba ya en casa, según le dijo la buena mujer, y lo encontraría en el segundo piso, si el caballero era tan amable de subir hasta allí.

Ella le precedió, llamó a la puerta con los nudillos y gritó en tono declamatorio:

—El caballero que vino a verle antes, señor —y echándose hacia atrás, dejó el paso libre al inspector.

Un joven en traje de etiqueta estaba de pie en medio de la habitación. Su aspecto era distinguido, verdaderamente elegante, si no se tenía en cuenta el gesto más bien indeciso de sus labios y la mirada vacilante y oblicua de sus ojos. Su aspecto general acusaba en él a un trasnochador preocupado con el aire de no haber dormido mucho en los días anteriores.

Dirigió una inquisitiva mirada al policía mientras éste se le acercaba.

—Soy el detective inspector Narracott… —empezó a decir el recién llegado, pero no pudo terminar su frase.

Con un ronco grito, el joven se desplomó en una silla, dejó caer los brazos sobre una mesa que tenía enfrente de él, apoyó la cabeza sobre ellos y musitó:

—¡Oh, Dios mío! ¡Lo que yo esperaba!

Tras un minuto o dos de silencio, el joven alzó la cabeza y dijo:

—Bien, ¿por qué no lo suelta ya, hombre?

El inspector Narracott le miró impasible e indiferente.

—Estoy investigando la muerte de su tío, el capitán Joseph Trevelyan. ¿Puedo preguntarle, Mr. Pearson, si tiene algo que decirme?

El joven se levantó poco a poco y contestó con voz baja:

—¿Va a… detenerme?

—No, señor, no he venido a eso. Si hubiera pensado en tal cosa, le habría anunciado la fórmula habitual. Sólo le pregunto si le es

posible darme cuenta de todos sus pasos durante la tarde de ayer. Usted puede contestar o no a mis preguntas, como mejor le parezca.

—¿Y si no contesto a ellas, será eso un argumento en mi contra? ¡Oh, sí, ya conozco los procedimientos de ustedes! Han descubierto que estuve allí ayer tarde, ¿verdad?

—Usted firmó con su nombre en el registro de la fonda, Mr. Pearson.

—¡Oh, supongo que no sirve de nada negarlo! Sí, en efecto, estuve allí. ¿Por qué no podía estar?

—¿Por qué no? —replicó el inspector, indulgente.

—Pues fui a Exhampton para ver a mi tío.

—¿Citado?

—¿Qué quiere decir con eso de citado?

—Si su tío sabía que usted iría.

—Yo… no, él no sabía nada. Mi viaje fue un impulso repentino.

—¿Sin razón que lo justificara?

—¿Razón…? Yo… No, ¿por qué había de haber una razón? Yo… yo sólo quería ver a mi tío.

—Perfectamente bien, Mr. Pearson. ¿Y consiguió verlo?

A esa pregunta siguió una pausa, una pausa muy larga. La indecisión más profunda estaba grabada en las facciones del joven. El inspector sintió cierta pena al observar la angustia de aquel hombre. ¿Acaso no se daba cuenta el pobre muchacho de que su culpable vacilación equivalía a confesarse autor del crimen?

Finalmente, James Pearson lanzó un profundo suspiro.

—Yo… yo supongo que hubiese sido mucho mejor empezar por confesarlo todo. Sí, logré ver a mi tío. En la estación de Exhampton pregunté cómo podía ir a Sittaford. Me contestaron que eso era del todo imposible. Los caminos estaban intransitables para cualquier vehículo. Les dije que me llevaba allí un asunto muy urgente.

—¿Muy urgente? —murmuró el inspector.

—Yo… yo necesitaba ver sin falta a mi tío.

—Así parece, Mr. Pearson.

—Pues bien, el portero de la estación continuó meneando la cabeza negativamente y diciendo que lo que yo pretendía era imposible. Entonces mencioné el nombre de mi tío y, de repente, su rostro se alegró y me dijo que Mr. Trevelyan residía actualmente en Exhampton. Después me dio instrucciones para encontrar la casa

que había alquilado.

—¿A qué hora ocurría esto, Mr. Pearson?

—Alrededor de la una de la tarde, si no recuerdo mal. Entonces me fui a la fonda de Las Tres Coronas, reservé una habitación y comí allí. Después yo… salí para ir a ver a mi tío.

—¿Inmediatamente después de comer?

—No, mi salida no fue tan inmediata.

—¿A qué hora era?

—Bueno… no puedo recordarlo con certeza.

—¿Hacia las tres y media? ¿O eran ya las cuatro? ¿Acaso las cuatro y media?

—Yo… yo… —su voz era más balbuceante que nunca—, no creo que fuese tan tarde.

—Pues Mrs. Belling, la propietaria de la fonda, me ha dicho que usted salió a las cuatro y media.

—¿Es posible? Yo… creo que se equivoca. No podía ser tan tarde como eso.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Encontré la casa de mi tío, hablé con él y regresé a la fonda.

—¿De qué modo entró en la casa de su tío?

—Llamé al timbre de la entrada y él mismo me abrió la puerta.

—¿No se sorprendió al verle?

—Sí… sí, me pareció que se sorprendía un poco.

—¿Cuánto tiempo permaneció con él, Mr. Pearson?

—Un cuarto de hora, tal vez veinte minutos; pero le aseguro que estaba perfectamente bien cuando yo le dejé, perfectamente bien, lo juro.

—¿Y a qué hora se separó de él?

El joven bajó la vista y de nuevo se hizo patente la indecisión de sus palabras.

—No lo sé con exactitud.

—Pues yo creo que si lo sabe, Mr. Pearson.

El seguro tono de voz con que el inspector dijo esto produjo su efecto. El muchacho replicó en voz baja:

—Eran las cinco y cuarto.

—Usted regresó a Las Tres Coronas a las seis menos cuarto. Como máximo, sólo podía necesitar de siete a ocho minutos para ir allí desde la casa de su tío.

—Es que no volví directamente. Me entretuve dando un paseo por el pueblo.

—¡Con este tiempo tan helado, caminando por encima de la nieve!

—En aquel momento no nevaba. Fue más tarde cuando se puso a nevar.

—Ya comprendo. ¿Y sobre qué tema versó la conversación con su tío?

—¡Oh, nada de particular! Yo… sólo necesitaba charlar un rato con mi viejo tío, darle un abrazo… en fin, esas cosas que a veces se sienten, ya sabe.

«¡Qué mentiroso más malo! —pensó el inspector Narracott—. Estoy seguro de que a mí se me ocurriría algo más ingenioso y mejor pensado».

En voz alta dijo:

—Muy bien, Mr. Pearson. Ahora, ¿puedo preguntarle por qué, al oír hablar del asesinato de su tío, se apresuró a marcharse de Exhampton sin revelar a nadie su parentesco con la víctima?

—Me asusté —contestó el joven sin titubear—. Me enteré de que había sido asesinado precisamente hacia la hora en que me separé de él. Hágase cargo: eso amedrentaría a cualquiera, ¿verdad? Por eso me apresuré a marcharme y abandoné aquella localidad en el primer tren que salía. ¡Oh, supongo que fui un loco al actuar de ese modo! Pero ya sabe lo que pasa cuando a uno le atenaza el miedo. Y creo que cualquiera se hubiera aturdido de hallarse en las mismas circunstancias.

—¿Y eso es todo lo que tiene que decir?

—Sí, claro.

—Entonces, Mr. Pearson, tal vez no le importe acompañarme para poner por escrito esta declaración y hacerme el favor de firmarla después de leerla.

—¿Y eso será todo?

—Me parece que es posible, Mr. Pearson, que sea necesario detenerlo a usted hasta después de la encuesta judicial.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Jim Pearson—. ¿No me ayudará nadie?

En aquel momento se abrió la puerta y una joven entró en la habitación.

Era una mujer excepcional, según notó enseguida el perspicaz inspector. No porque fuera arrebatadoramente bella, sino que su rostro era tan atractivo y extraordinario que no resultaba fácil olvidarlo después de haberlo visto una sola vez. Alrededor de ella flotaba una atmósfera de naturalidad, de *savoir faire*, de invencible resolución, al mismo tiempo que de enorme fascinación.

—¡Oh, Jim! —exclamó ella—. ¿Qué ocurre?

—Lo que yo me temía, Emily —contestó el joven—. Creen que yo he asesinado a mi tío.

—¿Quién cree eso? —preguntó Emily.

El joven indicó con un gesto a su visitante.

—Este señor es el inspector Narracott —dijo, y añadió con desmayado acento, a guisa de presentación—: Miss Emily Trefusis.

—¡Oh! —exclamó la joven presentada.

Y estudió al inspector Narracott con una profunda mirada de sus almendrados ojos.

—Jim —murmuró ella—, eso es una idiotez. Tú eres incapaz de matar a nadie.

El inspector no replicó nada.

—Me figuro —dijo Emily, volviéndose hacia Jim— que habrás estado diciendo una serie de cosas terriblemente imprudentes. Si leyeses los periódicos con un poco más de atención, querido Jim, sabrías que nunca se debe hablar con un policía, a menos que tengas a un buen abogado al lado que te guíe en cada una de tus palabras. ¿Se puede saber lo que ha pasado aquí? ¿Va usted a detenerlo, inspector Narracott?

El aludido explicó, en términos técnicos y con clara exactitud, lo que iba a hacer.

—Emily —gritó el joven—, ¿tú no creerás que yo lo hice? Nunca lo creerás, ¿verdad?

—No, querido —replicó Emily con amable entonación—, naturalmente que no. —Y luego añadió, con voz dulce y meditativa —: Ya sé que tú no tienes valor para eso.

—¡Me siento como si no tuviese un solo amigo en el mundo! —gimió el joven.

—Pues tienes uno —dijo Emily—, me tienes a mí. ¡Ánimo, Jim! Contempla el brillo de los diamantes que pusiste en el tercer dedo de mi mano izquierda. Aquí queda tu fiel novia. Puedes irte con el

inspector que yo me encargo de todo.

Jim Pearson se levantó, aún con una atribulada expresión en el semblante. Se puso un abrigo que estaba encima de una silla y el inspector le alcanzó el sombrero que encontró sobre la inmediata mesa de despacho. Después se encaminaron ambos hacia la puerta y el policía dijo cortésmente:

—Buenas tardes, miss Trefusis.

—*Au revoir*, inspector —replicó Emily suavemente.

Si Narracott hubiese conocido un poco mejor a miss Emily Trefusis, se hubiera podido dar cuenta del desafío que aquellas tres palabras encerraban.

Capítulo XI

Emily empieza a trabajar

La encuesta judicial sobre la muerte del capitán Trevelyan se celebró el siguiente lunes por la mañana. Desde el punto de vista del sensacionalismo, fue un fiasco, pues casi inmediatamente se aplazó hasta la semana siguiente, dejando desencantados a un buen número de espectadores. Entre el sábado y el lunes, Exhampton había conquistado no poca celebridad. Al saberse que el sobrino del muerto había sido detenido por su conexión con el asesinato, el asunto saltó desde las noticias que gozaban de un solo párrafo en las últimas páginas de los periódicos hasta las secciones encabezadas por gigantescos titulares.

El lunes un gran número de periodistas había llegado a Exhampton. Mr. Charles Enderby tuvo ocasión de congratularse una vez más por la espléndida posición que le había proporcionado aquella casualidad, puramente fortuita, del concurso futbolístico organizado por su periódico.

La intención del periodista era pegarse a Mr. Burnaby como una sanguijuela. Y con el pretexto de sacar unas fotografías de la vivienda del comandante, arreglárselas para obtener información en exclusiva de los habitantes de Sittaford y de sus relaciones con el difunto.

A Mr. Enderby no se le escapó el detalle de que, a la hora del almuerzo, una mesa cercana a la puerta fue ocupada por una encantadora joven. El periodista se preguntó qué sería lo que aquella muchacha estaba haciendo en Exhampton. Iba muy bien vestida, con un traje provocativo y elegante, y aparentemente no se

trataba de una pariente del difunto, ni menos aún podía clasificarla como una de tantas curiosas desocupadas.

«Me gustaría saber cuánto tiempo se albergará esa joven aquí —pensó Mr. Enderby—. Es una verdadera lástima que tenga que irme esta misma tarde a Sittaford. ¡Qué mala suerte la mía! Bueno, amigo, supongo que no se puede tener todo a la vez».

Pero, al poco rato de haber terminado la comida, el joven periodista recibió una agradable sorpresa. Estaba de pie en los escalones de entrada de Las Tres Coronas, observando lo rápidamente que se fundía la nieve en la calle y disfrutando de los débiles rayos de un pálido sol invernal, cuando se dio cuenta de que una voz, una encantadora y atractiva voz, se dirigía a él:

—Le pido mil perdones, pero quisiera preguntarle si hay algo que merezca ser visto en Exhampton.

Charles Enderby no perdió la ocasión que se le presentaba.

—Creo que hay un castillo interesante —contestó—. No vale gran cosa, pero es lo que hay. Si me lo permite, le indicaré el camino para ir a él.

—Es usted muy amable conmigo —dijo la muchacha—. Si está seguro de que no está demasiado ocupado…

Charles Enderby descartó inmediatamente la posibilidad de que tuviera otros quehaceres.

Y ambos salieron juntos.

—Creo que usted es Mr. Enderby, ¿verdad? —preguntó la joven.

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Me lo ha dicho Mrs. Belling.

—¡Ah! Comprendo.

—Yo soy Emily Trefusis. Mr. Enderby, necesito que me ayude.

—¿Que yo la ayude…? —preguntó Enderby—. ¿Por qué no? Me tiene a sus órdenes, pero…

—Le explicaré: soy la prometida de Jim Pearson.

—¡Oh! —exclamó el joven Enderby, ponderando en su mente las posibilidades periodísticas que se le ofrecían.

—La policía lo va a detener. Estoy segura de eso, Mr. Enderby, y también *sé* que Jim no lo cometió. He venido aquí para probar que él no lo hizo, pero necesito que alguna persona me ayude. Una mujer sola no puede hacer nada sin el apoyo de un hombre. ¡Los hombres saben tantas cosas, y son capaces de conseguir tantas

informaciones que a las mujeres nos están vedadas!

—Bueno… yo… bien, supongo que lo que me dice es cierto —replicó Mr. Enderby complaciente.

—Esta mañana he estado contemplando a todos esos periodistas que han venido aquí —explicó Emily—. ¡La mayor parte de ellos tienen unas caras tan estúpidas! ¡Le escogí a usted entre todos porque me pareció el único realmente listo!

—¡Oh, caramba! No creo que eso sea muy cierto —dijo Enderby aún más complaciente.

—Bueno, lo que voy a proponerle —continuó explicando Emily Trefusis— es una especie de asociación entre nosotros dos. Esto tendrá, creo yo, ventajas para ambas partes. Hay ciertas cosas que necesito investigar, que he de poner en claro. Usted, en su calidad de periodista, puede ayudarme. En primer lugar, necesito…

Emily se detuvo un momento. Lo que en realidad necesitaba era convertir a Mr. Enderby en una especie de sabueso privado que trabajara para ella, que fuera adonde ella le dijese, que hiciera las preguntas que a ella le convenían y que, en general, se portase como un esclavo cautivo; pero se daba perfecta cuenta de la necesidad de disfrazar esta proposición en términos que resultasen aduladores y agradables al mismo tiempo. Lo importante era que ella sería el jefe, pero el asunto requería ser llevado con gran tacto.

—Necesito —concluyó Emily— estar segura de que puedo *confiar* en usted.

Todo esto lo decía con una voz cariñosa, amable y persuasiva. Mientras ella pronunciaba su última frase, en el pecho del joven periodista nacía una emoción de que la encantadora y desamparada muchacha podía confiar en él de un modo definitivo.

—Debe de ser terrible hallarse en su situación —dijo él cariñoso y, tomando entre sus manos una de las de la joven, se la estrechó con fervor—. Pero ya sabe —continuó diciendo al despertarse en él su sentido periodístico— que no puedo disponer del tiempo a mi antojo. Quiero decir que he de ir donde me manden y hacer lo que me ordene mi empresa.

—De acuerdo —replicó Emily—. Ya había pensado en eso, y precisamente es de lo que iba a hablarle. Seguro que yo soy, dentro de este drama, lo que ustedes, los periodistas, llaman «una exclusiva», ¿no le parece? Puede hacerme una entrevista diaria en

la que me haga decir cualquier cosa que crea que les gustará leer a sus lectores. «*Aparece la novia de Jim Pearson», «Una muchacha cree apasionadamente en la inocencia del supuesto asesino», «Recuerdos de la infancia del presunto culpable suministrados por su prometida*». En realidad, yo no sé nada acerca de la infancia de Jim —añadió ella —, pero no creo que importe mucho.

—Estoy pensando —dijo el periodista— que es una mujer maravillosa. Sí, realmente maravillosa.

—Entonces —continuó Emily, prosiguiendo su conquista de la situación—, tendré acceso a los parientes de Jim. Y le podré llevar conmigo en calidad de amigo, lo que le permitirá atravesar puertas que de otro modo le hubiesen cerrado en las narices.

—¡De sobra que lo sé! —exclamó Mr. Enderby con sinceridad, recordando varios fracasos de sus comienzos en el periodismo.

Ahora se abrían ante él gloriosas perspectivas. Bien mirado, había sido afortunado en este asunto: primero, con lo del concurso futbolístico organizado por su periódico y ahora, con esto.

—Trato hecho —dijo el periodista fervientemente.

—De acuerdo —replicó Emily, adoptando la actitud despierta y comercial de un hombre de negocios—. Ahora, ¿por dónde empezamos?

—Esta tarde tenía proyectado dirigirme a Sittaford.

Y el joven explicó las afortunadas circunstancias que le habían puesto en tan ventajosa relación con el comandante Burnaby.

—Porque, fíjese usted, precisamente se trata de uno de esos viejos gruñones que odia a los periodistas como si fuésemos alimañas; pero no es tan fácil enviar a paseo al mensajero que acaba de traerle a uno 5.000 libras, ¿no es verdad?

—Sería muy desconsiderado —opinó Emily—. Pues bien, si usted va a Sittaford, yo le acompañaré.

—¡Magnífico! —exclamó Mr. Enderby—. Ahora, lo que no sé es si allí encontraremos donde alojarnos. Según mis informes no hay más que la mansión del difunto capitán, rodeada de unos pocos chalés que pertenecen a personas como Burnaby.

—Ya encontraremos algo —dijo Emily—. Yo siempre encuentro algo.

No le costó mucho trabajo creerlo a Mr. Enderby. Emily poseía esa clase de personalidad que siempre supera todos los obstáculos.

Mientras hablaban, habían llegado al ruinoso castillo, pero sin fijarse ni poco ni mucho en él, se sentaron en los restos de una pared, disfrutando de algo que pretendía llamarse sol. Emily procedió a desarrollar sus ideas.

—Este asunto me lo tomo yo, amigo Enderby, de una forma absolutamente desprovista de todo sentimentalismo, como si se tratase de un negocio comercial. Para empezar, tiene que creer mi palabra de que Jim no ha cometido este asesinato. Y no afirmo tal cosa por la sencilla razón de que esté enamorada de él o porque crea en su dulce carácter, o por cualquier otra pamplina por el estilo. Es que lo sé con certeza. Debe saber que desde los dieciséis años he tenido que arreglármelas yo solita. Nunca he tratado a muchas mujeres y no sé gran cosa acerca de ellas, pero lo sé todo en lo que se refiere a los hombres. Y le aseguro que si una muchacha no sabe juzgar a un hombre con la debida exactitud para tratarlo como es debido, nunca lo conquistará por completo. Soy experta en esas cosas. Trabajo como modelo en Lucie's y puedo decirle, señor Enderby, que llegar hasta allí es una hazaña.

«Bueno, como le decía, yo soy de las que saben medir a los hombres con toda exactitud. Jim tiene un carácter más bien débil en muchos aspectos. No estoy muy segura —confesó Emily, olvidando por un instante su papel de adoradora de los hombres fuertes— de que no sea ésa la verdadera causa de que me guste. Me doy cuenta de que puedo manejarlo a mi antojo y conseguir cualquier cosa de él. Hay un montón de cosas, incluso criminales, que sería capaz de hacer, si alguien le empujara a ello, pero nunca un asesinato. Sencillamente, es incapaz de coger un saco de arena y atreverse a golpear con él en la nuca a un viejo. Y aunque se atreviese, lo haría con tanto temor, que no acertaría el golpe. En fin, que es una criatura demasiado *blanda*, Mr. Enderby. No le gusta matar ni siquiera a una avispa. En lugar de eso, cuando entra alguna en casa, procura siempre echarla de la habitación sin hacerle daño y normalmente le pica. De todos modos, no hago bien en explicarle tantos detalles. Debe creer en mi palabra y empezar su investigación admitiendo que Jim es inocente.

—¿Cree que alguien está intentando deliberadamente achacarle el crimen a su novio? —preguntó Charles Enderby con su más periodístico tono.

—En mi opinión, no es probable. Verá, nadie estaba enterado de que Jim había venido a visitar a su tío. Desde luego, nunca se puede estar seguro, pero yo lo descartaría siempre como una simple coincidencia y mala suerte. Lo que hemos de averiguar es si hay alguna otra persona que tuviera un motivo concreto para matar al capitán Trevelyan. La policía está completamente segura de que este crimen no es de los que ellos llaman «externos». Quiero decir que no lo creen obra de un ladrón. La ventana forzada era para despistar.

—¿Le ha contado a usted la policía todos estos detalles?

—Prácticamente, sí —contestó Emily.

—¿Qué quiere decir con esto de prácticamente?

—Que debo estos informes a la doncella cuya hermana está casada con el agente Graves. Por lo tanto, esa mujer sabe todo lo que la policía piensa.

—Muy bien —dijo el periodista—. Así pues, este crimen no lo ha cometido una persona extraña a la víctima, sino alguien relacionado con ella.

—Por completo —replicó Emily—. La policía… es decir, el inspector Narracott, del cual tengo que decir, ya que hablamos de él, que me parece un hombre muy razonable, ha iniciado una investigación para averiguar a quién beneficia la muerte del capitán Trevelyan; y como Jim resulta muy comprometido, desde este punto de vista, lo más probable es que no se molesten en continuar sus investigaciones en otra dirección. En fin, ese será nuestro trabajo.

—¡Qué buena exclusiva sería —exclamó Mr. Enderby— si usted y yo logramos descubrir al verdadero asesino! Cuando hablasen de mí, dirían: «El experto criminalista del *Daily Wire*…» Pero eso sería demasiado hermoso para ser cierto —añadió desalentadoramente—. Cosas tan afortunadas sólo ocurren en las novelas.

—¡No diga tonterías! —exclamó Emily—. A mí me ocurren con frecuencia.

—Pero usted es sencillamente maravillosa —comentó Enderby una vez más.

Emily sacó un pequeño cuaderno de notas.

—Ahora apuntemos de un modo metódico unos cuantos detalles. El propio Jim, su hermano, su hermana y su tía Jennifer se benefician del mismo modo con la muerte del capitán Trevelyan.

Claro está que Sylvia, es decir, la hermana de Jim, no mataría ni a una mosca, pero yo no diría lo mismo de su marido; ese hombre es de los que yo llamo «brutos desagradables». Como sabe, los artistas como él tienen sus líos con mujeres y otras cosas por el estilo. Es muy posible que estuviese en un apuro económico. Desde luego, el dinero que ahora caiga en su casa pertenecerá, en realidad, a Sylvia, pero eso le importa muy poco a él. No tardará mucho en manejarlo.

—Por lo visto, no es una persona muy agradable —comentó el joven.

—¡Oh, sí que lo es! Tiene muy buena presencia. Las mujeres se vuelven locas por él. Los hombres auténticos lo odian.

—Bien, ya tenemos al sospechoso número uno —dijo el periodista, escribiendo también en su cuaderno—. Investigaremos lo que hizo el viernes, cosa fácil de conseguir mediante el pretexto de entrevistar al popular escritor relacionado con el crimen. ¿Le parece bien?

—Espléndido —contestó Emily—. Después tenemos a Brian, el hermano pequeño de Jim. Se supone que está en Australia, pero no sería difícil que hubiese regresado. A veces, la gente hace cosas sin anunciarlas.

—Podríamos telegrafiarle.

—Así lo haremos. Me imagino que tía Jennifer puede descartarse. A juzgar por todo lo que he oído decir de ella, es más bien una persona estupenda. Pero tiene su carácter. Después de todo, no debemos olvidarla tampoco, ya que, al fin y al cabo, no estaba muy lejos, pues reside en Exeter. *Pudiera ser* que hubiese venido para visitar a su hermano, que éste le dijera alguna cosa desagradable acerca de su marido, a quien ella adora, lo cual habría dado lugar a que se acalorase demasiado, agarrase el saco de arena y le diera un golpe con él.

—¿Lo cree realmente posible? —preguntó el joven Enderby dubitativo.

—No, me parece que no, pero cualquiera *sabe*. Luego, por supuesto está el criado. Le corresponden sólo cien libras y, además, parece una buena persona, pero repito que nunca se sabe. Su esposa es sobrina de Mrs. Belling, ya sabe de quien hablo: esa Mrs. Belling que está al frente de Las Tres Coronas. Tengo la intención de llorar en su hombro cuando regrese a la fonda. Su aspecto revela un alma

más bien maternal y romántica. Supongo que sentirá una terrible compasión por mí cuando se entere de que probablemente mi novio irá a la cárcel, y puede ser que la noticia le haga perder su discreción y se le escape algo útil. Por último, naturalmente, hemos de pensar en la mansión de Sittaford. ¿Sabe lo que me ha parecido muy raro?

—No. ¿El qué?

—Esas mujeres, las Willett. Las que alquilaron amueblada la casa del capitán Trevelyan en pleno invierno. Es una cosa bastante extraña.

—Sí, es muy extraño —aceptó Mr. Enderby—. En el fondo, en ese arrendamiento debe de haber algo… algo relacionado con el pasado del capitán.

Tras una pausa, el periodista añadió:

—Esa *séance* espiritista también es muy misteriosa. Pienso tratar de ella en mi periódico. Además, les pediré su opinión a Mr. Oliver Lodge y al célebre Arthur Conan Doyle, así como a algunas actrices y a otras personas.

—¿De qué *séance* me está hablando?

Mr. Enderby explicó complacido todo lo que sabía. No había nada relacionado con el asesinato que él no hubiese conseguido, de un modo u otro, oír contar.

—Algo estrambótico, ¿verdad? —dijo al terminar su relato—. Quiero decir que le hace a uno reflexionar acerca de esas cosas. Tal vez hay algo de cierto en ellas. Sin embargo, es la primera vez en mi vida que tropiezo con un hecho auténtico.

Emily se dejó dominar por un ligero estremecimiento.

—No me gustan las cosas sobrenaturales —comentó la joven—, aunque reconozco que, por esta vez, como ha dicho muy bien, parece que tengamos que concederle algún crédito. ¡Pero qué cosa más horriblemente extraña!

—Esa *séance* de espiritismo no resultó muy práctica, ¿no le parece? Si el viejo pudo llegar hasta allí y anunciar que estaba muerto, ¿por qué no dijo también quién le había asesinado? Así todo hubiera resultado muy sencillo.

—Voy creyendo que la clave puede hallarse en Sittaford —dijo Emily pensativa.

—Sí, opino que debemos realizar allí una escrupulosa

investigación —comentó Enderby—. He alquilado un automóvil y pensaba salir hacia allí antes de media hora. Sería muy conveniente que me acompañase.

—Así lo haré —replicó Emily—. ¿Vendrá con nosotros el comandante Burnaby?

—Se ha empeñado en ir a pie —contestó Enderby—. Partió hacia Sittaford en cuanto terminó la encuesta. Si me pregunta lo que pienso, le diré que lo ha hecho para librarse de mi compañía al regresar hacia su vivienda. A nadie le puede resultar agradable chapotear en el fango de ese largo camino.

—¿Cree que el automóvil podrá ya recorrerlo sin dificultad?

—¡Oh, sí! Hoy es el primer día que un coche ha conseguido llegar allí.

—Bien —dijo Emily poniéndose de pie—, creo que ya es hora de que regresemos a Las Tres Coronas, donde arreglaré mi equipaje y celebraré mi representación de lamentaciones con Mrs. Belling.

—No se preocupe —dijo Enderby con cierto aire de fatuidad—. Déjemelo todo en mis manos.

—Eso es lo que pienso hacer —replicó Emily faltando por completo a la verdad—. ¡Es tan maravilloso tener a alguien en quien poder realmente confiar!

Emily era, indudablemente, una joven muy cumplida.

Capítulo XII

La detención

A su regreso a Las Tres Coronas, Emily tuvo la buena suerte de encontrarse con la propietaria, que se encontraba en el vestíbulo.

—¡Oh, Mrs. Belling! —exclamó—. Tengo que marcharme esta misma tarde.

—Bueno, señorita, supongo que se va a Exeter en el tren de las cuatro y diez, ¿eh?

—No, me voy a Sittaford.

—¿A Sittaford?

El semblante de Mrs. Belling mostró la más viva curiosidad.

—Sí, señora, y quería preguntarle si sabe de algún sitio donde pudiera alojarme allí durante mi estancia.

—¿Quiere pernoctar allí?

La curiosidad iba en aumento.

—Sí, no tengo más remedio… ¡Oh! Mrs. Belling, ¿no habría por aquí algún sitio donde pudiésemos hablar un momento sin que nadie nos oyera?

Con cierta presteza, la dueña de la fonda le indicó el camino que conducía a su propio dormitorio. Era una pequeña habitación muy confortable, en la que ardía un buen fuego.

—No se lo contará a nadie, ¿verdad? —empezó Emily, que sabía muy bien que de todos los comienzos confidenciales que existen en la tierra éste es el que provoca el mayor interés y la simpatía de quien lo escucha.

—No, claro que no, señorita; nadie sabrá una palabra —repitió Mrs. Belling, cuyos oscuros ojos brillaban excitados.

—Verá Mr. Pearson, como usted ya sabe…

—¿Ese joven caballero que se albergó aquí el viernes pasado y a quien la policía ha detenido?

—¿Detenido…? ¿Quiere decir que lo han detenido de verdad?

—Sí, señorita, aún no hace ni media hora.

Emily palideció.

—¿Está… está segura de lo que dice?

—¡Oh, sí, señorita! Nuestra querida Amy se lo ha oído decir al sargento.

—¡Es espantoso! —exclamó Emily. Se esperaba ya la noticia, pero esto le vino al pelo—. Pues como yo le iba a decir, Mrs. Belling, yo… yo soy su prometida. Y estoy segura de que él no lo ha hecho: ¡Oh, querida, todo eso es terrible!

Y al decir esto, Emily se puso a llorar. No hacía mucho rato que ella le había anunciado a Charles Enderby su intención de representar tan triste escena, pero no pudo por menos que sorprenderse por la facilidad con que le brotaron las lágrimas. Llorar cuando uno quiere no es tarea fácil. Y es que, en aquella ocasión, había algo muy real que motivaba sus lágrimas: la noticia recibida, que de verdad la asustaba. No debía dejarse dominar por sus sentimientos. Semejante debilidad no le reportaría la menor ventaja a Jim. Tenía que mostrarse resuelta, lógica y serena, para ver las cosas claras. Éstas eran las cualidades que contarían en aquel juego. Los lloros y las lamentaciones no han ayudado nunca a nadie.

Aunque, bien mirado, era un gran alivio abandonarse a sus propios sentimientos. Después de todo se suponía que tenía que llorar un poco. Sus lágrimas serían un infalible método para conquistar la simpatía de Mrs. Belling y predisponerla a su favor. Además, ¿por qué no desahogarse un poco mientras representaba su comedia? Una buena orgía de llanto en la que todas sus aflicciones, sus dudas y sus incontestables temores hallarían salida.

—Bueno, bueno, querida mía, no se lo tome así —dijo Mrs. Belling. Y al mismo tiempo, rodeó con uno de sus grandes y maternales brazos los hombros de Emily, dándole ligeros golpecitos en su afán de consolarla.

—Siempre dije, desde que empezó este maldito asunto, que él no lo hizo. Yo le tengo por un joven caballero muy normal. Esos

policías son todos unos solemnes cabezotas, ya lo he dicho muchas veces antes de ahora. Lo más probable es que haya sido algún ladrón vagabundo, eso es. Ahora no se angustie, mi querida niña, porque todo acabará bien, ya verá que sí.

—¡Es que le tengo un cariño tan grande…! —gimió Emily.

¡Pobre Jim, querido, dulce, infantil, desmañado y absurdo Jim! ¡Tenía que comprometerse por completo haciendo lo peor que podía hacer y en el peor momento posible! ¿Qué oportunidad podía salvarle frente a aquel sereno y resuelto inspector Narracott?

—¡*Tenemos* que salvarlo! —exclamó la joven.

—¡Naturalmente que lo haremos! ¡No faltaba más! —replicó Mrs. Belling consolándola.

Emily se restregó los ojos vigorosamente, lanzó un postrer sollozo, carraspeó y, levantando su orgullosa cabeza, volvió a preguntar:

—¿Dónde puedo alojarme en Sittaford?

—¿Allí arriba, en Sittaford? ¿Está empeñada en ir allí, querida mía?

—Así es —afirmó Emily resueltamente.

—Bueno, está bien —y Mrs. Belling meditó antes de dar su respuesta—. Sólo hay un sitio donde puede albergarse un forastero. Sittaford es muy pequeño. Se compone de la casa grande, la mansión que fue construida por el capitán Trevelyan y que ahora está alquilada a una dama sudafricana; y después no quedan más que los seis chalés que el capitán Trevelyan hizo edificar. En el número 5 vive un tal Curtis, que suele ser el jardinero del capitán, y allí encontrará a Mrs. Curtis. Ella alquila habitaciones durante la temporada de verano, Mr. Trevelyan se lo permite. No hay ningún otro sitio en el que pueda alojarse. También encontrará allí la casa del herrero y una pequeña oficina de Correos, pero Mary Hibbert tiene seis niños y una cuñada que vive con ella, y la esposa del herrero está esperando su octavo hijo, de modo que supongo no sobrará sitio en esas viviendas. ¿Pero cómo se le ha ocurrido ese viaje a Sittaford, señorita? ¿Ha alquilado un automóvil?

—Voy a ir en el que ha alquilado Mr. Enderby.

—¡Ah! ¿Y dónde se alojará él? Me gustaría saberlo.

—Supongo que tendrá que ir también a casa de Mrs. Curtis. ¿Cree que tendrá habitación para los dos?

—No me parece que eso sea muy correcto para una joven como usted —comentó Mrs. Belling.

—Es primo mío —explicó Emily.

Ella se daba perfecta cuenta de que no le convenía, en ningún modo, que en la mente de Mrs. Belling interviniese en contra suya un sentimiento de dignidad ofendida.

Al oír la respuesta, se desarrugó el entrecejo de la mujer.

—Bien, en ese caso —admitió con un refunfuño—, no tengo nada que decir. Y si no se encuentra a su gusto con Mrs. Curtis, es probable que la instalen en la casa grande.

—Lamento mucho haberme portado como una idiota —dijo Emily desviando la conversación y frotándose de nuevo los ojos.

—Es muy natural. Creo que ahora se sentirá mejor.

—En efecto —dijo Emily, sin faltar esta vez a la verdad—, me encuentro muchísimo mejor.

—Sí, unas lágrimas y una buena taza de té son dos excelentes remedios para combatir esas preocupaciones. Y ahora debe tomar esa tacita, querida, antes de salir para ese recorrido en el que tanto frío pasará.

—¡Oh! Se lo agradezco mucho, pero no creo que realmente…

—No importa si la quiere o no, pero se la va a tomar —afirmó Mrs. Belling, levantándose con decisión y dirigiéndose hacia la puerta—. Y dígale a Amelia Curtis, de mi parte, que la trate bien, que se ocupe de que coma a sus horas y la distraiga si se aflige demasiado con sus penas.

—Son ustedes muy amables —comentó Emily.

—Y por mi parte, pienso abrir muy bien mis ojos y mis oídos para enterarme de todo lo que ocurra y se diga por aquí —explicó Mrs. Belling, representando con gran satisfacción su papel en aquel romance—. Hay muchas cosillas que una oye y que no llegan hasta la policía. Cualquier detalle del que me entere se lo comunicaré a usted, querida.

—¿De verdad que lo hará?

—Ni más ni menos. No se preocupe, querida, que entre todos sacaremos pronto de este lío a su joven caballero.

—Debo preparar mi equipaje —dijo Emily levantándose y dirigiéndose a la puerta.

—Le enviaré el té a su habitación —indicó Mrs. Belling.

Emily subió la escalera, guardó los bártulos en su maletín, se refrescó los ojos con agua fría y se aplicó una buena capa de polvos.

«Has de estar muy guapa para lo que viene ahora —se dijo a sí misma ante el espejo. Y se puso aún más polvos, retocándose los labios con su barrita de carmín—. Es curioso —comentó la joven—, ¡qué bien me siento ahora! Valía la pena representar esa escenita».

Después tocó el timbre. La doncella, aquella simpática cuñada del agente Graves, acudió con gran prontitud y Emily le dio un billete de una libra, rogándole encarecidamente que le comunicase cualquier información que pudiera conseguir de un modo indirecto acerca de las actividades policíacas. La muchacha se lo prometió de buena gana.

—¿Va a casa de Mrs. Curtis, allí en Sittaford? Con mucho gusto, señorita. Haré todo lo que pueda por servirla. Aquí todos la queremos, señorita, más de lo que pueda pensar. He pensado a todas horas: «Figúrate que esto nos hubiera ocurrido a mí y a Fred», y no cesaba de reflexionar sobre ello. Yo me volvería loca. La menor cosa que oiga se la comunicaré en seguida, señorita.

—Es usted un ángel —comentó Emily.

—Aquí ocurre igual que en una novela de seis peniques que compré el otro día en los almacenes Woolworth. Se titula: *Los asesinos de la jeringuilla*. ¿Y sabe lo que les sirvió para descubrir quién era el verdadero asesino? Pues un trocito de lacre corriente y vulgar. Su novio es muy bien parecido, señorita, ¿no es verdad? No se parece nada a ese retrato suyo que han publicado los periódicos. Le aseguro que haré todo lo que pueda, señorita, tanto por usted como por él.

Después de convertirse en el centro de la atención romántica de aquel pueblo, Emily salió de Las Tres Coronas no sin haberse bebido a la fuerza la taza de té prescrita por Mrs. Belling.

—A propósito —le dijo a Enderby cuando el viejo Ford emprendió la marcha—, no se le olvide que desde ahora es primo mío.

—¿Cómo es eso?

—Hay que prevenirse contra las mentes puritanas de la localidad —dijo Emily— y he pensado que así sería mejor.

—¡Magnífico! En ese caso —replicó Mr. Enderby, aprovechando la oportunidad que se le presentaba—, lo mejor será que nos

tuteemos, que la llame a usted, sencillamente, Emily.

—Muy bien dicho, primo. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Charles.

—Bonito nombre. Charles.

El automóvil enfiló la pronunciada subida del camino de Sittaford.

Capítulo XIII

Sittaford

Emily quedó fascinada al ver por primera vez el panorama de Sittaford. Se desviaron de la carretera principal a unas dos millas después de haber salido de Exhampton, y ascendieron por un camino que atravesaba agrestes páramos, hasta que llegaron a la aldea, situada precisamente al final de aquel páramo. El pueblo se componía de una pequeña herrería, una oficina de Correos, que al mismo tiempo era pastelería. Desde allí siguieron una vereda que les condujo a una hilera de pequeños chalés de granito recientemente construidos. El automóvil se detuvo ante la puerta del segundo de ellos y el conductor les informó de que se hallaban ante la casa de Mrs. Curtis.

Ésta era una mujer pequeña y delgada, de cabellos grises, cuyo aspecto revelaba un carácter enérgico y gruñón a todas horas. Estaba trastornada ante las noticias del asesinato, que hasta aquella mañana no habían llegado a Sittaford.

—Sí, claro que se alojará en mi casa, señorita, y también a su primo, si es tan amable de esperarse un poco hasta que cambie algunos muebles de sitio. Supongo que no les importará comer con nosotros, ¿verdad? ¡Quién lo hubiese pensado! ¡El capitán Trevelyan asesinado, y una encuesta judicial! Pues nosotros hemos estado aislados del mundo desde el viernes por la mañana y hoy, cuando han llegado estas terribles noticias, me he quedado de una pieza. «La muerte del capitán —le dije a mi marido— es una prueba de la maldad que hay ahora en el mundo». Pero les estoy entreteniendo con mi charla. Dispénseme, señorita. Haga el favor de

entrar y el caballero también. Tengo la tetera en el fuego y les voy a servir una taza ahora mismo, porque deben de estar helados después de un viaje tan molesto, aunque hoy hace más calor si se compara con lo que hemos pasado. Por estos alrededores teníamos ocho y hasta diez pies de nieve.

Sumergidos en este mar de charlatanería, Emily y Charles Enderby visitaron su nuevo alojamiento. A la joven le prepararon una pequeña habitación cuadrada que daba al exterior, escrupulosamente limpia, desde la cual se divisaba la loma y el faro de Sittaford. El dormitorio de Charles era estrecho como un trozo de pasillo, con una ventana en la fachada principal de la casa, frente al camino, que contenía una pequeña cama, una microscópica cómoda con tres cajones y una palangana.

«Bueno, la cuestión es que ya estamos aquí», se dijo el periodista, después de que el chófer pusiera su maleta sobre la cama y de haberle pagado el viaje y la correspondiente propina. «Si ahora no nos enteramos en menos de un cuarto de hora de todo lo que merezca ser conocido acerca de cada una de las personas que viven en este pueblucho, me comeré el sombrero».

Diez minutos más tarde, ambos jóvenes estaban sentados en la confortable cocina de la casa, donde fueron presentados a Mr. Curtis, un viejo de pelo gris y aspecto arisco, y al mismo tiempo fueron obsequiados con un té espeso, pan con mantequilla, nata de Devonshire y huevos duros. Mientras bebían y comían, escuchaban lo que se decía. Al cabo de media hora, estaban enterados de todo lo que podía saberse relativo a los habitantes de la pequeña comunidad.

En primer lugar, había una tal miss Percehouse, que vivía en el chalé número 4, una solterona de edad tan incierta como su carácter que se había instalado allí seis años antes, sin otra finalidad que esperar tranquilamente la hora de su muerte, de ser cierto lo que decía Mrs. Curtis.

—Pero lo crea o no, señorita, el aire de Sittaford es tan saludable que esa mujer se está reponiendo desde el día que llegó. Este aire es maravillosamente puro para los pulmones. Miss Percehouse tiene un sobrino que algunas veces viene por aquí a visitarla —continuó diciendo la parlanchina mujer— y precisamente ahora vive con ella en su casa. Hay que vigilar para que el dinero no salga de la familia,

eso es, ni más ni menos, lo que hace el pollo. Porque no es muy divertido para un joven caballero residir aquí en esta época del año. Sin embargo, siempre hay algún modo nuevo de divertirse; y digo esto porque la llegada de ese caballero ha sido providencial para la joven dama de la mansión Sittaford. ¡Pobrecilla, la compadezco! No ha sido una idea muy feliz traerla a pasar el invierno a esa gran casona. Algunas madres son muy egoístas. La muchacha es muy bonita, dicho sea de paso. Y al joven Ronald Gardfield lo verá en casa de ella tan a menudo como le sea posible, sin olvidar tampoco a la vieja miss Percehouse.

Charles Enderby y Emily se cruzaron significativas miradas. El primero recordaba que Ronald Gardfield había sido mencionado como uno de los que formaban el grupo que se entretuvo jugando con los espíritus.

—Y ese chalé que hay al lado del mío, el número 6 —continuó Mrs. Curtis—, acaba de ser alquilado. Lo ha arrendado un caballero que se llama Duke. Bueno, llamémosle caballero si a ustedes les parece bien; desde luego, tal vez lo sea, aunque también puede no serlo. No se sabe nada de él; la gente no está tan enterada en estos tiempos como antes acostumbraba a estarlo. Él ha procurado pasar inadvertido de la manera más disimulada posible. Al parecer, es un hombre tímido. A juzgar por su aspecto, se podría creer que ha sido militar, pero de todos modos, si lo ha sido, no se le han pegado mucho los modales del ejército. No se puede decir lo mismo del comandante Burnaby; en él se reconoce al antiguo militar desde el primer momento en que se le echa los ojos encima.

»En el número 3 vive Mr. Rycroft, un viejecito. Se dice que este señor iba a cazar pájaros a tierras extrañas para el Museo Británico. Creo que es lo que llaman naturalista. Casi siempre está fuera de su casa, paseando por el páramo mientras el tiempo se lo permite, y tiene una magnifica biblioteca con muchos libros. Su casa está casi toda llena de estanterías.

»En el número 2 está un señor inválido, el capitán Wyatt, con un criado indio. Ese pobre hombre siente mucho el frío, ¡vaya si lo siente! Me refiero al criado, no al capitán, y eso no tiene nada de particular, viniendo de ese país tan cálido. El calor artificial que mantiene dentro de su casa les espantaría a ustedes. Entrar allí es como meterse en una estufa.

»El número 1 es la vivienda del comandante Burnaby. Este señor vive solo y yo voy por la mañana muy temprano a ayudarle en las faenas de la casa. Es un caballero muy correcto, ya lo creo, aunque tiene algunas rarezas. Él y el capitán Trevelyan estaban tan estrechamente unidos como ladrones de la misma banda. Eran amigos de toda la vida. Ambos tienen colgadas en las paredes de sus casas la misma clase de cabezas y trofeos de caza.

»En cuanto a Mrs. Willett y su hija, nadie puede decir nada de ellas. Allí sobra el dinero. Compran en casa de Amos Parker, en Exhampton, y ese tendero me ha dicho que su cuenta semanal sube siempre a más de ocho o nueve libras. ¡Les parecería increíble la cantidad de huevos que consumen en aquella casa! Se trajeron aquí las doncellas que tenían en Exeter, pero a ellas no les gusta esta vida y quieren dejar la casa, cosa que no puedo censurarles. Mrs. Willett las envía a Exeter dos veces por semana en su propio automóvil y, gracias a eso y a lo bien que viven en la casa, aceptan continuar sirviendo en ella. Pero si me preguntan mi opinión, les diré que es muy extraño que una dama elegante como esa señora se entierre por gusto en un lugar como éste. En fin, supongo que ya les he molestado bastante con mi charla y que lo mejor será que me ponga a lavar los cacharros del té.

Y diciendo esto, la buena mujer se tomó un respiro, en lo que la imitaron Charles y Emily. Aquel torrente de información obtenida con tan poco esfuerzo les había dejado abrumados.

Charles se aventuró a lanzar una pregunta:

—¿Sabe si ha regresado ya el comandante Burnaby?

Mrs. Curtis se quedó parada bandeja en mano.

—Sí, señor, ya lo creo que ha vuelto. Llegó, paso tras paso, algo así como una media hora antes de que ustedes se presentaran. «¡Eh, señor!», le grité al verlo. «Supongo que no habrá recorrido a pie todo el camino desde Exhampton». Y él me contestó con su más severo tono: «¿Por qué no? Un hombre que tiene dos buenas piernas no necesita cuatro ruedas. Ya sabe usted, Mrs. Curtis, que yo hago este recorrido una vez a la semana sin falta». «¡Oh, sí, señor!», repliqué yo. «Pero en las circunstancias actuales es muy distinto. Después del disgusto que le habrá producido ese asesinato, y de las molestias de la policía y de la encuesta judicial, es maravilloso que aún le queden fuerzas para hacer esa caminata». Mas él se limitó a

refunfuñar un poco y siguió andando hacia su casa. Me pareció que tenía muy mala cara. Es un milagro que pudiese llegar a Exhampton aquella terrible noche del viernes. A eso le llamo yo ser valiente, porque hay que tener en cuenta su edad. ¡Caminar de ese modo y recorrer tres millas bajo una furiosa tempestad de nieve! Ustedes dirán lo que quieran, pero los jóvenes de nuestros días no son ni sombra de lo que fueron sus abuelos. Ese Mr. Ronald Gardfield, por ejemplo, nunca hubiese hecho una cosa semejante, y en mi opinión, que es también la de Mrs. Hibbert, la empleada de Correos, e igualmente la de Mr. Pound, el herrero, el joven Gardfield no debió nunca dejarle salir solo como lo hizo en una noche tan peligrosa. Su obligación era acompañarlo. Si el comandante Burnaby hubiese perecido víctima de un alud, todo el mundo le hubiera echado la culpa a Mr. Gardfield. Así son las cosas.

Terminada su perorata, desapareció triunfalmente por la puerta del fregadero entre el repiqueteo de los cacharros del té.

Mr. Curtis se pasó su vieja pipa, con ademán reflexivo, desde el lado derecho de la boca al izquierdo.

—Las mujeres —comentó— tienen charla para rato. —Y tras una pausa, murmuró—: Y la mitad de las veces no saben nada de lo que hablan.

Emily y Charles escucharon su sentencia sin romper el silencio. Convencidos de que, por el momento, no era probable que obtuvieran más noticias, el periodista comentó en voz baja y aprobadora:

—Eso es muy cierto. Sí, es la pura verdad.

—¡Ah! —exclamó Mr. Curtis, y cayó en un placentero y contemplativo silencio.

Charles se puso de pie.

—Estoy pensando que debo salir y tratar de ver al viejo Burnaby —dijo— para advertirle que las fotografías las haremos mañana por la mañana.

—Yo iré contigo —replicó Emily—. Necesito saber qué piensa realmente el comandante acerca de mi pobre Jim y qué ideas tiene respecto al crimen en general.

—¿Tienes algunas botas de goma o algo por el estilo? Te advierto que está todo terriblemente fangoso.

—Me compré unas magníficas botas Wellington en Exhampton

—contestó Emily.

—¡Qué práctica eres! Piensas en todo.

—Desgraciadamente —respondió la joven—, esto no te ayuda mucho a descubrir quién cometió al asesinato. Cualquiera se atrevería a meterse a asesino —añadió pensativa.

—Bueno, no vayas a asesinarme por eso —comentó el joven periodista con cierto sarcasmo.

Y ambos salieron juntos. Mrs. Curtis regresó inmediatamente a la cocina.

—Se han ido a casa del comandante —le explicó su marido.

—¡Ah! —exclamó la buena mujer—. Dime, ¿qué piensas tú de todo esto? ¿Son novios o no lo son? He oído contar que a los primos que se casan les esperan una serie de calamidades: sus hijos nacen sordomudos o medio idiotas, y otras desgracias por el estilo. Él la trata con una dulzura que se advierte en seguida. En cuanto a ella, es sagaz y astuta como mi tía abuela Sarah Belinda, ¿no te parece? Sabía sacar partido de ella misma y de todos los hombres. Me pregunto detrás de qué va. ¿Sabes lo que estoy pensando, Curtis?

Mr. Curtis contestó con un gruñido.

—Pues que ese joven caballero que la policía ha detenido por el asesinato es el que ella le va detrás. Y ha venido aquí a olfatear lo que pueda y ver qué puede averiguar. Pero fíjate bien en mis palabras, —declaró la mujer entre golpes de tazas y platos—: si hay algo que descubrir, ¡ella lo descubrirá!

Capítulo XIV

Las Willett

En el mismo instante en que Charles y Emily salían para ir a visitar al comandante Burnaby, el inspector Narracott estaba sentado en el saloncito de la mansión de Sittaford intentado formarse una impresión concreta de Mrs. Willett.

No le había sido posible entrevistarse antes con ella, pues los caminos habían estado intransitables hasta aquella mañana. Difícilmente hubiera podido decir lo que esperaba encontrar allí, pero nunca hubiera supuesto lo que en realidad encontró. Por de pronto, era Mrs. Willett y no él quien se había hecho dueña de la situación.

La elegante dama se presentó en seguida en la sala, como un eficaz hombre de negocios. El policía vio a una mujer alta, de rostro delgado y ojos despiertos. Iba vestida con un complicado traje de punto de seda, que casi rozaba los límites que la conveniencia fija a los que viven en el campo. Sus medias eran de fina y costosa seda natural, y calzaba unos magníficos zapatos de lujosa piel y altos tacones. En los dedos llevaba varias sortijas de gran valor y en el cuello lucía un collar con numerosas perlas de imitación de las mejores y más caras.

—¿Tengo el honor de hablar con el inspector Narracott? —preguntó Mrs. Willett—. Naturalmente, tenía usted que venir a esta casa. ¡Qué tragedia más espantosa! Apenas puedo creerlo. Hasta esta mañana, como ya sabrá, no nos ha llegado la noticia. Hemos sufrido una impresión terrible. Haga el favor de sentarse, inspector. Le presento a mi hija Violet.

Él no se había dado casi cuenta de la muchacha, que entraba detrás de su madre y, sin embargo, era muy bonita, alta, simpática y con unos grandes ojos azules.

Mrs. Willett tomó también asiento.

—¿Hay algo en que pueda serle útil, inspector? Yo conocía muy poco al pobre capitán Trevelyan, pero si piensa que puedo decirle alguna cosa…

El inspector le contestó lentamente:

—Agradecidísimo, señora. Desde luego, uno nunca sabe de antemano lo que será útil y lo que no lo será.

—Lo comprendo muy bien. Es muy posible que en esta casa encuentre detalles que arrojen luz sobre este desagradable misterio, aunque me atrevo a ponerlo en duda, pues el capitán Trevelyan había retirado todas sus pertenencias personales. El pobre hombre temía que nosotras le revolviéramos sus cañas de pescar y demás cachivaches.

Y ensayó una sonrisa.

—Ustedes no se conocían, ¿verdad?

—Quiere decir antes de que alquiláramos esta casa, ¿no es así? Pues no, no le conocíamos aún. Y después le pedí varias veces que viniese por aquí, pero nunca lo hizo. Se ve que el pobre viejo era terriblemente tímido. Ésa es, a mi juicio, la causa de que no quisiera tratarse con nosotros. He conocido docenas de hombres como él. Se dice de ellos que aborrecen a las mujeres y otras muchas cosas desagradables, cuando en realidad, se trata sólo de timidez natural. Si yo hubiera conseguido que me visitara —explicó miss Willett con aire resuelto—, pronto habría acabado con todas esas tonterías. Esta clase de hombres sólo necesitan alguien que les saque de ellos mismos.

El inspector Narracott empezó a comprender la resuelta actitud defensiva que el capitán Trevelyan había adoptado hacia sus inquilinas.

—Se lo pedimos ambas infinidad de veces —continuó Mrs. Willett—. ¿No es así, Violet?

—¡Oh! Sí, mamá.

—Pero él era un auténtico lobo de mar —dijo la dama—. Y ya sabe, inspector Narracott, que no hay mujer que no se enamore de un marino.

El inspector Narracott se dio cuenta de que hasta entonces la entrevista había sido dirigida por completo por Mrs. Willett. Estaba convencido de que se encontraba frente a una mujer extraordinariamente inteligente, aunque también podía ser tan inocente como aparentaba. Sin embargo, él creía que no lo era.

—El punto acerca del cual estoy ansioso de obtener detalles es el siguiente… —explicó el policía, e hizo una pausa.

—Usted dirá, inspector.

—El comandante Burnaby, como usted sin duda sabe, descubrió el cadáver de su amigo. Y la causa de que hiciera tal cosa tiene su origen en una escena que ocurrió en esta casa.

—¿A qué se refiere?

—Pues me refiero a la sesión de espiritismo. Lo siento mucho, pero…

El policía se volvió rápidamente.

Un débil gemido acababa de escaparse de los labios de la joven.

—¡Pobre Violet! —exclamó su madre—. Aquello la impresionó de un modo terrible… nos impresionó a todos. No hay palabras para explicarlo. Yo no soy supersticiosa, pero realmente la escena fue de lo más increíble que conozco.

—Así pues, ¿es cierto que ocurrió?

Mrs. Willett abrió los ojos, muy asombrada.

—¿Que si es cierto? ¡Claro que lo es! En aquel momento pensé que se trataba de una broma, de una broma incalificable y de muy mal gusto. Mis sospechas recayeron sobre el joven Ronald Gardfield…

—¡Oh, no, mamá! Estoy segura de que él no movió la mesa. Además, juró de un modo formal que él no la había movido.

—Estoy explicando lo que yo pensé en aquel momento, Violet. ¿Qué otra cosa podía creer sino que se trataba de una broma?

—El caso es curioso —dijo el inspector hablando muy despacio —. Tengo entendido que usted estaba muy trastornada, Mrs. Willett.

—Lo estábamos todos. Hasta entonces aquel juego había sido… ¡oh!, sólo una ligera distracción un poco loca. Ya debe de conocer esas cosas. Constituyen una buena distracción para las tardes de invierno. Y entonces, de repente… ¡aquello! Fue muy desagradable.

—¿Por qué desagradable?

—¡Caramba! Naturalmente, yo pensé que alguien lo estaba

haciendo intencionadamente, para gastarnos una broma, como dije antes.

—¿Y ahora?

—¿Qué quiere decir eso de ahora?

—Me interesa lo que usted piensa ahora.

Mrs. Willett extendió las manos expresivamente.

—Pues no sé qué pensar. Es… es incomprensible.

—Y usted, miss Willett, ¿qué opina?

—¿Yo?

La muchacha se estremeció.

—Yo… yo no sé. Nunca lo olvidaré. Todas las noches sueño con ello. Jamás volveré a proponer otra sesión de espiritismo.

—Supongo que Mr. Rycroft dirá que estas cosas son serias y auténticas —comentó la madre—. Él cree en todo esto. Realmente, yo también me siento inclinada a creer en ello. ¿Qué otra explicación cabe en este caso sino que se trata de un legítimo mensaje dictado por un espíritu?

El inspector negó con la cabeza. Lo de la mesa oscilante podía ser una pista falsa. Intento que su siguiente pregunta pareciera casual.

—¿No les parece muy desierto este lugar para pasar el invierno, Mrs. Willett?

—¡Oh, nos gusta mucho! ¡Qué cambio tan grande! Ya sabe que nosotras somos sudafricanas.

Se tono era vivo, pero hablaba sin dar importancia a las palabras.

—¿De veras? ¿De qué parte de Sudáfrica son ustedes?

—¡Oh! De El Cabo. Violet no había estado nunca en Inglaterra hasta ahora. Está encantada con este país. ¡Encuentra la nieve tan romántica! Por lo demás, la casa es realmente muy confortable.

—¿Y qué fue lo que les hizo venir a este rincón del mundo?

En la voz del policía no había sino una discreta curiosidad.

—¡Hemos leído tantos libros acerca de Devonshire, y especialmente de Dartmoor! Leímos uno en el barco que trataba de la interesante feria de Widdecombe. Siempre tuve el deseo de visitar la región de Dartmoor.

—Bien, pero ¿por qué se fijaron en Exhampton? Esta pequeña ciudad no es muy conocida.

—Bueno, estábamos leyendo esos libros, como acabo de decirle, y había un muchacho a bordo que siempre hablaba de Exhampton… ¡Se mostraba tan entusiasmado!

—¿Cómo se llamaba ese joven? —preguntó el inspector—. ¿Procedía de esta parte del mundo?

—Espere: ¿cómo se llamaba? Me parece recordar que su nombre era Cullen. No, se llamaba Smythe. ¡Qué tonta soy! No consigo recordarlo. Ya sabe lo que pasa a bordo de un barco, inspector, allí se conoce a infinidad de personas con las que uno promete volver a encontrarse… y una semana después de haber desembarcado, no puede uno acordarse con seguridad ni de sus nombres.

La dama sonrió.

—¡Pero era un muchacho tan simpático…! No era muy guapo, tenía el pelo rojizo y siempre estaba sonriendo de un modo delicioso.

—Y entusiasmadas por sus descripciones, decidieron alquilar una casa en esta zona —dijo el inspector sonriendo.

—Así es. ¿Verdad que parece una locura?

«No tiene un pelo de tonta —pensó Narracott—. Es más lista de lo que parece». Empezaba a darse cuenta del método de Mrs. Willett: siempre llevaba la guerra al territorio enemigo.

—Por consiguiente, ustedes escribieron a los agentes inmobiliarios interesándose por alquilar una casa.

—Sí, señor, y entonces nos enviaron detalles de Sittaford. Nos pareció que era precisamente lo que andábamos buscando.

—No comparto su gusto en esta época del año —contestó el inspector con cierta risita.

—Creo que lo mismo pensaríamos nosotras si hubiésemos vivido siempre en Inglaterra —replicó Mrs. Willett con un tono convincente.

El inspector se levantó.

—¿Cómo se enteraron del nombre de un agente inmobiliario de Exhampton para escribirle? —preguntó el policía—. Es una cosa que presenta ciertas dificultades.

Hubo una pausa. Era la primera en aquella conversación. Narracott creyó ver un relámpago de disgusto, más aún, de ira, en los ojos de Mrs. Willett. Había tropezado con algo en que ella no había pensado y para lo cual no tenía una respuesta preparada. La

dama se volvió hacia su hija.

—¿Cómo fue, Violet? En este momento, no puedo recordarlo.

En los ojos de la muchacha se apreciaba un estado de ánimo muy diferente: parecía asustada y como temblorosa.

—¡Oh, por supuesto! Es la cosa más natural del mundo —explicó Mrs. Willett—. El nombre nos lo proporcionaron en la oficina de información de los almacenes Selfridges. Es una tienda maravillosa y muy bien organizada. Yo siempre me dirijo a ella cuando necesito enterarme de cualquier cosa. En aquella ocasión les pedí el nombre del mejor agente inmobiliario de aquí y ellos me lo dieron.

«Es rápida —pensó el inspector—, muy rápida; pero no todo lo rápida que hacía falta ahora. Ya te he pescado, señora mía».

A continuación, recorrió toda la casa examinándola precipitadamente y sin interés. Allí no había nada. Ni papeles, ni cajones cerrados, ni armarios misteriosos.

Mrs. Willett lo acompañó sin cesar con su brillante charla. Después se despidió de ella, dándole las gracias con cortesía.

Cuando partía, lanzó una rápida mirada hacia el rostro de la hija por encima del hombro de la madre. Era imposible equivocarse acerca de la expresión de aquel semblante.

Era miedo lo que él veía en el hermoso semblante. Un terror que aparecía escrito allí de un modo bien palpable, en ese momento en que ella creía que nadie la observaba.

Mrs. Willett seguía hablando aún:

—¡Cielos! Se me olvidaba decirle que aquí tenemos un grave inconveniente: el problema doméstico, inspector. Las sirvientas no quieren vivir en estos lugares campestres. Todas las mías han estado, desde que llegaron, amenazando que dejarían la casa, y estas noticias del asesinato parece que han acabado de trastornarlas, por si faltara poco. No sé qué puedo hacer. Tal vez con criados resolvería el problema. Es eso lo que me recomiendan en la oficina de empleo de Exeter.

El inspector contestó cualquier cosa de un modo mecánico. No escuchaba aquel torrente de palabras. Estaba pensando en la expresión que acababa de sorprender en el rostro de la muchacha.

Mrs. Willett había sido muy hábil, pero no lo suficiente.

Salió de la casa reflexionando al respecto.

Si las Willett no tenían nada que ver con la muerte del capitán

Trevelyan, ¿por qué estaba Violet tan asustada?

Entonces disparó su último cartucho. Con el pie ya puesto en el umbral de la entrada, se volvió y dijo:

—A propósito, ¿conocen ustedes al joven Pearson?

Esta vez no hubo duda acerca de la pausa que siguió a su pregunta: un mortal silencio de algunos segundos. Entonces, Mrs. Willett habló:

—¿Pearson? —dijo—. No recuerdo.

Su voz se vio interrumpida. Un extraño y profundo suspiro desde la habitación del fondo, seguido del ruido de una caída. El inspector atravesó el vestíbulo y entró en la habitación como un relámpago.

Violet Willett se había desmayado.

—¡Pobre niña! —exclamó Mrs. Willett—. Toda esta tensión nerviosa y estas emociones la han vencido. Esa terrible sesión de espiritismo y el asesinato por añadidura. Nunca ha sido muy fuerte. Le agradezco mucho su ayuda, inspector. Sí, hágame el favor de dejarla en el sofá. Si fuese tan amable de tocar el timbre… Yo creo que ya no hay nada más en que pueda ayudarme. Le quedo muy reconocida.

El inspector no tuvo más remedio que salir al camino mientras sus labios se contraían en una torva línea.

Jim Pearson estaba prometido, como sabía él muy bien, a aquella encantadora y bonita muchacha que había visto en Londres.

Entonces, ¿por qué Violet Willett se desmayaba con la sola mención de su nombre? ¿Qué relación había entre Jim Pearson y las Willett?

Mientras atravesaba el portillo del cercado se detuvo un momento, indeciso, y sacó de su bolsillo el pequeño cuaderno de notas. En él había copiado una lista de los habitantes que vivían en los seis chalés edificados por el capitán Trevelyan, acompañada de breves notas referentes a cada nombre. El grueso dedo índice del inspector Narracott se posó sobre la lista, señalando los apuntes del chalé número 6.

«Sí —se dijo—, lo mejor es que el próximo sea él».

Atravesó rápidamente el sendero y realizó un firme repiqueteo con el llamador del número 6, es decir, del chalé habitado por Mr. Duke.

Capítulo XV

Una visita al comandante Burnaby

Adelantándose por el sendero que terminaba en la puerta principal de la casa del comandante, Mr. Enderby llamó con alegre ademán. La puerta fue abierta casi inmediatamente y Mr. Burnaby, con el rostro enrojecido, apareció en el umbral.

—¡Ah! ¿Es usted? —preguntó con no excesiva amabilidad, y estuvo a punto de decir algo más desagradable cuando, al darse cuenta de la presencia de Emily, aumentó la congestión de su rostro.

—Le presento a miss Trefusis —dijo Charles, con el mismo acento con que anunciaría la sota de bastos—. Estaba muy ansiosa por verle.

—¿Puedo entrar? —preguntó la joven, ensayando su más dulce sonrisa.

—¡Oh! Sí, por supuesto. Desde luego, ¡no hay inconveniente!

Tropezando varias veces mientras hablaba, el comandante retrocedió hacia la salita de su chalé, donde empezó a correr sillas y a empujarlas junto a una mesa.

Emily, siguiendo su costumbre, fue directa a la cuestión.

—Verá, comandante Burnaby, yo soy la prometida de Jim… Jim Pearson, ya sabe. Y como es natural, estoy muy preocupada por él.

El comandante, que estaba cambiando de sitio una mesa, se detuvo con la boca abierta.

—¡Oh, querida! —exclamó—. Es un mal asunto. Mire, mi querida jovencita, lo siento mucho más de lo que pueda imaginar.

—Comandante Burnaby, le ruego que me conteste con

sinceridad: ¿Cree que él es culpable? ¡Oh! Contésteme aunque lo crea. Prefiero cien veces que las personas que hablan conmigo no me engañen.

—No, yo *no* lo creo culpable —contesto el comandante en voz alta y con tono enfático. Después, dio una o dos vigorosas sacudidas a un almohadón para esponjarlo y se sentó delante de Emily—. Ese muchacho es un buen tipo. Tal vez… tal vez sea un poco débil de carácter. No se ofenda si le digo que es de esos jóvenes que con facilidad toman un mal camino, si se le presenta la tentación. Pero un asesinato… ¡eso no! Y tenga en cuenta que yo sé bien de lo que estoy diciendo, porque en mis tiempos una buena cantidad de subalternos han servido bajo mis órdenes. Ahora está de moda burlarse de lo que opinan los viejos oficiales retirados del ejército, pero la verdad es que nosotros podemos hablar de algunos asuntos con bastante conocimiento de causa, miss Trefusis.

—Yo estoy convencida de que así es —dijo Emily—. Le quedo muy reconocida por las palabras de aliento que me ha dirigido.

—¿Quieren tomar…? ¿Quieren tomar un whisky con soda? —preguntó el comandante—. Me temo que no tengo otra cosa —lamentó en tono de excusa.

—No, muchas gracias, comandante Burnaby, pero no podría tomarlo.

—Entonces, ¿quiere un vaso de soda?

—No, muchas gracias —contestó Emily.

—Debería prepararles un poco de té —continuó el comandante con alguna ansiedad.

—Acabamos de tomarlo —replicó Charles— en casa de Mrs. Curtis.

—Comandante Burnaby, ¿quién cree que lo hizo? ¿Tiene usted alguna idea? —preguntó Emily.

—No. ¡Que me condene si… si la tengo! —exclamó el comandante—. Pueden estar seguros de que eso lo ha hecho algún maleante que irrumpió en la casa, pero la policía opina que eso no es posible. Bien, ése es su oficio y yo he de suponer que lo conocen bien. Aseguran que nadie entró en la casa de un modo violento y habré de admitir que así fue. Pero al mismo tiempo puedo decir que me extraña, miss Trefusis, porque mi amigo Trevelyan no tenía un solo enemigo en todo el mundo, que yo sepa.

—Y usted lo sabría si alguien… —comentó Emily.

—Sí, señorita, puedo afirmar que yo sabía más cosas acerca de Trevelyan que la mayor parte de sus parientes.

—¿Y no sospecha de algún detalle, de algo que pudiera orientarnos de algún modo? —preguntó Emily.

El comandante se atusó los bigotes.

—Ya sé lo que está pensando. Como ocurre en las novelas, aquí podría haber un pequeño incidente que yo recordase, que pudiera servir de pista. Bueno, pues lo siento mucho, pero no hay nada de eso. Trevelyan llevaba una vida ordenada y normal. Recibía muy pocas cartas y escribía menos. No había complicaciones femeninas en su vida, puedo asegurarlo. En fin, este asunto me tiene confundido, miss Trefusis.

Los tres guardaron silencio.

—¿Qué sabe usted de su criado? —preguntó Charles.

—Pues que había estado a su servicio durante muchos años. Absolutamente fiel.

—Se ha casado hace poco, ¿verdad?

—Ha contraído matrimonio con una mujer perfectamente respetable y decente.

—Comandante Burnaby —dijo Emily—, perdone que le hable del asunto, pero ¿no es cierto que tuvo noticias del asesinato con cierta anticipación?

El comandante se restregó la nariz con aquel aire de incomodidad que siempre le invadía cuando alguien mencionaba la sesión de espiritismo.

—Sí, no tengo por qué negarlo, así fue. Ya sé que esas experiencias son estúpidas, pero, sin embargo…

—Sin embargo, en cierto modo tiene usted sus dudas —concluyó Emily para ayudarle.

El comandante asintió.

—Por eso mismo me gustaría saber… —empezó a decir Emily.

Los dos hombres se la quedaron mirando.

—No puedo expresar con exactitud lo que yo quisiera saber —concluyó Emily—. Lo que quiero decir es que usted dice que no cree en espíritus ni en mesas oscilantes y, sin embargo, a pesar del terrible tiempo y de que la noticia le parecía tan absurda como toda aquella sesión de espiritismo, se sintió tan inquieto que no tuvo más

remedio que salir de Sittaford, sin hacer caso del mal tiempo, para cerciorarse por sí mismo de que al capitán Trevelyan no le ocurría nada. Bien, ¿no cree que la causa de esa inquietud estaba en algo que flotaba en la atmósfera? Quiero decir —continuó la joven, desesperada al ver que el rostro del comandante no presentaba la menor señal de comprensión— que debía de haber algo anormal en el ambiente, algo que influyó sobre la mente de los demás al igual que sobre la suya. Porque esta influencia extraña u otra cosa por el estilo la sintió usted de un modo indudable.

—Bien, no sé qué contestarle —dijo el comandante, y se restregó otra vez la nariz—. Desde luego —añadió procurando mostrarse más comprensivo—, ya sé que las mujeres se toman esas cosas muy en serio.

—¡Las mujeres! —contestó Emily—. Sí —murmuró para sus adentros—, yo creo que hay algo, una cosa u otra en todo eso.

Después se volvió con un brusco ademán hacia el comandante Burnaby.

—¿Qué piensa de esas Willett?

—¡Oh, bien! —exclamó el comandante Burnaby mientras rebuscaba en su mente las palabras para contestar, pues sabía muy bien que sus descripciones personales no resultaban muy claras—. Bueno, son muy amables, como ya sabe, están muy dispuestas ayudarle a uno en todo…

—¿Por qué tuvieron que alquilar una casa como la mansión de Sittaford en esta época del año?

—No puedo imaginármelo. —Contestó el comandante. Y añadió —: Nadie lo consigue.

—¿No le parece que es muy extraño? —insistió en preguntar Emily.

—Claro que sí, es raro. Sin embargo, en cuanto a gustos no hay nada escrito. Eso es lo que el inspector dijo.

—Pues me parece una tontería —replicó Emily—. La gente no hace nada sin tener una razón.

—Bueno, pero yo no la conozco —concluyó el comandante Burnaby cautamente—. Algunas personas hacen las cosas porque sí. Tal vez usted no, miss Trefusis, pero hay gente que… —y lanzó un suspiro al mismo tiempo que hacía oscilar la cabeza.

—¿Está seguro de que no se habían encontrado en alguna

ocasión con el capitán Trevelyan anteriormente?

El comandante rechazó con desdén semejante idea. Trevelyan le hubiese contado algo. No, no era posible, él estaba tan asombrado como cualquiera.

—Así pues, el capitán también debió encontrarlo extraño.

—Naturalmente, ya le he dicho que todos opinábamos lo mismo.

—¿Cuál era la actitud de Mrs. Willett hacia el capitán Trevelyan? —preguntó Emily—. ¿Hacía lo posible por evitar el trato con él?

Un ligero cloqueo salió de la boca del comandante.

—Nada de eso, sino todo lo contrario. Le fastidiaba ver la clase de vida que hacía mi amigo y siempre estaba invitándole a visitarla.

—¡Oh! —exclamó Emily muy pensativa, y se detuvo unos segundos, al cabo de los cuales continuó diciendo—: Así pues, pudiera ser… es muy posible que hayan alquilado la mansión de Sittaford con el decidido propósito de hacerse amigas del capitán Trevelyan.

—Bueno —replicó el comandante como dándole vueltas a aquella idea—. Sí, supongo que puede haber sido así. Sólo que el procedimiento me parece un poco caro.

—No estoy segura —dijo Emily—. Tengo entendido que el capitán Trevelyan no era una persona muy accesible de otro modo.

—No, ciertamente que no —aceptó el viejo amigo del capitán.

—Me gustaría saberlo —comentó Emily.

—El inspector piensa como usted —declaró Burnaby.

Emily sintió en su interior una repentina animosidad contra el inspector Narracott. Todo lo que a ella se le ocurría acerca del crimen parecía haber sido discurrido antes por el inspector. Y eso era mortificante para una joven que se enorgullecía de ser más astuta que nadie.

La muchacha se puso de pie y le tendió la mano al comandante.

—Muchísimas gracias por todo —le dijo con sencillez.

—Me hubiera gustado poder ayudarla en algo más —replicó el comandante—. Tal vez soy una persona demasiado brusca y parca en palabras, siempre lo he sido. Si fuese más hábil, puede que ya hubiera encontrado algún detalle que pudiera ser una pista. De todos modos, señorita, puede contar conmigo para todo aquello en que pueda servirle.

—Muchas gracias —le dijo Emily—, así lo haré.

—Adiós, señor —añadió Enderby—. Mañana por la mañana volveré con mi cámara fotográfica, como ya le he indicado.

Burnaby dejó escapar un gruñido.

Emily y Charles desandaron el corto camino hasta la inmediata casa de Mrs. Curtis.

—Ven a mi habitación, quiero hablar contigo —le dijo la joven.

Ella se acomodó en una silla, mientras Charles se sentaba en la cama. Después, la desenvuelta muchacha se arrancó el sombrero y lo arrojó a un rincón del cuarto.

—Ahora, escucha —empezó diciendo—: me parece que ya tenemos algo así como un punto de partida. Puede ser que esté equivocada o que no, pero, de todos modos, es una idea. Se me ocurren infinidad de cosas acerca de esa curiosa sesión de espiritismo. ¿Has asistido tú a alguna sesión?

—¡Oh, sí! De vez en cuando, nunca en serio, como puedes suponer.

—Claro, por supuesto. Y es de las cosas que se hacen para pasar una tarde de lluvia y que todo el mundo acaba acusándose de empujar la mesa. Bien, pues si has participado en ese juego, ya sabrás lo que ocurre: la mesa empieza a oscilar, deletreando a veces un nombre que, naturalmente, conoce alguno de los presentes. Muy a menudo lo reconocen antes de que la mesa indique todas sus letras y, con la esperanza de que no se confirmen sus sospechas, lo empuja, aunque sea de un modo inconsciente. Quiero decir que en cierto modo el reconocimiento les hace a algunos provocar movimientos involuntarios que alteran la letra siguiente y lo bloquean todo. Y cuando menos uno quiere hacerlo, más a menudo ocurre.

—Sí, eso es cierto —admitió el joven Enderby.

—Yo no creo ni por un momento en los espíritus ni en nada que se les parezca; pero supongamos que alguna de las personas que participaba en la sesión de las Willett supiese que el capitán Trevelyan estaba siendo asesinado en aquel preciso momento…

—¡Oh, ya comprendo! —gritó Charles—. Pero es una explicación muy rebuscada.

—Bueno, tal vez la realidad no sea tan cruda como todo esto, aunque creo que sí lo es. De todos modos, ahora no hacemos sino

establecer una hipótesis, nada más. Estamos suponiendo que alguien sabía que el capitán Trevelyan había sido asesinado y le fuera del todo imposible guardar su secreto. La mesa le traicionó sin poderlo él evitar.

—¡Es una explicación terriblemente ingeniosa! —comentó Charles—. Pero no creo ni por un segundo que sea cierta.

—Supondremos por el momento que lo sea —replicó Emily con firmeza—. Estoy segura de que, para descubrir al autor del crimen, no debes tener miedo de hacer algunas suposiciones.

—¡Oh! Estoy muy de acuerdo —afirmó el joven Enderby—. Admitamos que tu suposición es la pura verdad, y asimismo estoy dispuesto a admitir que es cierto todo lo que tú quieras.

—Entonces, lo que ahora tenemos que hacer —explicó Emily— es analizar con todo cuidado a las personas que participaron en el juego. Empecemos por el comandante Burnaby y Mr. Rycroft. Bien, parece muy poco probable que ninguno de ellos tuviera un cómplice que cometiera el asesinato. Después tenemos a ese Mr. Duke; por el momento, no sabemos nada de él. Acaba de llegar al pueblo en estos últimos tiempos y, como es natural, nada impide que se trate de una siniestra persona, miembro de alguna banda criminal o algo por el estilo. Pongamos una X frente a su nombre. Y ahora les llega el turno a las Willett. Charles, alrededor de esas mujeres flota algún terrible misterio.

—¿Quieres decirme qué sacan en limpio ellas con la muerte del capitán Trevelyan?

—Bien, a primera vista confieso que nada; pero si mi teoría es correcta, habrá alguna relación entre ellas y él. Tenemos que buscar en qué consiste esa relación.

—Muy bien —admitió Enderby—. Supongamos ahora que todo esto sea agua de borrajas.

—Bueno, pues tendremos que empezar otra vez —dijo Emily.

—¡Escucha! —gritó Charles de repente.

Acababa de levantar una mano. El joven se dirigió hacia la ventana y la abrió; y junto con la muchacha, ambos oyeron el ruido que había despertado su atención: era el lejano y profundo toque de una gran campana.

Cuando estaban ensimismados escuchando aquel campaneo, oyeron la excitada voz de Mrs. Curtis, quien les llamaba desde el

piso inferior:

—¿Oye la campana, señorita, la oye usted?

Emily abrió la puerta.

—¿La oye usted? Se distingue muy claramente, ¿verdad? Bueno, ¡sólo faltaba eso!

—¿De qué se trata? —requirió Emily.

—Es la campana de Princetown, señorita, que está a unas doce millas de aquí. Anuncia que se ha escapado un preso. ¡George, George! ¿Dónde se ha metido este hombre? ¿No oyes la campana? ¡Algún preso anda suelto por ahí!

Su voz se amortiguó a medida que entraba en la cocina. Charles cerró la ventana y se sentó de nuevo en la cama.

—Es una lástima que las cosas estén tan mal organizadas —comentó sin apasionamiento—. Si este preso hubiese tenido el acierto de escaparse el viernes, podría muy bien ser el asesino que buscamos. No habría que buscar más lejos. Un hombre hambriento, un criminal desesperado entra en su casa. El capitán Trevelyan defiende su castillo. El desesperado criminal lo derriba de un golpe. ¡Qué sencillo hubiera sido todo eso!

—¡Sí que lo hubiera sido! —exclamó Emily lanzando un suspiro.

—En lugar de eso —dijo Charles— se escapa con tres días de retraso. ¡Es desesperadamente poco artístico!

Y meneó la cabeza con tristeza.

Capítulo XVI

Mr. Rycroft

A la mañana siguiente, Emily se despertó temprano. Como era una mujer sensata, pensó que tenía pocas probabilidades de que el joven Enderby pudiera ayudarla hasta bien entrada la mañana. Por lo tanto, sintiéndose inquieta e incapaz de continuar echada en la cama, se levantó para dar un paseo por el camino en dirección opuesta a la que había seguido la tarde anterior.

Pasó por delante de las puertas de la mansión de Sittaford, que quedaba a su derecha, y poco después vio que el camino daba una brusca revuelta hacia el mismo lado y trepaba por la colina hasta llegar a aquel extenso páramo que acababa en un campo abierto de hierba, cuyo final se perdía en la lontananza. La mañana era agradabilísima, fría y seca, y el panorama resultaba encantador. La joven ascendió hasta lo más alto de Sittaford, una peñasco de rocas grises de forma fantástica. Desde aquella altura extendió su mirada hacia abajo, sobre una gran extensión del páramo sin cultivar, sin una sola casa o alguna carretera en todo lo que la vista podía alcanzar. Por el lado opuesto del peñasco, se divisaban grandes masas grises formadas por rocas y pedruscos de granito. Después de contemplar aquella majestuosa escena durante un par de minutos, la muchacha se volvió hacia el norte para buscar el camino por el que había llegado. Allá abajo quedaba Sittaford, arracimada en la ladera de la montaña, la masa grisácea de la gran mansión rodeada de los demás chalés, que parecían pequeños puntos. Más al fondo del valle, se distinguía Exhampton.

«No cabe duda —pensó Emily confundida por tanta belleza— de

que las cosas se aprecian mucho cuando estás tan alto como ahora. Es igual que si una levantase el tejado de una casa de muñecas para fisgar su interior».

Ella hubiese deseado, con todo su corazón, haber conocido al difunto capitán, aunque hubiera sido una sola vez. ¡Era tan difícil hacerse una idea de una persona que nunca se ha visto! Hay que fiarse del juicio de los demás, y Emily era de las que pensaban que ninguna otra persona era capaz de apreciar las cosas mejor que ella. Las impresiones ajenas no le servían para nada. Quizá fuesen iguales a las suyas, pero le era imposible tomarlas por buenas. No podía, de ningún modo, utilizar el punto de vista de otras personas.

Meditando con disgusto estos contratiempos, Emily suspiró impaciente y cambió de postura.

Tan ensimismada había estado en sus propios pensamientos, que hasta llegó a olvidar lo que la rodeaba. Por consiguiente, le causó una verdadera sorpresa darse cuenta de que un caballero anciano permanecía de pie a pocos pasos de ella, saludándola cortésmente mientras respiraba de un modo fatigoso.

—Dispénseme —le dijo—, creo que usted es miss Trefusis…

—La misma —contestó Emily.

—Yo me llamo Rycroft. Espero que disculpará que le dirija la palabra, pero en nuestro pequeño pueblecito nos enteramos en seguida del menor detalle y su llegada ayer tarde ha despertado, naturalmente, cierta curiosidad. Puedo asegurarle que todos sentimos una profunda simpatía por usted por la situación en que se encuentra, miss Trefusis. Todos nosotros, como una sola persona, estamos ansiosos de ayudarla en lo que podamos.

—Son ustedes muy amables —replicó Emily.

—Nada de eso, nada de eso… —protestó el pequeño Mr. Rycroft —. ¡Una belleza en apuros! Le ruego que me perdone por mi anticuada manera de exponerlo. Pero, hablando en serio, mí querida jovencita, puede contar conmigo si hay algo en lo que me sea posible ayudarla. Es bonita la vista que se divisa desde aquí, ¿no le parece?

—Maravillosa —confesó Emily—. Este páramo es un sitio precioso.

—La supongo enterada de que un preso se ha escapado esta noche de Princetown.

—Sí, ya lo sé. ¿Han conseguido capturarlo?

—No, creo que todavía no. ¡Ah! De todos modos, ese pobre tipo caerá muy pronto en las manos de sus perseguidores, sin duda alguna. Creo que no falto a la verdad si le aseguro que nadie ha conseguido escapar con éxito de Princetown en los últimos veinte años.

—¿En que dirección está Princetown?

Mr. Rycroft extendió su brazo y apuntó hacia el sur, por encima del páramo.

—Queda en esta dirección, a unas doce millas de aquí a vuelo de pájaro, atravesando esa zona. Por carretera, hay dieciséis millas.

Emily no pudo evitar tener un ligero escalofrío. La idea de aquel hombre desesperado y perseguido la impresionaba profundamente. Mr. Rycroft, que estaba observándola, hizo un breve ademán de asentimiento.

—Sí —le explicó a la joven—, yo también siento compasión por ese desgraciado. Es curioso observar cómo se rebela nuestro instinto humano ante la idea de un hombre a quien se persigue como a una fiera, y eso que sabemos que los que están encerrados en Princetown son todos peligrosos y violentos criminales, es decir, de esa clase de personas que usted y yo haríamos probablemente todo lo posible para meter allí cuanto antes.

Y terminó su perorata con una sonrisa de disculpa.

—Espero que me dispense si la molesto, miss Trefusis, pero a mí me interesa profundamente el estudio del crimen. Es un asunto fascinante. La ornitología y la criminología son mis dos aficiones.

Descansó un momento y luego siguió diciendo:

—Ésta es la razón por la que, si me lo permite, me gustaría mucho asociarme con usted en este caso. Intervenir personalmente en el estudio de un crimen real ha sido, durante mucho tiempo, una de mis ilusiones irrealizadas. ¿Será usted capaz de otorgarme su confianza, señorita, y de aceptar que ponga mi extensa experiencia a su disposición? He leído y he trabajado muy intensamente estos temas.

Emily guardó silencio durante unos instantes. En su interior, se felicitaba por el modo en que los acontecimientos la iban favoreciendo. Ahora se le ofrecía la oportunidad de conocer de primera mano la vida tal como era vivida en Sittaford. «He aquí el

«punto de vista» que yo deseaba», se dijo; y repitió mentalmente aquella frase que muy poco tiempo antes había fijado en su cerebro. Ya había logrado descubrir el punto de vista del comandante Burnaby, un hombre que era todo sencillez y rectitud, que percibía los hechos tal como se presentaban, prescindiendo de sutilezas. Ahora le brindaban otro enfoque que, como ella sospechaba, podía muy bien abrirle un campo de visión muy diferente. Aquel minúsculo, arrugado y enjuto caballero había leído y estudiado profundamente, estaba muy versado en los misterios de la naturaleza humana y poseía esa curiosidad devoradora e interesada en la vida que caracteriza al hombre reflexivo y que lo diferencia del hombre de acción.

—Le agradeceré que me ayude —dijo por fin la joven—. ¡Soy tan desgraciada, y estoy tan angustiada!

—Comprendo que lo esté, querida, me hago cargo de su situación. Ahora le explicaré cómo veo yo las cosas: el sobrino mayor de Trevelyan ha sido arrestado o detenido, aunque las pruebas que hay contra él son de una naturaleza muy simple y obvia. Yo, por supuesto, tengo una mentalidad más abierta. Creo que eso debe concedérmelo.

—Desde luego —replicó Emily—. ¿Y por qué cree en su inocencia si no le conoce ni sabe nada acerca de él?

—Muy razonable —contestó Mr. Rycroft—. Realmente, miss Trefusis, le confieso que me parece usted muy digna de estudio. A propósito, ¿su apellido proviene de Cornualles, como el de nuestro malogrado amigo Trevelyan?

—Así es, en efecto —asintió la muchacha—. Mi padre era de Cornualles y mi madre escocesa.

—¡Ah! —exclamó Mr. Rycroft—. Eso es muy interesante. Ahora, volvamos a nuestro pequeño problema. Por un lado, podemos suponer que el joven Jim… se llama Jim, ¿verdad? Supongamos, como decía, que el joven necesitase dinero con urgencia: viene a ver a su tío, le pide cierta cantidad, su tío se la niega y, en un instante de apasionamiento, nuestro protagonista echa mano del grueso burlete relleno de arena que estaba junto a la puerta y le asesta a su tío un certero golpe en la nuca. En realidad, el crimen ha sido impremeditado, es un irracional arrebato de locura encarrilado de un modo deplorable. Todo eso puede ser cierto, aunque, por otra

parte, el joven puede haber salido muy enojado de casa de su tío y alguna otra persona puede haber entrado poco después y cometer el crimen. Esto es lo que usted cree. Y por decirlo ligeramente de otra forma, es lo mismo que yo espero. Desde mi punto de vista, es poco interesante que sea su novio el que lo haya realizado. Por lo tanto, yo apuesto por otro caballo: el crimen ha sido cometido por otra persona. Podemos suponerlo así, y entonces vamos a parar a un importantísimo punto: ¿estaba enterado el verdadero asesino de la disputa que acababa de desarrollarse? ¿Dio lugar esta disputa, de hecho, a que el criminal precipitase el asesinato? ¿Se hace cargo de mi razonamiento? Alguien proyectaba eliminar al capitán Trevelyan y aprovechó la oportunidad, convencido de que todas las sospechas recaerían sobre el joven Jim.

Emily lo consideró desde su propio punto de vista.

—En cuyo caso… —razonó la joven lentamente.

Mr. Rycroft le quitó las palabras de la boca.

—… en cuyo caso —dijo de un modo brusco—, el asesino ha de ser una persona que estuviera en íntima relación con el capitán Trevelyan. Ha de ser alguien que viva en Exhampton. Con toda probabilidad, debía estar en la casa donde tuvo lugar el crimen durante o después de la discusión. Y como ahora no estamos ante el tribunal y podemos sugerir nombres con toda libertad, el del criado Evans baila en nuestra imaginación como el de un individuo que reúne todas esas condiciones. Es un hombre que muy posiblemente pudo haber estado en la casa, donde oiría el supuesto altercado y aprovechado la ocasión. El siguiente punto que hemos de descubrir consiste en saber si Evans se beneficia de algún modo con la muerte de su amo.

—Creo que hereda un pequeño legado —dijo Emily.

—Eso puede o no constituir un motivo suficiente. Debemos averiguar si Evans tenía o no una urgente necesidad de dinero. Tampoco debemos olvidar a Mrs. Evans, porque tengo entendido que ese hombre se había casado recientemente. Si hubiese estudiado criminología, miss Trefusis, se daría cuenta de los curiosos efectos de los embarazos sobre algunas muchachas, especialmente en los distritos rurales. Hay por lo menos cuatro mujeres jóvenes en la región de Broadmoor que, aunque son pacíficas por naturaleza, presentan la curiosa chifladura de creer,

durante el período de gestación, que la vida humana tiene muy poca importancia o ninguna para ellas. No, no debemos olvidar a Mrs. Evans en nuestras investigaciones.

—¿Y qué piensa, Mr. Rycroft, de esa sesión de espiritismo?

—Pues que es muy extraña, de lo más extraño que puede verse. Le confieso, señorita, que a mi me impresionó de un modo formidable. Como tal vez habrá oído decir, yo creo en esas cosas psíquicas. Hasta cierto punto, creo también en el espiritismo. Ya he escrito una relación completísima del suceso y la he enviado a la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, pues se trata de un caso bien documentado y sorprendente. Cinco personas estaban allí presentes, sin contarme yo, ninguna de las cuales podía tener la menor sospecha de que el capitán Trevelyan estaba siendo asesinado en aquellos momentos.

—¿No cree posible…?

Emily se detuvo. No era tan fácil sugerirle a Mr. Rycroft su idea de que alguna de las seis personas podía estar ya enterada del crimen puesto que él mismo era una de ellas. No es que ella sospechase ni por un instante de que hubiese algún motivo para relacionar a Mr. Rycroft en la tragedia, pero se daba cuenta de que la exposición de aquella teoría podía resultar poco oportuna. Por consiguiente, expuso la cuestión que le interesaba con más rodeos.

—A mí también me ha interesado mucho, Mr. Rycroft. Es, como usted dice, un acontecimiento sorprendente. ¿No creerá que alguno de los presentes, exceptuándole a usted, naturalmente, podría tener facultades psíquicas?

—Mi querida jovencita, ya sé a lo que se refiere, pero yo mismo no soy lo que se dice un médium. No tengo ninguna facultad para ello. Sólo soy un observador profundamente interesado en dichos fenómenos.

—¿Y qué me dice de Mr. Gardfield?

—Es un buen chico —contestó Mr. Rycroft—, pero no sobresale en ningún aspecto.

—Podemos descartarlo, ¿no le parece? —consultó Emily.

—Igual que a un pedrusco de estos que nos rodean, estoy seguro de ello —afirmó el interpelado—. Ese joven viene aquí para hacerle la rosca a una vieja tía, de la cual tiene lo que yo llamaría ciertas «expectativas». Miss Percehouse es una dama muy lista y yo creo

que ya sabe lo que valen las atenciones de su sobrino, pero tiene un concepto original del humor, creado por ella misma, que le permite continuar dignamente la comedia.

—Me gustaría visitarla —dijo Emily.

—Sí, no hay inconveniente. Ella será la primera en insistir en que la visite. Curiosidad, mi querida miss Trefusis, nada más que curiosidad.

—Háble me de las Willett —le rogó Emily.

—Encantadoras —dijo Mr. Rycroft—, totalmente encantadoras. Muy coloniales, desde luego. Un poco desequilibradas en su modo de ser. Tal vez demasiado pródigas en su hospitalidad. Siempre compuestas como para una fiesta palaciega. La hija, miss Violet, es una muchacha encantadora.

—Pues este pueblo es divertidísimo para venir a pasar el invierno —comentó Emily.

—Sí, es muy curioso, ¿verdad? Pues, bien mirado, yo lo encuentro lógico. Los que vivimos en este país soñamos con los climas cálidos, en los que el sol brilla sin cesar y las palmeras se mecen suavemente. A las personas que residen en Australia o en Sudáfrica les encanta la idea de pasar una Navidad a la antigua, rodeadas de nieve y hielo.

«Me gustaría saber cuál de ellas le ha contado ese cuento», se dijo la joven.

Emily pensaba que no era necesario enterrarse en un lugar desierto para pasar unas Navidades a la antigua entre nieve y hielo. Claramente se veía que Mr. Rycroft no encontraba nada sospechosa la extraña elección que las Willett hicieran al buscar su residencia invernal. Pero eso, a juicio de ella, era tal vez muy natural en un hombre aficionado a la ornitología y a la criminología. Era evidente que Sittaford resultaba un lugar de residencia ideal para Mr. Rycroft, quien no podía concebir que aquellos alrededores no convinieran a todo el mundo.

Habían ido descendiendo poco a poco desde el rocoso mirador y ya caminaban acercándose al sendero que conducía al pueblo.

—¿Quién vive en este chalé? —preguntó Emily bruscamente.

—El capitán Wyatt, un pobre inválido. Me temo que lo encuentre algo insociable.

—¿Era amigo del capitán Trevelyan?

—No eran íntimos en todo caso. Trevelyan le hacía una visita de cumplido de vez en cuando. El caso es que Wyatt no estimula a los visitantes. Es un hombre muy arisco.

Emily guardó silencio. Estaba imaginando cómo se las arreglaría para entrar en casa de aquel agrio capitán. No quería dejar abandonado ningún «punto de vista» de los que pudieran presentársele.

De repente, recordó que hasta entonces no se había mencionado el nombre de uno de los que asistieron a la famosa sesión de espiritismo.

—¿Qué me dice de Mr. Duke? —preguntó con voz vibrante.

—¿Qué quiere que le diga?

—Pues quién es.

—Bien… —comenzó Mr. Rycroft lentamente—, he ahí una cosa que nadie sabe.

—¡Qué extraordinario! —comentó Emily.

—Bien mirado —replicó Mr. Rycroft—, no lo es tanto como parece. Verá, Duke es un individuo que no tiene nada de misterioso. Yo me figuro que el único misterio que tal vez existe en él es el de su origen social. Bueno, ni siquiera eso, si hemos de ser fieles a la verdad. De todos modos, es un buen tipo —se apresuró a añadir.

Emily permaneció en silencio.

—Éste es mi chalé —indicó Mr. Rycroft deteniendo su marcha—. ¿Me hará el honor de entrar a visitarlo?

—Me complacería muchísimo —dijo Emily.

Y ambos recorrieron el breve sendero de entrada y entraron en el chalé. El interior era encantador y las paredes estaban materialmente forradas de estanterías.

Emily iba de una a otra, leyendo con gran curiosidad los títulos de los libros. Una de las secciones de aquella librería estaba dedicada por completo al ocultismo; otra aparecía dedicada a las modernas novelas de detectives. Pero la inmensa mayoría de las estanterías se habían dedicado a trabajos de criminología y a los más famosos procesos de todo el mundo. Los libros de ornitología ocupaban una sección comparativamente pequeña.

—Estaba pensando en que todo esto es delicioso —comentó Emily—. Siento mucho tener que marcharme ahora. Supongo que mi primo, Mr. Enderby, se habrá levantado ya y estará

esperándome. Por otra parte, aún no he desayunado. Le habíamos dicho a Mrs. Curtis que nos preparase el desayuno para las nueve y media, y ahora me doy cuenta de que ya son las diez. Llegaré con un terrible retraso, por culpa de esta conversación tan interesante y de que haya usted sido tan complaciente.

—No exagere. Ya sabe que si hay algo que yo pueda hacer… —tartamudeó Mr. Rycroft, mientras Emily se volvía para obsequiarle con una hechicera mirada—, puede contar conmigo. Seremos colaboradores.

Emily le dio la mano y estrechó la suya de un modo cordial.

—¡Es tan maravilloso —exclamó la joven, usando la frase que en el curso de su corta vida le había resultado tan efectiva— saber que hay alguien en quien pueda una realmente fiarse!

Capítulo XVII

Miss Percehouse

Cuando Emily regresó a su alojamiento, la esperaban allí su amigo Charles y un buen plato de huevos con beicon.

Mrs. Curtis estaba aún muy excitada por la fuga del presidiario.

—Hace ya dos años desde que se escapó el último —les dijo—, y tardaron tres días enteros en encontrarlo. Estaba ya cerca de Moretonhapstead.

—¿Cree que vendrá hacia aquí? —pregunto Charles.

La sabiduría local descartó esa posibilidad.

—Nunca escogen esta dirección; aquí todo son páramos y sólo pequeños pueblos cuando se acaba el páramo. Seguro que se dirigirá hacia Plymouth, es lo más probable. Pero lo atraparán mucho antes.

—Se podría encontrar un buen escondite entre las rocas al otro lado del peñasco —sugirió Emily.

—Tiene razón, señorita, y es cierto que allí hay un lugar donde ocultarse: la cueva del Duende, como la llaman. Se entra por una abertura tan estrecha situada entre dos rocas que es muy difícil de descubrir, pero luego se ensancha mucho en el interior. Se cuenta que uno de los hombres del rey Carlos se escondió una vez en esa cueva durante quince días, ayudado por la criada de una granja vecina, que le proporcionaba alimentos.

—Tengo que ir a echarle un vistazo a esa curiosa cueva del Duende —dijo Charles.

—Se sorprenderá de lo difícil que es encontrarla, señor. Muchos grupos de excursionistas vienen a visitarla durante el verano y se

pasan toda la tarde buscándola sin encontrarla. Pero si es capaz de encontrarla, no se olvide de dejar allí dentro un alfiler, que le trae buena suerte.

—Estaba pensando —comentó Charles en cuanto terminaron el desayuno y después de que Emily y él salieron a dar unos pasos por el minúsculo jardincito de la casa— que debería llegarme a Princetown. Es sorprendente cómo se acumulan las buenas noticias en cuanto uno tiene un poco de suerte. Mira por dónde empecé por lo del premio del concurso futbolístico y, antes de que pueda darme cuenta, tropiezo con la fuga de un presidiario y un asesino. ¡Maravilloso!

—¿Y las fotografías del chalé del comandante Burnaby?

Charles miró hacia el cielo.

—Hum… —murmuró—. Creo que le diré que el tiempo es muy malo. Tengo que aprovecharme de mi *raison d'être* en Sittaford tanto como sea posible y ahora se está nublando. Bueno… espero que no te importe, pero acabo de enviar por correo una entrevista contigo.

—¡Ah, muy bien! —exclamó Emily de un modo casi mecánico—. ¿Qué me haces decir en ella?

—¡Bah! Esas cosas trilladas que a la gente le gusta oír en estos casos —contestó Mr. Enderby—: «Nuestro enviado especial nos informa de su conversación con miss Emily Trefusis, novia de Mr. James Pearson, quien ha sido detenido por la policía acusado de la muerte del capitán Trevelyan». Luego, siguen mis impresiones acerca de ti, una bellísima muchacha de refinada inteligencia.

—Muchas gracias —replicó Emily.

—Soltera —añadió lacónicamente Charles.

—¿Qué quieres decir con eso de soltera?

—Pues que eres soltera.

—Bien, claro que lo soy —confirmó ella—; pero ¿por qué lo mencionas?

—A las lectoras les gusta siempre enterarse de eso —dijo Charles —. ¡Oh! ¡Me ha quedado una entrevista espléndida! No te puedes figurar las cosas tan conmovedoras que dices en lo de respaldar a tu novio sin importarte lo que el mundo entero tenga contra él.

—¿He dicho yo algo así realmente? —se asombró la joven con un ligero sobresalto.

—¿Te importa mucho? —preguntó Enderby con cierta ansiedad.

—¡Oh, claro que no! —contestó Emily. Y luego añadió con acento burlón—: Disfruta lo que puedas, querido.

Mr. Enderby parecía algo desconcertado.

—No te preocupes —explicó la muchacha—. Eso que acabo de decir es una frase que estaba bordada en mi babero cuando yo era pequeñita, en el babero de los domingos. En el de los días laborables, decía: «No comas demasiado».

—¡Ah, comprendo! En mi artículo también hablo un poco de la carrera naval del capitán Trevelyan, insinuando que acaso se apoderara de algún ídolo misterioso y la posibilidad de que haya sido víctima de la venganza religiosa de algún extraño sacerdote… pero esto sólo se insinúa como ya supondrás.

—Bien, se nota que estabas muy inspirado —comentó Emily.

—¿Y qué has estado haciendo tú? Creo que te has levantado muy temprano, sabe Dios cuándo…

Emily le relató su encuentro con Mr. Rycroft.

De repente se quedó callada y Enderby, al mirar por encima del hombro en la misma dirección que los ojos de ella, advirtió que un sonrosado joven de saludable aspecto, apoyado en el portillo del cercado, hacía unos ruidos discretos para atraer la atención.

—Siento muchísimo —les gritó el joven— tener que venir a importunarlos y lamento infinitamente molestar; pero mi tía se ha empeñado en que viniera y…

Emily y Charles le interrumpieron con un simultáneo «¡Oh!», en un tono tan interrogativo que mostraba que no encontraban muy satisfactoria la explicación.

—Pues sí —contestó el joven—. Para ser franco, les diré que mi tía es insoportable. Cuando ella dice «hazlo», pueden imaginárselo. Naturalmente, me hago cargo de que es muy poco correcto presentarme de visita a una hora tan intempestiva, pero si conociesen a mi tía… y si se prestan a sus deseos, la conocerán en unos pocos minutos.

—¿Su tía es Mrs. Percehouse? —le interrumpió Emily.

—Exactamente —contestó el joven aliviado—. ¿De modo que ya han oído hablar de ella? Seguro que se lo ha contado la vieja Curtis. No sabe tener la lengua quieta, ¿verdad? No es que sea una mala mujer, no lo crean así. Bien, el caso es que mi tía me dijo que quería verlos y que viniera a decírselo inmediatamente. Que les saludase

de su parte y que si no les fuera mucha molestia… teniendo en cuenta que es una pobre inválida que no puede salir de casa, de modo que serían el colmo de la amabilidad si… bueno, ya saben lo que eso significa. No necesito decírselo con más detalle. En realidad, es simple curiosidad, ni más ni menos, y si ustedes dicen que tienen jaqueca o que han de escribir unas cartas urgentes, pues no importará mucho y no necesitan molestarse.

—¡Oh, no, estaremos encantados! —replicó Emily—. Ahora mismo iré con usted a visitar a su tía. Mr. Enderby tiene que ir a casa del comandante Burnaby.

—¿De veras? —consultó Charles en voz baja.

—Desde luego —afirmó la joven en tono autoritario.

Y despidiéndose de él con una graciosa inclinación de cabeza, se reunió con su nuevo amigo en el camino.

—Supongo que usted es Mr. Gardfield.

—En efecto. Debería habérselo dicho antes.

—Oh, bueno —replicó ella—. No era muy difícil adivinarlo.

—Es muy amable de su parte venir conmigo —indicó el joven Gardfield—. La mayoría de las muchachas se hubiesen ofendido mucho, pero ya sabe como son las viejas damas.

—¿Usted no reside habitualmente aquí, Mr. Gardfield?

—Puede apostar su vida a que no —contestó Ronnie con gran exaltación—. ¿Ha visto alguna vez un rincón más dejado de la mano de Dios que éste? ¡Ni siquiera hay un mal cine a donde ir! No me extraña que a la gente le entren ganas de asesinar a…

Pero se interrumpió asustado por lo que acababa de decir.

—Perdóneme, lo siento mucho. Soy el hombre más desgraciado del mundo. Siempre se me escapan cosas inoportunas, pero no tenía intención de hacerlo.

—Estoy segura de que así es —replicó Emily con dulzura.

—Ya hemos llegado —dijo Mr. Gardfield.

Mantuvo abierto el portillo del cercado para que la joven entrara y luego la acompañó por un corto sendero que conducía a un chalé que en nada se diferenciaba de los restantes. En la sala que daba al jardín había un sofá y en él descansaba una anciana dama de delgado y arrugado rostro, en el que destacaba la nariz más afilada y aguileña que Emily hubiera visto en su vida, que se incorporó sobre un codo con alguna dificultad.

—Así que me la has traído —le dijo a su sobrino—. Es usted muy amable, querida, por venir a ver a esta pobre vieja. Ya sabe lo que es estar inválida. A una le gustaría meter la cuchara en todo lo que se guisa y, si una no puede acercarse al puchero, hay que componérselas para que el puchero se acerque a una. No crea ahora que sólo son ganas de curiosear; es algo más. Ronnie, aprovecha para pintar los muebles del jardín; allí al fondo, debajo del cobertizo. Puedes pintar dos sillas de mimbre y un banco. Allí encontrarás la pintura ya preparada.

—Perfectamente, tía Caroline.

El obediente sobrino se marchó.

—Siéntese —ofreció miss Percehouse.

Emily lo hizo en la silla que la dama le indicaba. Aunque le parecía extraño, había experimentado inmediatamente un notable afecto y simpatía por aquella vieja inválida de lengua afilada. Incluso sentía como si la uniera a ella algún lazo de parentesco.

«He aquí una persona —pensó la joven— que va directamente al grano, sin desviarse de su propio camino, y domina a todo el que se le pone por delante. Exactamente igual que yo, con la única diferencia de que a mí me ayuda mi buen aspecto, mientras ella ha de conseguirlo todo por la fuerza de su carácter».

—Tengo entendido que usted es la prometida del sobrino de Trevelyan —empezó diciendo miss Percehouse—. He oído contar todo lo que se refiere a usted y ahora que la conozco en persona, comprendo exactamente lo que se propone. Y le deseo buena suerte.

—Muchas gracias, señora —replicó Emily.

—Me fastidian las niñas bobas —continuó la dama—. A mí me gustan las muchachas resueltas y activas.

Y contempló con viveza a su visitante.

—Supongo que usted me compadecerá al verme acostada sin poder levantarme y caminar por ahí.

—No —dijo Emily pensativamente—; no creo que pueda sentir eso. Supongo que todo el mundo puede sacarle jugo a la vida si tiene la determinación suficiente. Lo que no consiga de un modo, lo conseguirá de otro.

—Ni más ni menos —afirmo Mrs. Percehouse—. Todo es cuestión de saber ver las cosas desde otro ángulo.

—El «punto de vista», como yo lo llamo —observó sonriente la

joven.

—A ver, explíqueme esa frase, que me interesa mucho.

Tan claramente como le fue posible, Emily esbozó la teoría que le había servido de meditación de aquella mañana, y cómo la había aplicado al caso que llevaba entre manos.

—No está mal —observó la anciana señora con expresivos gestos de aprobación—. Ahora, querida, vayamos al fondo de la cuestión. Como no soy tonta de nacimiento, ni mucho menos, sé que usted ha venido por este pueblo para sacar todo lo que pueda de los que vivimos aquí y ver si lo que consigue averiguar tiene alguna relación con el asesinato. Bien, pues si quiere saber cualquier detalle acerca de alguno de mis vecinos, puedo contárselo yo.

Emily no perdió ni un segundo. Con la concisión de un hombre de negocios, centró el tema:

—¿El comandante Burnaby?

—Se trata de un típico ex oficial del ejército, retirado, de mente estrecha y muy limitada, y que es bastante envidioso. Demasiado crédulo en cuestiones de dinero. En fin, de esos hombres que invertirían sus ahorros en un negocio fantasma por la sencilla razón de que no ve más allá de sus narices. Le gusta pagar pronto sus deudas y le desagradan las personas que no se limpian los pies en la esterilla.

—¿Y Mr. Rycroft?

—Un hombrecillo muy raro, enormemente egoísta. Está chiflado. Le da por creerse un hombre maravilloso. Supongo que ya le habrá ofrecido su ayuda para resolver el misterio de este crimen utilizando sus profundos conocimientos en criminología.

La joven admitió que ese era el caso.

—¿Y Mr. Duke?

—No sé nada acerca de ese hombre… y eso que debería saberlo. Me parece un tipo de lo más vulgar. Siento como si tuviera que recordarlo, pero no lo consigo. Es extraño. Es como cuando se tiene un nombre en la punta de la lengua y por más esfuerzos que se hacen, no se logra recordar.

—¿Y en cuanto a las Willett?

—¡Ah, las Willett! —exclamó miss Percehouse incorporándose de nuevo sobre un codo, presa de la más viva excitación—. ¡He aquí unas mujeres realmente interesantes! Le diré alguna cosa de ellas,

querida. No sé si le será útil o no. Haga el favor de acercarse a mi escritorio y abra ese cajoncito que hay arriba de todo, el de la izquierda… eso es. Ahora tráigame el sobre blanco que verá allí dentro.

Emily se acercó con dicho sobre.

—No digo que sea muy importante, porque probablemente no lo es —comentó la vieja dama—. Todo el mundo miente de un modo u otro, y miss Willett está en su perfecto derecho a hacer lo mismo como todo el mundo.

Mientras hablaba, tomó el sobre e introdujo los dedos en él.

—Se lo contaré con todo detalle. Cuando las Willett se trasladaron a este lugar, con sus elegantes trajes, sus doncellas y sus baúles modernos, la madre y Violet llegaron en el automóvil del viejo Forder, mientras que las criadas y el equipaje lo hacían en el autobús de la estación. La cosa en sí fue un acontecimiento, como puede figurarse, y yo estaba observando su paso desde mi ventana cuando noté que de uno de los baúles se desprendía una etiqueta de colores y caía sobre cierto arriate de mi jardincito.

»Ahora bien, una de las cosas que más me fastidian en este mundo es ver por el suelo trozos de papel o desperdicios de cualquier clase; de modo que envié a Ronnie con el encargo de recogerla, y ya me disponía a tirarla a la papelera cuando vi que era muy bonita y estaba impresa en colores brillantes, por lo que decidí conservarla e incluirla en los libros de recortes que me entretengo en hacer para el hospital infantil. Bueno, pues tal vez no hubiera vuelto a recordarla de no haber sido porque luego, en dos o tres ocasiones, oí mencionar a Mrs. Willett, de un modo francamente intencionado, que su hija Violet no había salido nunca de Sudáfrica y que ella misma no conocía sino aquel país, parte de Inglaterra y de la Riviera francesa.

—¡Ah! ¿Sí? —exclamó Emily.

—Tal como se lo cuento. Ahora mire esto.

Y la anciana señora puso en manos de la joven la etiqueta del baúl. Ésta llevaba una inscripción que decía:

HOTEL HENDLE
MELBOURNE

—Melbourne es una ciudad de Australia —continuó diciendo miss Percehouse—, y no está en Sudáfrica o al menos no estaba allí en los días de mi juventud. No me atrevería a asegurar que mi hallazgo sea muy importante, pero ahí está para lo que valga. Y todavía le diré otra cosa: en varias ocasiones he oído cómo Mrs. Willett llamaba a su hija, y tiene la costumbre de emplear ese grito: «¡Cooee!», que es mucho más típico de Australia que de Sudáfrica. Todo eso me parece bastante sospechoso. ¿Por qué han de ocultar que vienen de Australia, si vienen de allí?

—Ciertamente, es curioso —comentó Emily—. Y también lo es que hayan venido a pasar el invierno a un país como éste.

—Eso salta a la vista —replicó la anciana—. ¿Las ha conocido ya?

—No, señora, pensaba ir a su casa esta misma mañana, sólo que no sé con qué pretexto.

—Yo le proporcionaré una excusa —dijo bruscamente miss Percehouse—. Haga el favor de alcanzarme mi estilográfica, el bloc de papel de carta y un sobre. Muy bien. Ahora, déjeme reflexionar un poco.

Y la ingeniosa dama guardó un instante de silencio. Después, sin previo aviso, su aguda voz estalló en formidables alaridos:

—¡Ronnie, Ronnie, Ronnie…! ¿Se habrá vuelto sordo este chico? ¿Por qué no viene nunca en cuanto se le llama? ¡Ronnie, Ronnie…!

Finalmente, Ronnie se presentó al trote y llevando en la mano derecha una gran brocha de pintor.

—¿Ocurre algo, tía Caroline?

—¿Qué quieres que ocurra? Que te estoy llamando, eso es todo. Dime: ¿te dieron algún pastel especial en el té de ayer por la tarde, cuando estuviste en casa de las Willett?

—¿Pastel especial?

—Sí, hombre, algún pastel o canapés, o alguna cosilla. ¡Qué lento eres, muchacho! ¿Qué te dieron ayer con el té?

—¡Ah, sí! Me dieron un pastel de café que estaba muy rico —dijo por fin Ronnie muy sonrojado—, y también sirvieron canapés de *foie-gras*…

—Pastel de café… —repitió Mrs. Percehouse—. Ya tengo lo que necesito.

Y empezó a escribir sin perder un segundo.

—Bueno, Ronnie, ya puedes volver con tus pinturas. No te quedes ahí parado con la boca abierta. Ya te extirparon las amígdalas cuando tenías ocho años, de modo que no hay motivo para que no la cierres.

Y concluyó su carta, que decía así:

> *Mi querida Mrs. Willett:*
> *Me he enterado de que ayer tarde tomaron ustedes el té con un delicioso pastel de café. ¿Sería tan amable de proporcionarme la receta para hacerlo? Tal vez le llame la atención que le pida esto, pero tenga en cuenta que soy una pobre inválida y mi dieta, que admite muy pocas variaciones, me tiene aburrida. Mrs. Trefusis, a quien le presento, se ha prestado a llevarle la presente carta, pues Ronnie está muy ocupado esta mañana. ¿No es espantosa esa noticia de la fuga del presidiario? «Sinceramente suya,*
>
> *Caroline Percehouse»*

Metió la carta en el sobre, lo cerró y escribió sobre él la dirección.

—Aquí tiene, joven. Es muy probable que se encuentre la puerta sitiada por los periodistas. He visto pasar por la carretera un buen número de ellos que subían en el autocar de Forder. Pero no se apure, pregunte por Mrs. Willett y diga que lleva una carta mía, y verá cómo la recibirán en seguida. No necesito recomendarle que abra bien los ojos y que saque todo el partido posible de esta visita. Sé muy bien que usted lo hará de todos modos.

—Es usted muy amable —dijo Emily—, realmente amable.

—Me gusta ayudar a los que saben ayudarse a sí mismos —replicó Mrs. Percehouse—. Dígame una cosa: todavía no me ha preguntado qué pienso acerca de mi sobrino Ronnie y me figuro que estará en su lista, porque también vive en este pueblo. Es un buen chico a su modo, aunque desesperadamente débil. Siento muchísimo tener que decir que casi lo creo capaz de cualquier cosa por dinero. ¡Fíjese, si no, en lo que está haciendo conmigo! El muy

tonto es incapaz de ver que yo le querría diez veces más si se rebelase de vez en cuando y me enviara al diablo. Aún queda otra persona en el pueblo de la que no hemos hablado: el capitán Wyatt. Creo que fuma opio, y es muy posible que sea el hombre de peor genio que existe en Inglaterra. ¿Hay algo más que quiera saber?

—No se me ocurre nada más —contestó Emily—. Me parece que lo que me ha contado abarca cuanto yo pudiera desear.

Capítulo XVIII

Emily visita la mansión de Sittaford

Emily salió rápidamente al camino y advirtió que durante aquella mañana el tiempo estaba cambiando. La niebla se espesaba por todos lados.

«Este pueblucho es uno de los peores de Inglaterra para vivir —pensó la joven—. Cuando no nieva, llueve o sopla un viento de mil demonios, llega la niebla. Y si brilla el sol, hace tanto frío, que se quedan insensibles los dedos de las manos y de los pies».

Estas reflexiones fueron interrumpidas por una ronca voz que sonó casi junto a su oído derecho.

—Dispénseme —dijo el desconocido—, ¿ha visto pasar por aquí a un bull terrier?

Emily, sorprendida, volvió la cabeza. Apoyado en una valla había un hombre alto y seco, de cutis bronceado, ojos inyectados de sangre y cabello grisáceo. Se sostenía con ayuda de una muleta y contemplaba a la joven con enorme interés. Ella no tuvo ninguna dificultad en identificarlo como el capitán Wyatt, el inválido propietario del chalé número 3.

—No, señor, no lo he visto —le contestó Emily.

—Esa maldita perra se me ha escapado —explicó el capitán—. Es un animal muy cariñoso, pero algo loco. Y como pasan tantos automóviles, me temo que…

—Yo no diría que pasen muchos por este camino —indicó la joven.

—Sin embargo, en verano suelen venir por aquí no pocos autocares —explicó Mr. Wyatt en tono áspero—. Es una excursión

matutina que sólo cuesta tres chelines y seis peniques desde Exhampton. Suben hasta el faro de Sittaford y, a mitad de camino, después de salir de Exhampton, se paran para tomar un refresco.

—Muy bien, pero como ahora no estamos en verano… —objetó miss Trefusis.

—No obstante, parece como si lo fuera, porque ahora mismo acaba de llegar uno de los autocares. Supongo que vendrá lleno de periodistas que vienen a dar un vistazo a la mansión de Sittaford.

—¿Conocía bien al capitán Trevelyan? —preguntó Emily.

En su opinión, el incidente de la perra no pasaba de ser un mero subterfugio del capitán Wyatt, dictado por su natural curiosidad. La joven se daba perfecta cuenta de que su persona era, en aquel momento, objeto principal de la atención de todo Sittaford; por consiguiente, era de lo más natural que Mr. Wyatt desease conocerla como cualquier otro vecino.

—No le conocía lo que se dice muy bien —contestó el capitán a la pregunta que le acababa de hacer la joven—. Él fue quien me vendió este chalé.

—Vaya —replicó Emily para alentarlo.

—Un verdadero tacaño, eso es lo que era el buen señor —afirmó el capitán Wyatt—. El contrato que firmamos especificaba que él tenía que arreglar la casa a gusto del comprador y, como le pedí que me pintase los marcos de las ventanas, que eran de color chocolate, de un tono limón, se empeñó en que yo pagara la mitad. Alegó que el contrato decía que se entregaría con un color uniforme.

—No le resultaba muy simpático —comentó la muchacha.

—Siempre tenía discusiones con él —dijo Mr. Wyatt—. Aunque lo cierto es que yo siempre me enemisto con todo el mundo —añadió como comentario—. En un pueblo como éste, no hay más remedio que enseñar a los vecinos que le dejen a uno vivir solo y tranquilo, porque si no, se pasan el día llamando a la puerta y dejándose caer por casa de uno a charlar. No me importa ver gente cuando estoy de buen humor, pero cuando a mí me apetezca y no a ellos. No me gustaba que Trevelyan viniese por mi casa dándose aires de señor feudal cada vez que se le antojaba. Ahora ya no habrá por aquí ni un alma que me moleste con sus inconveniencias —añadió con manifiesta satisfacción.

—¡Oh! —exclamó Emily.

—Para eso no hay nada mejor que tener un criado colonial —dijo el capitán—. Comprenden bien lo que son las órdenes. ¡Abdul! —rugió más que gritó.

Un individuo de elevada estatura, tocado con un turbante, salió del chalé y se quedó esperando atentamente.

—Haga el favor de pasar y tomar alguna cosa —indicó Mr. Wyatt a Emily—. De paso, verá mi modesta casa.

—Lo siento mucho —replicó ella—, pero ahora tengo mucha prisa.

—¡Oh, no, qué va a tener usted! —exclamó el capitán.

—Sí, señor. Tengo una cita.

—¡Cualquiera entiende ese modo de vivir que se estila ahora! —comentó el capitán Wyatt—. ¡Siempre alcanzando trenes a todo correr, fijando citas, mirando la hora para cualquier cosa! ¡Todo eso son majaderías! Levántese con el sol, predico yo, coma cuando sienta apetito y no se comprometa jamás a hacer nada en una hora o fecha determinada. ¡Ya le enseñaría yo a vivir bien a la gente si quisiera escucharme!

El resultado de esa exaltada idea de enterrarse a vegetar en tan desesperante lugar no era muy alentador, pensó Emily. Nunca había visto una ruina de hombre comparable al averiado capitán Wyatt y eso le causaba cierta lástima. Sin embargo, considerando que la curiosidad del pobre inválido estaba suficientemente satisfecha por el momento, insistió de nuevo en lo de su cita y pudo proseguir su camino.

La mansión de Sittaford tenía una puerta principal de roble macizo, en la que se destacaba un artístico llamador, una inmensa esterilla de alambre y un limpísimo y abrillantado buzón de latón. Todo aquello denotaba, como Emily no pudo dejar de advertir, un hogar confortable y decoroso. Una limpia y atildada doncella se presentó al sonar el timbre de la puerta.

Emily dedujo en seguida que el demonio del periodismo había pasado por allí antes que ella, pues la doncella se apresuró a decirle en tono distante:

—Mrs. Willett no recibirá a nadie esta mañana.

—Dispense, yo le traigo una carta de miss Percehouse —indicó Emily.

Esto claramente cambió mucho las cosas: el rostro de la doncella expresó cierta indecisión, pero no tardó en cambiar de tono y decir con amabilidad:

—¿Quiere hacer el favor de entrar?

La visitante fue introducida a través de lo que los agentes inmobiliarios llaman «un vestíbulo soberbio» y desde allí a un gran salón. En la chimenea ardía un buen fuego y en el ambiente se percibían trazas de una ocupación femenina de la habitación. Mientras esperaba, Emily contempló unos tulipanes de cristal, una complicada bolsa de labor, un sombrero de muchacha y una muñeca vestida de Pierrot con unas larguísimas piernas; estos objetos aparecían repartidos con cierto abandono por aquella habitación. La joven observó que no había ninguna fotografía.

Terminada su detenida inspección de todo lo que había que ver, Emily se calentaba las manos frente al fuego cuando se abrió la puerta y entró una muchacha de su misma edad o poco menos. Era una chica muy hermosa, según pudo ver miss Trefusis, e iba vestida de un modo elegante y caro, y al mismo tiempo la visitante pensó que jamás había visto a una joven en un estado de aprensión nerviosa tan grande. No obstante, procuraba disimularlo y casi lo conseguía. Miss Willett hacía meritorios esfuerzos para aparentar que estaba tranquila.

—Buenos días —dijo saludando a Emily y estrechándole la mano —. Siento muchísimo que mamá no pueda bajar, pero esta mañana ha decidido quedarse en la cama.

—¡Oh, cuánto lo lamento! Temo haber venido en un momento inoportuno.

—¡No, por supuesto que no! Nuestra cocinera está copiando ahora la receta del pastel. Estamos encantadas de que miss Percehouse se haya interesado por tenerla. ¿Se hospeda usted en su casa?

Emily pensó, sonriendo para sus adentros, que ésta era tal vez la única casa del pueblo cuyos habitantes no se habían enterado aún de quién era ella y de por qué había venido. La mansión de Sittaford tenía, por lo visto, un régimen estricto entre señores y criados: estos últimos podían saber algo acerca de ella, pero se veía claramente que los primeros no.

—No me hospedo exactamente en su casa —contestó—. Estoy en

casa de Mrs. Curtis.

—Ya me hago cargo de que el chalé de su amiga es excesivamente pequeño y que ella tiene ya consigo a su sobrino Ronnie, ¿no es así? Supongo que no habrá otra habitación disponible para usted. Miss Percehouse es muy agradable, ¿verdad? Siempre he pensado que tiene mucho carácter, pero no puedo dejar de sentir lástima por ella.

—Sí, es una mujer avasalladora, ¿no le parece? —afirmó Emily con cierta frialdad—; pero hay que reconocer que cualquiera de nosotras tendría la tentación de serlo, sobre todo si los demás no estuvieran por una.

Miss Willett suspiró.

—A mí me cuesta mucho aguantar a los demás —comentó—. Hemos tenido una mañana espantosamente molesta por los periodistas.

—¡Oh! Es muy natural que hayan venido por aquí —replicó Emily— puesto que esta casa era, en realidad, la verdadera residencia del capitán Trevelyan, de ese hombre que ha sido asesinado en Exhampton… ¿no es así?

Mientras iba diciendo esto, trataba de determinar la causa exacta del nerviosismo de Violet Willett. Por lo que se veía claramente, la muchacha estaba apurada. Había algo que la angustiaba, que la tenía aterrorizada de mala manera. Había mencionado el nombre del capitán Trevelyan a propósito. Violet no reaccionó de un modo perceptible, pero tal vez ya esperaba que se hiciera alguna mención.

—Sí, ¿no ha sido espantoso?

—Dígame, ¿no le molesta seguir hablando de este asunto?

—No, no, claro que no… ¿Por qué había de molestarme?

«A esta muchacha le pasa algo muy grave —pensó Emily—. Apenas se da cuenta de lo que dice. ¿Qué será lo que la ha puesto de tal modo esta mañana?»

—Acerca de esa sesión de espiritismo —continuó diciendo miss Trefusis—, he oído contar por casualidad lo ocurrido y, desde el primer momento, me pareció un caso muy interesante, mejor dicho, horrendo.

«Terrores infantiles —pensó Emily—, esa será mi línea de ataque».

—¡Oh, aquello fue horrible! —comentó Violet—. Aquella tarde… ¡nunca la olvidaré! Nosotros creíamos, como es natural, que era alguien que quería divertirse, aunque era una especie de broma de gusto deplorable.

—¿De veras?

—Jamás olvidaré la escena cuando se encendieron las luces: todos teníamos un aspecto tan extraño. Los únicos que parecían tranquilos eran Mr. Duke y el comandante Burnaby; ambos son hombres impasibles, de esos a quienes no les gusta nunca admitir que están impresionados por algún fenómeno de ese tipo. Sin embargo, ya sabe que el comandante sentía, en realidad, una intensa preocupación. Yo pienso que precisamente él lo creyó más que ningún otro. De momento, pensé que al pobre Rycroft le iba a dar un ataque al corazón o algo peor, a pesar de que debía estar acostumbrado a esa clase de escenas puesto que se dedica a esas investigaciones psíquicas. En cuanto a Ronnie… me refiero a Ronald Gardfield, como ya sabe, tenía el mismo aspecto asustado que si hubiese visto a un fantasma. Bien mirado, acabábamos de tratar con uno. Hasta mamá estaba completamente trastornada, como nunca la había visto yo hasta entonces.

—Debe de haber sido una cosa espantosa —dijo Emily—. Me hubiese gustado estar presente para verlo.

—En realidad, fue horrible. Todos pretendíamos convencernos de que no era más que una diversión. Pero a nadie le pareció divertido. Y entonces fue cuando el comandante Burnaby nos comunicó repentinamente su propósito de encaminarse hacia Exhampton. Entre todos intentamos disuadirlo, diciéndole que podía verse enterrado en la nieve, pero él se marchó. Y allí nos quedamos sentados los demás, después de la partida del comandante, sintiéndonos todos molestos y preocupados. Luego, ayer por la noche… no, fue ayer por la mañana… nos enteramos de la noticia.

—¿Cree que era el espíritu del capitán Trevelyan quien hablaba? —preguntó miss Trefusis con voz temblorosa—. ¿O piensa que se trataba de un caso de clarividencia o telepatía?

—¡Oh, qué se yo! ¡De todos modos, nunca más volveré a reírme de estas cosas!

La doncella entró con un papelito doblado sobre una bandeja y

se lo entregó a Violet.

Mientras la sirvienta se retiraba, Violet desdobló el papel, le echo una ojeada y se lo entregó a Emily.

—Aquí tiene —le dijo—. Puede decir que ha llegado a tiempo para conseguir esta receta. El asesinato ha trastornado a todas las criadas. Piensan que es muy peligroso vivir en un lugar tan apartado. Ayer por la tarde, mi madre perdió la paciencia con ellas y las ha despedido a todas. Se marcharán después del almuerzo. Vamos a sustituirlas por dos hombres: un camarero y una especie de mayordomo chófer. Yo creo que así estaremos mucho mejor.

—Las criadas suelen ser muy necias, ¿verdad? —preguntó Emily.

—Ni que al capitán Trevelyan lo hubiesen matado en esta misma casa.

—¿Cómo se les ocurrió venir a vivir aquí? —preguntó miss Trefusis, procurando que sus palabras resultasen cándidas y naturales.

—Pensamos que sería bastante divertido —contestó Violet.

—¿Y no lo han encontrado más bien aburrido?

—¡Nada de eso! A mí me gusta mucho el campo.

Pero sus ojos evitaron encontrarse con los de Emily. Durante un breve instante, miss Willett pareció sentir desconfianza y temor. Se agitó inquietamente en su silla, hasta que miss Trefusis se levantó no de muy buena gana para despedirse.

—Me tengo que marchar ahora mismo —dijo—. Muchas gracias, miss Willett. Deseo que su madre se restablezca.

—En realidad, está completamente bien. Se trata solo de lo de las criadas y de todas estas preocupaciones.

—Es muy natural.

Con cierta habilidad, sin que la otra joven se diese cuenta, Emily se las arregló para esconder sus guantes detrás de una mesita. Violet Willett la acompañó hasta la puerta, donde se despidieron con algunas afectuosas palabras.

La doncella que le franqueara la entrada a Emily cuando ésta llegó, había descorrido la cerradura, pero cuando la joven Willett cerró la puerta tras su visitante, Emily no percibió ningún ruido de que volvían a utilizar la llave. Tras llegar hasta la cerca exterior, miss Trefusis se detuvo y retrocedió lentamente.

Su visita había servido para confirmar más aún las teorías que

venia sosteniendo acerca de la mansión de Sittaford. Allí ocurría algo raro. No pensaba que Violet Willett estuviese complicada de un modo directo, a menos que se tratase de una inteligentísima actriz. Pero allí se encerraba algún misterio, y ese misterio *tenía que estar* relacionado con la tragedia. *Debía haber* algún lazo de unión entre las Willett y el capitán Trevelyan, y en ese lazo era posible que se encontrase la clave del misterio.

Llegó hasta la puerta, hizo girar con sumo cuidado el pomo y atravesó el umbral. Encontró el vestíbulo desierto. La joven se detuvo un momento, dudando de lo que debía hacer. No le faltaba su excusa: los guantes olvidados intencionadamente en el salón. Permaneció inmóvil, escuchando. Hasta ella no llegaba ningún ruido, excepto un levísimo murmullo de palabras que procedía del piso superior. Con el mayor sigilo posible, Emily se acercó al pie de la escalera y miró hacia arriba. Luego, muy cautelosamente, subió escalón tras escalón. Su atrevimiento era un poco arriesgado. Le hubiera sido difícil pretender que sus guantes se habían trasladado, por iniciativa propia, al piso superior, pero le quemaba el deseo de escuchar algo de la conversación que tenía lugar en la parte alta de la casa. Los constructores modernos nunca hacen que las puertas encajen bien. Emily pensaba que si uno se acerca hasta la misma puerta, puede enterarse por completo de lo que se dice en el interior de la habitación. La joven subió otro escalón, y otro más… Cada vez se oían más claramente las voces de dos mujeres: Violet y su madre, sin duda alguna.

De repente, la conversación se interrumpió y se oyeron unos pasos rápidos. Emily retrocedió tan de prisa como pudo.

Cuando Violet Willett abrió la puerta de la habitación de su madre y bajó la escalera, se sorprendió al encontrar a su reciente visitante, de pie en el vestíbulo, mirando a un lado y a otro como un perro perdido.

—Mis guantes —explicó—. Debo de haberlos dejado por aquí. He vuelto a buscarlos.

—Supongo que estarán en el salón —dijo Violet.

Ambas entraron en dicha habitación y allí, cómo no, aparecieron los guantes extraviados sobre una mesita cercana a donde Emily se había sentado.

—¡Oh, muchas gracias! —exclamó miss Trefusis—. ¡Qué tonta

soy! Siempre me dejo alguna cosa.

—Y con este tiempo, los guantes son muy necesarios —dijo Violet—. Hace muchísimo frío.

De nuevo salieron juntas hasta la puerta del vestíbulo, pero esta vez Emily pudo oír que la llave giraba dentro de la cerradura.

La atrevida joven se alejó por el camino, con no pocas cosas en que pensar, pues antes de abrirse aquella puerta del piso superior, había oído claramente una frase pronunciada por una displicente y quejosa voz de mujer.

—¡Dios mío! —sollozaba aquella voz—. ¡No puedo resistir más! ¿Es que no llegará nunca esta noche?

Capítulo XIX

Teorías

Al llegar Emily al chalé donde se alojaba, se encontró con que su joven amigo estaba ausente. Mrs. Curtis le explicó que había salido con varios jóvenes de su misma edad, y le entregó dos telegramas que se habían recibido para ella. La muchacha los abrió y, después de leerlos, se los guardó en el pequeño bolsillo de su jersey, mientras Mrs. Curtis hacía todo lo posible para intentar enterarse de su contenido.

—Espero que no sean malas noticias —le dijo a la joven.

—¡Oh, no! —contestó Emily.

—Un telegrama siempre me trastorna.

—Tiene razón —asintió miss Trefusis—. Siempre perturba.

Por el momento, Emily no deseaba otra cosa que estar sola. Necesitaba clasificar y ordenar sus propias ideas. Por consiguiente, subió a su dormitorio y, tomando un lápiz y varias hojas de papel, se puso a trabajar siguiendo con un sistema personal. A los veinte minutos de este ejercicio, se vio interrumpida por Mr. Enderby.

—¡Hola, hola, hola! ¡Gracias a Dios que te encuentro! La prensa entera ha seguido tu pista durante toda la mañana, pero no han conseguido encontrarte en ninguna parte. De todos modos, han averiguado por mí que no querías que nadie te molestase. Como puedes ver, no pierdo ocasión de aumentar tu ya enorme fama.

Se dejó caer en la silla, mientras Emily se sentaba en la cama, dejando oír un cloqueo.

—Esos chicos tienen más envidia y picardía de lo que parece, ¿verdad? —dijo el periodista—. Los he estado apartando de

cualquier sitio donde pudieran pescar algo. Conozco bien el paño y sé lo que me hago. No conviene decir toda la verdad. Me he pasado la mañana pellizcándome para estar bien despierto. Hablando de otra cosa, ¿has visto qué niebla?

—No creo que me impida ir a Exeter esta tarde, ¿no crees? —contestó Emily.

—¿Quieres ir a Exeter?

—Sí, he de ver allí a Mr. Dacres. Es mi abogado, como ya debes saber, el que se ha encargado de preparar la defensa de Jim. Quiere verme. Y me parece que debo hacer una visita a Jennifer, la tía de Jim, aprovechando mi estancia allí. Después de todo, se llega a Exeter en media hora.

—Eso significa que te parece posible que ella pudiera haber hecho una escapada en tren, golpear en la nuca a su hermano y regresar sin que nadie notase su ausencia.

—Oh, ya sé que suena muy improbable, pero hay que considerar cualquier posibilidad. No es que pretenda acusar a tía Jennifer, nada de eso. Es más probable que el criminal sea Martin Dering. Odio a esos hombres que presumen de que van a ser buenos cuñados y se comportan en público de manera que no les puedes reprochar nada.

—¿Es de esa clase?

—¡Vaya si lo es! Es la persona ideal para convertirse en asesino, siempre recibiendo telegramas de los agentes de apuestas y perdiendo dinero con los caballos. Es una lástima que disponga de una *coartada* tan buena. Mr. Dacres me lo contó. ¡Una cena literaria y editorial es una cosa muy indiscutible y respetable!

—Una cena literaria… —comento Enderby—. Y eso era el viernes por la noche; y él se llama Martin Dering… Espera que piense un poco. Martin Dering… ¡Caramba, sí! Estoy casi seguro. Estoy muy seguro de que puedo confirmarlo telegrafiando a Carruthers.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Emily.

—Escucha. Ya sabes que yo llegué a Exhampton el viernes por la tarde. Bien, pues ese día tenía que conseguir una información de un compañero mío, otro periodista que se llama Carruthers. Tenía que venir a verme hacia las seis y media de la tarde si le daba tiempo, antes de ir a una cena literaria. Como es un hombre muy

persistente, dijo que si no me encontraba que me escribiría a Exhampton. Bueno, pues como no logró encontrarme, me envió una carta.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con nuestro asunto? —dijo la joven.

—No seas tan impaciente, ya estoy llegando al punto crucial. El buen tipo se enrolló bastante cuando me escribió, y después de darme un dato que le había pedido, se extendió en una sustanciosa descripción. Ya sabes: los discursos, las murmuraciones, los nombres de los asistentes, que vio allí a este famoso novelista y a este otro celebrado comediógrafo… Bien, contó que le habían colocado en un sitio pésimo en la mesa: a su derecha quedaba vacío un asiento destinado a Ruby McAmott, esa horrible novelista de bestsellers, y a su izquierda había otro hueco, donde debía haberse sentado Martin Dering, el especialista en temas sexuales; pero él se trasladó junto a un poeta muy conocido en Blackheart, donde intentó pasárselo lo mejor posible. Y ahora, ¿qué me dices?

—¡Charles! ¡Querido amigo! —exclamó la joven con el entusiasmo de su excitación—. ¡Esto es maravilloso! Entonces es evidente que nuestro nombre no estuvo en el banquete.

—Exactamente.

—¿Estás seguro de recordar ese nombre correctamente?

—Estoy seguro. Rompí la carta, ¡qué mala suerte!, pero siempre puedo telegrafiar a Carruthers para estar más seguro. Aunque me consta de un modo absoluto que no me equivoco.

—Como es natural, queda por comprobar lo del editor que estuvo con él —indicó Emily—. Me refiero al que pasó la tarde con Dering. Sin embargo, me parece recordar que ese editor estaba a punto de embarcarse para regresar a América y, si eso es cierto, parece muy sospechoso. Quiero decir que parece como si Mr. Dering hubiese escogido a alguien que no pudiera ser interrogado sin tomarse muchas molestias.

—¿Crees, en realidad, que con estos datos ya lo tenemos? —preguntó Charles Enderby.

—Por lo menos, así lo parece. Creo que lo mejor que se puede hacer es ir directamente a ver al simpático Narracott y contarle, sin omitir detalles, los nuevos hechos. Comprenderás que no podemos ponernos en contacto con un editor americano que a estas horas

estará en el *Mauritania* o en el *Berengaria* o sabe Dios dónde. Eso es un trabajo para la policía.

—¡Vaya un éxito si resulta ser verdad! ¡Qué noticia! ¡Y sería el único en publicarla! —exclamó el joven periodista—. Si fuera así, me imagino que el *Daily Wire* no me podrá ofrecer menos de…

Emily interrumpió cruelmente aquellos sueños de fantásticos adelantos.

—No conviene que perdamos la cabeza —dijo ella— y tiremos ya cohetes al aire. Tengo que ir a Exeter. No creo que pueda estar aquí de regreso hasta mañana; pero tengo un trabajo para ti.

—¿Qué clase de trabajo?

La muchacha describió su reciente visita a las Willett y la extraña frase que había podido oír poco antes de dejar aquella casa.

—Hemos de enterarnos como sea de qué es lo que va a pasar esta noche. Hay algo en la atmósfera.

—¡Eso es algo extraordinario!

—¿Verdad que sí? Pero como es natural, puede ser una simple coincidencia. Lo sea o no, observa que quitan de en medio a las criadas. Algo raro va a pasar esta noche y tú debes estar presente y alerta para ver de qué se trata.

—¿Quieres decir que me he de pasar la noche tiritando debajo de una mata del jardín?

—Bien, supongo que no te importa, ¿no es así? Los periodistas hacéis cualquier cosa por una buena causa.

—¿Quién te ha contado eso?

—No viene al caso quien me lo dijo. Sé que es así y basta. Lo harás, ¿verdad?

—Oh, claro —contestó Charles—. No voy a perderme detalle. Si esta noche ocurre algo raro en la mansión de Sittaford, yo me enteraré.

Emily le contó entonces lo de la etiqueta del baúl.

—¡Qué curioso! —contestó Enderby—. Australia es precisamente el lugar donde vive el tercero de los Pearson, ¿no es cierto? El más joven de los tres hermanos. No es que eso signifique nada, pero podría existir alguna relación entre ambos hechos.

—¡Hum! —murmuró Emily—. Creo que eso es todo. ¿Tienes tú algo nuevo que contarme?

—¡Ya lo creo! Se me ocurrió una idea.

—¿Sí?

—El único inconveniente es que no sé si te gustará.

—¿Qué quiere decir eso de «si me gustará»?

—Quiere decir que me gustaría que no te enfadases.

—Espero que no. Me explicaré: estoy dispuesta a escuchar tranquila y atentamente cualquier cosa.

—Bueno, pues el caso es… —empezó el joven Charles mirándola con aire dubitativo—… no pienses que quiero ofenderte con mis palabras ni de ningún otro modo, pero ¿estás segura de que tu muchacho te ha contado toda la verdad?

—¿Quieres decir —replicó Emily— que él cometió el asesinato? Pues no me importa que pienses esto si te gusta más. Ya te dije, cuando empezamos, que esa posibilidad era la solución más natural, pero que debíamos trabajar sobre la base de que él no fue el asesino.

—No me has entendido —dijo Enderby—. Estoy de acuerdo contigo en que no se cargó al viejo. Lo que yo quiero saber es hasta que punto la historia que cuenta es lo que sucedió. Él dijo que se trasladó allí, que tuvo una conversación con el viejo, y que cuando se separó de él lo dejó vivo y sano.

—Así es.

—Bien, pues a mí se me ha ocurrido lo siguiente: ¿no crees posible que llegara allí y lo encontrase ya muerto? En ese caso, bien puede ser que huyera aterrorizado por lo ocurrido y no quiera explicar la verdad.

Charles había expuesto esta teoría con cierto humor, pero se tranquilizó al ver que Emily no se mostraba enojada con él. En lugar de eso, la muchacha frunció el entrecejo y se quedó muy pensativa.

—No puedo negarlo —dijo ella—. Tu teoría es muy posible; no se me había ocurrido a mí antes. Ya sé que Jim no sería capaz de asesinar a nadie, pero bien pudo ser que se aturdiera e inventase esta estúpida mentira; y después de decirla, naturalmente, tuvo que sostenerla. Sí, es muy posible.

—Lo malo, en ese caso, es que tú no puedes ir a verlo y pedirle que te lo cuente ahora, porque me parece que esa gente no le dejaría hablar contigo a solas, ¿verdad?

—Pero puedo enviar a Mr. Dacres bien aleccionado —replicó

Emily—. Supongo que se entrevistará con su abogado a solas. Lo peor de Jim es que es terriblemente obstinado y, cuando dice una cosa, la mantiene contra viento y marea.

—Bueno, pues ésa es mi teoría y yo también la mantendré contra viento y marea —dijo Enderby sonriendo.

—Sí. Y te agradezco que me hayas expuesto esa posibilidad, Charles. A mí no se me había ocurrido. Hasta ahora hemos estado buscando a alguien que hubiera entrado en la casa del crimen *después* de irse Jim, pero ¿y si fuera *antes*…?

La joven se quedó callada, ensimismada en sus pensamientos. Dos teorías muy diferentes apuntaban en direcciones opuestas. Estaba la sugerida por Mr. Rycroft, en la que la pelea entre Jim y su tío era el punto crucial. Sin embargo, en la segunda teoría no se tenía en cuenta la presencia de Jim. Lo primero que debía hacer, pensó Emily, era visitar al doctor que examinó el cadáver. Si fuera posible que el capitán Trevelyan hubiese sido asesinado, pongamos por caso a las cuatro, se establecería una considerable variación en cuestión de coartadas. Y en segundo lugar, conseguir que Mr. Dacres convenciera firmemente a Jim de la absoluta necesidad de que declarase la verdad en este punto.

La muchacha se levantó de la cama en que estaba sentada.

—Muy bien —dijo—, sería conveniente que te enterases de cómo puedo ir a Exhampton. Ese hombre de la herrería tiene un automóvil, según creo. ¿Quieres hacer el favor de ir a verle y convenirlo con él? Me gustaría salir inmediatamente después del almuerzo. A las tres y diez sale un tren para Exeter. Tendré tiempo de visitar al doctor antes de ir a la estación. ¿Qué hora es?

—Las doce y media —contestó Charles consultando su reloj.

—Entonces, vayamos los dos juntos y concretemos lo del coche —dijo la joven—. Además, hay otra cosa que quiero hacer antes de dejar Sittaford.

—¿De qué se trata?

—Tengo que visitar a Mr. Duke. Es la única persona de Sittaford a quien aún no he visto y era uno de los que se sentaron alrededor del velador en la sesión de espiritismo.

—De acuerdo. Pasaremos por delante de su chalé camino de la herrería.

El chalé de Mr. Duke era la última del grupo. Emily y Charles

descorrieron el pasador del portillo y recorrieron el sendero. Entonces ocurrió algo sorprendente: se abrió la puerta de la casa y por ella salió un hombre que no era otro que el inspector Narracott.

Él también pareció sorprendido por el encuentro e incluso algo azorado, o eso le pareció a Emily.

La muchacha abandonó su primera intención.

—Me complace mucho encontrarle, inspector —le dijo al policía —. Hay una o dos cosas de las que quería hablarle, si me lo permite.

—Encantado, miss Trefusis —replicó Narracott al tiempo que sacaba del bolsillo su reloj—. Lamento decirle que tendrá que ser muy breve porque me está esperando un automóvil. He de regresar a Exhampton inmediatamente.

—¡Qué suerte más extraordinaria la mía! —exclamó Emily—. ¿Quiere hacerme un gran favor, inspector?

El inspector contestó con voz cavernosa y forzada que se alegraría de serle útil.

—Podrías ir a casa y traerme mi maleta, Charles —se apresuró a ordenar la joven—. Ya está llena y preparada.

El periodista partió inmediatamente.

—Es una gran sorpresa para mí encontrarla aquí, miss Trefusis —dijo el inspector Narracott.

—Yo le dije *au revoir* —le advirtió Emily.

—No me di cuenta en aquella ocasión.

—Pues aún tendrá que verme mucho más —replico la muchacha ingenuamente—. Ya sabe, inspector, que ha cometido un gran error. Jim no es el hombre que buscan.

—¿En serio?

—Y aún hay algo más, creo que está usted de acuerdo conmigo en el fondo.

—¿Qué es lo que le hace pensar de ese modo, miss Trefusis?

—¿Qué hacía en el chalé de Mr. Duke? —preguntó a su vez la atrevida joven, en lugar de contestar al inspector.

Narracott se mostró apurado por la contestación que debía dar a aquella pregunta, pero ella se apresuró a añadir:

—Usted duda, inspector; eso es lo que le pasa, que está perplejo. Pensó que había encontrado al hombre que buscaba y, como sus dudas van en aumento y ahora ya no está tan seguro de su acierto, no me extraña que se dedique a continuar sus investigaciones. Muy

bien, pues yo voy a decirle una cosa de la que me he enterado y que puede ayudarle en su trabajo. Se la diré a usted camino de Exhampton.

Se oyeron unos pasos en el camino y apareció Ronnie Gardfield. Tenía el aspecto del muchacho que acaba de hacer una travesura, con su aire de culpabilidad y su respiración entrecortada.

—Quería pedirle un favor, miss Trefusis —empezó a decir—, ¿qué le parece si nos fuésemos de paseo esta tarde? Mientras mi tía duerme la siesta, nosotros podríamos…

—Imposible —replicó Emily—. Me marcho ahora mismo. Voy a Exeter.

—¿Cómo? ¡No es posible! ¿Y para no volver?

—¡Oh, no! —contestó la muchacha—. Mañana me tendrá aquí otra vez.

—¡Ah, eso es estupendo!

Emily sacó algo del bolsillo de su jersey y se lo entregó al atontado joven, diciéndole:

—Dele esto a su tía, ¿me hará el favor? Es una receta para hacer pastel de café. Dígale que llegamos a tiempo porque la cocinera se marcha hoy, al igual que las demás sirvientas. No se olvide de darle este recado porque a ella le interesará.

Un lejano alarido se oyó a través de la niebla.

—¡Ronnie, Ronnie, Ronnie…! —gritaba aquella voz.

—Es mi tía —explicó Ronnie poniéndose nervioso—. Es mejor que vaya.

—Eso mismo pienso yo —afirmó Emily—. Escuche, se ha manchado de pintura verde el carrillo izquierdo —le gritó cuando el joven se alejaba. Ronnie Gardfield desapareció por el portillo de la casa de su tía.

—Aquí viene nuestro joven amigo con mi maleta —dijo Emily—. Vámonos ya, inspector. Se lo contaré todo en el coche.

Capítulo XX

Una visita a tía Jennifer

A las dos y media, el doctor Warren recibió la visita de Emily. Al doctor le gustó inmediatamente aquella atractiva y eficiente muchacha. Sus preguntas eran concretas y terminantes.

—Sí, miss Trefusis, comprendo exactamente lo que quiere decir. Ya comprenderá que, en contra de la creencia popular en muchas novelas, resulta extraordinariamente difícil fijar con exactitud la hora de la muerte de una persona. Yo vi el cadáver a las ocho de la noche, y puedo afirmar rotundamente que el capitán Trevelyan había sido asesinado, por lo menos, dos horas antes. Pero sería muy difícil precisar cuánto pasaba de las dos horas. Si me dijese que le habían matado a las cuatro, yo le replicaría que sería posible, aunque mi opinión particular se incline más bien a fijar una hora posterior. Por otra parte, lo más seguro es que no hubieran transcurrido mucho más de dos horas desde el momento de su muerte. Cuatro horas y media me parece que es el tiempo máximo que se puede fijar.

—Muchas gracias, señor —dijo la joven—. Eso es todo lo que quería saber.

Tomó el tren de las tres y diez en la estación de Exhampton y, al llegar a Exeter, se encaminó directamente al hotel en el que se alojaba Mr. Dacres.

La entrevista entre ambos fue muy fría y carente de emoción. Mr. Dacres conocía a Emily desde que era una niña y había llevado sus asuntos desde que se hizo mayor.

—Emily —dijo el abogado—, debe prepararse para un buen

golpe: las cosas para Jim Pearson están mucho peor de lo que podíamos imaginar.

—¿Peor?

—Sí, no sirve de nada andarse por las ramas. Están saliendo a relucir ciertos hechos que contribuyen a presentarle de un modo de lo más desfavorable. Esos hechos son los que impulsan a la policía a achacarle el crimen. Yo no serviría como debo sus intereses si tratase de ocultarle estas cosas.

—Le agradeceré que me lo cuente —rogó Emily.

La voz de la joven era tranquila y calmada. Cualquiera que fuese la emoción interna que hubiera sentido, trataba de no mostrar externamente sus sentimientos. No serían los sentimentalismos los que ayudarían a Jim Pearson, sino el talento. Ella debía guardarse sus emociones personales en lo más recóndito del alma.

—No hay duda —replicó el abogado— de que ese joven se encontraba ante una urgentísima necesidad de dinero. No voy a entrar en el aspecto moral de su situación. Aparentemente, Pearson ya había tomado dinero prestado… para utilizar este eufemismo… de esta firma, digamos que sin conocimiento de sus superiores. El muchacho es demasiado aficionado a especular en la Bolsa y ya en una ocasión anterior, sabiendo que ciertos dividendos le serían abonados en su cuenta antes de que transcurriera una semana, los empleó anticipadamente, usando el dinero de la firma para adquirir ciertas acciones que, por noticias que tenía, estaban a punto de subir. La especulación resultó por completo satisfactoria en aquella ocasión, el dinero distraído fue repuesto y al joven Pearson parece que no dudó de la perfecta honradez de su operación.

»Por lo visto repitió esta operación hace justamente una semana, pero esta vez le ocurrió una cosa imprevista: los libros de la casa donde trabajaba son inspeccionados en ciertas fechas fijadas de antemano, pero, por alguna razón imprevista, una de las revisiones se anticipó y Jim se encontró frente a un desagradable dilema. No desconocía las consecuencias que se derivarían de su acción, y no veía la manera de conseguir la suma de dinero necesario para arreglar la situación de la caja. Admite que hizo varios intentos en diferentes lugares y que todos le fallaron. De modo que, como último recurso, se precipitó a viajar a Devonshire para exponerle el asunto a su tío y persuadirle de que le ayudase, cosa que el capitán

Trevelyan rehusó hacer.

«Ahora, mi querida Emily, nos encontramos con que no podremos impedir de ningún modo que estos hechos se hagan públicos. La policía ha desenterrado ya el asunto. ¿Se da cuenta de que eso constituye un verdadero motivo para a cometer el crimen? En el momento en que el capitán Trevelyan estuviera muerto, Pearson podría obtener la cantidad necesaria para solucionar su problema, anticipada por Mr. Kirkwood, salvándose así de un desastre y de un posible proceso criminal.

—¡Oh, qué idiota! —exclamó Emily desalentada.

—Sí que lo es —replicó secamente Mr. Dacres—. Mi opinión es que nuestra única posibilidad consistiría en probar que Jim Pearson no sabía nada acerca de las disposiciones testamentarias de su tío.

Se produjo una larga pausa durante la cual la joven consideró sobre aquella idea. Finalmente, dijo con tranquilidad:

—Me temo que eso es imposible. Los tres hermanos estaban enterados del testamento, tanto Sylvia como Jim y Brian. Con frecuencia lo comentaban y bromeaban sobre el tío ricachón que vivía en Devonshire.

—Oh, vaya —comentó Mr. Dacres—, eso es muy desafortunado.

—Usted no creerá que es culpable, ¿verdad, Mr. Dacres? —preguntó Emily.

—Curiosamente no —contestó el abogado—. En algunos aspectos, Jim Pearson es el joven más transparente que he conocido. No posee, si me permite que se lo diga, Emily, un elevado nivel de honestidad profesional, pero no creo ni por un momento que con su mano golpeara a su tío.

—Bien, eso es una buena señal —dijo la muchacha—. Quisiera que la policía pensase lo mismo.

—Estamos de acuerdo, pero nuestras impresiones e ideas personales no sirven para nada práctico. La acusación en su contra es desgraciadamente importante. No tengo por qué ocultar, querida, que el aspecto del asunto es francamente malo. Le recomendaría a Lorimer como defensor; le llaman «el abogado de los desesperados» —añadió sonriente.

—Hay una cosa que me gustaría saber —dijo Emily—: usted debe de haber visto, como es natural, a Jim, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Necesito que me diga honradamente si usted cree que él ha dicho la verdad en otros detalles —y la muchacha le explicó la idea que Enderby le había sugerido.

El abogado estudió, la cuestión con todo cuidado antes de dar su opinión.

—A mí me da la impresión —dijo Mr. Dacres— de que cuenta la verdad cuando describe la entrevista que tuvo con su tío. Sin embargo, no cabe la menor duda de que el crimen lo perturbó en gran manera, y si dio una vuelta hasta encontrar la ventana, entró por allí y encontró allí el cadáver de su tío… es muy posible que se asustara demasiado para confesar el hecho y hubiera urdido esta otra historia.

—Eso es lo que yo pensé —dijo Emily—. La próxima vez que lo vea, Mr. Dacres, ¿querrá usted presionarle para que le cuente la verdad? Podría representar una tremenda diferencia.

—Lo haré tal como desea. De todos modos —dijo el abogado tras una pausa— pienso que su idea es equivocada. La noticia de la muerte del capitán Trevelyan se extendió por Exhampton hacia las ocho y media de la noche. A esa hora ya había partido el último tren para Exeter, pero Jim Pearson salió en el primero que salía por la mañana. Por cierto, que era lo peor que podía haber hecho, pues así llamó la atención acerca de sus pasos, los cuales, de otro modo, no hubiesen sido advertidos de haberse marchado en un tren que partiera a una hora menos intempestiva. Ahora, si como supone, hubiese descubierto el cadáver de su tío poco después de las cuatro y media, yo creo que se hubiera marchado de Exhampton inmediatamente. Hay un tren que sale algunos minutos después de las seis y otro a las ocho menos cuarto.

—Ahí lo tiene —admitió la joven—. No había pensado en eso.

—Yo le he hecho mil preguntas acerca de cómo entró en casa de su tío —siguió diciendo Mr. Dacres—. Él me ha explicado que el capitán Trevelyan le hizo quitarse las botas y dejarlas junto a la puerta, lo cual explica que no se encontrasen señales húmedas en el vestíbulo.

—¿Y no le dijo nada de que hubiese oído algún ruido… nada de nada… algo que le demostrara que podía haber alguien más en la casa?

—No mencionó nada por el estilo, pero se lo preguntaré.

—Muchas gracias. Si yo le escribo una carta, ¿podría usted llevársela?

—Tenga en cuenta que será leída, como es natural.

—¡Oh, será muy discreta!

La muchacha se dirigió al escritorio y trazó unas breves líneas:

«Queridísimo Jim:
Todo va perfectamente, de modo que alégrate. Estoy trabajando como una negra para aclarar la verdad de lo ocurrido. Vaya idiota que estás hecho.
Te quiere,

Emily»

—Ya está —dijo la joven.

Mr. Dacres la leyó, pero no hizo ningún comentario.

—Me he esmerado todo lo posible —explicó Emily— para que las autoridades de la prisión puedan leerla con toda facilidad. Y ahora tengo que marcharme.

—¿Me permitirá que le ofrezca una taza de té?

—No, muchas gracias, Mr. Dacres. No puedo perder tiempo. Tengo que ir a ver a tía Jennifer, la tía de Jim.

En Los Laureles, informaron a la joven de que Mrs. Gardner había salido, pero que no tardaría en regresar.

Emily dedicó una afectuosa sonrisa a la doncella.

—Entonces entraré y la esperaré.

—¿Quiere ver a la enfermera Davis?

La decidida joven estaba siempre dispuesta a hablar con todo el mundo.

—Sí, por favor —contestó.

Pocos minutos después, la enfermera Davis, muy tiesa y llena de curiosidad, se presentó ante ella.

—¿Cómo está usted? —dijo la visitante—. Yo soy Emily Trefusis, casi sobrina de Mrs. Gardner. Es decir, voy a ser sobrina suya, pero mi novio, Jim Pearson, ha sido detenido, como ya debe saber.

—¡Oh, qué desagradable! —exclamó la enfermera Davis—. Ya nos hemos enterado de todo por los periódicos de esta mañana. ¡Qué terrible asunto! Parece que usted lo soporta de un modo

admirable, miss Trefusis, realmente maravilloso.

En la voz de aquella mujer se notaba una ligera nota de desaprobación. En su opinión, las enfermeras de los hospitales podían aguantar bien cualquier adversidad gracias a su gran fortaleza de carácter, pero los demás mortales tenían que desmoralizarse.

—Bien, hay que saber superar los malos tiempos —dijo Emily—. Espero que no se sentirá molesta por ello… quiero decir, que debe de ser embarazoso estar relacionada con una familia en la que se ha cometido un asesinato.

—Es muy desagradable, naturalmente —replicó la enfermera Davis, mostrándose más afable ante aquella prueba de consideración—, pero los deberes que tengo con mi paciente están antes que cualquier cosa.

—Magnífico —comentó miss Trefusis—. Debe de ser una gran tranquilidad para tía Jennifer saber que tiene alguien en quien poder confiar.

—¡Oh, así es! —exclamó la enfermera que añadió con un susurro —: Es usted muy amable. Aunque como es natural, a mí me han ocurrido casos muy curiosos antes de éste. Por ejemplo, en el último caso que atendí…

Emily tuvo que escuchar pacientemente una larga y escandalosa historia en la que figuraban un complicado divorcio y numerosas discusiones acerca de una paternidad dudosa. Después de elogiar a la enfermera Davis por su buen tacto, discreción y *savoir faire*, miss Trefusis orientó la conversación hacia los Gardner.

—No conozco al marido de tía Jennifer —dijo—. Nunca lo he visto. Se ve que jamás sale de casa ¿no es así?

—¡No, pobre hombre!

—¿Qué le pasa exactamente?

La enfermera Davis emprendió la explicación del tema con una satisfacción profesional.

—Por lo que dice, en realidad, este hombre puede restablecerse en el momento menos pensado —murmuró Emily pensativa.

—Pero se encontraría muy débil —replicó la enfermera.

—Oh, por supuesto. Pero su caso tiene esperanzas, ¿verdad?

La enfermera meneó la cabeza, con un desaliento muy profesional.

—No creo que este caso tenga curación posible.

Emily había anotado en su pequeño cuaderno de notas la cronología de lo que ella llamaba *la coartada de tía Jennifer*. Luego murmuró intencionadamente:

—¡Qué extraño resulta pensar que tía Jennifer se estaba divirtiendo en el cine mientras asesinaban a su hermano!

—Es muy triste, ¿verdad? —comentó la enfermera Davis—. Naturalmente, ella no lo dice, pero eso debe de haber representado para ella un buen golpe.

Emily empleó su mejor diplomacia para enterarse de lo que quería saber sin hacer preguntas directas.

—¿Y no sintió ninguna sensación extraña o presentimiento de lo que ocurría? —le preguntó a la enfermera—. ¿No fue usted la que se la encontró en el vestíbulo cuando regresaba, y que no pudo por menos de decir que tenía un aspecto extraño en su semblante?

—¡Oh, no! No fui yo. No la vi hasta que nos sentamos juntas a la mesa para cenar y entonces no observé en ella nada extraño. ¡Qué interesante es eso que usted dice!

—Supongo que lo estoy mezclando con alguna otra cosa —dijo Emily.

—Tal vez se trate de una de sus amigas —indicó miss Davis—. Yo regresé a casa un poco tarde. Hasta cierto punto, es culpa mía haber abandonado a mi paciente durante tanto rato, pero él mismo insistió mucho para que saliese.

Mientras decía esto, lanzó una mirada hacia un reloj.

—¡Oh, querida! Ahora recuerdo que me pidió una botella de agua caliente cuando venía hacia aquí. No tengo más remedio que ocuparme de eso. ¿Me dispensa, miss Trefusis?

Emily la disculpó, se acercó a la chimenea y tocó el timbre.

La doncella acudió en seguida, mostrándose un tanto alarmada.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó Emily.

—Beatrice, señorita.

—Pues bien, Beatrice, me parece que no podré esperar hasta que llegue mi tía, mejor dicho, Mrs. Gardner. Quería preguntarle acerca de algunas tiendas en las que ella estuvo el viernes. ¿Sabe si regresó a casa con un gran paquete?

—No, señorita, no la vi entrar.

—Tengo entendido que regresó hacia las seis de la tarde.

—Sí, señorita, así debió ser. Yo no me di cuenta de cuándo entraba, pero hacia las siete de la tarde fui a su dormitorio a dejar allí una botella de agua caliente, y me llevé un gran susto al encontrarla en la oscuridad, echada en la cama. «¡Caramba, señora! —le dije—. ¡Qué susto me ha dado!» Y ella me contestó: «Pues ya hace mucho rato que estoy en casa. Llegué a las seis». No vi por ninguna parte ese gran paquete del que me habla —explicó Beatrice, haciendo todo lo posible por corresponder a la pregunta de la visitante.

«Es más difícil de lo que parece —pensó Emily—. Cuántas cosas tiene una que inventar; pero he ideado el cuento del presentimiento y luego lo del gran paquete, pero ahora hay que inventar alguna otra cosa si no quiero inspirar sospechas». Sonrió dulcemente y dijo:

—Muy bien, Beatrice, no tiene importancia.

La doncella se retiró de la habitación y dejó sola a Emily. Ésta sacó de su bolso una pequeña guía local de ferrocarriles y la consultó:

«Salida de Exeter, de la estación de Saint David, a las tres y diez», murmuró para sí misma. «¡Llegada a Exhampton a las tres cuarenta y dos! Tuvo tiempo de ir a casa de su hermano y asesinarlo, pero… ¡qué bestial y cuánta sangre fría haría falta!, y además suena tan absurdo… bueno, digamos media hora o cuarenta y cinco minutos. ¿En qué tren pudo regresar? Hay uno a las cuatro y veinticinco, y luego a las seis y diez sale el que mencionó Mr. Dacres, que llega aquí a las siete menos veintitrés. Sí, en realidad, resulta posible. Es una lástima que no se pueda sospechar de la enfermera, porque esta mujer estuvo fuera de casa toda la tarde y nadie sabe adónde fue. Pero no se comete un asesinato sin ningún motivo. Por supuesto que yo no creo en realidad que fuera uno de los habitantes de esta casa el que asesinara al capitán Trevelyan, aunque hasta cierto punto sea consolador saber que pudieron hacerlo. ¡Hola…! Parece que abren la puerta de entrada».

Se oyó un murmullo de voces en el vestíbulo, tras el cual se abrió la puerta de la sala y entró Jennifer Gardner.

—Soy Emily Trefusis —dijo la joven—. Ya sabe, la prometida de Jim Pearson.

—De modo que usted es Emily —exclamó Mrs. Gardner dándole la mano—. ¡Esto sí que es una sorpresa!

De repente, la joven se sintió muy débil e insignificante; algo así como lo que sentiría una niñita en el momento de hacer alguna travesura. Tía Jennifer era una persona extraordinaria. Todo un personaje con el que, si no estuviera concentrado en una sola persona, habría bastante para dotar a dos o tres.

—¿Ha tomado ya el té, querida? ¿Todavía no? Entonces lo tomaremos aquí. Espere un momento, primero tengo que subir a ver cómo está Robert.

Una extraña expresión se reflejó por un instante en su rostro al mencionar el nombre de su marido. Aquella voz agradable y potente se dulcificó. Fue como si un faro iluminase en plena noche las oscuras olas del mar.

«Lo adora —pensó Emily, que se había quedado sola en la habitación—. Sin embargo, me parece notar algo extraño y amedrentador en tía Jennifer. Me gustaría saber si a tío Robert le gusta verse tan adorado como al parecer lo es».

Cuando Jennifer Gardner regresó, ya se había quitado el sombrero. Emily admiró la abundante y sedosa cabellera de la dama, peinada hacia atrás.

—¿Quiere que hablemos de lo sucedido, Emily, o prefiere otro tema? Si no quiere hablar de ello, lo comprenderé perfectamente.

—No es muy agradable ese asunto, ¿no le parece?

—Sólo nos queda esperar —replicó Mrs. Gardner— que encuentren pronto al verdadero asesino. ¿Quiere hacer el favor de tocar el timbre, Emily? Pediré que le suban el té a la enfermera. No quiero que nos moleste aquí abajo con su charla. Como odio a esas enfermeras.

—¿Es buena?

—Supongo que sí. Robert dice que lo es en todos los aspectos. La aborrezco con toda mi alma y siempre lo haré; pero Robert afirma que, desde cualquier punto de vista, es la mejor enfermera que hemos tenido.

—Por lo menos tiene muy buen aspecto —dijo Emily.

—Tonterías. ¿Se ha fijado en sus feas y carnosas manos?

La joven observó los largos y blancos dedos de su tía, que en aquel momento manipulaban la jarrita de la leche y las pinzas del azúcar.

Beatrice se presentó, recogió de la mesita una taza de té y un

plato y volvió a salir.

—A Robert le ha trastornado mucho todo esto —dijo Mrs. Gardner—. A veces, se excita y cae en estados muy extraños. Supongo que en realidad es parte de su enfermedad.

—Su marido no conocía muy bien al capitán Trevelyan, ¿verdad, señora?

Jennifer Gardner meneó la cabeza.

—Ni le conocía ni se preocupó nunca por él. Si he de ser sincera, yo tampoco puedo pretender que me haya causado mucha pena su muerte. Mi querida Emily, era un hombre cruel y avaro. Le constaba el problema que teníamos: la pobreza. Sabía que si nos prestaba alguna cantidad de dinero en el momento oportuno, Robert podría someterse a un tratamiento especial que hubiera representado una gran diferencia. En fin, lo que le ha pasado lo tenía merecido.

La dama hablaba con voz profunda, que demostraba su odio reconcentrado.

«¡Que mujer tan extraña! —pensó Emily—. Hermosa y terrible, como la heroína de una tragedia griega».

—Puede que aún no sea demasiado tarde —continuó Mrs. Gardner—. He escrito hoy mismo a los abogados de Exhampton preguntándoles si pueden adelantarme alguna suma de dinero. El tratamiento del que hablo es, en algunos aspectos, lo que podríamos llamar un recurso de curandero, pero ha dado buen resultado en un gran número de casos. ¡Oh, Emily, qué maravilloso sería que Robert pudiese volver a andar!

Su rostro resplandecía iluminado como por una lámpara.

Emily estaba fatigada. El día había sido largo y pesado para ella, no había comido casi nada y se sentía agotada a fuerza de reprimir sus emociones. Le pareció que la habitación se alejaba y volvía a acercarse.

—¿No se encuentra bien, querida?

—Me encuentro perfectamente —balbució Emily. Y con gran sorpresa suya se le saltaron las lágrimas, cosa que le produjo rabia y humillación.

Mrs. Gardner no intentó animarla ni consolarla, cosa que Emily agradeció mucho. Se limitó a permanecer en silencio hasta que las lágrimas de Emily cesaron. Entonces, murmuró con voz

comprensiva:

—¡Pobre niña! Es muy desagradable que Jim Pearson haya sido detenido, muy desagradable. Me gustaría que se pudiera hacer algo para arreglar ese asunto.

Capítulo XXI

Conversaciones

Abandonado a su propia iniciativa, Charles Enderby no cejó en sus esfuerzos. Para familiarizarse por sí mismo con la clase de vida que se hacía en Sittaford, no tenía más que poner en marcha a Mrs. Curtis del mismo modo que se abre un grifo de agua corriente.

Escuchando, no sin un ligero aturdimiento, aquel chorro de anécdotas, reminiscencias, rumores, suposiciones y detalles minuciosos, se esforzaba con valentía en separar el grano de la paja. Mencionó otro nombre e inmediatamente otro chorro de agua brotó en aquella dirección. Así se enteró de todo lo referente al capitán Wyatt: su temperamento tropical, su típica rudeza, sus disputas con los vecinos y la asombrosa gracia con que en algunas ocasiones trataba a las muchachas bonitas. La vida que llevaba su criado indio, las extrañas horas en que tomaba sus comidas y la dieta exacta que las componían. Oyó describir la biblioteca de Mr. Rycroft, los tónicos que se aplicaba al cabello, su exigente insistencia en cuestiones de limpieza y puntualidad, la extraordinaria curiosidad sobre lo que pudiesen hacer los demás, su reciente venta de unos pocos y antiguos objetos personales a los que tenia en gran aprecio, su inexplicable afición a los pájaros y la obstinada idea de que Mrs. Willett quería conquistarlo. Tampoco quedó detalle que contar acerca de miss Percehouse, de su incansable lengua, del modo como hacía bailar a su sobrino y de los rumores que corrían acerca de la vida alegre que éste llevaba en Londres. Enderby volvió a escuchar la descripción completa de la amistad del comandante Burnaby con el capitán Trevelyan, sus

añoranzas del pasado y su gran afición por el ajedrez. Oyó todo lo que se sabía acerca de las Willett, incluyendo la creencia de que miss Violet se había fijado en Ronnie Gardfield, pero que no sentía el menor cariño por él. Conoció el rumor de que dicha joven hacía misteriosas excursiones por el páramo y que había sido vista paseando por allí con un joven. Indudablemente, era ésta la razón, a juicio de Mrs. Curtis, de que aquellas mujeres hubiesen venido a vivir a tan desolado rincón. La madre se había tomado en serio lo de que a su hija le gustaba mucho aquello. Pero ya se sabía lo que pasaba: las muchachas son mucho más ladinas de lo que pueden pensar sus madres. En cuanto a Mr. Duke, resultaba curioso lo poco que se sabía de él. Estaba allí desde hacía poco tiempo y sus actividades parecían dedicadas tan sólo a la horticultura.

Eran las tres y media y, con la cabeza hecha un bombo a causa de la conversación con Mrs. Curtis, el joven Enderby salió para dar un paseo. Tenía la intención de cultivar la amistad con el sobrino de miss Percehouse. Un prudente reconocimiento alrededor del chalé de la anciana señorita, no dio resultado alguno. Pero, por una racha de buena suerte, topó de bruces con el joven a quien buscaba, quien en aquel preciso instante salía desconsolado por la puerta de la mansión de Sittaford. A juzgar por su aspecto, acababan de enviarle a paseo con una seria amonestación.

—Hola —le dijo Charles—, ¿no es ésta la propiedad del capitán Trevelyan?

—Sí que lo es —contesto Ronnie.

—Tenía la esperanza de poder sacar una fotografía de ella esta misma mañana. Es para mi periódico, como se puede figurar —añadió—. Pero este tiempo es desesperante para un fotógrafo.

Ronnie aceptó esa explicación con la mejor buena fe sin pensar que, si la fotografía fuese sólo posible en días de sol brillante, las ilustraciones que aparecen en los periódicos serían muy escasas.

—Debe de ser un trabajo muy interesante el de ustedes —comentó el joven Gardfield.

—Es una vida de perros —replicó Charles, fiel al clásico sistema de no entusiasmarse nunca con el trabajo que a uno le ha tocado en suerte. Después, miró por encima del hombro, hacia la mansión de Sittaford—. Parece una casa un poco sombría.

—Pues no parece la misma desde que las Willett viven en ella —

dijo Ronnie—. Estuve en este pueblo el año pasado, aproximadamente por esta época, y puedo asegurarle que con dificultad reconocería usted la casa si la hubiera visto entonces; sin embargo, no sé qué pueden haberle hecho. Tal vez han cambiado los muebles de sitio, supongo yo, o le han puesto almohadones y cosas bonitas por todas partes. Ha sido como una bendición del cielo para mí que se hayan instalado aquí, se lo aseguro.

—Supongo que este rincón de la tierra no puede ser un lugar muy alegre que digamos —comentó Charles.

—¿Alegre, dice usted? Si yo tuviese que vivir aquí dos semanas seguidas, me moriría de asco. Lo que más me llama la atención es cómo se las arregla mi tía para aguantar esta vida como lo hace. Usted no ha visto todavía a sus gatos, ¿verdad? Esta mañana tuve que peinar a uno de ellos, y fíjese cómo me arañó el muy bruto. —Se arremangó un brazo y se lo mostró al periodista.

—Tiene usted mala suerte con ellos —dijo este último.

—Seguramente es eso. Dígame, ¿está haciendo alguna investigación por aquí? Si es así, ¿puedo ayudarle? En el caso de que usted sea Sherlock Holmes, yo podría ser su doctor Watson o algo por el estilo.

—¿Puede haber alguna pista en la mansión de Sittaford? —preguntó Charles sin darle importancia—. Quiero decir que el capitán Trevelyan dejaría dentro alguna de sus cosas.

—No lo creo. Mi tía me contó que antes de dejar la casa, sacó y trasladó a Exhampton todos sus cachivaches. Se llevó consigo sus colmillos de elefante, sus dientes de hipopótamo y todos sus rifles y sabe Dios qué.

—Como si hubiera previsto que no iba a volver —comentó Enderby.

—¡Caramba, ésa es una idea! Dígame, ¿cree que se trata de un suicidio?

—Un hombre capaz de golpearse a sí mismo en la nuca con un saco de arena sería un verdadero artista del suicidio —indicó Charles.

—Es verdad, ya pensé que eso no encajaba. Sin embargo, se diría que hubiera tenido un presentimiento —el rostro de Ronnie reflejó su satisfacción general—. Veamos, ¿qué me dice a esto? Suponga que él tuviera enemigos tras él, se entera de que estaban a

punto de descubrirlo y entonces se larga a otro sitio y traspasa su covachuela, sea como fuere, a las Willett.

—¡Ya salieron las Willett! Esas mujeres son algo así como un milagro por ellas mismas —dijo el joven periodista.

—Sí, ahí hay algo que no logro descifrar. Es muy raro ese capricho de venirse a vivir a un país como éste. A Violet parece que no le importa, incluso dice que le gusta mucho. No sé qué demonios le pasa hoy a esta muchacha; supongo que será el problema doméstico. No me entra en la cabeza eso de que las amas de casa se molesten tanto por las sirvientas. Si las criadas se ponen insoportables, pues se las despide y asunto concluido.

—Eso es precisamente lo que han hecho, ¿verdad? —preguntó Charles.

—Sí, lo sé; pero el caso es que están la mar de preocupadas y ansiosas por tan nimio motivo. La madre se ha acostado y no deja de lanzar exclamaciones histéricas o algo por el estilo, mientras la hija se arrastra por la casa como una tortuga. Ahora mismo acaba de ponerme lindamente en la puerta.

—¿Sabe si han recibido la visita de la policía?

Ronnie se quedó mirándolo.

—¿La policía? ¿Por qué tenían que venir?

—Bueno, me habré equivocado. Como he visto por aquí esta misma mañana al inspector Narracott.

Ronnie dejó caer su bastón con gran estrépito y se detuvo a recogerlo.

—¿Quién dice que estaba en Sittaford esta mañana? ¿El inspector Narracott?

—Sí.

—¿Es el… es el hombre que se encarga del caso Trevelyan?

—Exactamente.

—¿Y qué hacía en Sittaford? ¿Dónde lo vio usted?

—Supongo que habrá venido a meter sus narices en todo —contestó Enderby—, a conocer la vida que hacía aquí el capitán Trevelyan por ejemplo.

—¿Cree que eso es todo?

—Me imagino que sí.

—¿No pensaría ese hombre que en Sittaford puede haber alguna persona que está implicada en el caso?

—Eso sería muy improbable, ¿no le parece?

—¡Oh, claro! Pero ya sabe como son los de la policía, siempre andan dando palos de ciego. Por lo menos, eso pasa en las novelas de detectives.

—Pues yo creo que, en realidad, son gente inteligente —replicó Charles—. Desde luego que la prensa hace mucho por ayudarles —añadió—. Pero si usted se entretuviera en leer con todo cuidado el desarrollo de un caso, se asombraría del modo como capturan a criminales sin apenas pruebas que los señale.

—Bueno, debe de ser muy interesante saber esas cosas, ¿no es así? Lo cierto es que han tardado muy poco en detener a ese hombre, a Pearson. Parece un asunto bastante claro.

—Claro como el cristal —digo el periodista—. Ha sido una verdadera suerte que no nos haya tocado la china a usted o a mí, ¿eh? Bien, tengo que enviar algunos telegramas. Parece que en este pueblo no están muy acostumbrados a los telegramas. Si usted se gasta más de media corona en un telegrama, lo miran como si se tratase de un loco que se ha escapado del manicomio.

El joven Enderby expidió dos telegramas, compró un paquete de cigarrillos, unos bombones de dudosa apariencia y dos novelitas de cubiertas muy ajadas. Después volvió a su alojamiento, se tumbó en la cama y al poco rato dormía apaciblemente, ignorando que él y sus asuntos, en particular lo que se refería a miss Emily Trefusis, se discutían con acaloramiento en no pocas de las casas que le rodeaban.

Se puede afirmar que en Sittaford sólo había tres temas de conversación: el asesinato, la fuga del presidiario y miss Emily Trefusis y su primo. En efecto, cuatro diferentes conversaciones se sostenían en ese momento y su tema principal era la joven.

La primera de estas conversaciones se mantenía en la mansión de Sittaford, donde Violet Willett y su madre acababan de lavar ellas mismas el servicio del té a causa de la partida de la servidumbre.

—Fue Mrs. Curtis quien me lo contó —decía Violet.

La joven estaba aún pálida y descolorida.

—La charlatanería de esa mujer es casi peor que la peste —replicó su madre.

—Sí, tienes razón. Pues parece ser que la muchacha se hospeda

actualmente allí con un primo o pariente suyo. Ella misma mencionó esta mañana que estaba en casa de Mrs. Curtis, pero yo pensé que eso era debido tan sólo a que miss Percehouse no tenía una habitación disponible. Y ahora resulta que esa joven no había visto nunca a esa mujer hasta hoy.

—Es una mujer que me desagrada mucho —dijo Mrs. Willett.

—¿Mrs. Curtis?

—No, no, miss Percehouse. Esa clase de mujeres son siempre peligrosas. Sólo sirven para chismorrear acerca de lo que hacen los demás. ¡Enviarnos aquí a esa chica para pedirnos la receta del pastel de café! Me hubiese gustado haberle puesto un poco de veneno. ¡Así se hubiese acabado de una vez su manía de entrometerse en todo!

—Supongo que debía de haberme dado cuenta… —empezó a decir Violet, pero su madre la interrumpió.

—¿Cómo podías adivinarlo, querida? Y al fin y al cabo, ¿nos ha hecho algún daño?

—¿A qué crees tú que ha venido aquí?

—Supongo que no tenía un propósito definido. Sólo trataba de espiar el terreno. ¿Está segura Mrs. Curtis de que es la prometida de Jim Pearson?

—Tengo entendido que la joven se lo dijo también a Mr. Rycroft. Mrs. Curtis asegura que ella lo sospechó desde el primer momento.

—Bueno entonces el asunto parece bastante lógico. La muchacha no hace más que buscar a ciegas algo que ayude a salvar a su novio.

—Tú no la has visto, mamá —replicó Violet—. Es muy decidida, no va tan a ciegas como tú supones.

—Me gustaría haberla visto —dijo Mrs. Willett—, pero mis nervios estaban destrozados esta mañana. Debe de ser la reacción, supongo yo, a la entrevista que tuve ayer con el inspector de policía.

—Estuviste maravillosa, mamá. Lástima que yo me haya portado de un modo tan tonto, desmayándome de aquella manera… ¡Oh, estoy avergonzada de mí misma por haber dado aquel espectáculo! ¡Y ahí estabas tú, con perfecta calma y tan tranquila, sin pestañear siquiera!

—He tenido un buen aprendizaje —contestó Mrs. Willett con voz seca y dura—. Si tú hubieses pasado por lo que he pasado yo…

Pero hablemos de otra cosa, querida, porque espero que nunca tendrás que sufrir tanto, mi niña. Confío en que serás feliz y que ante ti se abrirá una vida de paz y tranquilidad.

Violet meneó la cabeza dubitativa.

—Tengo miedo, tengo mucho miedo…

—¡No digas tonterías! En cuanto a eso de que dieras un espectáculo al desmayarte ayer, nada de eso. No te preocupes más.

—Pero el inspector puede muy bien creer…

—¿Que fue por mencionar a Jim Pearson por lo que te desmayaste? Sí, es muy posible que lo piense. El inspector Narracott no tiene un pelo de tonto. Bien, ¿y qué importa? Sospechará que existe alguna relación, la buscará… *y no la encontrará*.

—¿Tú crees que no?

—¡Naturalmente que no! ¿Cómo podría encontrarla…? Créeme, querida Violet, eso está más claro que el agua y, hasta cierto punto, acaso tu desmayo haya sido una ocurrencia afortunada. Pensémoslo así de cualquier modo.

La conversación número dos se sostenía en el chalé del comandante Burnaby. Más que conversación era un monólogo, pues todo el peso de ella lo llevaba Mrs. Curtis, quien hacía más de media hora que se estaba despidiendo para marcharse, después de haber recogido la ropa sucia que había en la casa.

—Es igual que mi tía abuela Sarah Belinda, eso es lo que yo le decía a Curtis esta mañana —explicaba la parlanchina mujer con aire triunfal—. Lista como ella sola… y capaz de hacer bailar a todos los hombres a su alrededor.

El comandante Burnaby dejó oír un sordo gruñido.

—Está prometida a un joven y se entretiene con otro —dijo Mrs. Curtis—. Igual que mi tía abuela Sarah Belinda. Y no lo hace por pasar el rato, ni mucho menos. No se trata de una veleidad suya, no. Ya le he dicho que es más lista que el demonio. Y ahora el joven Mr. Gardfield… a ése lo atará corto antes de que usted pueda decir esta boca es mía. Nunca he visto a ningún joven tan parecido a un borrego como el pobre Ronnie esta mañana; y ésa es una señal que no falla.

Se interrumpió un momento para respirar.

—Bien, bien —cortó el comandante Burnaby—, no quiero entretenerla más, Mrs. Curtis.

—Mi marido estará esperando su té y no tengo más remedio que marcharme —replicó Mrs. Curtis sin mover un pie hacia la puerta —. Nunca me ha gustado chismorrear. Cada cual a su trabajo, eso es lo que yo digo siempre. Y ya que hablamos de trabajo, ¿qué le parecería, señor, si le hiciese una limpieza general de la casa?

—¡No! —exclamó el comandante Burnaby casi gritando.

—Hace un mes que hicimos la última.

—Pues no. A mí me gusta saber dónde tengo cada cosa y, después de esas limpiezas suyas, no queda nada en su sitio.

Mrs. Curtis lanzó un profundo suspiro. Era una de esas mujeres que se mueren por fregarlo todo y hacer limpieza general.

—Al que le convendría un buen repaso de su casa antes de que llegase la primavera es al capitán Wyatt —observó la buena mujer —. Ese sucio indio que vive con él… ¿qué sabe de limpieza? Me gustaría ver qué me contestaba a esto. Es un mulato asqueroso.

—Pues no hay nada mejor que un criado indio —replico el comandante Burnaby—. Saben muy bien lo que tienen que hacer y nunca hablan.

Si en las ultimas palabras del viejo soldado se encerraba alguna pulla intencionada, a Mrs. Curtis no le alcanzó. Su pensamiento estaba enfrascado en un nuevo tema de conversación.

—Esa chica recibió dos telegramas. ¡Nada menos que dos telegramas le llegaron en media hora! ¡Casi me dio un ataque! Pues ella los leyó tan fría como la nieve. Y después me dijo que se marchaba a Exeter y que no regresaría hasta mañana.

—¿Se llevó con ella a ese muchacho? —pregunto el comandante con un destello de esperanza.

—No, él anda todavía por aquí. Es un caballero de conversación francamente agradable. Los dos hacen una buena pareja.

Un nuevo gruñido se escapó de la garganta del comandante Burnaby.

—Bueno —dijo Mrs. Curtis—, me tendré que marchar ya.

El comandante contuvo hasta la respiración por temor a distraerla de sus buenas intenciones, pero por esta vez Mrs. Curtis estaba dispuesta a seguir sus palabras. La puerta se cerró tras ella.

Con un suspiro de satisfacción, el comandante se sacó una pipa del bolsillo y empezó a estudiar un prospecto de inversiones en cierta mina que estaba redactado en términos tan brillantemente

optimistas que hubiesen despertado justificadas sospechas en cualquier cerebro que no fuese el de una viuda o el de un militar retirado.

—Doce por ciento —murmuró el comandante Burnaby—. Eso suena muy bien.

En la puerta del chalé contiguo, el capitán Wyatt le leía la cartilla a Mr. Rycroft.

—Los tipos como usted —le decía— no saben nada del mundo. Usted no ha vivido nunca, usted no sabe lo que es pasar apuros.

Mr. Rycroft no contestaba nada. Era tan difícil no soltarle cuatro verdades al capitán Wyatt, que resultaba más seguro no abrir la boca.

El capitán se apoyaba sobre uno de los brazos de su silla de inválido.

—¿Dónde se ha metido esa perra? —exclamó, añadiendo luego —: ¡Qué muchacha más encantadora!

La asociación de ideas en su cerebro era más natural de lo que aparentaban sus palabras, pero no lo comprendió así Mr. Rycroft, que se le quedó mirando escandalizado.

—¿Qué hace aquí esa muchacha? Eso es algo que me gustaría saber —añadió el capitán Wyatt—. ¡Abdul!

—*Sahib*[3] —contestó el indio presentándose.

—¿Dónde está Bully? ¿Ya se ha escapado otra vez esta maldita perra?

—Estar en cocina, *sahib*.

—Bueno, pues no le des de comer. —Dejándose caer de espaldas en su silla de inválido, continuó con su segundo tema—. ¿Qué busca esa chica aquí? ¿Con quién ha de hablar en un lugar como éste? Aquí no hay más que carcamales que aburrirían a cualquier muchacha. Esta mañana charlé un rato con ella. Me figuro que se habrá sorprendido al encontrar a un hombre como yo en semejante pueblucho. —Se retorció el bigote.

—Es la novia de Jim Pearson —replicó Mr. Rycroft—. Ya sabe, ese hombre que está detenido por el asesinato de Trevelyan.

Wyatt dejó caer al suelo un vaso de whisky que en aquel momento se llevaba a los labios, el cual se hizo añicos con gran estrépito. Inmediatamente, con un rugido, llamó al fiel Abdul y le colmó de maldiciones e insultos por no haber colocado una mesita a

la distancia apropiada de su silla. Después, continuó la conversación.

—De modo que es eso. Me parece demasiado buena para un estúpido como ése. Una muchacha así necesita a un hombre de verdad.

—El joven Pearson tiene muy buena planta —objetó Mr. Rycroft.

—¡Buena planta, buena planta…! Una chica como ella no necesita casarse con un maniquí. ¿Qué sabe de la vida ese joven que se pasa el día trabajando en una oficina? ¿Qué experiencia pueden tener de la realidad?

—Tal vez la experiencia de haber sido acusado de asesinato sea suficiente realidad para que le dure algún tiempo —replicó Mr. Rycroft en tono áspero.

—La policía está segura de que fue él, ¿verdad?

—Bastante seguros deben estar o no lo hubieran detenido.

—¡Valientes bergantes están hechos! —exclamó el capitán Wyatt desdeñosamente.

—No tanto —dijo Mr. Rycroft—. El inspector Narracott, con quien hablé esta mañana, me parece un hombre hábil y activo.

—¿Dónde ha visto a ese hombre esta mañana?

—Me visitó en mi casa.

—No sé por qué no me visitó a mí —comentó el capitán Wyatt con tono insultante.

—¡Caramba! Usted no era amigo íntimo de Trevelyan ni nada por el estilo.

—Ignoro qué quiere decir. Trevelyan era un perfecto avaro y así se lo dije en su propia cara. Así ya no pudo venir por mi casa a dárselas de amo. Yo no le hacía reverencias como el resto de las personas que viven aquí. Siempre se estaba metiendo en casa de todos, dejándose caer por casualidad, demasiada casualidad. Si a mí se me antoja no ver a nadie durante una semana o un mes o un año, eso es cosa mía.

—Pues ahora se ha pasado usted una semana sin ver a nadie, ¿verdad? —le preguntó con sorna Mr. Rycroft.

—Claro. ¿Y por qué no? —Y el airado inválido descargó un puñetazo en la mesa que tenía cerca de su sillón de ruedas. Mr. Rycroft se dio cuenta de que, como de costumbre, había tenido el poco tacto de escoger lo peor que podía decir. El capitán, cada vez

más enfadado, seguía gritando—: ¿Y por qué demonios no había de hacerlo? ¡Contésteme a eso!

Mr. Rycroft guardó prudente silencio. La cólera del inválido se fue calmando.

—De todos modos —gruñó—, si la policía quiere saber algo acerca de Trevelyan, yo soy el hombre a quien han de consultar. He dado muchas vueltas alrededor del mundo y he aprendido a juzgar. Puedo medir bien a un hombre por lo que vale. ¿De qué les sirve preguntar a una caterva de carcamales y viejas charlatanas? Lo que necesitan es la opinión de un *hombre*.

Volvió a dar un fuerte puñetazo en la mesa.

—Bien —indicó Rycroft—, supongo que ellos se figuran que ya saben lo que les interesa.

—Le habrán preguntado por mí, ¿no? —dijo el capitán Wyatt—. Sería natural.

—Este… bueno… pues el caso es que no me acuerdo bien —contestó Mr. Rycroft con cautela.

—¿Y por qué no se acuerda? Todavía no está en edad de chochear.

—Verá, el caso es que yo me sentía… bueno… un poco azorado —replicó Rycroft con su más amable voz.

—¿Azorado? ¿Le da miedo la policía? Pues a mí no me asusta. Déjelos que vengan aquí y verá usted. Es lo que siempre digo: yo les enseñaré lo que les conviene. ¿Sabe que la otra noche le pegué un tiro a un gato desde una distancia de cien yardas?

—¿De veras? —exclamó Rycroft.

La costumbre que tenía el capitán de disparar su revólver sobre gatos reales o imaginarios iba siendo ya algo inaguantable para sus vecinos.

—Bien, estoy cansado —dijo de repente el capitán Wyatt—. ¿Quiere otro vaso antes de irse?

Interpretando debidamente tan franca insinuación, Mr. Rycroft se levantó. Su amigo insistió en que tomase otro vaso con él.

—Valdría usted dos veces más de lo que vale si bebiese un poco más. Un hombre que no disfruta bebiendo no es todo un hombre.

Pero Mr. Rycroft continuó rechazando la oferta. Ya se había tomado un gran vaso de whisky con soda y más fuerte que de costumbre.

—¿Qué clase de té toma usted? —preguntó Wyatt—. No entiendo nada de marcas de té. Le dije a Abdul que me comprase un paquete. Pensé que a esa muchacha le gustaría venir por aquí cualquier día a tomar el té conmigo ¡Malditas chicas guapas! Hay que hacer cualquier cosa por ellas. Y ésta se debe aburrir mortalmente en un pueblucho donde no puede hablar con nadie.

—Hay un joven que viene con ella —dijo Rycroft.

—Los jóvenes de ahora me ponen enfermo —replicó el capitán Wyatt—. ¿Quiere decirme qué hay de bueno en ellos?

Como presentaba ciertas dificultades contestar a esta pregunta a gusto de quien la hacía, Mr. Rycroft renunció a intentarlo siquiera y se despidió. La perra *bull terrier* le acompañó hasta la cerca, con gran alarma suya.

En el chalé número 4, miss Percehouse hablaba con su sobrino Ronald.

—Si a ti te gusta rondar a una chica que no te hace caso, allá tú, ese es tu problema, Ronnie —decía la anciana—. Me gustaría más que le hicieses la corte a la hija de Willett. Ahí puede haber una oportunidad para ti, aunque me parece bastante difícil.

—¡Oh, te diré, tía…! —protestó el joven.

—La otra cosa que quería decirte es que si viene algún oficial de la policía por Sittaford, quiero que me informes en seguida de su llegada. ¡Quién sabe si no seré capaz de darle informaciones valiosas!

—Perdóname, tía, pero no me enteré de su venida hasta que ya se había marchado.

—Lo cual es muy propio de ti, Ronnie, absolutamente típico.

—Lo siento mucho, tía Caroline.

—Y cuando estés pintando los muebles del jardín, no hay necesidad de que te pintes la cara. No te la mejoras por eso y gastas pintura en balde.

—Lo lamento, tía Caroline.

—Y ahora —dijo miss Percehouse cerrando los ojos— no discutas conmigo. Estoy muy cansada.

Ronnie arrastró los pies por el suelo, demostrando cierta inquietud.

—Bien, ¿qué hay? —le preguntó su tía ásperamente.

—¡Oh, nada! Sólo que…

—¿Qué?

—Bueno, es que estaba pensando si le molestaría que bajase a Exeter mañana.

—¿Para que?

—Pues… porque necesito ver allí a un compañero mío.

—¿Qué clase de compañero?

—¡Oh, un compañero de estudios!

—Cuando un joven desea decir una mentira, debe hacerlo mejor —replicó la anciana.

—¡Caramba, tía! Ya le he dicho… pero…

—Nada de excusas.

—Entonces, ¿le parece bien que vaya? ¿Puedo ir?

—No sé a qué viene eso de preguntarme «¿Puedo ir?», como si fueses un niño. Ya has cumplido los veinticinco.

—Sí, tía, pero lo que quería decirle es que no quiero que…

Miss Percehouse volvió a cerrar los ojos.

—Hace un momento que te he pedido bien claramente que no discutieses más conmigo. Estoy fatigada y deseo descansar. Si el «compañero» que te espera en Exeter lleva faldas y se llama Emily Trefusis, peor para ti. Eso es todo lo que tengo que decirte.

—Escucha, tía…

—Estoy cansada, Ronald, basta ya.

Capítulo XXII

Aventuras nocturnas de Charles

Al joven Enderby no le gustaba mucho la perspectiva de pasar la noche en blanco. En su opinión, le parecía que aquello sería probablemente una cacería absurda. Emily, a su juicio, tenía el defecto de poseer una imaginación demasiado viva.

Estaba convencido de que su amiga había hecho, con las pocas palabras que pudo captar, una interpretación que se originaba en su propia mente. Lo más probable era que un simple agotamiento hubiera inducido a mistress Willett a suspirar deseando que llegase la noche.

Charles se asomó a la ventana y sintió un escalofrío. La noche era terriblemente fría, cruda y con niebla, la menos propicia para pasarla al raso, dando vueltas por aquellos andurriales y esperando que ocurriera un acontecimiento demasiado incierto y problemático.

A pesar de todo, no quiso ceder a su intenso deseo de quedarse en su confortable habitación. Recordó la fluida y melodiosa voz de Emily, cuando le decía: «Es maravilloso tener a alguien en quien poder confiar de verdad».

La muchacha había puesto su confianza en él y no la había puesto en vano. ¡Vamos! ¿Iba él a fallarle a aquella hermosa y desamparada joven? ¡Eso nunca!

Además, mientras se ponía una encima de otra todas las piezas de ropa interior que tenía, antes de embutirse en dos jerseys y en su gabán, pensó que tendría que aguantar una escena muy desagradable si Emily, a su regreso, se daba cuenta de que él no

había cumplido su promesa.

Probablemente, tendría que escuchar algunas cosas desagradables por parte de ella. No, él no quería correr semejante riesgo. Pero si ocurría algo aquella noche…

Aunque, por otra parte, ¿cuándo y dónde iba a ocurrir? No podía estar al mismo tiempo en todas partes. Lo más probable era que lo que sucediese tuviese lugar dentro de la mansión de Sittaford y nunca se enteraría de nada.

—¡Así son las mujeres! —refunfuñó para sus adentros—. Ella se larga a Exeter y el trabajo sucio me lo deja a mí.

Y una vez más, resonó en sus oídos la voz de Emily cuando la joven expresaba su confianza en él, lo que le hizo avergonzarse de su indecisión.

Terminó de arreglarse hasta conseguir el aspecto de un saco de ropa y salió de la casa con la máxima discreción.

La noche era aún más fría y desagradable de lo que había pensado. ¿Se daría cuenta Emily de lo que iba a sufrir él por complacerla? Esperaba que sí.

Introdujo la mano suavemente en un bolsillo, donde acarició un frasco que se había guardado antes de salir.

—El mejor compañero —murmuró—, sobre todo en una noche como ésta.

Con las debidas precauciones, se introdujo en los terrenos pertenecientes a la mansión de Sittaford. Las Willett no tenían ningún perro, de modo que no era de temer una alarma por ese lado. En la casita del jardinero una luz demostraba que alguien se encontraba en ella. La mansión se encontraba en la oscuridad, salvo por una ventana iluminada del primer piso.

«Las dos mujeres están solas en la casa —pensó Charles—. No tendré que tomar muchas precauciones. Un poco siniestro todo esto».

Quería suponer que Emily había logrado entender bien aquella frase oída desde lejos: «*¿Es que nunca llegará esta noche*?». ¿Que significaría, en realidad?

«Me gustaría saber —pensaba el periodista— si esas palabras se referían a una fuga preparada. Bien, sea lo que sea, aquí está el pequeño Charles para verlo».

Empezó a dar la vuelta a la casa a prudente distancia de ésta.

Como esa noche la niebla era espesa, no tenía miedo de que lo descubriesen. Todo lo que observaba parecía normal. Revisó sigilosamente las construcciones auxiliares, pero las halló cerradas con llave.

«Espero que ocurra algo —se dijo Charles mientras el tiempo transcurría lentamente y tomaba un prudente sorbo del frasco que llevaba—. Nunca he sentido un frío tan intenso como el de esta noche. El frío durante la guerra europea, no podía ser peor que éste».

Echó una mirada a su reloj y se sorprendió al saber que no eran más de las doce menos veinte. Estaba convencido de que debía faltar poco para el amanecer.

Un sonido inesperado le hizo aguzar el oído, al mismo tiempo que le producía cierta excitación. Era el ruido de un cerrojo al ser descorrido con mucho cuidado y procedía de la mansión. Charles se acercó silenciosamente y se ocultó entre los arbustos. Sí, no se habla equivocado, la puertecilla de servicio se abría muy despacio. Una oscura figura apareció en el umbral y atisbó ansiosamente a su alrededor antes de decidirse a salir.

«Mrs. Willett o su hija —se dijo el joven periodista—. Me parece que es la hermosa Violet».

Después de una espera de un par de minutos, la misteriosa figura bajó al sendero, cerró sigilosamente la puerta tras ella y empezó a alejarse de la casa en dirección al camino que pasaba por delante de la misma. El camino que seguía atravesaba los terrenos posteriores de la mansión, cruzaba una pequeña arboleda y llevaba al páramo.

El sendero quedaba junto al arbusto donde Charles estaba oculto, de modo que el joven pudo reconocer a la misteriosa mujer cuando pasó por su lado. No se había equivocado, era Violet Willett. Llevaba un largo abrigo oscuro y se cubría la cabeza con una boina.

La muchacha proseguía su camino y Charles empezó a seguirla tan silenciosamente como le era posible. No tenía miedo de ser visto, pero tenía que estar alerta contra el peligro de que oyera sus pasos. Deseaba vivamente no alarmar a la joven. Debido a sus precauciones, ella le ganó demasiada delantera. Durante un instante, el periodista temió haber perdido el rastro de la perseguida, pero cuando se lanzaba ansiosamente a través del

plantel de árboles, la vio parada pocos pasos delante de él. Allí, en el muro de poca altura que rodeaba el terreno de la mansión, había una puerta que lo franqueaba. Violet Willett estaba de pie junto al portillo, apoyada en él y tratando de ver algo en la oscuridad.

Charles avanzó tanto como le permitió su temor a ser descubierto y esperó allí a ver lo que pasaba. El tiempo transcurría. La muchacha llevaba consigo una pequeña linterna de bolsillo, de la que hacía uso de vez en cuando para consultar la hora en el reloj de pulsera, según pensó el periodista. Después, volvía a apoyarse en el portillo, en la misma actitud de expectante atención. De repente, Charles pudo oír un ligero silbido que se repitió dos veces.

Observó que la joven escuchaba con creciente atención. Se inclinó hacia fuera sobre el portillo y de sus labios brotó la misma señal: un tenue silbido repetido dos veces.

Entonces, con alarmante rapidez, se destacó en la noche la figura de un hombre. A la muchacha se le escapó una sorda exclamación. Retrocedió un paso o dos, el portillo giró hacia dentro sobre sus goznes y el hombre se reunió con ella. Violet le hablaba en voz baja y apresurada. Incapaz de descifrar lo que se decían, Charles avanzó imprudentemente. Una ramita crujió bajó sus pies. El compañero de la joven se volvió instantáneamente.

—¿Qué es eso? —exclamó.

Y pudo vislumbrar la fugitiva silueta de Charles.

—¡Eh, usted, deténgase! ¿Qué hace aquí? —y dando un brinco, se lanzó tras el periodista.

Enderby se volvió y le hizo frente de una manera franca, agarrándolo en cuanto lo tuvo a su alcance. Al momento, ambos luchaban con todas sus fuerzas y rodaban por el suelo sin soltarse.

La pelea no fue muy larga. El contrincante del periodista era mucho más fuerte y de mayor peso que él, y logró levantarse y mantener cautivo a su enemigo.

—Enciende esa linterna, Violet —ordenó—. Vamos a verle la cara a este pajarraco.

La muchacha, que permanecía petrificada por el terror a pocos pasos de distancia, se adelantó y encendió la linterna, obediente.

—Debe ser el joven forastero que vive aquí cerca —dijo Violet —. Es periodista.

—Un periodista, ¿eh? —exclamó el otro—. No me gusta la gente

de su ralea. ¿Qué hacía aquí, señor entrometido, husmeando en terreno privado a estas horas de la noche?

La linterna temblaba en las manos de Violet. Por primera vez, Charles pudo ver bien a su antagonista. Durante algunos segundos, se había dejado convencer por la estúpida idea de que el nocturno visitante fuese el presidiario fugado; pero la primera mirada que dirigió a su enemigo disipo sus fantásticas sospechas. Se trataba de un joven que no tendría más de veinticuatro o veinticinco años. Era alto, de muy buen aspecto y resuelto, que no podía ser confundido con el criminal a quien se buscaba.

—Bien, vamos a ver —dijo el amigo de Violet de un modo autoritario—. ¿Cómo se llama?

—Yo soy Charles Enderby —contestó el periodista—, pero usted no me ha dicho todavía su nombre —concluyó.

—¡Qué desfachatez!

Un repentino relámpago de inspiración iluminó la frente de Charles. En más de un caso le había salvado su imaginación. Lo que entonces se le ocurría era bastante atrevido, pero creía que estaba en lo cierto.

—No obstante —dijo con gran tranquilidad—, supongo que puedo adivinar quién es usted.

—¿Eh? ¿Cómo?

Era evidente que su contrincante se había alarmado.

—Creo —indico Charles— que tengo el placer de hablar con Mr. Brian Pearson, de Australia. ¿No es así?

Su pregunta fue seguida de un silencio, un silencio bastante largo. El periodista se dio cuenta de que su posición mejoraba.

—No puedo imaginarme cómo demonios sabe eso —dijo por fin el otro joven—. Pero no se equivoca. Me llamo Brian Pearson.

—Entonces —replicó Charles—, ¿qué le parece si vamos a la casa y aclaramos las cosas?

Capítulo XXIII

En Hazelmoor

El comandante Burnaby repasaba sus cuentas o, para usar una frase más propia de Dickens, se cuidaba de sus negocios. El comandante era un hombre metódico en extremo. En un libro encuadernado en piel de becerro, llevaba un perfecto registro de las acciones que compraba, de las que vendía, y de las correspondientes pérdidas o ganancias que le dejaba cada operación, normalmente pérdidas, porque, como suele ocurrirles a la mayoría de los militares retirados, al comandante le atraían más los tipos altos de interés que aquellos modestos porcentajes que van asociados con una mayor seguridad.

—Estos pozos de petróleo parecían muy prometedores —murmuraba—. Hubiera dicho que haría una fortuna con ellos. ¡Y han resultado casi tan malos como aquella mina de diamantes! Lo único sólido son las tierras canadienses.

Sus meditaciones fueron interrumpidas por la aparición de la cabeza de Ronnie Gardfield que asomaba por la abierta ventana.

—Hola —dijo el muchacho amistosamente—. Supongo que no vengo a molestarle.

—Si quiere entrar, dé la vuelta hasta la puerta principal —dijo el comandante Burnaby—. Cuidado con las plantas. Me imagino que en este momento las está pisoteando.

Ronnie se retiró con una disculpa y se dirigió hacia la puerta principal.

—Límpiese los pies en la esterilla, hágame el favor —le gritó el comandante.

Éste opinaba que los jóvenes eran demasiado molestos. En realidad, el único muchacho hacia el cual había sentido cierto interés por algún tiempo era el periodista Charles Enderby.

«Ése sí que es un chico simpático —se decía el comandante—. Daba gusto ver su interés cuando le hablaba de la guerra con los boers».

No sentía la misma simpatía hacia Ronnie Gardfield. En realidad, todo lo que el desgraciado Ronnie hacía o decía enojaba de mala manera al comandante. Sin embargo, la hospitalidad era la hospitalidad.

—¿Quiere beber algo? —preguntó el comandante fiel a esta tradición.

—No, muchas gracias. A decir verdad, sólo he venido aquí para saber si podíamos salir juntos. Necesito ir a Exhampton y me he enterado de que usted ha contratado a Elmer para que le lleve allí.

Burnaby asintió.

—Tengo que ir a ocuparme de las cosas de Trevelyan —explicó —. La policía ha terminado sus investigaciones allí.

—Bien —dijo Ronnie algo incómodo—. El caso es que yo necesito ir hoy a Exhampton y había pensado que podría acompañarle y compartir los gastos por partes iguales, ¿eh? ¿Qué le parece?

—Ciertamente —contestó el comandante—, me gusta la propuesta; pero sería mejor que fuera usted a pie —añadió—. ¡Ejercicio! Ningún joven hace el menor ejercicio hoy en día. Un paseíto de seis millas de ida y otras tantas de vuelta le sentaría muy bien. Si no fuese porque necesito el automóvil para traerme a casa algunas de las cosas de Trevelyan, yo también iría a pie. Nos ablandamos, ésa es la calamidad de los tiempos actuales.

—Oh, bueno —replicó Ronnie—. No creo que me sentara bien esa caminata. Por el contrario, me encanta que nos pongamos de acuerdo. Elmer dice que usted saldrá a las once; ¿es correcto?

—Así es.

—¡Magnífico! Aquí estaré.

Ronnie no hizo honor a su palabra. A pesar de que se había propuesto ser puntual, llegó con diez minutos de retraso y encontró al comandante Burnaby muy incomodado y renegado, poco dispuesto a dejarse aplacar con la primera disculpa.

«¡Qué jaleo arman estos viejos inútiles! —pensó Ronnie—. No tienen ni la menor idea de lo que fastidian a todo el mundo con su manía de la puntualidad; lo quieren todo al minuto exacto y siempre predican el maldito ejercicio para ponerse en forma».

Su espíritu se distrajo agradablemente durante unos instantes con la idea de lo que sería un matrimonio entre el comandante Burnaby y su tía. ¿Cuál de los dos, reflexionó, le sacaría mayor partido? No dudaba de que siempre sería su tía. Le resultaba muy divertido pensar en cómo palmotearía ella, lanzando agudos gritos para llamar a su lado al comandante.

Ahuyentando estas reflexiones de su mente, procuró entablar una agradable conversación.

—Sittaford se ha convertido en un lugar muy alegre y acogedor, ¿no le parece? Eso se lo debemos a miss Trefusis y al simpático Enderby, y a ese muchacho de Australia. A propósito, ¿cuándo apareció en el pueblo? Parece que haya vivido aquí toda la vida, pero el caso es que nadie sabe de dónde ha llegado. Es una cosa que le preocupa mucho a mi tía.

—Vive con las Willett, en su casa —indicó el comandante agriamente.

—Sí, ya lo sé, pero ¿por dónde ha venido? Ni siquiera las Willett tienen todavía un aeródromo particular. Mire, yo creo que hay algo muy misterioso en ese joven Pearson. Tiene en los ojos lo que yo llamo «un fulgor tempestuoso». ¡Ya lo creo, unos destellos tormentosos! Me da la impresión de que es el tipo que despachó al pobre Trevelyan.

El comandante no contestó.

—Yo lo veo —continuó diciendo Ronnie— de la siguiente manera: los tipos que emigran a las colonias son, por lo general, malas piezas. Sus parientes no los quieren y, por esa razón, los echan fuera. La cosa está bien clara, ya lo ve usted. El día menos pensado, el mala pieza regresa no muy sobrado de dinero y visita a su rico tío por Navidad; el pariente afortunado no quiere favorecer al sobrino pobretón y el sobrino pobretón le da un buen golpe. Ésta sí que es una buena teoría.

—Explíquesela a la policía —comentó el comandante Burnaby.

—Se me ocurre que eso podría hacerlo usted —replicó Gardfield —. Creo que usted es amigo de Narracott, ¿verdad? Y por cierto, no

parece que haya vuelto a meter sus narices en Sittaford, ¿verdad?

—No que yo sepa.

—¿No le ha visitado hoy a usted?

La brevedad de las respuestas del comandante pareció molestar por fin a Ronnie.

—Bueno —dijo con cierta vaguedad—, ¡qué le vamos a hacer! — y se sumergió en un pensativo silencio.

Al llegar a Exhampton, el automóvil los dejó delante de Las Tres Coronas. Ronnie descendió y, después de concertar con el comandante que volverían a encontrarse en aquel mismo sitio a las cuatro y media para el viaje de regreso, partió en dirección a las mejores tiendas que el pueblo ofrecía a los compradores.

El comandante fue primero a visitar al señor Kirkwood. Tras una breve conversación con él, recogió las llaves y salió en dirección a Hazelmoor.

Le había dicho a Evans que le esperase allí a las doce en punto y, al llegar, encontró al fiel criado aguardándole en el umbral de la puerta. Con el rostro un tanto ceñudo, el comandante Burnaby introdujo la llave en la cerradura de la puerta principal y entró en la deshabitada casa, con Evans pisándole los talones. No había entrado en ella desde la noche de la tragedia y, a pesar de su férrea determinación de no demostrar el menor rasgo de debilidad, sintió un ligero escalofrío al atravesar el salón.

Evans y el comandante trabajaron juntos, en amistoso silencio. Cuando alguno de ellos hacía cualquier breve observación, el otro la comprendía en seguida y la atendía sin replicar.

—Este trabajo no es muy agradable, pero no hay más remedio que hacerlo —comentó el comandante Burnaby.

Evans, clasificando calcetines en ordenados montoncitos y contando pijamas, replicó:

—Parece una cosa poco natural, pero, como usted dice muy bien, señor, no tenemos más remedio que hacerlo.

Evans era diestro y eficiente en su trabajo. Todos los objetos fueron debidamente clasificados y dispuestos en ordenados montones. A la una de la tarde se trasladaron a Las Tres Coronas para tomar allí un frugal almuerzo. Regresaron después a la casa y, cuando iba a reanudar su trabajo, el comandante agarró de repente a Evans por el brazo en el momento en que este último cerraba la

puerta principal tras de él.

—Chiss… —murmuró, haciéndole una señal para que guardase absoluto silencio—. ¿Oye esos pasos en el piso de arriba? Parece que… sí, es en el dormitorio de Joe.

—¡Dios mío, señor! Así es.

Una especie de terror supersticioso les invadió a ambos durante un instante, pero después, sacudiendo el miedo que le paralizaba y con airado encogimiento de hombros, el comandante se adelantó hacia el pie de la escalera y allí gritó con voz estentórea:

—¿Quién anda ahí? ¡Salga inmediatamente quienquiera que sea!

Ante su intensa sorpresa y disgusto, aunque, preciso es confesarlo, con cierto alivio, Ronnie Gardfield apareció ante ellos en el descansillo superior de la escalera. El joven tenía aspecto de estar muy azorado y su actitud era sumisa.

—¡Hola! —le dijo al comandante—. Le estaba buscando.

—¿Qué quiere decir con eso de «buscándome»?

—Pues que necesitaba avisarle de que no podré reunirme con usted a las cuatro y media. Tengo que irme a Exeter. De modo que no me espere. Alquilaré un automóvil aquí, en Exhampton.

—¿Cómo ha entrado en esta casa? —le preguntó Burnaby.

—La puerta estaba abierta —explicó Ronnie—. Naturalmente, yo pensé que ustedes estaban dentro.

El comandante se volvió hacia Evans severamente:

—¿No la cerró cuando salimos?

—No, señor, yo no tenía la llave.

—¡Qué estúpido soy! —murmuró el viejo soldado.

—Supongo que no se molestará por ello, ¿verdad? —dijo Ronnie —. Como no vi a nadie en la planta baja, subí al piso superior y eché un vistazo por ahí.

—Desde luego, no tiene importancia —replicó el comandante—. Me sorprendió, eso es todo.

—Bien —dijo el joven alegremente—, entonces ya puedo marcharme ahora. Hasta la vista.

El comandante contestó con un gruñido, mientras Ronnie bajaba la escalera.

—Me gustaría —dijo infantilmente al llegar abajo—, si no tiene inconveniente, que me enseñase el… el sitio donde… bueno, donde ocurrió la desgracia.

El comandante, sin moverse, señaló con el pulgar en dirección al salón.

—¡Oh! ¿Podría asomarme a esa habitación?

—Si tanto le interesa… —refunfuñó el comandante.

Ronnie abrió la puerta del salón y, tras una ausencia de algunos minutos, regresó al vestíbulo.

El comandante, entretanto, había subido la escalera. El criado tenía todo el aire de un bulldog al acecho, con los profundos ojillos clavados en Ronnie con una mirada hasta cierto punto maliciosa.

—Estaba pensando —dijo el joven Gardfield— en lo difícil que es limpiar las manchas de sangre. Por más que uno las lave, siempre reaparecen. Oh, por supuesto que el pobre viejo fue golpeado con un saco de arena, ¿no es cierto? ¡Qué tonto soy! Era uno como éste, ¿verdad?

Y se dirigió a recoger un largo y estrecho burlete que estaba tendido en el suelo, junto a una de las puertas. Lo sopesó con aire calculador y lo blandió después en el aire.

—Bonito juguete, ¿verdad? —Y continuó dando mandobles con él en el aire.

Evans lo observaba en silencio.

—Bien —dijo Ronnie, dándose cuenta de que aquel mutismo significaba lo poco que se apreciaban sus habilidades—. Lo mejor será que me marche ya. Me temo que he sido un poco impertinente, ¿eh? —Dirigió la mirada al piso superior—. Me olvidé de que el comandante y el muerto eran tan buenos amigos. Dos tipos muy parecidos, ¿verdad que sí? Bueno, ahora sí que me voy. Dispénseme si he dicho algo que no debiera decir.

Atravesó el vestíbulo y salió a la calle por la puerta principal. Evans permaneció impasible en el vestíbulo, y sólo cuando oyó que el pestillo de la puerta se cerraba tras Mr. Gardfield, se decidió a subir la escalera y reunirse con el comandante Burnaby. Sin el menor comentario, reanudó su trabajo donde antes lo había dejado, se encaminó directamente al otro lado del dormitorio y se arrodilló frente al armario del calzado.

A las tres y media de la tarde, su tarea estaba terminada. Un baúl lleno de trajes y ropa interior le fue adjudicado a Evans, mientras el otro quedó preparado para ser enviado a un orfelinato de marineros. Los papeles y las facturas fueron empaquetados en

una gran caja y Evans recibió instrucciones de que se ocupase de almacenar en un guardamuebles los diferentes trofeos deportivos y cabezas disecadas, pues de momento no había sitio para ellos en el chalé del comandante Burnaby. Como Hazelmoor había sido alquilado con muebles, no hubo ningún otro problema.

Cuando todo este trabajo quedó listo, Evans se aclaró nerviosamente la garganta un par de veces y dijo:

—Le pido mil perdones, señor, pero… necesito trabajo como criado de otro caballero, igual que con el capitán.

—Bueno, bueno… puede citarme como referencia a quien quiera, y puede estar seguro de que lo recomendaré bien.

—Dispénseme, señor, no era eso exactamente lo que quería decirle. Rebeca y yo, señor, hemos hablado mucho de este asunto, y habíamos pensado que… usted, señor, tal vez querría hacer una prueba con nosotros.

—¡Oh! Pero… bueno, el caso es que yo me basto para cuidarme solo, como sabe. Esa vieja… nunca me acuerdo de cómo se llama… viene a limpiarla una vez al día y me cocina algunas cosillas. Eso es todo… bueno, más o menos, a lo que puedo llegar.

—No nos importa mucho el dinero, señor —replicó Evans rápidamente—. Como sabe, señor, yo quería mucho al capitán; y… bueno, si yo pudiese seguir ahora al cuidado de usted, señor, igual que le servía a él… bueno, me parecería que nada había cambiado, no se si me entiende, señor.

El comandante se aclaró la garganta y desvió la mirada hacia un rincón.

—Eso le honra mucho, Evans, le doy mi palabra. Yo… lo pensaré.

Y para escapar con celeridad de aquella escena, salió tan aprisa de la casa que por poco se cayó en la calle al bajar los escalones de la entrada. Evans se quedó mirándolo con una comprensiva sonrisa.

—Se parece al pobre capitán como una gota de agua a otra —murmuró.

Y después, una expresión perpleja se reflejó en su rostro.

—¿Dónde las habrán metido? —murmuró—. Es un poco extraña esta desaparición. Le preguntaré a Rebeca, a ver que piensa ella.

Capítulo XXIV

El inspector Narracott discute el caso

—No estoy completamente satisfecho de este asunto —afirmó Narracott.

El inspector jefe de la policía se le quedó mirando con aire interrogativo.

—No, señor —repitió Narracott—. Ahora no estoy tan satisfecho como antes.

—¿No cree que hayamos detenido al verdadero asesino?

—No estoy satisfecho. Verá, para no citar más que un detalle, todas las cosas señalaban una dirección, pero ahora… ¡ahora es diferente!

—Las pruebas que acusan a Pearson siguen siendo las mismas.

—Sí, señor, de acuerdo; pero, entretanto, han salido a relucir otras evidencias. Ahora tenemos al otro Pearson, Brian. Creímos que no había que buscarlo, al aceptar la declaración de que estaba en Australia. Ahora resulta que todo el tiempo residía en Inglaterra. Según parece, regresó a este país hace dos meses y viajó a bordo del mismo barco que las Willett. Creo que durante la travesía se enamoró de la hija. Sea como fuere, el caso es que, por alguna razón que aún no conocemos, no avisó de su llegada a su familia. Ni su hermana ni su hermano tenían la menor idea de que hubiese regresado a Inglaterra. El jueves de la semana pasada salió del Hotel Ormsby, en la plaza Russell, y se hizo llevar a la estación de Paddington. Desde ese momento hasta el martes por la noche, cuando Enderby se topó con él, rehúsa contarnos absolutamente nada de lo que hizo.

—¿Ya le ha indicado usted la gravedad y las posibles consecuencias de su comportamiento?

—Me contestó que no le importaba un comino. Dijo que él no tenía nada que ver con el asesinato y que a nosotros no nos hacía falta comprobar lo que pudiera haber hecho. Que el modo como empleara su tiempo era cosa suya y no nuestra, y rehusó rotundamente explicar dónde había estado y a qué se había dedicado.

—Es de lo más extraordinario —comentó el jefe.

—Sí, señor, es un caso extraordinario. Como ve, no conseguirá nada hurtándonos los hechos y ese hombre es mucho más apropiado que el otro para ser acusado del crimen. Siempre me ha parecido algo incongruente suponer que James Pearson pudiera ser el que golpeó la nuca del viejo con el saco de arena; y ahora, por decirlo así, creo que eso encaja muy bien con Brian Pearson. Es un muchacho de temperamento apasionado, muy fuerte y corpulento, y que va a beneficiarse de la herencia exactamente en la misma proporción, recuérdelo.

—Sí. Esta mañana vino aquí con Mr. Enderby y me pareció un muchacho muy vivo e ingenioso, muy entero y con perfecto dominio de sí mismo, al menos a juzgar por su actitud. Pero todo esto no le disculpa, señor, no le disculpa de nada.

—Hum… ¿Quiere decir que…?

—Que los hechos no demuestran nada. ¿Por qué no ha dado antes señales de vida? La muerte de su tío se publicó en todos los periódicos del sábado. A su hermano lo detuvieron el lunes. Y él no da señales de vida. Y así seguiría, tal vez, si ese periodista no hubiese tropezado con él en el jardín de la mansión de Sittaford la pasada noche.

—¿Qué estaba haciendo allí? Me refiero a Enderby.

—Ya sabe cómo son los periodistas —dijo Narracott—, siempre están husmeándolo todo. Son hombres misteriosos.

—Son una verdadera molestia —opinó el jefe—. Aunque también tengan a veces su utilidad.

—Me figuro que se metió en esa aventura empujado por su joven amiga —indicó Narracott.

—¿Su joven amiga?

—Sí, miss Emily Trefusis.

—¿Cómo sabía ella lo que iba a pasar?

—Estaba en Sittaford haciendo infinitas investigaciones. Y es lo que se dice una mujer lista y despierta. No se le escapa nada.

—¿Cómo explica sus movimientos el joven Brian Pearson?

—Dice que iba a la mansión de Sittaford para ver a su novia, miss Willett. Ella salió sola de la casa para reunirse con él mientras todo el mundo dormía, porque la muchacha no quería que la madre se enterase. Eso cuentan.

La voz del inspector Narracott expresaba desconfianza. Tras una pausa, siguió diciendo:

—Yo creo que si Enderby no se hubiese tropezado con él, nunca se le habría ocurrido presentarse públicamente. Hubiese regresado a Australia y reclamado su herencia desde allí.

Una tenue sonrisa cruzó por los labios del inspector jefe.

—¡Cuántas maldiciones les habrá echado a esos pestilentes y entrometidos periodistas! —murmuró.

—Pues aún hay algo más que ahora ha salido a relucir —continuó relatando Mr. Narracott—. Los Pearson son tres, como usted recordará, y Sylvia está casada con Martin Dering, el novelista. Pues bien, este último declaró que el día del crimen había comido con un editor americano, pasando luego con él toda la tarde, y que después fue a una cena literaria; y ahora parece ser que no estuvo en aquel banquete.

—¿Quién dice eso?

—También lo dice Enderby.

—Me parece que tendré que entrevistarme con ese periodista —comentó el inspector jefe—. Al parecer es uno de los elementos vitales de esta investigación. Sin duda alguna, el *Daily Wire* cuenta con algunos brillantes jóvenes entre su personal.

—Bien, pues tal vez no signifique nada o tenga muy poca importancia —continuó diciendo Narracott—. El caso es que el capitán Trevelyan fue asesinado antes de las seis, de modo que no tiene mucha importancia saber a ciencia cierta dónde pasó Dering aquella tarde; pero ¿por qué ha mentido deliberadamente cuando se le ha preguntado acerca de ello? No me gusta.

—Por supuesto —concedió el inspector jefe—. Parece algo innecesario.

—Le hace a uno pensar que todo lo que ha dicho es falso. Y me

hago cargo de que lo que voy a decir es una suposición muy entusiasta, pero *bien pudiera ser* que Dering saliera desde la estación de Paddington en el tren de las doce, llegara a Exhampton poco después de las cinco, asesinara al viejo, alcanzara el tren de las seis y diez y volviera a su casa antes de la medianoche. Sea como fuere, creo que vale la pena tener en cuenta esta hipótesis. Debemos enterarnos de su posición económica, ver si estaba desesperadamente apurado. En ese caso, cualquier dinero que su mujer heredase y del que él pudiera disponer… y sólo hay que ver la cara de su mujer. Por eso debemos asegurarnos de que la *coartada* de ese escritor es cierta.

—Todo el caso es extraordinario —comentó el inspector jefe—. De todos modos, yo sigo creyendo que las pruebas que se han acumulado contra Jim Pearson son concluyentes. Ya veo que no está de acuerdo conmigo, tiene el presentimiento de que ha detenido a un inocente, ¿no es así?

—Las pruebas son claras —admitió el inspector Narracott—, circunstanciales y evidentes, y estoy seguro de que cualquier jurado las consideraría suficientes para condenarlo. No obstante, lo que usted dice es bastante cierto: yo no veo a ese joven como un asesino.

—Y su novia se dedica activamente a su caso —dijo el jefe.

—Sí, señor, miss Trefusis es una muchacha única y de las que no se equivocan. ¡Una mujer de verdad, a fe mía! Y está totalmente decidida a librarlo de la acusación. Se ha hecho dueña de ese periodista, Charles Enderby, y lo hace bailar a su antojo como a ella le interesa. En fin, que la joven es mucho mejor de lo que se merece James Pearson. Porque, aparte de su buen aspecto y elegancia, yo no me diría que el novio tenga personalidad suficiente.

—Pero si esa chica es una mandona, será eso lo que le gusta.

—¡Oh, claro! —replicó Narracott—. En cuestión de gustos no hay nada escrito. Bien, de modo que está de acuerdo en que lo mejor que puedo hacer es aclarar esa coartada de Dering sin más dilación.

—Sí, ocúpese inmediatamente. ¿Y qué hay del cuarto interesado en la herencia? Porque hay una cuarta persona beneficiada, ¿no es así?

—Sí, señor, la hermana. Pero todo está correcto. Ya he hecho las

correspondientes averiguaciones. Ella estaba en su casa a las seis de la tarde. Voy a ocuparme del asunto de Dering.

Unas cinco horas más tarde, el inspector Narracott estaba de nuevo en el pequeño gabinete de El Rincón. En esta ocasión, encontró en casa a Mr. Dering. La doncella dijo en el primer instante que no consentía que le molestaran cuando estaba escribiendo, pero el inspector sacó una tarjeta suya y le ordenó que se la llevase a su amo sin perder un momento. Mientras estaba esperando, recorría la habitación arriba y abajo, cogía algún pequeño objeto de una mesa o de cualquier mueble, lo miraba sin apenas verlo y volvía a dejarlo en su sitio. La caja de cigarrillos era australiana, de madera barnizada, acaso un regalo de Brian Pearson. También encontró un viejo libro bastante deteriorado que se titulaba *Orgullo y prejuicio*. Levantó la cubierta y observó que, en una de las esquinas de la misma, había unas palabras garabateadas en una tinta ya casi descolorida que decían: Mary Rycroft. Sin saber porqué el nombre de Rycroft le pareció familiar, pero no pudo recordar dónde lo había oído. Narracott fue interrumpido en aquel instante, pues la puerta se abrió y Martin Dering entró en el gabinete.

El novelista era un hombre de mediana estatura, con una espesa cabellera de color castaño oscuro. Tenía muy buena presencia, aunque un aspecto un tanto macizo, y sus labios eran gruesos y rojos.

El inspector Narracott no se sintió predispuesto en ningún sentido por su apariencia.

—Buenos días, Mr. Dering, siento mucho tener que molestarlo otra vez.

—¡Bah! No se preocupe por eso, inspector. Lo malo es que, en realidad, yo no puedo decirle nada más de lo que ya sabe usted.

—Nosotros habíamos creído entender que su cuñado, el joven Brian Pearson, estaba en Australia. Ahora nos encontramos con que ha vivido en Inglaterra durante los últimos dos meses. Bien podían haberme insinuado algo de eso, creo yo. Su esposa me dijo bien claramente que su hermano estaba en Nueva Gales del Sur.

—¡Brian en Inglaterra! —exclamó Dering, demostrando un asombro que parecía sincero—. Yo puedo asegurarle, inspector, que no tenía la menor noticia de eso, ni tampoco mi esposa.

—¿No se había puesto en comunicación con ustedes de algún modo?

—No, señor, de verdad que no. Sólo sé, y por casualidad, que Sylvia le ha escrito dos veces a Australia durante todo este tiempo.

—Bien, en ese caso, le presento mis excusas, caballero. Pero, como es natural, yo pensé que él se lo habría comunicado a sus parientes y amigos, y estaba un poco molesto con ustedes por habérmelo ocultado.

—Pues, como le acabo de decir, nosotros no sabíamos nada. ¿Quiere un cigarrillo, inspector? Por cierto, creo que han conseguido capturar al presidiario que se fugó.

—Sí, lo detuvimos el martes pasado por la noche. Tuvo la mala suerte de que la niebla se hiciese demasiado espesa. Estaba dando vueltas en un círculo vicioso. Caminó unas veinte millas para ir a parar, después de tanto andar, a un lugar que sólo distaba media milla de Princetown.

—Es extraordinario cómo uno empieza a dar vueltas en la niebla. Suerte tuvo de no haberse escapado el viernes, porque, en ese caso, supongo que el asesinato se le hubiera achacado a él con certeza.

—Es un hombre peligroso. Acostumbraban a llamarle «El terrible Freddy». Está condenado por robo con violencia y asalto. Llevaba una doble vida extraordinaria. Entre la buena sociedad pasaba por ser un hombre rico, educado y respetable. Casi estoy convencido de que el manicomio de Broadmoor es el sitio más indicado para él. De vez en cuando, le acometía una especie de manía criminal y entonces le gustaba desaparecer y relacionarse con lo más bajo del hampa.

—Supongo que no se escapan muchos de Princetown.

—Es una hazaña casi imposible, pero esta fuga estaba extraordinariamente bien planeada y realizada. Todavía no hemos llegado al fondo de este raro asunto.

—Muy bien —dijo Dering, levantándose y echando una mirada a su reloj—. Si no tiene nada más que decirme, inspector… ya sabe que yo soy un hombre bastante atareado.

—¡Oh, es que hay algo más, Mr. Dering! Necesito saber por qué me dijo que había asistido a una cena literaria que se dio en el Hotel Cecil el viernes por la noche.

—Yo… no le comprendo bien, inspector.

—Pues a mí me parece que sí, caballero. Usted no estuvo en esa cena, ¿verdad, Mr. Dering?

Martin Dering dudaba. Sus ojos pasaban alternativamente de la cara del inspector al techo del gabinete, desde allí a la puerta y luego al suelo.

El inspector esperaba tranquilo y sereno.

—Bien —dijo Martin Dering al cabo de un buen rato—, supongamos que no hubiera asistido. ¿Qué demonios le importa eso a usted? ¿Qué va a sacar usted, ni nadie, de lo que yo hice cinco horas después de haber sido asesinado mi tío?

—Usted efectuó cierta afirmación y yo, Mr. Dering, necesito comprobarla punto por punto. Ya hemos podido probar que una buena parte de ella no es cierta. Y ahora me han encargado expresamente que compruebe la veracidad del resto. Usted dijo que había almorzado con un amigo y que después pasó la tarde con él.

—Sí, señor, mi editor norteamericano.

—¿Su nombre?

—Rosenkraun, Edgar Rosenkraun.

—¿Y su dirección?

—Ya no está en Inglaterra. Se marchó el sábado pasado.

—¿A Nueva York?

—Sí, señor.

—Entonces, en este momento debe de estar navegando. ¿En qué barco va?

—Pues, realmente, no puedo acordarme de cuál es.

—¿Sabe, al menos, la compañía? ¿Es de la Cunard o de la White Star?

—No, no lo recuerdo bien.

—Perfectamente —replicó el inspector—. Cablegrafiaremos a su editorial en Nueva York. Ellos lo sabrán.

—¡Era el *Gargantúa*! —exclamó Dering de muy mala gana.

—Gracias, Mr. Dering. Sabía que lo recordaría si lo intentaba. Prosigamos. En su declaración dijo que, después de almorzar con Mr. Rosenkraun, le dedicó toda la tarde. ¿A qué hora se separó de él?

—Hacia las cinco de la tarde.

—¿Y después?

—Me niego a contestar a eso. No es asunto suyo. Seguro que con lo dicho basta.

El inspector Narracott asintió pensativo. Si Rosenkraun confirmaba la declaración de Dering, caerían por el suelo todas las sospechas contra este último. Cualesquiera que hubiesen sido sus misteriosas actividades aquella noche, no afectarían al caso.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó Dering bastante inquieto.

—Enviaré un telegrama a Mr. Rosenkraun, a bordo del *Gargantúa*.

—¡Maldita sea! —gritó el novelista—. Me complicará usted con una publicidad indeseable. Mire esto…

Y se fue hacia su escritorio, donde trazó unas pocas líneas sobre un trozo de papel, que enseñó después al inspector.

—Supongo que hará de todos modos lo que se proponía —dijo Dering en áspero tono—, pero al menos puede hacerlo de la forma que a mí me conviene. No es de recibo que molesten a un ciudadano por cualquier cosa.

En el trozo de papel había escrito:

> *«Rosenkraun. Vapor Gargantúa. Ruego confirme mi declaración de que yo estuve con usted a la hora de almorzar y hasta las cinco de la tarde del viernes catorce. Martin Dering».*

—No me importa que pida que le envíen directamente a su casa la respuesta, pero no pida que se la manden a Scotland Yard o a una comisaría de policía. Usted no sabe cómo son estos americanos. A la menor sospecha de que yo pueda estar mezclado en un asunto criminal, el nuevo contrato que he negociado con ese señor, se lo llevará el viento. Le ruego que trate este asunto en privado, inspector.

—No veo ningún inconveniente en acceder a lo que me pide, Mr. Dering. Yo sólo necesito la verdad. Enviaré este telegrama con la respuesta pagada, indicando que se envíe la respuesta a mis señas particulares de Exeter.

—Muchas gracias, es usted muy amable. No se crea que es tan fácil ganarse la vida con la literatura, inspector. Ya verá como recibe una respuesta afirmativa. Pero le mentí respecto a esa cena

literaria, pues el caso es que yo le había contado a mi esposa que asistí a ella y pensé que muy bien podía endosarle a usted el mismo cuento. De otro modo, me hubiese metido por mí mismo en un buen lío.

—Si Mr. Rosenkraun confirma su declaración, amigo Dering, no tendrá nada que temer.

«Un carácter bastante desagradable —pensó el inspector mientras salía de aquella casa—, pero estoy casi seguro de que el editor americano confirmará la verdad de sus palabras».

Un repentino recuerdo le vino a la memoria al policía mientras esperaba el tren que había de conducirle de nuevo a Devon.

—Rycroft —murmuró—. ¡Naturalmente! Es el nombre de aquel viejecito que vive en uno de los chalés de Sittaford. ¡Qué coincidencia tan curiosa!

Capítulo XXV

En el café Deller

Emily Trefusis y Charles Enderby estaban sentados ante una mesita del café de Deller, en Exeter. Eran las tres y media, y a esa hora reinaba allí una relativa paz y quietud. Algunos escasos clientes tomaban con toda tranquilidad una taza de té, pero el restaurante estaba prácticamente desierto.

—Bien —le decía Charles a su compañera—. ¿Qué piensas de él?

Emily frunció el entrecejo antes de contestar.

—Es difícil opinar.

Después de declarar ante la policía, Brian Pearson había almorzado con ellos. Se mostró extremadamente educado con Emily, demasiado educado en su opinión.

Para la astuta joven, esto era poco natural. Al fin y al cabo, aquel muchacho mantenía un romance clandestino y un extraño se entrometía en sus asuntos.

Pero Brian Pearson se lo había tomado con la resignación de un cordero, pues había aceptado la sugerencia que Charles le hizo de alquilar un automóvil e ir juntos a ver a la policía.

¿Cómo se explicaba semejante actitud de dócil aquiescencia? A Emily le parecía completamente opuesta a la naturaleza de Brian Pearson, a juzgar por su carácter.

Estaba segura de que la verdadera actitud se hubiese resumido mejor en una frase como, por ejemplo: «¡Primero iremos juntos al infierno!»

Tanta mansedumbre le resultaba sospechosa. Y la joven intentaba convencer de sus ideas a Enderby.

—Ya te comprendo —decía Charles—. Nuestro simpático Brian oculta alguna cosa y por eso no puede dejarse llevar de su carácter.

—Eso es exactamente.

—¿Crees posible que él haya matado al viejo Trevelyan?

—Brian —contestó Emily pensativamente— es… bueno, una persona de la que se puede esperar cualquier cosa. Tal vez poco escrupuloso, me parece a mí. Y cuando se le antoja algo, creo que es de aquellos que no tienen inconveniente en apartarse de las normas sociales. En resumen, no es un tipo inglés.

—Dejando aparte toda clase de consideraciones personales, me parece un muchacho más despierto que Jim —contestó Enderby.

Emily asintió.

—Mucho más. Es capaz de llevar a feliz término cualquier proeza, pues nunca perdería la cabeza.

—Sinceramente, Emily, ¿le crees culpable del crimen?

—Yo no sé, lo dudo. Reúne las condiciones. Es la única persona que las reúne todas.

—¿Qué entiendes tú por reunir todas las condiciones?

—Muy sencillo. Primero: *motivo*. —Contó con los dedos mientras enumeraba sus razonamientos—: tiene el mismo que Jim, o sea, las veinte mil libras de la herencia. Segundo: *oportunidad*; nadie sabe dónde se encontraba el viernes por la tarde y, si hubiese estado en algún sitio que se pudiera mencionar… bueno, seguro que ya lo hubiera dicho, ¿no te parece? De modo que podemos deducir de su actitud que, en realidad, la tarde del crimen andaba por las inmediaciones de Hazelmoor.

—La policía no ha encontrado a nadie que lo viese en Exhampton —señaló Charles—, y es una persona bastante notable.

Emily meneó la cabeza desdeñosamente.

—No estaba en Exhampton. ¿No te das cuenta, Charles, de que si él hubiese cometido el asesinato lo tendría ya planeado de antemano? Sólo a ese pobre inocente de Jim se le ocurre presentarse con su cara de bobo y permanecer aquí. No muy lejos de Exhampton está Sittaford, y también Chagford, y asimismo Exeter. Bien pudo ir a pie desde Sydord. Hay una carretera de primer orden, de ésas que no se obstruyen con la nieve. Para él no sería sino un agradable paseíto.

—Me parece que tendremos que hacer algunas averiguaciones

por los alrededores.

—Ya las está haciendo la policía —replicó Emily—, y ellos las harán bastante mejor que nosotros. Todos los hechos públicos los averigua mejor la policía que un particular. Los investigadores privados se deben dedicar a detalles reservados o personales como, por ejemplo, a escuchar lo que dice Mrs. Curtis y las insinuaciones de miss Percehouse, y vigilar los movimientos de las Willett; ahí es donde les ganamos.

—O no, como muy bien puede ocurrir —comentó Charles.

—Continuaremos enumerando las condiciones que, a mi juicio, reúne Brian Pearson —dijo Emily—. Ya hemos mencionado dos: motivo y oportunidad, y vamos ahora con la tercera, una condición que, en cierto modo, me parece la más importante de todas.

—¿Cuál es?

—Desde el principio, nos hemos dado cuenta de que no podía descartarse del caso esa extraña sesión de velador que tuvo lugar en la mansión de Sittaford. Por mi parte, yo he hecho toda clase de intentos para considerarla desde el punto de vista más lógico y claro que sea posible. Y he llegado a la conclusión de que sólo admite tres soluciones. Primera: que fuese un fenómeno sobrenatural; desde luego, no puede rechazarse por completo que lo sea, aunque personalmente descarto esta hipótesis. Segunda: que fuera algo intencionado. Alguien movió la mesa a propósito, pero como no podemos encontrar una razón para ello, también podemos rechazar esta solución. Tercera: que se tratara de un hecho accidental. Alguien movía la mesita sin querer hacerlo, es decir, contra su voluntad. Un caso inconsciente de autorevelación. Si es así, alguna de aquellas seis personas sabía con certeza que el capitán iba a ser asesinado a cierta hora de la tarde o que alguien tendría con él una entrevista de la que pudiera resultar una escena violenta. Ninguna de aquellas seis personas pudo haber sido el verdadero asesino, pero una de ellas estaba en combinación con el criminal. No hay ningún relación entre el comandante Burnaby con algún otro, y lo mismo puede decirse de Mr. Rycroft o de Ronald Gardfield. Pero, si pensamos en las Willett, la cosa cambia. Existe una relación personal entre Violet y Brian Pearson. Esos dos jóvenes son amigos muy íntimos y la muchacha estaba sobre ascuas después del asesinato.

—¿Crees tú que ella estaba enterada? —preguntó Charles.

—Ella o su madre, la una o la otra.

—Hay una persona a la que no has mencionado —indicó Charles —: Mr. Duke.

—Ya lo sé —replico Emily—. Es muy extraño, pero no sabemos absolutamente nada acerca de este caballero. Dos veces he intentado visitarlo y en ambas he fracasado. En apariencia, no existe ninguna relación entre él y el capitán Trevelyan, o entre él y alguno de los parientes del asesinado. No hay el menor indicio para incluirlo entre los sospechosos, se mire como se quiera, y sin embargo…

—¿Qué? —insistió el periodista al ver que su amiga se callaba.

—Y sin embargo, recordarás que nos encontramos al inspector Narracott cuando salía del chalé de Mr. Duke. ¿Qué sabe el inspector acerca de ese hombre que no sepamos nosotros? Me gustaría saberlo.

—¿Crees que…?

—Supongamos que Duke es un individuo sospechoso y que la policía lo considera así. Supongamos que el capitán Trevelyan hubiese descubierto algo que se refiriera a Duke. Como recordarás, al capitán se interesaba mucho por todo lo que se refería a sus arrendatarios, por lo que podemos también suponer que pensara acudir a la policía a contarles lo que sabía. Y Duke concierta entonces con un cómplice el asesinato de su presunto delator. Bueno, ya sé que todo esto suena muy melodramático, puesto de esta forma, pero, no obstante, después de todo, algo por el estilo puede haber ocurrido.

—Ciertamente, es una idea —comentó Charles con lentitud.

Y ambos permanecieron silenciosos, cada uno de ellos sumergido en sus propias reflexiones.

De repente, Emily dijo:

—¿Conoces esa extraña sensación que a veces te invade cuando una persona te está mirando, sin haberte dado cuenta antes de su presencia? Pues ahora a mí me ocurre una cosa así: siento como si los ojos de alguien me estuvieran quemando en la espalda. ¿Es pura imaginación o es que en realidad alguien me mira en este momento?

Charles movió su silla una o dos pulgadas y miró alrededor suyo

con aire de indiferencia.

—Hay una mujer sentada ante una de las mesas que están junto a la ventana —explicó—. Es alta, morena y elegante. Te está mirando fijamente.

—¿Joven?

—No, no muy joven. ¡Hola!

—¿Qué pasa?

—Veo a Ronnie Gardfield. Acaba de entrar y está estrechando la mano de esa señora. Ahora se sienta con ella a la mesa. Me parece que la dama le está diciendo algo que se refiere a nosotros.

Emily abrió su bolso. De un modo bastante ostensivo se empolvó la nariz y ajustó el espejito de bolsillo en un ángulo conveniente.

—Es tía Jennifer —dijo en voz baja—. Ahora se levantan.

—Parece que se van —replicó el periodista—. ¿Quieres hablar con ella?

—No —contestó Emily—, creo que será mucho mejor para mí fingir que no la he visto.

—Después de todo —dijo Charles—, ¿por qué no puede conocer la tía Jennifer a Ronnie Gardfield e invitarlo a tomar el té?

—¿Y por qué lo habría de invitar? —preguntó Emily.

—¿Y por qué no?

—¡Oh, por Dios, Charles, no vayamos ahora a enfrascarnos en un inútil juego de palabras! *Por qué sí, por qué no, por qué sí y por qué no*. Desde luego, eso es una tontería y no sacaremos nada. Estábamos precisamente diciendo que ningún otro de los asistentes a aquella famosa *séance* tenía relación con la familia del muerto, y apenas transcurren cinco minutos cuando vemos a Ronnie Gardfield tomando el té con la hermana del capitán Trevelyan.

—Lo que demuestra —indicó Charles— que nunca sabe uno a que atenerse.

—Lo que demuestra —replicó Emily— que siempre tiene uno que volver a empezar.

—Y por más de un camino —contestó el periodista.

—¿Qué quieres decir?

—Por el momento, nada —contestó él.

Y puso su mano sobre la de la joven. Ella no retiró las suyas.

—Bien, este asunto ya está bastante discutido —dijo Charles—. Ahora…

—Ahora… ¿qué? —preguntó su amiga muy dulcemente.

—Haría cualquier cosa por ti, Emily —explicó el joven—. Cualquier cosa…

—¡Ah! ¿Sí? —dijo miss Trefusis—. Eres un compañero encantador, mi querido Charles.

Capítulo XXVI

Robert Gardner

Veinte minutos después, ni uno más ni uno menos, Emily llamaba a la puerta de Los Laureles. Aquella visita se debía a un repentino impulso de la joven.

La visitante obsequió con su más radiante sonrisa a Beatrice cuando ésta le franqueó la entrada.

—Aquí me tiene usted otra vez —dijo Emily—. Ya sé que la señora está ausente, pero ¿podría ver en estos momentos a Mr. Gardner?

Semejante petición no era corriente en aquella casa. Beatrice parecía dubitativa.

—Bien, no sé qué decir. Subiré a ver si es posible, ¿me permite?

—Sí, vaya —contestó miss Trefusis.

Beatrice se marchó escalera arriba, dejando a Emily sola en el vestíbulo. Al cabo de unos instantes, regresó para rogarle a la joven dama que hiciese el favor de subir con ella.

Robert Gardner estaba acostado en un canapé, junto a la ventana de una gran habitación del primer piso. Era un hombre robusto, de ojos azules y hermosa cabellera. Su mirada recordaba, pensó Emily, a la de Tristán en el tercer acto de *Tristán e Isolda*, aunque ningún tenor wagneriano haya sabido aún mirar así.

—¡Hola! —dijo al entrar la joven—. Usted es la futura esposa de ese criminal, ¿no es así?

—En efecto, tío Robert —contestó Emily—. Supongo que puedo llamarle tío Robert, ¿verdad?

—Si Jennifer lo consiente… ¿Qué tal resulta eso de tener al

novio pudriéndose en la cárcel?

Decididamente, aquel hombre era cruel, pensó Emily, como todo aquel que se divierte hurgando donde a uno le duele. Pero había encontrado una digna adversaria. La joven respondió, sonriendo.

—Es conmovedor.

—No le parecerá tan conmovedor al amigo Jim, ¿eh?

—Bueno… —replicó Emily—. Eso contribuye a aumentar su experiencia de la vida, ¿no le parece?

—Así aprenderá que, en este mundo, no todo consiste en beber cerveza y jugar a los bolos —dijo Robert Gardner, rebosando malicia—. Ese muchacho es demasiado joven para haber luchado en la guerra europea; ¿verdad que no estuvo? Será de esos a quienes les gusta la vida fácil. Bien, bien… ¡Habrá sido para él un buen golpe inesperado!

Y miró a su visitante con cierta curiosidad.

—¿Y por qué diablos quería verme? ¿Se puede saber?

En su voz se notaba un ligero matiz de sospecha o algo por el estilo.

—Cuando una va a entrar en una familia, es muy normal que antes quiera conocer a los que van a ser sus parientes —contestó la muchacha.

—Comprendo, hay que conocer lo peor antes de que sea demasiado tarde. De modo que usted cree que se va a casar con el joven Jim, ¿verdad?

—¿Por qué no?

—¿A pesar de la acusación de asesinato?

—Sí, a pesar de esa acusación.

—Muy bien —comentó Mr. Gardner—. Nunca había visto a nadie tan despreocupado. Cualquiera pensaría que le resulta muy divertido todo esto.

—Lo es. Perseguir a un criminal es terriblemente emocionante.

—¿Cómo?

—Digo que perseguir a un criminal es un deporte terriblemente emocionante —repitió Emily.

Robert Gardner se la quedó mirando y después dejó caer la cabeza hacia atrás, sobre la almohada.

—Estoy cansado —murmuró con voz displicente—. No puedo hablar ni una palabra más. ¡Enfermera! ¿Dónde se ha metido esa

enfermera? ¡Enfermera, estoy cansado!

Miss Davis acudió rápidamente ante aquella llamada desde una habitación contigua.

—Mr. Gardner se cansa con gran facilidad al menor esfuerzo —explicó la enfermera—. Creo que será mejor que se vaya, si no le importa, miss Trefusis.

Emily se puso de pie y asintió.

—Adiós, tío Robert. Tal vez vuelva otro día.

—¿Qué quiere decir eso?

—*Au revoir* —replicó Emily.

Ya estaba saliendo por la puerta de la casa cuando se detuvo de repente.

—¡Oh! —exclamo dirigiéndose a Beatrice—. Me he olvidado los guantes.

—Yo se los traeré, señorita.

—¡Oh, no! Ya iré yo por ellos —y echó a correr con gran ligereza escalera arriba, entrando sin llamar en el cuarto del enfermo.

—Dispénseme —dijo Emily—. Le pido mil perdones, tío, he vuelto por mis guantes.

Y los recogió de un modo ostentoso, dedicándoles una dulce sonrisa a los dos ocupantes de la habitación, que estaban sentados muy juntitos. Después, bajó corriendo la escalera y abandonó aquella casa.

«Este olvido de los guantes es un sistema terrorífico —se dijo la joven—. Es la segunda vez que me da resultado. ¡Pobre tía Jennifer! Me gustaría saber si está enterada de lo que ocurre. Probablemente, no. Bien, tengo que apresurarme porque Charles se aburrirá esperándome».

El joven Enderby la aguardaba sentado en el viejo Ford de Elmer, como habían convenido de antemano.

—¿Has tenido suerte? —le preguntó él mientras la abrigaba con la manta.

—En cierto modo, sí. Aunque no estoy segura.

Charles la miró de un modo interrogativo.

—No pongas esa cara —dijo Emily, en respuesta a la inquisitiva actitud de su compañero—, porque no pienso contártelo. Te diré: es un asunto que tal vez no tenga nada que ver. Y si es así, no sería

correcto.

Enderby lanzó un suspiro.

—Eso es muy duro —observó.

—Lo siento mucho —dijo la muchacha con firmeza—, pero las cosas son así.

—Haz lo que mejor te parezca —replicó Charles glacialmente.

Y ambos continuaron su viaje, sumidos en un silencio absoluto, en un silencio ofendido, por parte del periodista, mientras que el de Emily era más bien de abstracción.

Ya estaban cerca de Exhampton cuando ella rompió a hablar, preguntando una cosa totalmente inesperada:

—Charles, ¿sabes jugar al bridge?

—Sí que sé. ¿Por qué lo preguntas?

—Por algo que estaba pensando. Ya debes saber lo que se le acostumbra a aconsejar a un jugador cuando valora su mano: si vas a defender, cuenta las posibles ganadoras, pero si vas a atacar, cuenta las perdedoras. Pues bien, nosotros hemos estado atacando en este asunto que nos ocupa, y tal vez lo hicimos hasta ahora del modo erróneo.

—¿Quieres explicarme eso?

—Es muy sencillo, hemos estado examinando los «ganadores», ¿no es así? Me refiero a que todos nuestros pasos se han dirigido hacia las personas que *podían* haber matado al capitán Trevelyan, por improbable que eso pareciese. Y por eso nos ahogamos en un terrible mar de dudas.

—Yo no me ahogo en ese mar —replicó Charles.

—Bueno, pues yo sí. Estoy tan embotada que no sé qué pensar de todo esto. Cambiemos de táctica y empecemos a trabajar por el camino opuesto. Pasemos revista a los que podríamos llamar «perdedores» en este juego, es decir, a las personas que de ningún modo pueden haber matado al capitán Trevelyan.

—Bien. Vamos a ver —Enderby reflexionó—; para empezar, citaremos a las Willett, a Burnaby y a Rycroft y a Ronnie… ¡Ah! Y a Duke.

—Sí —admitió Emily—. Sabemos que ninguno de ellos pudo matarlo porque a la hora en que se cometió el asesinato, todas estas personas estaban en la mansión de Sittaford y cada una vio a las demás y es imposible que todos mientan. Sí, hemos de descartarlos

a todos.

—Realmente, todos los de Sittaford están libres de sospecha —siguió diciendo Charles—. Incluso Elmer —añadió bajando la voz, en atención a la posibilidad de que el conductor los oyese—, porque el pasado viernes la carretera de Sittaford estaba intransitable para toda clase de vehículos.

—Pero podía haber ido a pie —indicó la joven en voz igualmente baja—. Si el comandante Burnaby fue capaz de hacer por la noche semejante recorrido, muy bien pudo Elmer haber salido a la hora de comer, llegar a Exhampton a las cinco, cometer el asesinato y volver.

Enderby meneó la cabeza.

—No creo que pudiese volver andando. Recuerda que la gran nevada empezó a caer hacia las seis y media. De todos modos, supongo que no acusarás a Elmer, ¿verdad?

—No —contestó Emily—, aunque, como es natural, pudiera ser un maníaco homicida.

—¡Bah! —replico Charles—. Todo lo que conseguirás es herir sus sentimientos si te oye.

—De todos modos —indicó la joven—, tú no puedes asegurar definitivamente que él haya podido matar al capitán Trevelyan.

—Pero casi, casi —dijo el periodista—. No es posible que fuera a pie de Exhampton y regresara del mismo modo sin que todo Sittaford se enterara del caso y lo comentase por su rareza.

—Ciertamente, es un pueblecito en el que cada habitante se entera de todo lo que ocurre —asintió Emily.

—Exacto —afirmó Enderby—. Y por eso he dicho antes que los vecinos de Sittaford deben quedar descartados por completo. Los únicos que no estaban de visita en casa de las Willett, Mrs. Percehouse y el capitán Wyatt, son inválidos. De ningún modo podrían aventurarse en una tormenta de nieve. Y el simpático y viejo Curtis y su esposa están en el mismo caso. Si cualquiera de ellos lo hubiese hecho, habría tenido que instalarse confortablemente en Exhampton durante el fin de semana y regresar cuando el tiempo hubiera mejorado.

La joven se rió

—Desde luego, es difícil ausentarse de Sittaford durante el fin de semana sin que los demás se den cuenta.

—Curtis hubiese notado cierto silencio, si era su mujer la que se iba —comentó en broma el periodista.

—Naturalmente, la única persona que puede estar en este caso es Abdul —recordó Emily—. Sería digno de una novela. El actual criado habría sido en sus tiempos un fiero soldado y el capitán Trevelyan habría arrojado a su hermano favorito por la borda durante un motín. ¡Qué argumento más bonito!

—Me resisto a creer —dijo Charles— que ese miserable y deprimente individuo sea capaz de matar a nadie.

Y al cabo de un instante de silencio, añadió de repente:

—¡Ya lo sé!

—¿Quién? —pregunto Emily ansiosamente.

—La esposa del herrero. Esa mujer que está esperando su octavo hijo. La intrépida aldeana, a pesar de su estado, recorrió a pie toda la carretera de Sittaford y golpeó al viejo con el saco de arena.

—¿Y por qué motivo, si se puede saber?

—Porque aunque el herrero era padre del séptimo y anterior retoño, el capitán Trevelyan lo iba a ser del que estaba en camino.

—¡Charles! —exclamó Emily—. ¡No seas tan ordinario! Además, en todo caso —continuó diciendo ella—, sería el herrero quien lo asesinaría, no ella. Eso ya es algo más probable. ¡Figúrate cómo blandiría el saco de arena un brazo tan poderoso como el de ese horrible hombre! Y su esposa no se daría cuenta nunca de su ausencia. Con siete críos que cuidar, no le quedará tiempo para acordarse de ningún hombre.

—Esto está degenerando en puras idioteces —comentó el periodista.

—Opino lo mismo —convino la muchacha—. Nuestro repaso de los «perdedores» no ha obtenido un gran éxito.

—¿Y qué podemos decir de ti?

—¿Yo?

—¿Dónde estabas cuando se cometió el crimen?

—¡Qué extraordinario! Nunca se me había ocurrido pensar en eso. Estaba en Londres, naturalmente; pero no sé cómo podría probarlo porque estaba sola en mi piso.

—Pues ahí lo tienes —dijo el periodista—. No te falta el motivo ni ningún detalle. Tu novio iba a heredar veinte mil libras esterlinas. ¿Qué más quieres?

—Eres muy listo, Charles —replicó Emily—. Ya veo que en realidad soy más sospechosa de lo que parecía. Nunca había pensado en ello antes de ahora.

Capítulo XXVII

Narracott actúa

Dos días después, por la mañana, Emily estaba sentada en el despacho del inspector Narracott. Acababa de llegar de Sittaford pocos minutos antes.

El inspector la contemplaba apreciativamente. Admiraba la resolución de Emily, el valeroso y decidido carácter que la sostenía en la lucha y su resuelta jovialidad. Era una buena luchadora y Narracott había sentido siempre gran veneración por toda clase de luchadores. En su opinión, la muchacha valía mucho más de lo que se merecía Jim Pearson, aun en el caso de que este joven resultase inocente del asesinato.

—Habrá leído muchas veces en los libros —decía el inspector— que la policía busca siempre una víctima, sin importarle un comino que sea culpable o no mientras ellos tengan pruebas suficientes para acusarla. Y eso no es cierto, miss Trefusis, pues sólo nos interesa el verdadero criminal.

—Entonces ¿cree sinceramente que Jim es culpable, Mr. Narracott?

—No puedo dar una respuesta oficial a su pregunta, señorita, pero sí voy a decirle una cosa: que estamos examinando con todo cuidado no sólo las pruebas en contra de él, sino las que recaen sobre otras personas.

—¿Se refiere a su hermano, a Brian?

—He aquí un caballero muy poco satisfactorio: Mr. Brian Pearson. Siempre se ha negado a contestar a las preguntas que se le han formulado o a proporcionar cualquier información acerca de sí

mismo, pero yo pienso… —y la suave sonrisa del inspector, característica del Devonshire, se amplió—. Creo que me será posible hacer algunas averiguaciones con respecto a alguna de sus actividades. Si no me equivoco, antes de media hora sabremos más cosas de él. Además, ahí tenemos también el marido de la sobrina, es decir, el doctor Dering.

—¿Lo ha visto usted? —preguntó Emily llena de curiosidad.

El inspector Narracott contempló aquel lívido rostro y se sintió tentado a prescindir de la prudencia que su cargo imponía. Recostándose en su sillón, relató su entrevista con Mr. Dering: después, abrió un archivo que estaba al alcance de su mano y sacó de él una copia del telegrama que había enviado a Mr. Rosenkraun.

—Éste es el texto del despacho que se expidió —dijo—. Y aquí está la respuesta.

Emily leyó ambos papeles. El primero ya lo conoce el lector; he aquí el contenido del segundo:

> Narracott. Camino Drysdale, 2. Exeter. Ciertamente, confirmo declaración Mr. Dering. Estuvo conmigo tarde entera viernes. Rosenkraun.

—¡Oh, qué… lástima! —exclamó Emily, escogiendo una palabra más suave que la que hubiese preferido usar, pues le constaba que los oficiales de la policía eran anticuados y se molestaban con facilidad.

—¿Sí? —replicó el inspector Narracott dando a entender que imaginaba los pensamientos de la joven—. Es un fastidio, ¿verdad?

Y la suave sonrisa del Devonshire brotó de nuevo en sus labios.

—Pero yo soy muy desconfiado, miss Trefusis. Las razones de Mr. Dering podrían parecer muy plausibles, pero yo pensé que era lamentable ponerse en sus manos de un modo tan absoluto. Así pues, no me di por vencido y envié otro telegrama.

Y de nuevo le entregó a la joven dos hojas de papel. La primera de ellas decía:

Información que necesitamos referente

asesinato capitán Trevelyan. Rogamos aclare si garantiza coartada Martin Dering durante tarde viernes. Inspector Narracott, división de Exeter.

El mensaje que llegó de respuesta demostraba cierto sobresalto y poca preocupación por su coste.

No tenía ni la menor idea de que se tratase de un caso criminal. No vi a Martin Dering en todo el viernes. Acepté confirmar su declaración como favor de amigo, creyendo que su esposa le había hecho vigilar para entablar un proceso de divorcio. Rosenkraun.

—¡Oh! —exclamó la joven—. ¡Qué listo es usted, inspector!

El aludido pensó, de un modo evidente, que efectivamente no había sido nada torpe en aquella ocasión. Su sonrisa era benévola y satisfecha.

—¡Cómo se ayudan unos hombres a otros! —continuó diciendo Emily mientras releía los telegramas—. ¡Pobre Sylvia! En cierto modo, a veces llegó a creer que los hombres son bestias salvajes. Por eso mismo —añadió— resulta tan agradable encontrar a uno en quien poder realmente confiar.

Y sonrió contemplando con admiración al policía.

—Tenga en cuenta que todo esto es muy confidencial, miss Trefusis —le advirtió el inspector—. Tal vez he ido más lejos de lo que debiera al darle a conocer estos informes.

—Algo encantador por su parte —respondió la joven—. Nunca, *nunca* lo olvidaré.

—Bueno, ya sabe —le recomendó Narracott—, ni una palabra *a nadie*.

—Quiere decir que no se lo puedo contar a Charles… a Mr. Enderby.

—Los periodistas son siempre periodistas —afirmó el detective— y, aunque a éste lo tenga dominado, miss Trefusis, no por eso las noticias dejan de ser noticias, ¿no es así?

—Entonces, no se lo diré —contestó Emily—. Yo creo que lo tengo perfectamente amordazado, pero como dice muy bien, un periodista es siempre un periodista.

—Nunca se deben explicar detalles innecesarios; éste es mi lema —sentenció el inspector Narracott.

Un ligero guiño asomó a los ojos de la muchacha, revelando que, aunque no lo decía, pensaba que su interlocutor había estado infringiendo de mala manera su rígido lema durante la última media hora.

Un recuerdo repentino cruzó por la mente de la joven, y probablemente no porque tuviese mucha relación con lo que se estaba tratando. Todo parecía apuntar a una dirección completamente opuesta, pero aun así era interesante saberlo.

—Inspector Narracott —le dijo de un modo imprevisto—, ¿quién es Mr. Duke?

—¿Mr. Duke?

Ella pensó que sus preguntas tenían la particularidad de asustar casi siempre al bueno de Narracott.

—Recuerde —continuó diciendo Emily— que le encontramos en Sittaford cuando salía del chalé de ese caballero.

—¡Ah, sí, sí, ya recuerdo! A decir verdad, señorita, yo quería tener alguna versión independiente de aquel asunto del velador. El comandante Burnaby no es muy brillante en eso de describir escenas.

—Sin embargo —comentó la muchacha pensativamente—, si yo fuera usted, me hubiera dirigido antes a una persona más experta en esa clase de fenómenos como Mr. Rycroft. ¿Por qué ir a ver a Mr. Duke?

Tras un silencio algo prolongado, el inspector contestó:

—Eso es una cuestión opinable.

—No me convence. Me gustaría saber si la policía sabe algo referente a Mr. Duke.

Narracott no contestó. Había levantado su mirada, con extraña fijeza, sobre el papel secante de la carpeta que tenía delante.

—¡El hombre que lleva una vida intachable! —exclamó Emily—. Esta frase parece describir a Mr. Duke de un modo exactísimo; no obstante, acaso no haya llevado siempre una vida tan intachable, y tal vez la policía lo sabe…

La joven pudo apreciar un débil estremecimiento en el rostro del inspector Narracott al intentar éste disimular una inevitable sonrisa.

—A usted le gusta adivinar cosas, ¿no es así, miss Trefusis? —contesto con amabilidad.

—Cuando la gente no quiere contar lo que a una le interesa, no hay más remedio que hacer conjeturas —replicó la muchacha.

—Cuando un hombre, como usted dice, lleva una vida intachable —indicó el inspector Narracott—, y además le sería enojoso e inconveniente que se divulgase su pasado, lo mejor que puede hacer y que es capaz de hacer la policía es amoldarse a sus deseos. Nosotros no tenemos ningún interés en divulgar secretos personales.

—Lo comprendo —dijo Emily—. Pero, de todos modos, el caso es que usted fue a visitarle, ¿no es cierto? Y esto parece demostrar que usted pensaba, por decirlo así, que ese caballero podía echarle una mano. Me gustaría… me gustaría saber quién es en realidad Mr. Duke, y también en que forma concreta de delincuencia se ha visto implicado en el pasado.

La muchacha miraba con aire de súplica al inspector, pero éste mantenía un rostro impasible. Y como ella se dio cuenta de que en aquel caso particular no debía esperar ninguna revelación más por parte del policía, se conformó con lanzar un significativo suspiro y se preparó para marcharse.

Cuando hubo salido del despacho, Narracott continuó sentado y silencioso durante largo rato, jugando distraídamente con el secante, mientras los últimos restos de su característica sonrisa resbalaban aún por sus labios. Finalmente, tocó el timbre y entró uno de sus subordinados.

—¿Qué tal? —preguntó el inspector.

—Todo ha ido bien, pero no era en el Hotel Duchy, de Princetown, sino en la fonda en Two Bridges.

—¡Ah, caramba! —exclamó Narracott cogiendo los papeles que el otro le entregaba—. Bien —añadió—, con esto queda todo aclarado. ¿Se ha enterado de lo que hizo durante el viernes el otro joven?

—Desde luego, es cierto que llegó a Exhampton en el ultimo tren, pero no he podido precisar todavía a qué hora salió de Londres. Seguimos investigándolo.

El inspector sonrió en silencio.

—Aquí tiene la copia del registro de Somerset House.

Narracott la desdobló. Era el acta de un matrimonio celebrado en 1894 entre William Martin Dering y Martha Elizabeth Rycroft.

—Está bien —dijo el inspector—. ¿Hay algo más?

—Sí, señor, Brian Pearson salió de Australia a bordo de un barco de la Blue Funnel Boad, el *Phidias*. Este barco hizo escala en Ciudad de El Cabo, pero ningún pasajero de nombre Willett figura en las listas de a bordo. Tampoco se encuentra en estas listas ninguna madre y ninguna hija que procediesen de Sudáfrica. En cambio, encontré inscritas a Miss y Mrs. Evans y a Mrs. y Miss Johnson, todas ellas de Melbourne; las dos últimas corresponden muy bien a las señas personales de las Willett.

—¡Hum! —murmuró el inspector—. Johnson. Lo más probable es que ni Johnson ni Willett sea el nombre verdadero. Creo que a éstas las tenemos bien clasificadas. ¿Algo más?

Esta vez no había nada más, a juzgar por el silencio que siguió a la pregunta de Narracott.

—Bien —dijo el inspector—, me parece que ya tenemos bastantes datos para proceder.

Capítulo XXVIII

Las botas

—Pero, mi querida jovencita —decía Mr. Kirkwood—, ¿qué espera encontrar en Hazelmoor? Todos los efectos del capitán Trevelyan han sido ya retirados. La policía revolvió la casa de arriba a abajo. Comprendo muy bien su situación y su ansiedad por que Mr. Pearson sea… bueno, exculpado cuanto antes. Pero ¿qué puede usted hacer?

—No espero encontrar nada —replicó Emily—, ni descubrir algo que a la policía le haya pasado inadvertido. No sé cómo explicárselo, Mr. Kirkwood, lo que yo quiero es… captar el *ambiente* de aquel lugar. Por eso le ruego que me deje la llave. No hay nada malo en ello.

—Ciertamente, no hay nada malo en ello —dijo Mr. Kirkwood con dignidad.

—Entonces, por favor, sea tan amable —concluyó la joven.

Mr. Kirkwood fue amable y le tendió la llave con una indulgente sonrisa. Hizo lo que pudo por acompañarla, catástrofe que pudo tan sólo ser evitada con gran tacto y firmeza por parte de Emily.

Aquella mañana, la muchacha había recibido una carta redactada en los siguientes términos:

> *«Mi querida miss Trefusis —escribía Mrs. Belling—: Usted me dijo cuánto le gustaría enterarse de cualquier cosa que pudiera ocurrir y que, de algún modo, se apartase de lo normal*

aunque no tuviera importancia. Y como esto es un poco raro, aunque no tenga importancia, pensé que mi deber, señorita, era ponerlo inmediatamente en su conocimiento. Espero que ésta carta le llegará en el último reparto de esta noche o en el primero de la mañana. Mi sobrina vino por aquí y dijo que no tenía importancia, pero era algo extraño, en lo cual estuve de acuerdo con ella. La policía dijo, y así lo creyó todo el mundo, que no había encontrado a faltar ningún objeto de la casa del capitán Trevelyan. Claro que era una forma de hablar para referirse a cosas que tuvieran algún valor. Sin embargo, algo se ha extraviado, aunque entonces no se advirtió por no tener importancia.

Al parecer, señorita, han desaparecido un par de botas del capitán. Esto lo notó Evans cuando fue allí a recoger las cosas con el comandante Burnaby. Aunque no creo que sea un detalle de importancia, señorita, pensé que le gustaría a usted conocerlo. Se trata de un par de botas de cuero grueso de las que se engrasan bien y que el capitán hubiera usado si hubiese tenido que salir a caminar por la nieve; pero como no salió durante la nevada, no tiene sentido que falten esas botas. Pero el caso es que no aparecen y nadie sabe quién se las ha podido llevar; y a pesar de que yo sé muy bien que no tiene importancia, creí que era mi deber escribirle a usted.

«Espero que al recibir esta carta se encuentre usted tan bien de salud como una servidora, y deseando que no se preocupe demasiado por ese joven caballero, se despide de usted, señorita, su muy afectísima servidora:

J. Belling»

Emily había leído y releído varias veces esta carta y la había discutido también con Charles.

—¡Unas botas! —decía el periodista pensativamente—. No parece que tenga sentido.

—Pues alguno debe de tener —apuntaba la joven—. Quiero decir que ¿por qué se han de perder un par de botas?

—¿No pensarás que se lo ha inventado Evans?

—¿Por qué tenía que inventarlo? Y después de todo, si la gente inventa algo, siempre es algo con sentido. No se inventan tonterías como ésta.

—Las botas sugieren alguna relación con pisadas —observó Charles reflexivamente.

—Lo sé. Pero las pisadas no aparecen en este caso por ningún lado. Tal vez si no hubiese vuelto a nevar de aquel modo…

—Sí, tal vez. Pero incluso así…

—Pudo habérselas dado a algún pordiosero —sugirió Charles—, y éste lo asesinó.

—Supongo que eso es posible —replicó Emily—, pero no parece muy probable tratándose del capitán Trevelyan. Él le buscaría algún trabajo a un hombre necesitado, o le daría un chelín, pero nunca le regalaría sus mejores botas de invierno.

—Bueno, pues me rindo —comento el periodista.

—Yo no pienso rendirme —observó la joven—. De un modo u otro pienso llegar al fondo del asunto.

De acuerdo con sus palabras, se fue a Exhampton, donde primero pasó por Las Tres Coronas, donde fue recibida con gran entusiasmo por Mrs. Belling.

—¿Y su joven caballero sigue aún en la cárcel, señorita? ¡Caramba! Es una vergüenza y ninguno de nosotros cree que él tenga la menor culpa y a mí me gustaría estar presente cuando esa gente lo acuse. De modo que recibió mi carta, ¿verdad? ¿Le gustaría ver a Evans? Bien, pues vive aquí mismo, a la vuelta de la esquina, en el 85 de Fore Street. Quisiera poder acompañarla, pero no puedo abandonar esto. No tiene pérdida.

Emily no se perdió. Evans estaba fuera, pero su esposa la recibió y la invitó a entrar. Emily se sentó e indujo a Mrs. Evans a que hiciese lo mismo y, sin pérdida de tiempo, se adentró en el caso.

—He venido para hablar de lo que su marido le contó a Mrs.

Belling. Me refiero a ese par de botas del capitán Trevelyan que se han perdido.

—Es una cosa un poco extraña, se lo aseguro —afirmó la joven esposa.

—¿Y su marido está seguro de que no se equivoca?

—¡Oh, sí! El capitán las llevaba puestas la mayor parte del invierno. Y le iban grandes, por lo que se ponía dos pares de calcetines con ellas.

Emily asintió.

—¿Y no es posible que las hubiera mandado a reparar o algo por el estilo? —sugirió miss Trefusis.

—No sin que Evans se enterase —aseguró su esposa jactanciosamente.

—Bien, supongo que no.

—Es una cosa bastante rara —continuó diciendo Mrs. Evans—, pero no creo que tenga nada que ver con el asesinato, ¿no le parece, señorita?

—No me parece probable —replicó Emily.

—¿Es que han encontrado algo nuevo, señorita? —la voz de la mujer revelaba cierta ansiedad.

—Sí, un par de cosas, nada importante.

—Como he visto que el inspector de Exeter volvía a estar aquí hoy, pensé que tal vez las hubiera.

—¿El inspector Narracott?

—Sí, señorita, el mismo.

—¿Vino en tren?

—No, llegó en automóvil. Primero fue a Las Tres Coronas y preguntó por el equipaje del joven caballero.

—¿Qué equipaje y qué joven?

—Pues del caballero por quien usted se interesa.

Emily se la quedó mirando.

—Interrogaron a Tom —continuó la esposa del criado—. Dio la casualidad de que yo pasé por allí poco después y él me lo dijo. Tom es de los que lo cuentan todo. Él recordó que había dos etiquetas en las maletas del joven caballero: una de Exeter y otra de Exhampton.

Una repentina sonrisa iluminó el rostro de Emily al imaginarse que el crimen hubiese sido cometido por el propio Charles con el

único objeto de conseguir una noticia sensacional para su periódico. Realmente, pensó la joven, se podría escribir una interesante historia sobre aquel tema. Volvió a sentir admiración por la habilidad que demostraba el inspector Narracott al comprobar los más nimios detalles que se relacionaran con cualquier persona, por muy remota que fuese su relación con el crimen. Seguro que el activo policía había salido de Exeter casi inmediatamente después de su entrevista con ella. Un automóvil rápido adelanta con facilidad al tren y, por otra parte, ella había almorzado en Exeter.

—¿Adónde fue después el inspector? —preguntó Emily.

—A Sittaford, señorita. Tom oyó que se lo ordenaba al chofer.

—¿A la mansión de Sittaford?

Ella recordaba que Brian Pearson permanecía aún hospedado en casa de las Willett.

—No, señorita, iba a casa de Mr. Duke.

¡Otra vez Mr. Duke! Emily se sintió llena de irritación y contrariedad. ¡Siempre Duke, el elemento desconocido! Tuvo la impresión de que debía ser capaz de deducir quién era a partir de las evidencias, pero al parecer a todo el mundo le producía la misma impresión aquel caballero: un hombre normal y corriente, agradable.

«Tengo que ir a verle —se dijo la joven—. Le visitaré en cuanto regrese a Sittaford».

Le dio las gracias a Mrs. Evans por sus informes y entonces se fue a ver a Mr. Kirkwood, donde consiguió la llave de Hazelmoor. Poco después, la intrépida joven estaba de pie en el vestíbulo de la casa donde había tenido lugar el crimen, preguntándose qué era lo que ella esperaba encontrar allí.

Subió lentamente la escalera y se metió en la primera habitación que encontró al llegar al piso superior. Era evidente que aquel cuarto había sido el dormitorio del capitán Trevelyan. Como Mr. Kirkwood le había indicado, habían sido retirados sus efectos personales. Las sábanas estaban dobladas y apiladas ordenadamente, y los cajones de los muebles no contenían nada; sólo encontró un colgador abandonado en un armario. En el mueble destinado al calzado, no había más que estantes vacíos.

Emily suspiró, se volvió hacia la puerta y bajó a la planta baja. Allí visitó la habitación donde el cadáver del capitán había

permanecido en el suelo mientras los copos de nieve entraban por la abierta ventana.

La joven intentó imaginarse la escena. ¿De quién era la mano que golpeó al capitán Trevelyan y *por qué* lo hizo? ¿Había sido asesinado a las cinco y veinticinco, como todo el mundo creía? ¿O sería cierto que Jim perdió la serenidad y mintió? Tal vez no le contestara nadie cuando llamó a la puerta principal, en cuyo caso daría la vuelta a la casa hasta la ventana posterior y, viendo el cadáver de su difunto tío, debió de salir corriendo muerto de miedo. ¡Si al menos supiese lo que había pasado! Según el abogado Dacres, Jim se aferraba a su declaración. Pudiera ser cierta, pero también que el joven hubiera perdido el control. Ella no podía estar segura.

¿Y si hubiera entrado alguien más en la casa, como había sugerido Mr. Rycroft, alguien que hubiera oído la discusión y aprovechado la oportunidad?

De ser así, ¿arrojaría eso alguna luz sobre el problema de las botas? ¿Habría alguien arriba, en el dormitorio del capitán Trevelyan? Emily volvió a atravesar el vestíbulo. Se detuvo para echar un rápido vistazo al comedor, donde vio un par de baúles muy bien atados y rotulados. El aparador estaba vacío. Las copas de plata y demás trofeos estaban ya en el chalé del comandante Burnaby.

La joven observó, sin embargo, que las tres nuevas novelas del premio, cuya historia le había contado Evans a Charles y que éste luego le había repetido, adornada con divertidos detalles, estaban olvidadas sobre una silla.

Emily acabó de echarle una breve ojeada al comedor y meneó la cabeza. Allí no había nada de particular. Subió de nuevo la escalera y una vez más entró en el dormitorio.

Tenía que averiguar por qué se habían perdido las botas. Hasta que pudiera imaginar alguna teoría razonablemente satisfactoria para ella y que pudiese justificar semejante desaparición, se sentía incapaz de pensar ninguna otra cosa. Aquellas botas adquirían ridículas proporciones, empequeñeciendo cualquier otro detalle relativo al caso. ¿Acaso no encontraría allí *nada* que la ayudase?

La joven abrió todos los cajones, uno por uno, escudriñando detrás de ellos. En las historias de detectives se encontraba siempre algún trozo de papel olvidado. Pero, evidentemente, en la vida real

no podía uno esperar tan afortunados acontecimientos, o el inspector Narracott y sus hombres hubieran dado ya buena cuenta del caso. Emily continuó registrando todos los muebles y rincones y levantó los bordes de la alfombra. Sondeó con todo cuidado el colchón de muelles. Hubiera sido difícil explicar qué esperaba encontrar en todos aquellos lugares, pero eso no impedía que continuase fisgoneando con perseverancia perruna.

Y entonces, en un momento en que, cansada de estar agachada, se estiró para enderezar la espalda y descansar de pie, le llamó la atención un detalle incongruente en medio del perfecto orden que reinaba en aquella habitación: un montoncito de hollín en la chimenea.

Emily lo contempló con la misma fascinación en la mirada que hubiese empleado un pájaro a la vista de una serpiente. Se acercó a él sin quitarle el ojo de encima. No es que hubiese hecho ninguna deducción lógica, ni que relacionase causa y efecto, sino que simplemente la sola presencia del hollín le sugirió una determinada posibilidad. Emily se arremangó y metió ambos brazos en la chimenea, hacia arriba.

Un instante después examinaba con incrédula satisfacción un paquete mal envuelto en hojas de periódico. De un tirón arrancó aquellos papeles y allí, ante sus propios ojos, hizo su aparición el par de botas que se había perdido.

—¿Pero cómo? —exclamó la joven—. Aquí están. ¿Por qué? ¿Por qué?

No cesaba de contemplarlas. Les daba vueltas y más vueltas entre sus manos. Las examinó por fuera y por dentro, y siempre la misma pregunta le martilleaba monótonamente el cerebro: «¿Por qué?»

Desde luego, alguien había cogido aquellas botas del capitán Trevelyan y las había escondido en la chimenea; pero ¿por qué lo hizo?

—¡Oh! —gritó Emily desesperadamente—. ¡Me voy a volver loca!

Dejó las botas con todo cuidado en el centro de la habitación y, arrastrando una silla, se sentó delante de ellas. Entonces, de un modo racional y deliberado, se puso a recordar todo lo ocurrido desde el principio, repasando todos los detalles que ella conocía o

había conocido por habérselos oído contar a otras personas. Meditó acerca de cada uno de los actores del drama y de los que parecían extraños a él.

Y de repente, una rara y nebulosa idea empezó a tomar forma en su cerebro, una idea sugerida por aquel par de inocentes botas que permanecían mudas ante ella.

—Pero en ese caso —murmuró la joven—, en ese caso…

Cogió las dos botas con una mano y salió corriendo escalera abajo. Una vez en la planta baja, abrió la puerta del comedor y se dirigió en línea recta hacia la vitrina del rincón. Allí era donde el capitán Trevelyan guardaba, en abigarrado desorden, sus trofeos y utensilios deportivos, es decir, todas aquellas cosas que no quiso dejar en la mansión de Sittaford al alcance de sus nuevas inquilinas: los esquís, los remos, el pie de elefante, los colmillos de marfil, las cañas de pescar… en resumen, una heterogénea colección de cosas que aún estaban allí esperando a que los señores Young y Peabody las empaquetasen debidamente para su almacenaje.

Emily se arrodilló sin soltar las botas.

Unos instantes después estaba nuevamente de pie, dudando entre creer o no lo que acababa de descubrir.

—¡De modo que era eso! —decía entre dientes—. ¡De modo que era eso…!

Se dejo caer en una silla. Todavía quedaban muchas cosas que no comprendía.

Pasados algunos momentos, se puso de pie y se dijo en voz alta:

—Ya sé quién mató al capitán Trevelyan, pero aún ignoro por qué. Aún no soy capaz de imaginármelo. De todos modos, no hay que perder tiempo.

Se apresuró a salir de Hazelmoor. Encontrar un automóvil que la condujese a Sittaford fue cuestión de unos pocos minutos. Le dio al chófer la orden de que la dejase ante la puerta del chalé habitado por Mr. Duke. Al llegar allí, pagó el coche y avanzó por el breve sendero de entrada, mientras el automóvil se marchaba.

Levantó el llamador y dio unos sonoros golpes en la puerta.

Al cabo de un corto intervalo, ésta fue abierta por un corpulento hombre cuyo rostro reflejaba cierta natural impasibilidad.

Por primera vez, Emily se encontraba cara a cara con Mr. Duke.

—¿Es usted Mr. Duke? —le preguntó.

—El mismo.

—Pues yo soy miss Trefusis. ¿Me permite entrar?

El interpelado dudó un momento, pero en seguida se hizo a un lado para dejarle paso a la joven. Emily entró en la sala de estar, mientras él cerraba la puerta y la seguía.

—Necesito ver al inspector Narracott —dijo la muchacha—. ¿Está aquí?

De nuevo se produjo una pausa. Mr. Duke parecía inseguro de cuál era la respuesta adecuada. Al fin, pareció que se decidía en un sentido determinado. Sonrió con una sonrisa algo extraña.

—El inspector Narracott está aquí —respondió—. ¿Para qué quiere verlo?

Emily levantó el paquete que llevaba en la mano y lo desenvolvió. Contenía un par de botas de invierno que la muchacha colocó en la mesa junto a la cual se encontraba Mr. Duke.

—Pues tengo que verlo —replicó ella— para hablarle de estas botas.

Capítulo XXIX

Una segunda sesión

—¡Hola, hola, hola! —decía Ronnie Gardfield.

Mr. Rycroft, que subía muy despacio la empinada cuesta del camino procedente de la oficina de Correos, se detuvo al oír aquella voz hasta que Ronnie lo alcanzó.

—Vienen de los almacenes Harrods locales ¿eh? —comentó Ronnie socarronamente—. ¡Esa vieja Hibbert!

—Se equivoca —le replicó Mr. Rycroft—. Vengo de dar un pequeño paseo hasta un poco más allá de la herrería. Hoy hace un tiempo delicioso.

Ronnie levantó la vista hacia el azul del cielo.

—Sí, bastante diferente del que teníamos la semana pasada. A propósito, va usted a casa de las Willett, ¿no es así?

—En efecto. ¿Y usted también?

—Sí, señor, es nuestro centro de reunión en Sittaford: las Willett. Hay que evitar desanimarse, he aquí su lema. Hay que seguir como antes. Mi tía dice que no está bien eso de que inviten a sus vecinos a tomar el té siendo tan reciente el funeral y todas estas cosas, pero eso son majaderías. Ella habla así porque está disgustada por lo del Emperador de Perú.

—¿El Emperador de Perú? —interrogó Mr. Rycroft muy sorprendido.

—Es uno de esos malditos gatos. Ahora resulta que se está volviendo emperatriz y a tía Caroline, naturalmente, le molesta. No le gustan estos problemas de sexo, aunque, como digo yo, ella se desahoga aplicándoles reflexiones gatunas a las Willett. ¿Por qué no

han de invitar a sus amigos a tomar el té? ¿Qué importa que el capitán haya muerto hace poco? Al fin y al cabo, Trevelyan no era pariente de ellas, ni mucho menos.

—Muy cierto —contestó Mr. Rycroft volviendo la cabeza para contemplar un pájaro que pasaba volando bajo y en el cual creyó ver un ejemplar de una especie rara.

—¡Qué fastidio! —murmuró—. Lamento no tener aquí mis prismáticos.

—¿Cómo? Hablando de Trevelyan, ¿cree posible que Mrs. Willett le conociera mejor de lo que ella afirma?

—¿Por qué me pregunta eso?

—Por el cambio que en pocos días ha experimentado esa mujer. ¿Ha visto alguna vez una cosa semejante? En la última semana, ha envejecido casi veinte años. Usted sí debe de haberlo notado.

—Sí —dijo Mr. Rycroft—, ya lo he notado.

—Muy bien, ahí lo tiene. La muerte de Trevelyan debe de haber sido un espantoso choque para ella de un modo o de otro. Sería curioso que ahora resultase que se trataba de una antigua esposa del capitán a la cual éste hubiera abandonado en su juventud, sin reconocerla ahora.

—No lo creo muy probable, Mr. Gardfield.

—Se parece demasiado al argumento de una película, ¿verdad? Sin embargo, a veces ocurren cosas muy raras. Yo he leído algunas historias sorprendentes en el Daily Wire, cosas a las que usted no hubiera concedido crédito de no haberlas visto impresas en un periódico.

—¿Y cree que por eso serán más verosímiles? —preguntó Mr. Rycroft con sequedad.

—Me parece que usted le ha cogido antipatía al joven Enderby, ¿no es así? —replicó Ronnie.

—Me desagradan los individuos mal educados que meten las narices en asuntos que no les conciernen —sentenció Mrs. Rycroft.

—Muy bien, pero es que en este caso le conciernen —insistió Ronnie—. Me refiero a que el oficio de ese pobre chico consiste precisamente en meter sus narices en todo. Parece ser que ha conseguido domesticar por completo al arisco Mr. Burnaby. A mí me divierte mucho que ese viejo apenas pueda aguantar mi presencia. Yo soy para él como un trapo rojo para el toro.

Mr. Rycroft no hizo ningún comentario.

—¡Por Júpiter! —exclamó Ronnie mirando hacia el cielo—. ¿Se ha fijado en que hoy es viernes? Hace una semana exacta, tal día como hoy, a esta misma hora poco más o menos, nosotros estábamos chapoteando en la nieve camino de casa de las Willett. Igual que ahora, sólo que con un pequeño cambio de tiempo.

—¡Hace una semana! —exclamo Mr. Rycroft—. Parece que ha transcurrido mucho más tiempo.

—Algo así como un año entero, ¿verdad? ¡Hola, Abdul!

En aquel momento pasaban ante la puerta del capitán Wyatt, en la cual estaba apoyado el melancólico indio.

—Buenas tardes, Abdul —dijo Mr. Rycroft—. ¿Cómo está tu amo?

El oriental movió la cabeza.

—Amo muy mal hoy, sahib. No ver nadie. No ver nadie por largo tiempo.

—Fíjese usted —indicó Ronnie después de que hubieron avanzado unos cuantos pasos más— que ese hombre podría asesinar a Wyatt muy fácilmente, sin que nadie se enterase. Después se estaría unas cuantas semanas meneando la cabeza y diciéndole a todo el mundo «amo no ver nadie», y ni uno solo de nosotros sospecharíamos lo más mínimo.

Mr. Rycroft admitió la veracidad de aquella reflexión.

—Pero aún le quedaría el problema de qué hacer con el cadáver —señaló.

—Tiene razón, siempre hay alguna dificultad ¿no es así? Un cuerpo humano es un inconveniente bastante gordo.

Mientras decían esto, pasaron por delante de la casa del comandante Burnaby. El viejo ex soldado estaba en el jardín contemplando con torvo ceño un hierbajo que crecía donde él no había plantado nada.

—Buenas tardes, comandante —dijo Mr. Rycroft—. ¿Vendrá también a casa de las Willett?

Burnaby se restregó la nariz.

—No pensaba ir. Me han enviado una tarjeta invitándome, pero no me siento con ánimos. Espero que ustedes me comprenderán.

Mr. Rycroft inclinó la cabeza en prueba de comprensión.

—No obstante —dijo—, me gustaría que fuera. Tengo una razón

para ello.

—¿Una razón? ¿Qué clase de razón?

Mr. Rycroft vacilaba. Se veía claramente que la presencia del joven Gardfield le incomodaba; pero Ronnie, por completo ajeno al caso, no se movió de su sitio y escuchaba con auténtico interés.

—Me gustaría intentar un experimento —continuó Mr. Rycroft palabra por palabra.

—¿Qué clase de experimento? —demandó Burnaby.

Mr. Rycroft vaciló.

—Preferiría no anticipar mi idea. Pero, si usted viene, le ruego que me apoye en todo lo que yo proponga.

La curiosidad del comandante iba en aumento.

—Muy bien —replicó—, iré. Puede contar conmigo. ¿Dónde está mi sombrero?

Se reunió con ellos en menos de un minuto con el sombrero ya puesto y los tres se encaminaron a la verja de la mansión de Sittaford.

—He oído decir que espera compañía, Rycroft —dijo Burnaby por decir algo.

Una sombra pasó sobre el rostro del viejecito.

—¿Quién le ha contado eso?

—Esa urraca charlatana que se llama Mrs. Curtis. Es una buena mujer y muy honrada, pero su lengua no descansa nunca, sin preocuparse de si usted la escucha o no.

—Pues es muy cierto —admitió Mr. Rycroft—. Estoy esperando a mi sobrina, Mrs. Dering, y su marido, que vendrán mañana.

Entretanto, habían llegado frente a la puerta de la mansión de Sittaford y, al tocar el timbre, Brian Pearson les franqueó la entrada.

Mientras se quitaban los abrigos en el vestíbulo, Mr. Rycroft miraba a aquel alto joven de anchos hombros.

«He aquí un tipo de pura raza —pensó—, de muy pura raza. Carácter enérgico, curioso ángulo de mandíbula. Sería un adversario bastante indeseable para encontrárselo en ciertas circunstancias; lo que podríamos llamar un hombre peligroso».

Una extraña sensación inmaterial invadió al comandante Burnaby cuando entraban en el salón, mientras Mrs. Willett se levantaba para recibirlo.

—Es usted muy amable al venir por esta casa.

Las mismas palabras que la semana anterior. El mismo fuego resplandeciente de la chimenea. Hasta hubiese jurado, aunque no estaba muy seguro, que las dos mujeres llevaban los mismos vestidos.

Todo esto le producía una indescriptible sensación. Le parecía como si se reprodujera la escena de la semana pasada, como si Joe Trevelyan no hubiese muerto, como si nada hubiera ocurrido. Alto, esto último no era cierto. Mrs. Willett sí que había cambiado: era una ruina; he aquí el único modo de describirla. Ya no era aquella decidida mujer que parecía dominar al mundo, sino una nerviosa y destrozada criatura que hacía visibles y patéticos esfuerzos para parecer la misma de siempre.

«Pero que me ahorquen si descifro qué significado pudo tener para ella la muerte de Joe», pensó el comandante.

Por centésima vez, registró la idea de que alguna cosa muy extraña se escondía en la historia de las Willett.

Como de costumbre, despertó de su ensimismamiento al darse cuenta de que hacía rato que estaba callado mientras alguien hablaba.

—Mucho me temo que ésta es nuestra última fiestecita —decía Mrs. Willett.

—¿Cómo es eso? —preguntó Ronnie Gardfield volviéndose repentinamente.

—En efecto —Mrs. Willett hizo un gracioso movimiento de cabeza que quería parecer una sonrisa—, hemos renunciado a pasar el resto del invierno en Sittaford. Por mi parte, naturalmente, yo estaba encantada aquí: la nieve, los acantilados de la costa, lo agreste de estos campos. ¡Pero el problema doméstico…! El problema doméstico presenta aquí demasiadas dificultades. ¡Me ha derrotado!

—Tenía entendido que iban a contratar a un mayordomo chofer y a un camarero —dijo el comandante Burnaby.

Un repentino estremecimiento agitó el cuerpo de miss Willett.

—No, señor —replicó—. Ya he… he abandonado ya esa idea.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Mr. Rycroft—. He aquí una gran contrariedad para todos nosotros. Será muy triste. En cuanto ustedes se marchen, tendremos que sumergirnos otra vez en nuestra antigua vida rutinaria. ¿Y cuándo se marchan, si no es indiscreción?

—Espero que el lunes —contestó Mrs. Willett—. A menos que consigamos irnos mañana mismo. ¡Es tan incómodo sin ningún criado! Desde luego, tendré que arreglar cuentas con Mr. Kirkwood, porque yo alquilé esta casa para cuatro meses.

—¿Se van ustedes a Londres? —dijo Mr. Rycroft.

—Sí, es lo más probable, por lo menos de momento. Después, supongo que nos marcharemos a la Riviera.

—¡Qué pérdida tan grande para nosotros! —exclamó Mr. Rycroft haciendo una galante reverencia.

Mrs. Willett no pudo evitar esbozar una extraña y forzada sonrisa.

—¡Qué amable es usted, Mr. Rycroft! Bien, ¿tomamos el té?

El té estaba servido sobre la mesa. Mrs. Willett lo fue vertiendo en las tazas. Ronnie y Brian la ayudaban, preparando las demás cosas. Una extraña sensación de incomodidad flotaba sobre los allí reunidos.

—¿Qué me cuenta de usted? —dijo Burnaby bruscamente dirigiéndose a Brian Pearson—. ¿También se va?

—Sí, señor, a Londres. Como es natural, no saldré de Inglaterra hasta que este asunto quede liquidado.

—¿Este asunto?

—Quiero decir hasta que mi hermano se vea libre de esa ridícula acusación.

Y Brian pronunció estas palabras en un tono tan desafiante, que todos se quedaron sin saber qué decir. El propio comandante Burnaby se encargó de resolver la violenta discusión.

—Yo nunca he creído en su culpabilidad, ni por un solo instante —comentó.

—*Ninguno de nosotros* lo ha pensado —añadió Violet envolviendo al joven en una de sus más graciosas miradas.

Y el repiqueteo del timbre acabó de suavizar aquella enojosa pausa.

—¡Éste debe de ser Mr. Duke! —dijo la madre de Violet—. ¿Quiere ir a abrirle, Brian?

El joven Pearson se había acercado a la ventana.

—No es Duke —replicó—. Es ese condenado periodista.

—¡Por Dios, querido…! —exclamó la señora de la casa—. Bien, supongo que le dejaremos entrar igualmente.

Brian asintió y, al cabo de un instante, reapareció acompañado de Charles Enderby.

El periodista hizo su entrada con aquel aire ingenuo tan suyo. La idea de que su presencia en la reunión no fuese vista con agrado no parecía habérsele ocurrido.

—Hola, Mrs. Willett. ¿Cómo está usted? He pensado: voy a dejarme caer por esa casa a ver cómo van las cosas. Estaba tratando de averiguar dónde se habrían escondido todos los habitantes de Sittaford, pero ahora ya lo sé.

—¿Tomará una tacita de té, Mr. Enderby?

—¡Es usted muy amable, señora! La acepto muy agradecido. Ya veo que Emily no está aquí. Supongo que estará con su tía, Mr. Gardfield.

—No que yo sepa —replicó Ronnie mirándole con cierta extrañeza—. Yo tenía entendido que se había marchado a Exhampton.

—¡Claro que sí! Pero ya ha vuelto. ¿Que cómo lo sé? Pues porque me lo ha contado un pajarito. Se llama Curtis, para ser más exacto. Me dijo que la había visto pasar en un automóvil por delante de la oficina de Correos y que, después de subir hasta el pueblo, el coche regresó vacío. Así pues, no está en el chalé número 5 ni en la mansión de Sittaford. Problema: ¿dónde está? No estando en casa de miss Percehouse, debe de estar sorbiendo té en la guarida de ese terrible dragón, enemigo de las mujeres, que se llama capitán Wyatt.

—Tal vez haya subido a ver la puesta del sol desde el faro de Sittaford —sugirió Mr. Rycroft.

—No lo creo —replicó Burnaby—, porque yo la hubiese visto pasar. Estuve en mi jardín durante la última hora.

—Bueno, no creo que sea un problema vital —indicó Charles amablemente—. Quiero decir que no creo que haya sido secuestrada o asesinada o algo por el estilo.

—Lo cual es lamentable desde el punto de vista de su periódico, ¿no le parece? —dijo Brian en tono burlón.

—Ni por vender un ejemplar, sería capaz de sacrificar a Emily —afirmó el periodista—. Emily —añadió muy serio y pensativo— es única.

—Encantadora —observó Mr. Rycroft—. Fascinadora como

ninguna otra. Ella y yo… somos colaboradores.

—¿Han terminado todos su té? —preguntó Mrs. Willett—. ¿Qué les parece si jugamos al bridge?

—Esperen, pido un momento de atención —dijo Mr. Rycroft.

Y se aclaró la garganta dándose importancia. Todo el mundo miraba hacia él.

—Mrs. Willett: yo soy, como ya sabe, un apasionado admirador de los fenómenos psíquicos. Hace una semana justa, tal día como hoy y en esta misma habitación, tuvo lugar una asombrosa, más aún, una pavorosa experiencia.

Se oyó un leve suspiro procedente de los labios de Violet Willett. El orador se volvió hacia ella.

—Ya me hago cargo, mi querida joven, ya me hago cargo. Ese experimento la dejó a usted trastornada; era para trastornar a cualquiera, no voy a negarlo. Desde que se cometió el crimen, la policía ha estado buscando al asesino del capitán Trevelyan. Han detenido a una persona, pero algunos de los que estamos en esta habitación, si no todos, no creemos que el joven James Pearson sea el culpable. Pues bien, lo que yo propongo es lo siguiente: que repitamos el experimento del viernes pasado, aunque invocando esta vez a un espíritu diferente.

—¡No! —gritó Violet.

—¡Caramba! —exclamó Ronnie—. Yo diría que lo que propone Mr. Rycroft es demasiado. Por lo que a mí se refiere, renuncio a tomar parte en ningún juego de esta clase.

Mr. Rycroft no le hizo el más mínimo caso.

—¿Qué me contesta, Mrs. Willett?

La dama vacilaba.

—Francamente, amigo mío, no me gusta esa idea. No me complace nada en absoluto. Esa lamentable experiencia de la semana pasada me produjo una impresión desagradabilísima. Habrá de pasar mucho tiempo antes de que la olvide.

—¿Qué piensa sacar de ese experimento? —le demandó Enderby muy interesado—. ¿Se propone usted que los espíritus nos revelen el nombre de quien asesinó al capitán Trevelyan? Me parece un encarguito muy interesante.

—Ese encarguito, como usted lo llama, es de la misma categoría que el mensaje de la semana pasada, en el que voluntariamente nos

anunciaron la muerte del capitán Trevelyan.

—Tiene razón —confirmó el joven Charles—. Pero… bueno, ¿ha pensado usted que esa idea suya puede dar lugar a consecuencias tan desgraciadas como imprevistas?

—¿Como por ejemplo?

—Supongamos que se menciona un nombre determinado. ¿Podrá asegurar que el velador no ha sido movido intencionadamente por uno de los presentes?

Enderby hizo una pausa, que fue aprovechada por el joven Gardfield.

—¡Empujones! A eso es a lo que se refiere nuestro amigo. Supone que alguien se entretiene en empujar la mesa.

—Se trata de un experimento serio, señor —dijo Mr. Rycroft con exaltación—. Nadie se atreverá a intentar algo semejante.

—Yo no lo aseguraría —replicó Ronnie mostrándose dubitativo —. Usted se fía muy fácilmente de todo el mundo. Eso no reza conmigo. Yo les juro que no lo moveré, pero también puede ocurrir que alguien se vuelva hacia mí y me acuse de dar empujoncitos. ¡Eso sí que sería bueno!

—Mrs. Willett, siento verdadera ansiedad por llevar a cabo esa experiencia —dijo el viejecito volviendo a despreciar las palabras de Ronnie—. Le ruego encarecidamente que me dé su permiso.

Ella seguía dudando.

—Ya le he dicho que no me gusta. No me gusta nada. —Y mientras hablaba, miraba a su alrededor intranquila y como buscando una vía de escape—. Comandante Burnaby, usted, que era un buen amigo del capitán Trevelyan, ¿qué opina?

La mirada del comandante se cruzó con la de Mr. Rycroft. Aquella debía de ser, pensó Burnaby, la ocasión a que el viejecito se había referido cuando solicitó su adhesión.

—¿Por qué no? —contestó con aspereza.

Y sus palabras tuvieron todo el decisivo valor de un voto de calidad.

Ronnie fue a la habitación contigua y regresó con la mesita que se había usado en la otra sesión. La instaló en el centro del salón y en seguida se colocaron a su alrededor las sillas necesarias. Nadie decía una palabra. Era evidente que el experimento no era muy popular.

—Creo que así estará bien —decía Mr. Rycroft—. Vamos a repetir nuestra experiencia del viernes pasado bajo unas condiciones precisamente similares.

—No exactamente iguales —objetó Mrs. Willett—, porque falta Mr. Duke.

—Cierto —replicó el viejecito—. Es una lástima que no esté aquí, una verdadera lástima. Bueno, pues podemos considerarlo reemplazado por Mr. Pearson.

—¡No participes en este experimento, Brian! ¡Te lo ruego, hazme ese favor! —gritó Violet.

—¿Pero qué importancia tiene? —replicó el interpelado—. De todos modos, eso son tonterías.

—Ya tenemos aquí al espíritu rebelde —observó Mr. Rycroft con severidad.

Brian Pearson no dijo una palabra más, pero ocupó su asiento junto a Violet.

—Mr. Enderby… —empezó a decir Rycroft, pero Charles no le dejó acabar.

—Yo no estaba en la otra sesión. Recuerde que soy periodista y usted desconfía de mí. Tomaré notas de cualquier fenómeno, se dice así, ¿verdad? Bueno, de lo que ocurra.

Y así se dispusieron las cosas. Los seis participantes ocuparon sus sitios alrededor de la mesita. Charles apagó las luces y se sentó en el guardafuegos de la chimenea para poder ver.

—Un momento —advirtió—. ¿Qué hora es? —y atisbo su reloj de pulsera al resplandor de los llameantes troncos—. ¡Qué curioso! —exclamó.

—¿Qué es lo curioso? —preguntó una voz.

—Que sean exactamente las cinco y veinticinco.

Violet ahogó un grito.

Mr. Rycroft ordenó con toda severidad:

—¡Silencio!

Los minutos pasaban. Se respiraba una atmósfera muy diferente a la de hacía una semana. No había risas ahogadas ni comentarios en voz baja, sólo un tétrico silencio que finalmente fue cortado por un ligero chasquido procedente de la mesita.

La voz de Rycroft se elevó sonora.

—¿Hay alguien aquí?

Otro leve crujido sonó con una imponente majestuosidad en la oscura sala.

—¿Hay alguien aquí?

Esta vez no respondió ningún chasquido, sino un tremendo y ensordecedor golpe en la puerta. Violet chilló y Mrs. Willett no pudo tampoco evitar un grito.

Se oyó la voz de Brian Pearson, que decía tranquilamente:

—No pasa nada. Sólo han llamado a la puerta de la casa. Voy a abrir.

Y salió del salón. Ninguno de los que allí quedaban pronunció palabra.

De repente, la puerta de la habitación se abrió con cierta violencia y las luces se encendieron.

En el umbral se destacaba la severa figura del inspector Narracott. Tras él estaban Emily Trefusis y Mr. Duke.

Narracott avanzó un paso dentro de la sala y dijo:

—John Burnaby, le acuso del asesinato de Joseph Trevelyan cometido el viernes, día catorce de este mes, y le prevengo de que todo lo que haga o diga será tenido en cuenta y podrá ser utilizado en su contra.

Capítulo XXX

Emily lo explica

Los presentes, tan sorprendidos que casi no podían hablar, se agruparon alrededor de Emily Trefusis.

El inspector Narracott, entretanto, había sacado de la habitación a su detenido.

Charles Enderby fue el primero que recobró el uso de la palabra.

—¡Por todos los cielos, Emily, cuéntalo ya! —gritó—. ¡Quiero ir a la oficina de telégrafos! Cada segundo es vital.

—Fue el comandante Burnaby quien mató al capitán Trevelyan.

—Bien, ya vi que lo detenía Narracott. Y supongo que el inspector está en su sano juicio, no se ha vuelto loco de repente. ¿Pero *cómo pudo* Burnaby matar a Trevelyan? ¿Cómo es eso humanamente posible? Si Trevelyan fue asesinado a las cinco y veinticinco…

—No fue así. Fue asesinado a las seis menos cuarto, poco más o menos.

—Bueno, aun así…

—Comprendo esas dudas. Nunca lo adivinarías a menos que diera la casualidad de que pensases precisamente en ello. *Esquís*, he aquí la explicación: *Esquís*.

—¿Esquís…? —repitió todo el mundo.

Emily asintió.

—Sí. Él se las arregló para mover el velador. No se trataba, pues, de un hecho accidental o inconsciente como pensamos, Charles, sino de la segunda solución que rechazamos: algo producido intencionadamente. El comandante veía que estaba a punto de caer

una gran nevada. Aquello borraría todas las huellas y le proporcionaría una seguridad perfecta. Creó la impresión de que el capitán Trevelyan estaba ya muerto y consiguió dejar a todos sumergidos en un mar de confusión. Después, simuló que él también estaba muy inquieto e insistió en marcharse inmediatamente a Exhampton.

«Regreso a su casa, se calzó sus esquís (que estaban arrinconados en un cobertizo del jardín, junto con otros muchos trastos y avíos deportivos), y partió. Ya saben ustedes que él era un experto esquiador y el camino hasta Exhampton es siempre cuesta abajo, es decir, un descenso precioso. Sólo le llevó unos diez minutos.

»Se acercó a la ventana y tabaleó sobre el cristal. El capitán Trevelyan le dejó entrar por allí, sin sospechar nada. Entonces, en un momento en que Trevelyan le daba la espalda, aprovechó la oportunidad que estaba esperando, agarró aquel grueso y pesado burlete relleno de arena y lo mató. ¡Uf! ¡Me siento mal sólo de pensarlo!

Y se estremeció de pies a cabeza.

—El resto era muy sencillo. Tuvo todo el tiempo que quiso. Debió limpiar y secar con gran esmero los esquís que había llevado puestos y ponerlos en el armario del comedor, bien colocados entre los restantes enseres deportivos del capitán. Después, supongo que se dedicó a forzar el pestillo de la ventana y a sacar los cajones y demás objetos, para fingir que había entrado allí algún ladrón.

»Luego, poco antes de las ocho, todo lo que tuvo que hacer fue salir y dar un rodeo hasta alcanzar la carretera de Sittaford un poco más arriba, y presentarse en Exhampton resoplando y tiritando como si acabase de llegar a pie desde Sittaford. Como a nadie se le ocurrió pensar en esquís, se sintió perfectamente seguro. El doctor no podía por menos que declarar que el capitán Trevelyan había sido asesinado por lo menos dos horas antes. Y como acabo de decir, desde el momento en que a ninguno se le ocurrió pensar en los esquís, el comandante Burnaby tenía una perfecta coartada.

—¡Pero ellos eran amigos, Burnaby y Trevelyan! —exclamó Mr. Rycroft—. ¡Antiguos amigos, siempre lo habían sido! ¡Es increíble!

—Así parece, ¿verdad? —replicó Emily—. Es lo mismo que pensé yo, no alcanzaba a imaginar el porqué. Me embrollaba y me confundía, hasta que decidí ir a ver al inspector Narracott y a Mr.

Duke.

Se detuvo para mirar al impasible rostro de este último.

—¿Puedo… contárselo? —le preguntó.

Mr. Duke sonreía.

—Si lo prefiere, miss Trefusis.

—Bien mirado, vale más que no. Quizá prefiera usted que no lo haga. Bien, pues fui a ver a esos dos señores y conseguimos aclarar el caso. ¿Recuerdas, Charles, que me dijiste que Evans te había hablado de que el difunto capitán Trevelyan tenía la costumbre de enviar soluciones a los concursos con el nombre de otras personas? Él opinaba que las señas de su mansión en Sittaford resultaban demasiado ostentosas. Bueno, pues eso es lo que hizo con motivo del concurso de fútbol por el que entregaste las cinco mil libras al comandante Burnaby. En realidad, era el capitán Trevelyan quien lo había ganado, aunque envió la solución a nombre de su amigo y con la dirección de éste: chalé número 1, Sittaford, a su juicio, sonaba mucho mejor.

»Ya pueden figurarse ahora el resto de lo ocurrido, ¿verdad? El viernes por la mañana le llegó al comandante Burnaby la carta en que se le comunicaba que había ganado cinco mil libras esterlinas. Por cierto, que no me explico cómo no se nos ocurrió sospechar de este raro acontecimiento. Él te dijo, Charles, que no había recibido esa carta, que no había llegado nada en el correo del viernes por culpa del mal tiempo. Eso era mentira, pues durante la mañana del viernes todavía funcionó. Bien, ¿por dónde iba? ¡Ah, sí! El comandante Burnaby recibió la carta del *Daily Wire*. Y él necesitaba aquellas cinco mil libras, le hacían mucha falta. Había invertido en unas acciones fracasadas o algo por el estilo, y había sufrido terribles pérdidas de dinero.

«Entonces, creo yo, se le debió ocurrir de repente la idea. Tal vez fue al darse cuenta de que se preparaba una gran nevada para aquella misma tarde. Si su amigo Trevelyan muriese, él se podría quedar con el premio y nadie se enteraría.

—Asombroso —murmuró Mr. Rycroft—, tan asombroso que jamás lo hubiera imaginado. Pero, mi querida jovencita, ¿cómo pudo descubrir todo eso? ¿Qué le puso a usted en la verdadera pista?

Como respuesta, Emily explicó lo de la carta de Mrs. Belling y

relató cómo había descubierto las botas escondidas en la chimenea.

—Al contemplarlas, caí en la cuenta de lo ocurrido. Eran botas para esquís, fíjense bien, y eso me hizo pensar en ellos. Y de repente se me ocurrió que quizá… Bajé corriendo la escalera y me dirigí al armario en el que el capitán guardaba sus útiles deportivos: en efecto, allí había *dos* pares de esquís, y uno de ellos era más largo que el otro. Las botas encajaban perfectamente en el par más largo, pero *no en el otro*. Las fijaciones del último par estaban ajustadas para unas botas mucho más pequeñas. Es decir, el par de esquís cortos pertenecían a otra persona.

—Ese hombre debía haber ocultado sus esquís en cualquier otro sitio —comentó Mr. Rycroft, censurando con aspecto profesional la poca imaginación del asesino.

—No, señor, no —replicó Emily—. ¿Dónde quería que los escondiera? Verdaderamente, aquel era el lugar más indicado. Un día o dos después del crimen, toda la colección de utensilios deportivos del asesinado se almacenaría y, mientras tanto, no era probable que a la policía ni a nadie se le ocurriese averiguar si el capitán Trevelyan poseía uno o dos pares de esquís.

—¿Y por qué escondió las botas?

—Supongo —conjeturó miss Trefusis— que tuvo miedo de que la policía se le ocurriera hacer lo mismo que a mí. Al ver un par de botas para esquís, es muy fácil pensar en esquís. Por eso las escondió en la chimenea. Y en eso sí que cometió un grave error, porque el meticuloso Evans notó que habían desaparecido y de ese modo llegué a enterarme.

—¿Y cree que el comandante quería que culpasen del crimen a mi hermano Jim? —preguntó Brian Pearson con cierta ansiedad.

—¡Oh, no! Eso no ha sido más que una consecuencia de la mala suerte, que es tan corriente en Jim. ¡Siempre ha de hacer el tonto el pobre chico!

—Ahora está a salvo —afirmó Charles—. No necesita que te preocupes más por él. ¿Has terminado tu relato, Emily? Porque en ese caso tengo que salir volando hacia la oficina de telégrafos. Espero que me dispensen.

Y salió disparado de la habitación.

—Un auténtico rayo —comentó Emily.

Mr. Duke dejó oír su tranquila y profunda voz de bajo:

—Usted sí que ha sido un rayo en este asunto, miss Trefusis.

—Lo mismo digo yo —afirmó Ronnie con admiración.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Emily de repente, y se dejó caer en una silla sintiéndose desfallecer.

—Usted necesita un tentempié —dijo Ronnie—. ¿Le preparo un cóctel?

Ella meneó la cabeza.

—¿Una copita de coñac? —sugirió Mr. Rycroft muy solícito.

—¿Una taza de té? —le ofreció Violet.

—Preferiría una polvera —dijo al fin Emily ávidamente—. La mía se ha quedado en el coche y, con todas estas emociones, debo estar más brillante que un tintero de plata.

Violet la acompañó al piso superior, en busca de este eficaz sedante nervioso.

—No hay nada mejor —afirmó miss Trefusis, empolvándose la nariz con incansable solicitud—. ¡Qué agradables! Ahora me siento mucho mejor. ¿Me puede dejar también alguna barrita de carmín? Ya soy otra persona.

—¡Ha estado maravillosa! —exclamó Violet—. ¡Ha sido muy valiente!

—No lo crea —replicó Emily—. Debajo de toda esta máscara, estaba temblando como un flan y sentía una especie de angustia en el corazón.

—Conozco eso —observó la otra muchacha—, yo también la he sentido muchas veces. Estos últimos días he estado tan aterrorizada… Pensaba en Brian, como comprenderá. No temía que le ahorcasen por el asesinato del capitán Trevelyan, desde luego, pero si se le ocurría confesar dónde estuvo mientras se cometió el crimen, no hubiesen tardado mucho en averiguar que fue él quien imaginó y dirigió la fuga de mi padre.

—¿Cómo? ¿Qué dice, criatura? —exclamó Emily, haciendo una pausa en su sesión de maquillaje.

—El presidiario que se escapó es mi padre —explicó Violet—. Por eso vinimos mamá y yo a vivir a esta casa. ¡Pobre papá! Siempre ha sido un poco raro algunas veces. En esos momentos hace cosas terribles. Conocimos a Brian en el barco que nos traía desde Australia, y él y yo… bueno, él y yo…

—Comprendo —murmuró miss Trefusis para animarla—, es muy

natural.

—Yo le conté nuestra historia y entre todos organizamos un plan. Brian es maravilloso. Afortunadamente, nosotras somos bastante ricas y Brian hizo todos los planes. Es dificilísimo escaparse de la prisión de Princetown, como debe saber, pero Brian se las ingenió. Realmente, ha sido una especie de milagro. Nuestro proyecto consistía en que, en cuanto mi padre consiguiera verse fuera, cruzase el páramo y se ocultara en la cueva del Duende. Después, él y Brian se presentarían en Sittaford simulando ser criados nuestros. Como comprenderá, habiéndonos instalado aquí tanto tiempo antes de la huida del preso, imaginábamos que estaríamos libres de toda sospecha. Fue Brian quien nos habló de este pueblo y él nos propuso que ofreciésemos una buena suma al capitán Trevelyan por el alquiler de su casa.

—No sabe cuanto lo siento —dijo entonces Emily—, que todo les haya salido mal.

—Mamá está materialmente deshecha —respondió miss Willett —. Suerte que Brian es estupendo. No todo el mundo está dispuesto a casarse con la hija de un presidiario. Aunque, en mi opinión, el pobre papá no tiene la culpa de lo ocurrido. Hace cerca de quince años, un caballo le dio una terrible coz en la cabeza y desde entonces, presentaba síntomas un poco raros. Brian dice que si mi padre hubiese tenido a su lado un buen abogado, habría salido bien librado. Pero no hablemos más de mis cosas.

—¿Puedo hacer algo por usted?

Violet meneó la cabeza.

—¡Está muy enfermo! Todo lo que pasó en la huida, ya sabe lo que pasa en esos casos. Ese frío espantoso… Sufre una neumonía. Aunque no esté bien que yo lo diga, si muriese… bueno, creo que en realidad sería lo mejor para él. Es espantoso que una hija hable así de su padre, pero espero que comprenda a qué me refiero.

—¡Pobre Violet! —exclamó Emily—. ¡Qué situación más bochornosa!

La muchacha meneó la cabeza.

—He conocido a Brian —dijo al cabo de un instante—. Y usted ha conseguido…

Se detuvo muy incómoda.

—Sí, sí —asintió Emily meditabunda—. Tiene razón.

Capítulo XXXI

Un hombre afortunado

Diez minutos después, Emily salía disparada por el camino hacia abajo. El capitán Wyatt, apoyado en la cerca de su chalé, intentó detener a la joven.

—¡Eh! —le gritó—. ¡Miss Trefusis! ¿Qué es todo eso que he oído contar?

—Todo es cierto —contestó la interpelada sin detener su rápida marcha.

—¡Caramba, pero espere un poco! ¡Venga aquí a tomar un vaso de vino o una taza de té! Lo que más sobra es tiempo. No hay que apresurarse. ¡Ése es el peor vicio de las personas civilizadas como usted!

—Sí, somos terribles, ya lo sé —replicó Emily, y siguió su camino a mayor velocidad.

Y se precipitó dentro del chalé de miss Percehouse con la vehemencia de una bomba explosiva.

—Vengo a contárselo todo —dijo al entrar.

Y sin divagaciones ni rodeos, vertió allí la historia completa, interrumpida tan sólo por exclamaciones como «¡Dios nos asista!», «¡No me diga!», «¡Nunca lo hubiera creído!» que a veces lanzaba miss Percehouse.

Cuando Emily terminó su relato, miss Percehouse se incorporó, apoyada sobre uno de sus codos, y señaló hacia la joven con el dedo índice.

—¿Qué le dije? —exclamó—. Recuerde que le dije que Burnaby era un hombre envidioso. ¡Y amigo de su víctima! Trevelyan se

había pasado más de veinte largos años haciendo siempre las cosas un poco mejor que Burnaby. Esquiaba mejor, escalaba más rápido, tiraba con más puntería y pulso más firme, y era más hábil resolviendo jeroglíficos y crucigramas. Burnaby no era hombre suficiente como para soportarlo. Además, Trevelyan era riquísimo y él pobre. Ya duraba demasiado tiempo. Le digo que es difícil seguir soportando a un hombre que lo hace siempre todo un poco mejor que uno. Además, Burnaby tiene una mente rastrera, muy obtusa. Se dejó llevar por sus nervios.

—Creo que tiene razón —comentó Emily—. Bueno, tenía que venir a explicárselo todo. Me parecía mal que usted ignorase los últimos acontecimientos. ¡Ah, ahora que me acuerdo! ¿Sabía que su sobrino conoce a mi tía Jennifer? El miércoles pasado estuvieron juntos tomando el té en Deller.

—Ella es su madrina —explicó miss Percehouse—. ¿De modo que éste era el pájaro a quien él tenía que ver en Exeter? Si conozco bien a Ronnie, le pediría dinero prestado. Ya le diré yo cuántos son dos y dos.

—Le prohíbo que moleste a nadie en un día tan feliz como éste —exclamó Emily—. Adiós, me marcho volando. Tengo muchas cosas que hacer.

—¿Qué tiene usted que hacer, jovencita? Me parece que ya ha hecho bastante.

—Pero aún no he terminado. Ahora debo volver a Londres y visitar a los directores de la compañía de seguros en que trabajaba Jim para convencerlos de que no le denuncien por esa insignificancia del dinero que tomó prestado.

—¡Hummmm! —murmuró la anciana.

—De todos modos, le está bien empleado —dijo Emily—. Así andará más derecho en el futuro. Le convenía esta lección.

—Quizá. ¿Y cree que será capaz de convencerlos?

—Sí —contestó Emily con convicción.

—Bueno —replicó miss Percehouse—. Quizá lo consiga. Y después de eso, ¿qué hará usted?

—Después de eso, habré terminado. Habré hecho por Jim todo lo que podía.

—De acuerdo, pero… supongamos que yo le pregunte ¿y luego qué? —insistió la anciana.

—¿Qué quiere decir?

—¿Y luego qué? O si quiere que hable más claro: *¿cuál de los dos?*

—¡Señora! —exclamó la joven.

—Exacto. Eso es lo que me gustaría saber: ¿cuál de ellos será el afortunado?

Emily sonrió y besó a la inválida en la mejilla.

—¡No se haga la tonta! —dijo—. De sobra sabe quién será.

Miss Percehouse hizo chascar la lengua repetidas veces.

Emily salió de la casa corriendo con ligereza y llegó a la cerca al mismo tiempo que Charles aparecía subiendo por el camino.

Él la detuvo cogiéndole ambas manos.

—¡Mi querida Emily!

—¡Charles! ¿No te parece maravilloso?

—¡De buena gana te besaría! —exclamó el joven, y puso en práctica su idea—. Soy un hombre feliz, querida mía. Ahora dime, querida, ¿qué me dices?

—¿De qué asunto?

—¡Caramba! Me refiero a… bueno, como es natural, yo no podía decir ni una palabra, mientras estuviera ese Pearson en la cárcel y todo eso… Pero ahora ya lo han liberado, y… bueno, creo que le ha llegado la hora de tomar su medicina como cualquier otro.

—¿Quieres decirme *de qué* estás hablando?

—Tú sabes muy bien que estoy loco por ti —dijo el periodista— y que te gusto. Jim no ha sido sino una equivocación. Lo que yo quiero decirte es que… bueno, que tú y yo hemos nacido el uno para el otro. Durante todos estos días lo hemos averiguado, lo hemos descubierto los dos, ¿verdad? Veamos, pues: ¿prefieres el juzgado o pasar por una iglesia…?

—Si te refieres a que nos casemos —contestó Emily—, te diré que no hay nada que hacer.

—¿Cómo? Pero si yo diría que…

—Ni hablar —replicó la joven.

—Pero Emily…

—Si lo quieres más claro: quiero a Jim y le quiero apasionadamente.

Charles se quedó mirándola mudo de asombro.

—¡Tú no puedes quererle!

—¡Ya lo creo! ¡Y le quiero de verdad! ¡Y nunca he dejado de quererle! ¡Y le querré siempre!

—Pero tú… tú me dejaste pensar…

—Yo sólo te dije —aclaró Emily con cierta gazmoñería— que me parecía maravilloso tener a mi lado a alguien en quien poder confiar.

—De acuerdo, pero yo pensé que…

—¿Y qué culpa tengo yo de lo que tú pensases?

—Eres un demonio sin escrúpulos, Emily.

—Ya lo sé, mi querido Charles, ya lo sé. Estoy dispuesta a ser todo lo que tú quieras, pero no te preocupes tanto. Piensa en que estás llamado a ser un gran hombre. Has conseguido tu exclusiva, una exclusiva para el *Daily Wire*. Ya eres todo un señor periodista. ¿Qué puede significar para ti una mujer? Menos que un grano de polvo del camino. Ningún hombre verdaderamente fuerte necesita a una compañera que sólo se colgaría de él como la yedra. Dondequiera que encuentres a un gran hombre, podrás comprobar que es uno que es independiente de las mujeres. Una carrera, nada hay que sea tan importante, tan absolutamente satisfactorio para un hombre como lograr una gran carrera en su profesión. Y tú eres de los fuertes, Charles, uno de los pocos que saben andar solos.

—¡Déjate de discursos, Emily! Esto parece una de esas charlas que se dedican en la radio a los jovencitos. Me has destrozado el corazón. ¡No te imaginas lo encantadora que estabas cuando apareciste con Narracott, triunfante y vengadora como una diosa!

Se oyeron unos pasos que crujían en la arena y ante ellos se presentó Mr. Duke.

—¡Ah! ¿Es usted, Mr. Duke? —empezó la joven—. Charles, te voy a decir un secreto: este señor es el ex inspector jefe Duke, de Scotland Yard.

—¿Cómo? —gritó el periodista, reconociendo un nombre famoso —. ¿Usted es el célebre inspector Duke?

—Exacto —contestó Emily—. Cuando se jubiló, vino a vivir a este pueblecito y, como es un caballero muy agradable y modesto, no quiso traerse consigo su fama. Ahora comprendo por qué pestañeaba tanto el inspector Narracott cuando yo le pedía que me explicase qué clase de crímenes había cometido el misterioso Mr. Duke.

El aludido sonrió.

Charles vacilaba. En su interior se producía una breve lucha entre el amor y el periodismo, de la que pronto saldría vencedor el último.

—No sabe cuánto me complace este encuentro, inspector —dijo al fin—. Ahora me gustaría saber si lograremos convencerle de que nos haga un pequeño artículo, digamos de unas ochocientas palabras nada más, sobre el caso Trevelyan.

Emily aprovechó la ocasión para escabullirse a toda prisa por el camino y meterse en el chalé en que se alojaba. Subió corriendo a su dormitorio y sacó su maleta, que abrió sobre la cama. Mrs. Curtis la había seguido.

—¿Ya se va, señorita?

—Sí, me marcho. Tengo muchas cosas que hacer. He a de ir a Londres, he de ocuparme de mi novio.

Mrs. Curtis se acercó a ella.

—Sólo dígame, señorita, ¿cuál de los dos es su novio?

Emily estaba embutiendo sus vestidos en la maleta.

—Pues el que está en la cárcel, naturalmente. Nunca ha habido otro.

—¡Oh! ¿Y no le parece, señorita, que quizá se equivoca? ¿Está bien segura de que el otro joven caballero vale tanto como éste?

—¡Oh, claro que no! —exclamó Emily—. ¡Ni por asomo! Éste es de los que triunfan. —Y la joven se asomó a la ventana echando una mirada hacia el lugar donde Charles seguía entreteniendo con su charla al ex inspector jefe Duke—. Es de esos muchachos que han nacido predestinados para triunfar en la vida. Pero, en cambio, no sé qué sería del otro si no estuviese yo para cuidar de él. ¡Piense en lo que le habría sucedido de no ser por mí!

—¿Y no se le ocurre decir más que eso, señorita? —exclamó Mrs. Curtis.

Sin esperar respuesta, Mrs. Curtis se fue escalera abajo, donde su esposo ante la ley estaba sentado y contemplaba las musarañas en beatífica tranquilidad.

—No me cansaré de repetir que es la viva imagen de mi tía abuela Sarah Belinda —le contó Mrs. Curtis—. Se enterró voluntariamente con aquel miserable George Pluket, allí abajo, en Los Tres Bueyes. ¡Pocas hipotecas que tenía! Y en sólo dos años, las

hipotecas estaban pagadas y todo marchaba como una seda.

—¡Ajá! —exclamó filosóficamente Mr. Curtis, que dio una ligera chupada a su pipa.

—George Pluket era también un chico guapo —añadió la mujer, recordando tiempos pasados.

—¡Ajá! —repitió Mr. Curtis.

—Después de casarse con tía Belinda, no volvió a poner nunca más los ojos en ninguna mujer.

—¡Ajá! —volvió a exclamar Mr. Curtis.

—Claro que ella no le dio oportunidad —comentó Mrs. Curtis.

—¡Ajá! —replicó Mr. Curtis.

AGATHA CHRISTIE (Torquay, Reino Unido, 1891 - Wallingford, id., 1976). Fue una autora inglesa del género policíaco, sin duda una de las más prolíficas y leídas del siglo XX. Hija de un próspero rentista de Nueva York que murió cuando ella tenía once años de edad, recibió educación privada hasta la adolescencia y después estudió canto en París. Se dio a conocer en 1920 con *El misterioso caso de Styles*. En este primer relato, escrito mientras trabajaba como enfermera durante la Primera Guerra Mundial, aparece el famoso investigador Hércules Poirot, al que pronto combinó en otras obras con Miss Marple, una perspicaz señora de edad avanzada.

En 1914 se había casado con Archibald Christie, de quien se divorció en 1928. Sumida en una larga depresión, protagonizó una desaparición enigmática: una noche de diciembre de 1937 su coche apareció abandonado cerca de la carretera, sin rastros de la escritora. Once días más tarde se registró en un hotel con el nombre de una amante de su marido. Fue encontrada por su familia y se recuperó tras un tratamiento psiquiátrico. Dos años después se casó con el arqueólogo Max Mallowan, a quien acompañó en todos sus viajes a Irak y Siria. Llegó a pasar largas temporadas en estos países; esas estancias inspiraron varios de sus centenares de novelas posteriores, como *Asesinato en la Mesopotamia* (1930), *Muerte en el*

Nilo (1936) y *Cita con la muerte* (1938).

La estructura de la trama de sus narraciones, basada en la tradición del enigma por descubrir, es siempre similar, y su desarrollo está en función de la observación psicológica. Algunas de sus novelas fueron adaptadas al teatro por la propia autora, y diversas de ellas han sido llevadas al cine. Entre sus títulos más populares se encuentran *Asesinato en el Orient-Express* (1934), *Muerte en el Nilo* (1937) y *Diez negritos* (1939). En su última novela, *Telón* (1974), la muerte del personaje Hércules Poirot concluye una carrera ficticia de casi sesenta años.

Agatha Christie ha tenido admiradores y detractores entre escritores y críticos. Se le acusa de conservadurismo y de exaltación patriótica de la superioridad británica. Pero se reconoce también su habilidad para la recreación de ambientes rurales y urbanos de la primera mitad del siglo XX de la isla inglesa, su oído para el diálogo, la verosimilitud de las motivaciones psicológicas de sus asesinos, e incluso su radical escepticismo respecto de la naturaleza humana: cualquiera puede ser un asesino, hasta la más apacible dama de un cuidado jardín de rosas de Kent.

Agatha Christie fue también autora teatral de éxito, con obras como *La ratonera* (1952) o *Testigo de cargo* (1953). Utilizó un seudónimo, Mary Westmacott, cuando escribió algunas novelas de corte sentimental, sin demasiado éxito. En 1971 fue nombrada Dama del Imperio Británico.

Notas

[1] Una guinea tenía 21 chelines, es decir, un chelín más que una libra esterlina. (N. del T.). < <

[2] Título de un periódico que podríamos traducir por Telegrama Diario. (N. del T.) < <

[3] *Sahib* significa «señor». Es un tratamiento persa o indio. (N. del T.) < <